

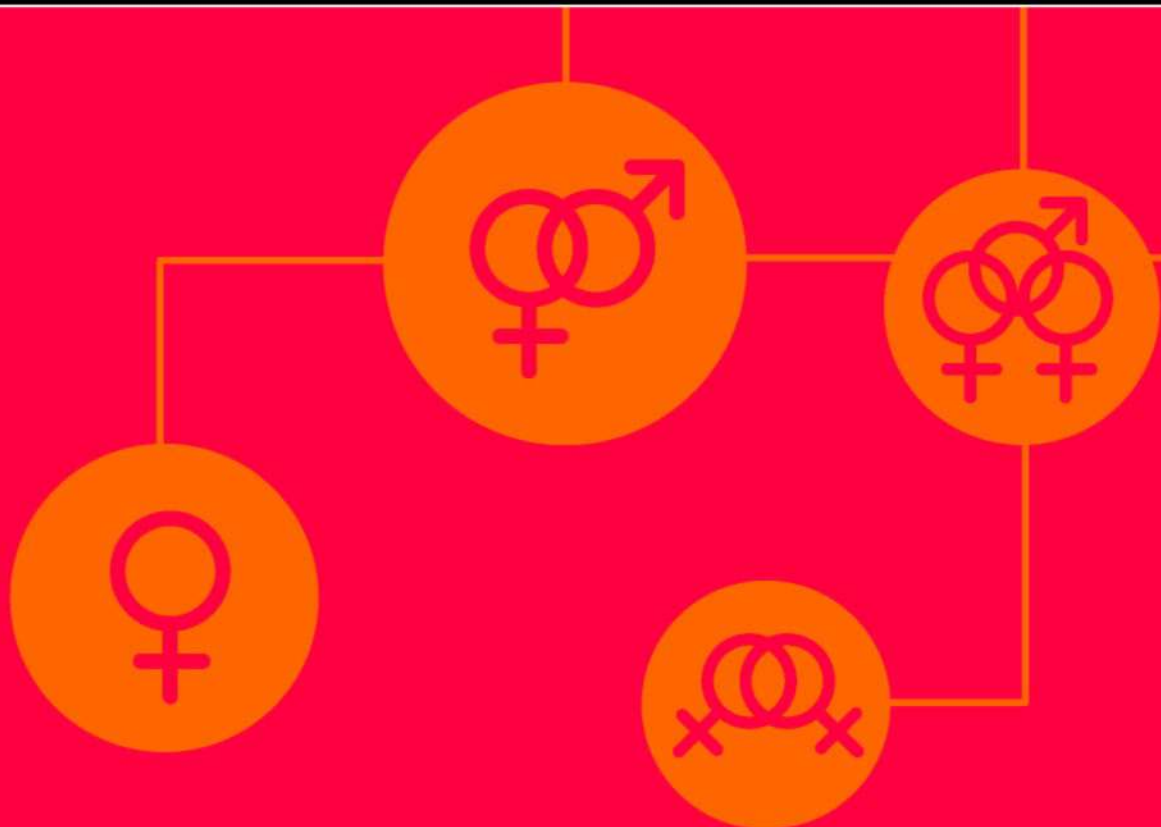
El estereotipo que obliga y el rito que identifica

y sexo

*El estereotipo
que obliga
y el rito que
identifica*

Ignacio Megías Quirós > Elena Rodríguez San Julián > Susana Méndez Gago > Joan Pallarés Gómez

Jóvenes y sexo



injuve



FUNDACIÓN DE AYUDA
CONTRA LA INMIGRACIÓN



OBRA SOCIAL

Cómo citar este texto:

Megías, I.; Rodríguez, E.; Méndez, S.; Pallarés, J.(2005)
Jóvenes y sexo. El estereotipo que oblica y el rito que identifica.
Madrid: FAD, INJUVE. DOI: 10.5281/zenodo.3673864

© FAD, 2005

© INJUVE, 2005

Dirección del estudio:

FAD – Fundación de Ayuda contra la Drogadicción

Autores:

Ignacio Megías Quirós
Elena Rodríguez San Julián
Susana Méndez Gago
Joan Pallarés Gómez

Coordinación y dirección de grupos:

Ignacio Megías Quirós
Elena Rodríguez San Julián

Coordinación y dirección de entrevistas:

Joan Pallarés Gómez

Entrevistadores:

Joan Romaní
Andreu Romaní
Tatiana Cercos
Lluc Pallarés

Cubierta:

Pep Carrió/Sonia Sánchez
San Vicente Ferrer, 61 - 28015 Madrid

Maquetación:

Quadro
Plaza de Clarín, 7 - 28529 Rivas Vaciamadrid (Madrid)

Impresión:

Ancares Gestión Gráfica, S.L.
Ciudad de Frías, 12 - Nave 21 - 28021 Madrid

ISBN:

84-

Depósito legal:

M-

Una vez más, el INJUVE, la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción y la Obra Social de CAJAMADRID, se complacen en presentar una nueva publicación de la serie “Jóvenes y ...”.

En esta serie de publicaciones, que trata cuestiones esenciales en la construcción de la cultura juvenil, no podía obviarse el estudio del comportamiento sexual. Con “Jóvenes y sexo: el estereotipo que obliga y el rito que identifica” se ha tratado de ir más allá de la pura aproximación descriptiva del comportamiento sexual de jóvenes y adolescentes. Y se ha hecho con la evidente intención de acceder a un conocimiento en profundidad de todo el entramado de valores, opiniones, temores y creencias, que conforman el universo actitudinal de chicos y chicas ante el sexo, un aspecto básico en su tránsito hacia la personalidad adulta y también en su manera de vivir la juventud.

Que los jóvenes y los adultos, los expertos y la sociedad en su conjunto puedan disponer de más amplios conocimientos sobre este tema, permitirá sin duda un diálogo más rico y complejo y una mejor interlocución, destinados a propiciar que los grupos sociales, en este caso el de los más jóvenes, puedan verse orientados, y si es preciso apoyados, en su tarea de construir una vida más plena, con menos riesgos y más acorde con las necesidades sociales de conciliar libertades y seguridad.

Índice

Presentación	3
1. Introducción	7
2. Aproximación teórica y metodología del estudio	11
1. Aproximación teórica	11
2. Metodología	24
3. Sexo (como símbolo) e identidad juvenil	29
1. Desde las chicas	31
2. Desde los chicos	64
3. Los comportamientos medidos por un doble rasero	103
4. El sexo como escenario de relaciones de poder	125
1. El poder de decisión y el poder de iniciativa	127
2. Los espacios de vulnerabilidad: miedos e inseguridades en las relaciones sexuales	139
3. El poder sentimental, y el control simbólico, de la relación	160
4. Los riesgos	170
5. Decálogo de conclusiones	179
Bibliografía	205

1. Introducción

Desde hace años el comportamiento sexual de los adolescentes y jóvenes es objeto de preocupación y alarma para distintos agentes sociales¹. En el ámbito familiar, los padres y madres están preocupados por no saber cómo manejar los distintos aspectos relacionados con el comportamiento sexual de sus hijos. En el espacio educativo, más allá de las dudas sobre qué contar o no a los adolescentes sobre sexualidad, se ve urgente la necesidad de una formación permanente ante la detección de una cada vez mayor precocidad en la iniciación sexual de los alumnos. Por último, en el ámbito sanitario se recogen periódicamente alarmantes cifras relacionadas con embarazos o enfermedades de transmisión sexual en la población adolescente.

La realidad de los comportamientos sexuales de adolescentes y jóvenes puede resultar paradójica y contradictoria en relación con la información y formación que reciben sobre sexualidad. Parece existir un punto ciego que no permite explicar por qué no disminuyen las prácticas de riesgo a pesar de los esfuerzos por acercar a los jóvenes todas aquellas medidas necesarias para evitarlos.

Los datos que arrojan las investigaciones sobre el comportamiento sexual de los jóvenes tampoco son nada tranquilizadores. En la última década ha ido descendiendo progresivamente la edad de inicio en las relaciones sexuales completas² y,

1. El que la preocupación de los mayores por la sexualidad de los jóvenes sea una constante histórica no niega que en los últimos tiempos esa preocupación se vea justificada, e incrementada, por unos datos empíricos de cierto carácter alarmante.

2. Según la investigación publicada por INJUVE y FAD (Comas, D. y otros, 2003) el 69,3% de los jóvenes españoles entre 15 y 24 años mantiene algún tipo de relación sexual compartida. La edad de inicio en las relaciones sexuales completas parece haber ido descendiendo en los últimos años. En otro de los estudios del INJUVE (2001) la edad media de inicio para ambos sexos está en los 17,71 años. Cada vez se aproximan más la edad de inicio entre chicos y chicas.

a pesar de la flexibilización y facilitación del uso de medidas anticonceptivas y profilácticas, sigue aumentando tanto el porcentaje de embarazos no deseados como el de enfermedades de transmisión sexual³.

En virtud de todas estas razones, se ha investigado sobre el patrón de comportamiento sexual de los jóvenes, y se puede afirmar que el grado de conocimiento alcanzado es muy alto. Las variaciones de los hábitos sexuales de la cultura juvenil cuentan con un seguimiento permanente que, en teoría, debería permitir ir diseñando las estrategias de actuación más oportunas. Así en los últimos años se han desarrollado planes, programas y proyectos que abarcan:

- Una legislación y reglamentación que incluyen como eje transversal, la Educación Sexual (dentro del marco de la Educación para la Salud), a lo largo de las distintas etapas y ciclos de la enseñanza escolar obligatoria.
- La creación de servicios municipales de atención y asesoramiento a adolescentes y jóvenes en materia de sexualidad.
- La oferta de programas de formación sexual para jóvenes y adultos, desde el marco asociativo.
- Campañas de sensibilización e información de carácter estatal, autonómico y municipal.
- La puesta en marcha de estrategias para favorecer la accesibilidad de profilácticos, a través de máquinas expendedoras en los entornos vitales de los adolescentes y jóvenes.

Todas estas y otras medidas han supuesto también un enorme esfuerzo emocional porque la población adulta se ha enfrentado a sus propias limitaciones y contradicciones en materia de sexualidad, con el deseo de reducir riesgos en las conductas de los más jóvenes. El punto de partida no ha sido fácil; la educación sexual moviliza posicionamientos éticos que han enfrentado a distintos sectores sociales, provocando pasos entrecortados en el avance de las políticas en la materia. Se está ante un tema delicado. Se ponen en juego valores con relación a la sexualidad, convicciones éticas, morales e ideológicas e, incluso, temores no resueltos y un cierto analfabetismo afectivo o sexual.

Es obvio que no se trata de culpabilizar a nadie. No sería justo puesto que la sociedad adulta se ha encontrado ante el reto de tener que educar en una materia para la que no fue preparada. Sin embargo, sí se tiene la obligación de analizar y reflexionar sobre el discurso socializador y educativo, tratando de descifrar qué

3. Aunque la mayoría de los jóvenes españoles circunscriben sus relaciones sexuales en el marco de una "relación estable", Hernán, Ramos y Fernández (2001) indican un progresivo incremento de la promiscuidad sexual. Las prácticas de riesgo, en relación a no tomar precaución alguna siguen manteniéndose: alrededor de un 14% de los jóvenes entre 15 y 24 años no usan profilácticos u otros anticonceptivos. Es muy llamativo que todavía el 17% de chicos y el 10% de chicas usa el coito interrumpido como medida anticonceptiva. Asimismo el 6% de los jóvenes acude algunas veces a la píldora del día después. Todos ellos datos que explican la presencia de un notable número de embarazos no deseados y de enfermedades de transmisión sexual en esas edades.

elementos, en sus contenidos, en su formato de transmisión o en los agentes que lo protagonizan, influyen en que no sea escuchado por muchos jóvenes.

En los últimos años se ha planteado una corriente formativa que tiene en cuenta los elementos anteriormente citados. Se ha propuesto una buena selección del agente educativo, se ha construido el contenido formativo en base a las demandas de los jóvenes y no de los adultos, y se ha desfocalizado el protagonismo de la prevención de riesgos para centrarse en la educación afectivo-sexual y en las habilidades necesarias para ello. Además, esto se ha intentado hacer utilizando nuevos soportes. Así, por ejemplo, se ha usado al cine como herramienta pedagógica para la educación sexual; este soporte tiene una excelente acogida y sirve doblemente: como objeto intermediario que aproxima a jóvenes y adultos, y porque permite aprovechar los propios contenidos erótico-sexuales que el cine muestra, para reconducirlos educativamente. No obstante, éstas y otras líneas de acción no cuentan con el tiempo suficiente de desarrollo como para poder valorar sus efectos en la población adolescente y juvenil.

En otro orden de cosas, desde una perspectiva investigadora, es importante ampliar la mirada. En la actualidad contamos con un exhaustivo mapa comportamental en materia de sexualidad de los adolescentes y jóvenes pero desconocemos profundamente el significado y el valor que ellos le dan al sexo y a la sexualidad. Profundizar sobre ello permitiría analizar la función simbólica e identitaria que la sexualidad tiene para los jóvenes, alcanzando con ello un mejor y más profundo conocimiento del comportamiento sexual y, por ende, obteniendo mejores posibilidades de orientarlo.

Si nos acercamos a la significación del comportamiento erótico-sexual, trascendiendo de los meros datos descriptivos de dichas conductas, es muy probable que consigamos acercarnos a la realidad de los jóvenes desde una nueva perspectiva, y podamos así abrir un campo de significaciones que quizá arrojen más información, e información más relevante, sobre la permanencia de conductas de riesgo. Acaso el cumplimiento de este objetivo sea una asignatura pendiente en un momento, en un período de la historia de España, en el que se invierten más recursos que nunca para que los jóvenes cuenten con más planes, mejores programas y proyectos más adecuados, para su sensibilización, información y formación sexuales.

Al cumplimiento de dicho objetivo se dirige la presente investigación.

2. Aproximación teórica y metodología del estudio

1. APROXIMACIÓN TEÓRICA

La construcción social del deseo

Uno de los aspectos que ha suscitado enorme interés en el campo de la Psicología Social es el análisis de cómo se construye la acción social; por qué las personas y los grupos interaccionan: las causas, los modos y maneras del intercambio humano. De hecho, apelando a lo más básico, la vida está fundamentada en la acción y el movimiento; tanto es así, que se la ha llegado a definir como “Todo estado de actividad de los seres orgánicos” (Diccionario Casares).

Acción social es cualquier conducta, en la medida en que el agente o agentes de la misma asocian un sentido subjetivo a la misma. Hay una acción social siempre que uno o varios individuos se comporten con respecto a una situación en la que están presentes otros seres humanos, y atribuyan un significado subjetivo a ese comportamiento (Weber, 1977). La finalidad de los agrupamientos es la interacción y el intercambio. Muchos autores han investigado los mecanismos que promueven el paso hacia la acción para una interacción social. Algunos, como Weber, señalan que cualquier acción social conlleva una finalidad, una valoración racional, una carga emocional y un influjo de la tradicionalidad (entendiendo como tradicionalidad las normas y los valores de la cultura en los que esa acción tiene lugar). Otros, se detienen en el paso previo y articulador de la acción; así Parsons, Bales y Shills (1953) distinguen entre motivación para la acción y orientación de la misma; la motivación es individual pero la orientación puede ser individual o grupal, y siempre tiene lugar bajo el marco social de referencia. En las conceptualizaciones que estos autores realizan está implícito el deseo, la motivación para la acción, que tiene que ver con la necesidad y se fundamenta en el principio de placer, en la satisfacción del logro, pero también, todos ellos, hacen referencia al condicionamiento social y cultural que cualquier acción tiene cuando se ejecuta.

Como los seres humanos viven en grupos y sociedades, los deseos individuales se diluyen en los grupales, siendo la estructura social y la cultura las que generan y moldean el deseo, dándole una expresión colectiva por encima de lo individual. Además, el deseo no siempre es fluido y armónico porque, aunque puede ser nexo de unión entre personas, más bien es generador de conflictos de intereses entre las personas y los grupos. Por esta razón el deseo está, al menos socialmente, regulado, enmarcado dentro de un conjunto de normas que premian o castigan el modo de satisfacción del mismo. Los valores sociales y la estructura social son los que canalizan y delimitan la accesibilidad y la distribución de esa accesibilidad al deseo, cualquiera que sea la forma que tome. El deseo erótico, que emana de la sexualidad, está lógicamente mediado por la cultura y, según el momento histórico y los valores predominantes, ha estado sometido a un tipo de norma u otra; la sexualidad, en todas sus formas, emerge y se realiza en medio de una cultura, que modela y normativiza el deseo erótico.

El deseo sexual se construye con tres elementos moderadamente independientes: el impulso, el motivo y el anhelo (Levine, 1988, 1992). El impulso representa la base biofisiológica del deseo sexual; está constituido por elementos anatómicos, fisiológicos y neuroendocrinos que regulan y predisponen el comportamiento sexual. El motivo hace referencia a la articulación psicológica, a la disposición hacia la acción; está condicionado por la historia personal y por la socialización del sujeto en su contexto. Por último, el anhelo, se corresponde con la representación más sociocultural del deseo sexual, está fuertemente mediatizado por el contexto y determina la necesidad de implicarse en experiencias sexuales.

Hay consenso pues en que la sexualidad se sitúa en el cruce de la naturaleza con la estructura social. Esa posición explica que, según Osborne y Guasch (comp. 2003) la sexualidad sea universal y conservadora; es universal porque en todas las sociedades de todos los tiempos hay normas, explícitas o no, para gestionar un deseo erótico o sexual anclado en las naturaleza, y es conservadora porque se ocupa de reproducir el orden social vigente: en el momento en que el deseo erótico puede alterar y transgredir el orden establecido, la sexualidad señala el modo y manera en que las relaciones pueden existir sin alterar dicho orden social. En definitiva, las aspiraciones sexuales parecen dibujarse de forma acorde con la tradición cultural, con el momento histórico y con los intereses de los grupos que ostentan el poder.

Como resultado de todo lo anterior, investigar el significado de la sexualidad de los jóvenes es una tarea muy compleja, puesto que los sujetos son seres biológica y psicológicamente sexuados, dentro de una cultura con unos valores en torno al comportamiento sexual y unas reglas que condicionan esas conductas. El análisis de la función sexual (función reproductiva, relacional, simbólica, identitaria, etc.) supone tener que moverse en sus diversos planos de lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural. Por ejemplo, intentar analizar la sexualidad de los jóvenes de nuestros días sin contar con los valores vigentes en la cultura actual, sería como intentar hacer un puzzle sin la imagen o el modelo de referencia.

Con objeto de comprender la función simbólica del sexo para los adolescentes y jóvenes, y el modo de vivirlo, es necesario hacer un breve recorrido histórico que permita comprender los elementos culturales que han influido en la configuración actual de la sexualidad en el imaginario colectivo.

¿Cómo se ha ido regulando la sexualidad en España?

Las costumbres y normas relativas a la sexualidad han venido marcadas a lo largo de la historia, entre otros factores, por las normas emanadas de la religión dominante en cada periodo y cultura¹. En la sociedad española la religión católica ha sido, de entre los cultos practicados, la predominante en la historia. Esta religión ha pretendido circunscribir la sexualidad al ámbito del matrimonio y a la función exclusiva de la procreación; todo lo que saliera de estos criterios, además de ser pecado, era castigado con mayor o menor intensidad según la época (no sólo con castigos “morales”, pecado y condena, sino con penas instrumentadas por el brazo secular y por la legislación civil).

El principio del cambio comienza con una progresiva secularización de las sociedades a partir de los siglos XVIII y XIX. En esta etapa, la concepción de la sexualidad y su control social van transfiriéndose a la Ciencia y a la Medicina, que son las que legitiman lo que es bueno y lo que no. Al principio, indudablemente, no hacían más que corroborar las normas establecidas por la religión y, de ahí, la definición de los comportamientos “contra natura”, incluyendo toda práctica sexual que no tuviera fines reproductivos. Más tarde, se fueron fijando las categorizaciones de lo que se consideraban conductas desviadas que, en definitiva, permitían delimitar con más exactitud lo socialmente correcto en el ámbito de la sexualidad.

A lo largo de esa etapa, las diferencias en las costumbres en torno a la sexualidad entre España y los países próximos no eran tan palpables como las diferencias que existían en otros ámbitos. La Europa de entonces compartía la mayoría de las reglas con relación al control del comportamiento sexual de la sociedad.

El tránsito del siglo XIX al XX marcó un nuevo hito en el cambio de la percepción de la sexualidad en la región europea; la novedad de principios del siglo XX fue que la sexualidad se hizo mucho más explícita: una “ola erótica” invadió pacíficamente la sociedad española. Comenzaron a plantearse cuestiones como: el goce en el llamado “acto” sexual, la disarmonía sexual, el nerviosismo por unas malas relaciones sexuales, el interés por el arte amatorio, etc. Existe una importante documentación médica de la época que refiere el interés por la sexualidad más allá del hecho reproductor.

1. Esto ha sido especialmente claro en los estudios de sociedades complejas. En las sociedades más primitivas, más nucleares, los influjos dominantes han sido de orden económico, evolutivo, de supervivencia, etc.

Las obras de Freud fueron traducidas tempranamente al castellano en los años veinte. En este breve periodo, hasta la Guerra Civil, irrumpieron médicos, sexólogos, higienistas, que comenzaron a tratar las relaciones sexuales desde un interés científico, aunque todavía impregnados de un carácter muy moralizante y poco igualitario entre los sexos. La sexualidad libre dejó de ser algo exclusivo del mundo libertino; la revolución erótica provocó una liberalización de las costumbres sexuales, que llegó a interesar a las mujeres corrientes; comenzó el interés por la sexualidad femenina y empezó a aparecer la idea de la mujer moderna. Aunque todo esto estaba referido a un sector social minoritario, no dejó de ser el emergente del cambio del momento que, en España, quedó truncado por la Guerra Civil.

Tras la guerra y durante la dictadura franquista, el régimen político adoptado restableció un orden y control que desterraba los incipientes pasos dados en el conocimiento del universo de la sexualidad. La reordenación en esta área se apoyó efusivamente en las normas de la Iglesia Católica, que marcó el “deber ser” sexual de la sociedad española. Se fortaleció la sumisión de la mujer hacia el hombre, la virginidad hasta el matrimonio, el sexo por y para la procreación y se rechazaron y culpabilizaron todas aquellas conductas que se salían de la norma, es decir, la norma religiosa. Entre ellas, la masturbación, el goce, la homosexualidad; estos comportamientos se equipararon a otros desórdenes, como la zoofilia, la pedofilia, etc.

Todo el avance en el ámbito de la sexualidad de las primeras décadas del siglo quedó globalmente enterrado bajo una superficie de rígida moral y de exigencias de orden público, pero el impulso y la motivación sexual de los individuos tendía a encontrar una salida, a pesar de la represión existente. Si la gente no podía iniciarse hasta el matrimonio, a la legitimada fogosidad masculina se le daba rienda suelta en los prostíbulos, con las mujeres al “servicio de la casa” o con aquellas otras estigmatizadas por ser consideradas “fáciles”. En esta lucha por el orden público y el saber estar, la vida sexual asociada al goce y separada de la función reproductora tenía su asiento oficial en los locales de alterne; éstos no hacían más que confirmar la cristalización de una doble moral.

Mientras tanto, en los libros de texto se apelaba al desarrollo de la virtud y al comportamiento escrupulosamente moral, excluyendo cualquier aspecto que tuviera que ver con la psiquiatria actual sobre la sexualidad. En estas circunstancias, igual que el material pedagógico con el que contaban los jóvenes varones para su iniciación fueron los prostíbulos, la oscuridad del cine y las chicas “fáciles”, en el caso de las mujeres, la iniciación estaba sujeta a los precarios conocimientos que tuviera el marido al consumir el matrimonio. Gestionar el deseo sin sentimiento de culpa debió ser difícil; quizá la mejor salida era proyectar la culpa en otro, en quien provocaba la imposibilidad de contenerse: la mujer y sus formas. En aquella se encontró la diana sobre la que proyectar el rechazo, y sobre la que cargar el sentimiento de culpa por haber infringido la norma dominante.

En la pretensión de poner muros al viento e intentar contener lo incontenible, el impulso y el motivo, surgieron alternativas a la forma de vida mayoritaria, bifurca-

ciones en el camino de lo políticamente correcto. En las clases pudientes era muy común la doble vida; tener una familia (siguiendo los órdenes morales establecidos de rectitud y sobriedad) y, a la vez, desfogar la pulsión de la libido en prostíbulos. En algunos casos, más silenciados pero no por ello menos frecuentes, algunos varones, bajo la formalidad social de la familia, frecuentaban los bajos fondos para satisfacer encuentros homoeróticos. No era extraño que un hombre casado mantuviera una vida paralela con otra mujer, denominada “la querida”. En estos casos, nuevamente, con la familia se cumplía con la moral dominante y con la “querida” se podía vivir el resto.

Lo inusual en esa época es que un hombre abandonara a la familia para irse con su amante. La cultura y el contexto social no sólo deploraba esa acción, sino que el estado de represión y negación colectiva en el que se vivía no permitía hacer consciente la posibilidad real de la fusión entre sexualidad, reproductiva o no, y goce propio y de la pareja. El inconsciente colectivo prescribía que eso no podía suceder de forma natural. La única explicación comprensible es que ella, o él, eran unos “viciosos” lo que les descalificaba globalmente como personas, estigmatizándolas ante el resto.

Con la revolución social y política que cambió el mundo durante la década de los sesenta, las costumbres y las normas con relación al comportamiento sexual se fueron desvaneciendo en su forma aunque no en su fondo. En España, los sesenta representaron el desarrollismo y, con él, el despegue económico del país, la llegada masiva del turismo, la televisión, el incremento de las comunicaciones y la apertura a nuevas costumbres y estilos de vida.

Con la aparición de “la píldora” se materializó el divorcio definitivo entre sexo y procreación, se accedió a la pérdida del miedo al embarazo y, con ello, a las relaciones sexuales completas; comenzó la transición hacia la reivindicación del placer sexual por sí mismo. La difusión inicial de “la píldora” estuvo envuelta en una intensa polémica, que no fue más que la manifestación de una contradicción moral no resuelta; se apelaba a la demonización de aquélla, por ser el símbolo de la falta de los valores vigentes y por despertar el temor de un posible futuro incierto para la institución matrimonial y familiar.

Sin embargo, la eclosión de la sexualidad española tuvo lugar en la década de los setenta; ésta marcó un antes y un después. El proceso de democratización fue ya la espita que abrió paso a la llave de un torrente de vivencias deseadas, soñadas y anheladas por la población joven y adulta, hombres y mujeres dispuestos a experimentar lo hasta entonces fantaseado. Fue el tiempo del destape en todos sus órdenes. Las películas de desnudo no eran más que el emergente explícito del deseo de dejar de tapar, de empezar a vivir, a descubrir y a gozar de una sexualidad en libertad.

En los últimos treinta años España ha cambiado mucho, y todos aquellos retrasos sociales, económicos y educativos en los que se encontraba al principio de la

democracia, afortunadamente han quedado atrás. Nuestro país vive los progresos de las sociedades avanzadas pero también ha incorporado los riesgos que éstas conllevan.

La velocidad del progreso técnico y de la movilidad de los mercados es muy alta y está desacompañada con respecto a los avances sociales que, cada vez más, están supeditados a los tecnológicos y económicos. Ellos son quienes marcan los estilos de vida y los comportamientos, y provocan una destradicionalización de las costumbres sociales.

La destradicionalización de las costumbres

Según Beck (1998), la vida de los seres humanos ha estado marcada por un importante número de vínculos tradicionales (el sentimiento de apego a la comunidad de pertenencia con sus ritos y tradiciones locales, a la patria, a la religión, etc.). Son vínculos que, además de regular las normas y los límites del comportamiento del sujeto, ofrecen un marco de referencia que garantiza la protección del sujeto y la supervivencia del grupo. Sin embargo, las sociedades actuales están afectadas por la movilidad poblacional, los avances tecnológicos, la globalización y el proceso de individuación, todas ellas cuestiones que han provocado una rápida erosión de los vínculos tradicionales, históricamente desarrollados por los pueblos y las personas.

En la historia de la sexualidad española no ha habido una linealidad. Como se ha dicho, los tres momentos definidos en el siglo XX han ido dejando un rastro entrecortado y contradictorio, que ha impregnado la construcción del imaginario colectivo en lo referente a la sexualidad. Quizá el rastro lejano del primer tercio del siglo XX no es más que un eco de lo que pudo ser y no fue en España, por lo que los referentes colectivos no son sino una mezcla de dos modelos de sexualidad: el primero, promocionado durante la dictadura, un modelo de profundo calado social con una idiosincrasia de carácter colectivo, y el segundo, un modelo basado en la libertad individual donde lo colectivo no es uniforme sino, por el contrario, plural y variado.

La destradicionalización en el ámbito de la sexualidad se puede interpretar como un proceso de transformación de una norma colectiva a una norma individual y privada. No se debe confundir la separación en el imaginario colectivo entre sexo y reproducción con ese proceso de destradicionalización sino que aspectos concretos, como éste u otros, están integrados en uno más global que es el proceso de personalización.

Según el filósofo francés Lipovetsky (2003), la destradicionalización de las sociedades democráticas avanzadas puede explicarse a través una nueva lógica, que denomina proceso de personalización. Éste se construye a partir de un valor fundamental, el de la realización personal; el derecho a ser uno mismo, a disfrutar al

máximo de la vida, es el valor de una sociedad que ha elegido al individuo libre, y es la manifestación de una ideología claramente individualista en la que el derecho a la libertad, que en principio estaba circunscrito a lo económico, a lo político, al saber, ahora trasciende en las costumbres y comportamientos más cotidianos, entre ellos, en la sexualidad.

En materia de sexo, la pluralidad de formas de vivirlo es tan variada como el número de individuos. Sin embargo, no se puede olvidar la existencia de una diferencia cualitativa en el universo sexual en función del momento del ciclo vital del individuo. Los sujetos adultos y experimentados tienen un universo sexual propio, creado a través de las experiencias y protegido por la barrera infranqueable de lo privado. En cambio, en ciclos vitales como la adolescencia y los primeros años de juventud, la sexualidad y el sexo tienen un valor y un significado más colectivo que individual, por ser un símbolo de la transición a la vida adulta.

Otra de las consecuencias de la destradicionalización de las costumbres en torno a la sexualidad es una cierta retirada del colectivo adulto en la construcción cultural de ritos iniciáticos para los adolescentes y jóvenes. No obstante, paradójicamente, hablar de retirada puede resultar frívolo e incierto desde el momento en que el colectivo adulto muestra una fuerte preocupación por la sexualidad de los adolescentes y jóvenes; prueba de ello son, en nuestros días, las fuertes inversiones de recursos para campañas de sensibilización, información y formación sexual. Sin embargo, hay que aclarar que estos proyectos educativos han estado más centrados en la prevención de riesgos asociados al comportamiento sexual que en la construcción de referentes culturales, de ritos y símbolos, que puedan dar significado y sentido a ese momento del ciclo vital en el que el despertar a la sexualidad activa es el símbolo más revelador de la entrada en el mundo adulto.

En ese proceso de individualización social en el que los adultos también están inmersos, éstos limitan su labor formadora en materia de sexualidad para con los jóvenes al ofrecimiento de medidas para evitar riesgos (embarazos no deseados, enfermedades de transmisión sexual, etc.). Y, para completar el cuadro, no es infrecuente que los adultos más supuestamente implicados, los padres, deleguen la tarea educativa en terceros (escuelas, servicios municipales, etc.), condicionando el discurso de estos terceros por proyectar en ellos sus miedos.

En estas circunstancias, los contextos informales cobran enorme importancia en la construcción del comportamiento sexual de los jóvenes; la comunidad, el barrio, la televisión, la publicidad, el cine, la música, los amigos, aportan su perspectiva de la manera más directa y desnuda. Con esas y otras fuentes de información los adolescentes y jóvenes, por sí solos, construyen su propio rito iniciático.

Es un hecho que muchas de las representaciones sociales de adultos y jóvenes se comportan como vasos comunicantes. Los adultos proyectan y construyen su propio universo, crean y sienten una determinada imagen del mundo juvenil, y los jóvenes acaban asumiendo como propio el mundo proyectado por los adultos, lo

cual termina por cristalizar, institucionalizándola, la imagen que inicialmente proyectaron. ¿Sucedee lo mismo en la sexualidad? A lo largo de la lectura de este estudio se podrá comprobar que los jóvenes ponen de manifiesto la vigencia de algunos de los aspectos identitarios próximos al modelo de socialización sexual de sus padres, junto con otros que tienen más que ver con el contexto social actual, que parecen de construcción más original. En cualquier caso, lo que siempre es propio es el contexto espacio-temporal en el modo de vivir y de actuar esos elementos.

La sexualidad como rito y como símbolo

El hecho de la iniciación sexual puede interpretarse como el rito de paso a la vida adulta; en este ritual, la escenografía y los símbolos que lo acompañan cambian de una cultura a otra. El ejemplo lo tenemos en las diferencias en el ritual iniciático entre la cultura paya y gitana. En la cultura paya, marcada por la religión católica, la consumación del matrimonio como tal quedaba sellado en el momento del acto sexual, por lo que la noche de bodas tenía una significado singular que debía festejarse especialmente por ser “la primera vez”. Sin embargo, en la tradición de la cultura gitana, en el marco de la celebración ritual del casamiento, era importantísimo la manifestación pública de la pérdida de la virginidad de la mujer casada, mediante la muestra del pañuelo manchado de sangre tras esa “primera vez”.

Ese proceso iniciático, único e irrepetible para cada sujeto, es arropado por la cultura vigente en cada momento con un ritual concreto, a la vez religioso y festivo.

En la sociedad actual, claramente destradicionalizada y en la que las etapas de los ciclos vitales cada vez son más largos, el periodo de transición formal a la vida adulta está sufriendo una moratoria quizá muy dilatada, sin puntos claros de inflexión en el paso de una etapa a otra. Esto implica que los individuos deben ir haciendo una inserción gradual en su nueva etapa, conquistando parcelas del ser adulto sin ser considerados oficialmente como tales. Por supuesto, esto desdibuja la posibilidad de la creación colectiva de rituales *ad hoc* para estas circunstancias.

La Fontaine (1987) define la iniciación como aquellas ceremonias que marcan el tránsito de la infancia y la pubertad de un individuo o grupo de individuos hacia su madurez social. Pues bien, la iniciación sigue siendo un rito, pero cada vez más los adolescentes y los jóvenes deben vivirlo sin otros espectadores que ellos mismos y dentro del marco del grupo de referencia. El discurso social proclama cómo imaginar y cómo proyectar “esa primera vez” y los jóvenes traducen la realización de esa fantasía a sus propios códigos y a sus propios condicionamientos y expectativas.

La edad de inicio de los adolescentes y jóvenes del siglo XXI de ambos sexos, en nuestra sociedad desarrollada, no ha hecho más que descender en los últimos tiempos. Quizá la explicación esté en que nuestros niños y adolescentes, en térmi-

nos de galanteo, ligue y escarceos sexuales, siguen los modelos de socialización sexual que tienen más fácilmente a su alcance (televisión, cine, revistas...), y estos son modelos adultos. En este escenario se acorta la etapa infantil para dar paso a una adolescencia que trata de emular el comportamiento sexual de los mayores.

Como señalábamos, la necesidad de iniciarse sexualmente se ve impulsada por los cambios biofisiológicos (impulso), por el cambio psicológico que condiciona la disposición a la acción (motivo) y por el discurso social que establece lo que puede ser deseado por mujeres y por hombres (anhelo).

Comprobaremos en este estudio que esta iniciación es gestionada de manera distinta por los chicos y las chicas, porque inevitablemente las aspiraciones sexuales se definen desde la organización sociocultural de los roles de género. En ese primer paso iniciático la elección de “con quién” es importante. Nadie quiere fracasar y, para ello, todos buscarán el acompañante más idóneo. Mayoritaria e idealmente, ellas depositarán su expectativa en alguien mayor, y ellos en alguien fundamentalmente accesible.

Lo común en ambos sexos es que “la primera vez” de un encuentro sexual completo tenga un significado de cambio de estatus respecto a uno mismo y respecto al grupo. Tras esa “primera vez”, en la nueva posición a la que se siente haber accedido, se construye una nueva percepción de la realidad, una reafirmación del nuevo “yo” adulto, una diferenciación respecto al grupo de los no iniciados, y un sentimiento de equiparación e identificación con quienes ya “lo han hecho”. En esta dinámica, también podrán apreciarse diferencias, de género y de edad, muy impregnadas por los elementos que construyen el imaginario social.

En este estudio, al enfatizar la función ritual del sexo, se quiere subrayar la dimensión experiencial del grupo más joven en el ejercicio de la sexualidad. De hecho, la iniciación no es más que un primer paso en el camino de experimentación que va a ir conformando el significado que los jóvenes dan al sexo. Por eso, resulta de enorme interés analizar los cambios en la conformación del discurso, comparando la información recogida entre adolescentes y jóvenes de 16 a 19 años, porque son cambios referidos a esos años cruciales que comprenden la iniciación de la práctica sexual. Ni que decir tiene que el análisis comparativo de los discursos también dará cuenta de las diferencias por género, y permitirá contrastar la permanencia o no de las fórmulas estereotipadas que han formado parte, y han contribuido a construir, la cultura española.

Dar el valor de símbolo al sexo permitirá enmarcarlo en un proceso social más amplio, en el que tiene una función definida, y que se integra con otros símbolos dentro un ritual reconocido por nuestra cultura. Este ritual, de carácter lúdico-festivo, es asumido por todos, jóvenes y adultos, y está presente en el imaginario colectivo de nuestra sociedad, sobre todo situado en ese espacio/tiempo propio y exclusivo de los jóvenes: el fin de semana. En ese contexto temporal, y espacial, el significado del sexo tomará un sentido y un valor distinto al que se le da en el tiempo “entre semana”.

La sexualidad en el espacio/tiempo de los jóvenes

Anteriores estudios sobre cultura juvenil han puesto de manifiesto que la realidad juvenil se organiza a partir de una potente dualización del tiempo (Rodríguez San Julián, Megías Quirós y Sánchez Moreno, 2002). El discurso temporal de los jóvenes parece dividido, cuasi escindido, entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, situados en el calendario en días laborables y fin de semana (fin de semana que, en distintos territorios y en distintos grupos, tiende a ampliarse, incorporando nuevos días o nuevas franjas horarias).

Los fines de semana constituyen una franja temporal que se configura como un espacio simbólico propio; en él, los jóvenes, como colectivo social, encuentran un tiempo-espacio para establecer relaciones sociales significativas, reforzar su identidad como grupo y reafirmarse como individuos. El “finde” es el campo de experimentación para el aprendizaje de habilidades personales relacionadas con el éxito social, entre ellas, también las sexuales; es un tiempo que, por el significado que adquiere en la cultura juvenil, tiene un carácter ritual, entendiendo por ritual aquello que se hace costumbre.

En un principio, la palabra rito tuvo una fuerte asociación con costumbres y tradiciones de carácter mágico o religioso. De hecho, el antropólogo Víctor Turner (1999) entiende por ritual “una conducta formal prescrita, en ocasiones dominada por la rutina tecnológica, y relacionada con la creencia en seres o fuerzas místicas.” Sin gran esfuerzo, se puede trasladar el carácter mágico-religioso del rito a un contexto lúdico y festivo, como es el del fin de semana.

Los rituales, aunque suponen una implicación individual, tienen un significado grupal y, por tanto, un carácter social. En este sentido, uno de los rasgos diferenciales de la cultura juvenil es que los jóvenes se vinculan grupalmente: la referencia para el joven es el grupo. De ahí que la diferenciación cultural entre trabajo y ocio, la construcción ritual del fin de semana, conlleva que exista una marcada diferencia en la configuración de los grupos que se establecen en los distintos tiempos. Los grupos con los que el joven se identifica son grupos diferentes porque las necesidades de identificación entre semana y en el fin de semana son distintas. Los jóvenes suelen tener el grupo de entre semana para unas finalidades instrumentales concretas y el grupo del fin de semana para construir formas de relación distintas. Los grupos de fin de semana se constituyen para “salir de marcha” y son mucho más abiertos en su conformación. En ellos, lo importante es la diversión. Las relaciones grupales en ese espacio simbólico no tienen más compromiso e intimidad que la asociada al ocio.

El fin de semana, como una celebración ritual en la cultura juvenil, podría interpretarse como una fase específica de los procesos sociales por los que los jóvenes van ajustándose a sus cambios internos y tratan de adaptarse a su medio ambiente (o de adaptar el medio ambiente a sus intencionalidades dominantes propias). En ese espacio temporal de experimentación el sexo adquiere una notable importancia, porque el fin de semana se construye con ambientes y modos

de relación facilitadores de escauceos y encuentros ocasionales. En las salidas de fin de semana hay un deseo colectivo latente de poner en juego las conductas de galanteo y ligue.

Cualquier ritual está integrado por símbolos. “Un símbolo, es una cosa de la que, por general consenso, se piensa que tipifica naturalmente, o representa, o recuerda algo, ya sea por la posesión de cualidades análogas, ya por asociación de hecho o de pensamiento” (Concise Oxford Dictionary). El rito del fin de semana, aunque no en exclusiva, incluye elementos que adquieren un valor de significación, tanto a nivel individual como colectivo. La ropa, las marcas, la música, el alcohol, etc., son símbolos de identidad, de diferenciación o de reclamo y que forman parte de la escenificación del rito, no sólo el fin de semana, pero sobre todo, durante el mismo. Pueden tener significados dispares pero, en conjunto, forman parte de una misma acción.

Los símbolos, dentro de los rituales, tienen tres características. La primera es la condensación; consiste en la agrupación de intenciones y representaciones en una sola formación (la ropa, la música, las drogas, los lugares...). La segunda es la existencia de símbolos dominantes que agrupan o incluyen a otros (la diversión, el ligue, requieren de la ropa, la música y otros aditamentos). Y la tercera es que los símbolos dominantes ofrecen dos dimensiones o polos: uno sensorial, en el que el contenido está asociado con la forma externa, y otro ideológico, asociado a los componentes de orden moral y social de la cultura.

Los jóvenes, durante ese tiempo y espacio propios, representan un ritual en el que el conjunto de símbolos y la dinámica de interacción, se sitúan en dos niveles: uno, externo o formal, y otro más profundo y emocional. De esa forma, en el ritual en acción, con la excitación social y con el impulso de estímulos asociados (la música, el baile, el alcohol u otras drogas) se genera un clima que favorece una contaminación emocional, y el símbolo sexo sufre, podríamos decir, un cambio de cualidad: las normas y los valores de la cultura predominante se diluyen y el impulso sexual más básico toma fuerza y se hace dominante.

Por eso, en ese contexto, el valor que adquieren los consumos de drogas, el sexo o algunas conductas de riesgo, como la conducción, forma parte de un estado colectivo de excitación, en el que se banaliza cualquier peligrosidad. El sentimiento del vivir “aquí y ahora”, la euforia colectiva de la diversión y el protagonismo de ser uno y estar en grupo, se convierten en ese continente en el que la interacción entre las drogas, los automóviles, el sexo y la actitud del sujeto produce combinaciones peligrosas.

Quizá esto explique de alguna forma que en los contextos del ocio joven, no es el alcohol exclusivamente el que desinhibe para la conducta sexual, sino que forma parte de un conjunto de elementos (la música, el local, la excitación colectiva e, incluso, la idea subjetiva de apropiación de la noche como tiempo propio) y que, junto con la vivencia de paréntesis que supone la ruptura espacio/temporal, refuerzan el paso hacia el encuentro sexual ocasional. En un contexto de exalta-

ción colectiva y de excitación individual, cualquier racionalización serena y objetiva no tiene cabida. La exigencia de ocio y el tono emocional intenso de su necesidad puede neutralizar cualquier discurso de prudencia preventiva. Es la vivencia intensa del “aquí y ahora”, en la que explotar con ansia ese momento es lo que importa, en la que desaparece la idea de “mañana”, y se magnifica el valor de lo que se está viviendo, máxime si se alcanza el objetivo de una relación sexual.

Los encuentros más tópicos culminan en la satisfacción de una pulsión sexual en la que la realización del deseo (sexual y simbólico) es lo que prima, sin que se busque una interacción integral con el otro.

En los encuentros sexuales ocasionales lo que se comparte es la coincidencia en la búsqueda y el cumplimiento del rito. De hecho, los chicos que participan en el estudio señalan en repetidas ocasiones que, hasta cierto punto, el perfil de la chica con la que buscar un encuentro no les importa tanto como culminar su deseo de que el encuentro se produzca.

El grado de satisfacción que estas relaciones sexuales pueden producir no se ha analizado en esta investigación. Sin embargo, lo que sí se ha puesto de manifiesto es que, más allá de conseguir el objetivo de obtener una satisfacción sexual, el triunfo real está en “pillar” a alguien con quien “hacerlo”.

La función identitaria de la sexualidad

Si la iniciación al sexo es un acto de repercusión individual, con un significado que también se refleja en lo colectivo, y este contexto colectivo, a su vez, marca el deber ser de la primera vez, estaremos ante un fenómeno con una retroalimentación permanente, en el que la acción, aunque responda a criterios individuales, se ve condicionada por el grupo y el contexto, que son quienes dibujan el modo de hacer.

Por otro lado, en un análisis transversal del conjunto de investigaciones realizadas por FAD, INJUVE y Obra Social de CAJAMADRID sobre diversos aspectos de la cultura juvenil, una de las constantes que se repite como rasgo identitario de esta cultura, es la aspiración a “la normalidad”, es decir, el deseo de integración a través de compartir con los demás gustos, aficiones, modas e ideologías. Este deseo de homogeneización con el grupo facilita un sentimiento de pertenencia y de identificación, que permite encontrar su lugar al sujeto joven; de hecho, más allá de ser tachados de “raros” todos aquellos que tienen gustos, aficiones o formas singulares, esta circunstancia es vista por el colectivo como un cierto signo de inmadurez o, en cualquier caso, de aislamiento.

Ser como los demás se configura como una aspiración de notable importancia, absolutamente trasladable a la faceta de la sexualidad; sólo que, en este caso, se monta sobre algo que el colectivo adolescente vive, que no puede eludir: el cambio biofisiológico que impulsa la motivación y el deseo sexual, como trasunto definitorio del grupo.

A partir de ahí, se genera un discurso colectivo, al que todos los adolescentes y “neojóvenes” se adscriben, y a través del que se identifican. La función identitaria de la sexualidad entre los 16 y 19 años tiene la misma dimensión que la que ofrecen otros aspectos de la cultura juvenil, como el atuendo, las marcas, las músicas, etc.

El hecho de la relación sexual confiere al joven la materialización más efectiva de hacerse mayor, un proceso en el que las ropas, los maquillajes, el alcohol y los coches o motos, aparecen como aditamentos que acompañan la actuación. La iniciación en el sexo permite diferenciarse de los pequeños (no iniciados) y formar parte de los mayores (iniciados y experimentados). Tras ese salto que incorpora al grupo hasta entonces de referencia aspiracional, se produce una homogeneización del discurso, que hace que muchos de los matices individuales queden en el ámbito de lo privado y se presenten desdibujados, o ignorados, en el contexto grupal.

El enterramiento del lo individual bajo lo colectivo ha ocurrido en aspectos asociados a conductas y actitudes asociadas culturalmente al género. Así, se ha podido constatar un cierto cambio de rol en el varón, que empieza a incorporar valores hasta ahora considerados propiamente femeninos (como es el hecho de dar mayor importancia a una buena sintonía, a la afectividad, a la comunicación cercana) y, en el caso de ellas, se hace patente ese querer disfrutar del sexo ocasional más allá de los convencionalismos.

La sexualidad y su práctica reafirman a los sujetos en diversos aspectos: en la confirmación del “ser mayor”, en la identificación con unas actitudes socialmente dominantes en torno a la sexualidad y, por tanto, en no “ser raro” y, por último, en la asunción de la práctica sexual como un acto de libre elección personal marcada por lo que el contexto social espera de cada uno de los géneros.

Los roles de género

Las diferencias de género están presentes aunque se comparten elementos comunes. En ambos grupos, chicas y chicos, se da un discurso formal dominante, homogéneo, por el que, supuestamente, parecen no existir diferencias entre géneros. En ese “deber ser” en el que los jóvenes se mueven, la presión grupal lleva a hablar desde parámetros de igualdad, y a través de un discurso homogéneo, que diluyen cualquier aspecto diferencial. Sin embargo, bajo los formalismos igualitarios, perviven, y con enorme fuerza, todos los estereotipos heredados que son los que, todavía y en buena medida, marcan las diferencias en los roles y en los comportamientos de género. Los jóvenes asumen los estereotipos sociales, que parecen convivir sin contradicciones con lo deseable, con lo políticamente correcto.

Aunque, al analizar el comportamiento sexual parece confirmarse la asunción de todos los estereotipos, sin embargo, se hace evidente que las mujeres están viviendo un cambio de rol. Están en la tensión entre lo que desean hacer y lo que sien-

ten que se espera de ellas. El reajuste de los roles de género que se está produciendo es más lento de lo que parece. Veremos que las chicas, cuando hablan, lo hacen casi “a media voz” en comparación con los chicos. Ellas ya se atreven, pero todo su discurso está marcado por lo que se espera de ellas, y aun parecería que su impulso sexual está condicionado por el “deber ser” políticamente correcto. Sexo sí, pero en el marco de una relación de pareja estable, y con un temor a ser abandonadas y descalificadas que sigue presente.

El juego del galanteo, en cualquier sociedad, implica la puesta en marcha de las habilidades de seducción y conquista. En ese juego, se actúa siguiendo unas reglas, no explícitas pero sí marcadas por la cultura. Son esas reglas las que parecen no haber cambiado. Los adultos sabemos que el juego del galanteo y la seducción, clave para alcanzar el éxito, requiere crear expectación en el otro, mostrar resistencia inicial, ser comprensivos en la espera, utilizar la adulación y el cariño como aproximación, etc. Es la danza de la conquista, donde uno da un paso provocando el siguiente movimiento del otro; hasta el final del baile que culmina con el encuentro. En este juego, cada joven actúa siguiendo la tradición y ejecutándolo a la manera más estereotipada del género al que pertenece.

En ese ritual de la conquista para un encuentro sexual, se vive una auténtica lucha de poder. Unos quieren pero no siempre pueden, y otras pueden siempre pero no siempre quieren. Es un tira y afloja que condiciona a chicos y a chicas. A ellos porque se sienten dependientes de ellas para llevar a cabo sus deseos, y a ellas porque se mueven entre el miedo al abandono si no ceden, o a la crítica si lo hacen. Ambos parecen estar atrapados en una especie de batalla en la que no sólo están en juego las capacidades y habilidades para llegar a la relación sexual sino que, más bien, la lucha y la tensión devienen del encorsetamiento del discurso social de lo que puede ser o no realizado desde unos roles de género que impiden actuar libremente y sin contradicciones.

2. METODOLOGÍA

Con objeto de analizar la función simbólica e identitaria de los adolescentes y jóvenes de entre 16 y 19 años se ha hecho necesario rescatar el discurso global en su forma más pura, salvando así el encorsetamiento que suponen las preguntas cerradas de un cuestionario. Para ello, se ha requerido de la utilización de técnicas cualitativas para la recogida de la información, con la finalidad de garantizar la riqueza del discurso².

Se han utilizado dos técnicas para esa recogida: los grupos de discusión y las entrevistas.

2. Hay que advertir al lector de que, en el momento de redactar el Informe, los objetivos del análisis obligaban a volver sobre los mismos fenómenos aunque desde diferentes perspectivas. Por ello, pese a que se ha intentado explícitamente, ha sido imposible evitar algunas reiteraciones en los contenidos.

Los grupos de discusión

Se realizaron ocho grupos de discusión, compuestos cada uno por ocho personas que no se conocían entre sí, considerando las variables género, edad, nivel socio-económico y localidad (aunque todos los grupos estaban compuestos por chicos y chicas de la Comunidad Autónoma de Madrid). Los grupos³ fueron los siguientes:

G1	16-17 años	chicos	Madrid capital	nivel socioeconómico medio
G2	16-17 años	chicas	Madrid capital	nivel socioeconómico medio
G3	18-19 años	mixto	Madrid capital	nivel socioeconómico alto
G4	18-19 años	mixto	Madrid capital	nivel socioeconómico bajo
G5	18-19 años	chicos	Madrid capital	nivel socioeconómico medio
G6	18-19 años	chicas	Madrid capital	nivel socioeconómico medio
G7	18-19 años	chicos	pequeñas localidades de la CAM	nivel socioeconómico medio
G8	18-19 años	chicas	pequeñas localidades de la CAM	

La variable nivel socioeconómico se estableció en función de la profesión u ocupación de los padres, además de por el barrio de residencia dentro de Madrid.

Las sesiones, cuya duración estuvo en todos los casos en torno a la hora y media, fueron grabadas, transcritas y posteriormente analizadas.

Los grupos de discusión se desarrollaron con normalidad, aunque las dinámicas mostraron notables variaciones entre los grupos de chicos y los de chicas: chicos muy activos y participativos, desenvueltos, con soltura, disfrutando y riéndose en la reunión; chicas a las que cuesta más iniciar la conversación pero que después participan con interés y aparente sinceridad, algo más “serias” que ellos. En los dos grupos mixtos costó más esfuerzo “romper el hielo”, e incluso los propios participantes explicitaron su dificultad para ello. En cualquier caso, su desarrollo resultó también significativo y lleno de contenidos, pese a que el lenguaje fue quizás algo más comedido, o menos explícito, que en aquellos otros diferenciados por géneros.

Por las peculiaridades del tema sobre el que se centraba la reunión, y por la necesidad de crear un clima lo más distendido y cómodo posible, se optó por que el moderador de cada grupo fuera del mismo sexo que los integrantes del mismo. Anteriores experiencias en grupos realizados por el mismo equipo investigador, en torno al mismo tema, aconsejaban esa fórmula, y a la luz del desarrollo de las sesiones parece evidente que la decisión fue útil, desde el momento en que el moderador pasó a un necesario segundo plano y las conversaciones tuvieron lugar sin aparente influjo de su presencia en la sala⁴.

3. A lo largo del texto se incluyen fragmentos literales de las conversaciones y, como referencia, se incluye los datos que identifican al grupo; por ejemplo: CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM.

4. La mencionada experiencia anterior está recogida en los artículos “Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas” (Ignacio Megías) y “Sexo y riesgo: la dialéctica entre el placer y la razón” (Elena Rodríguez), ambos en *Juventud y sexualidad. Revista de Estudios de Juventud*, 63. Para estos artículos se realizaron dos grupos de discusión (uno de chicos y otro de chicas), con jóvenes entre dieciocho y veinte años.

La presentación del tema fue muy abierta y genérica, por lo que la conversación de los grupos transcurrió por los cauces que marcaba la propia dinámica de los participantes. En algunos casos, la conversación, algo titubeante al principio (más en los grupos de chicas), se hizo fluida y satisfactoria a medida que los integrantes del grupo participaban, e incluso disfrutaban con la charla.

El estilo de los moderadores fue poco directivo, y éstos sólo intervinieron en los casos en los que se pretendía resaltar o rescatar alguno de los asuntos constituidos en pilares, objetivos o hipótesis de la investigación (diferencias por géneros, el juego de poder, tipos de sexo y maneras de entenderlos, referentes identitarios...), además de en las ocasiones en las que la conversación podía derivar en una excesiva sucesión de anécdotas o bromas. En cualquier caso, en la mayoría de las ocasiones los temas fueron surgiendo por sí mismos. Obviamente, en el análisis se ha tenido en cuenta que la manera en que algunos grupos derivan hacia anécdotas algunas cuestiones (qué temas, en qué momento y de qué modo) resulta tremendamente significativa y, de hecho, deviene en objeto mismo de ese análisis.

Entrevistas

Después de realizar una primera aproximación a los contenidos de los grupos de discusión, se confeccionó un guión para realizar las entrevistas. El guión ha sido utilizado de forma flexible, por lo que se puede considerar a las entrevistas como semi-estructuradas. Lo que se pretendía con el guión era llamar la atención de los entrevistados sobre aquellos aspectos que se habían configurado como centrales en los discursos de los grupos, para que pudieran, de forma indirecta, intentar que fueran los entrevistados los que definieran, según sus experiencias y representaciones, sus posiciones al respecto.

Las entrevistas fueron realizadas por cinco entrevistadores, seleccionados del equipo de campo del Observatorio sobre Nuevos Consumos de Drogas en el ámbito juvenil de Cataluña. Fueron propuestos por su capacidad y experiencia previa en observación participante en contextos de relación y sociabilidad juvenil. Dos de ellos fueron seleccionados teniendo en cuenta que tenían la edad de los entrevistados (16 y 18 años), tratando con ello de facilitar el acercamiento a los adolescentes.

Una vez seleccionados los entrevistadores, se llevó a cabo la formación individualizada de los mismos para conseguir su familiarización con el estudio. Todos dispusieron de los resúmenes de los grupos de discusión y del guión extraídos de esos resúmenes, y fueron entrenados no tanto en las técnicas de entrevista, con las que ya estaban familiarizados, sino en los aspectos relacionados con los objetivos de la investigación.

Se realizaron trece entrevistas a chicas y una a un chico, que vivían en contextos urbanos y rurales del área comprendida entre Tarragona, Reus y Salou; trece entrevistas a chicos de Barcelona; ocho entrevistas a chicas de entornos rurales y

urbanos del área comprendida entre Lleida y Balaguer; siete entrevistas a chicos de Lleida; y una a un chico de la zona rural próxima a esa ciudad.

Los entrevistados están comprendidos en el intervalo de 15 a 19 años, siendo mayoría los de 16, 17 y 18. Una parte de ellos eran conocidos de los entrevistadores por ser de sus redes, o por sus contactos previos por el trabajo de campo del Observatorio; la mayoría fueron propuestos por conexión con sus redes relacionales, y no tenían conocimiento previo de los entrevistadores.

Todos los entrevistados han sido seleccionados procurando que formaran parte de redes distintas, aunque en el caso de Lleida y Tarragona una parte de ellos se conocían entre sí, pero presentaban diferencias en cuanto a sus características sociodemográficas y pertenecían a grupos relacionales diferentes. En todos los casos se han procurado criterios de diferenciación y diversidad social.

De las entrevistas, cuarenta se realizaron entre julio y agosto de 2004, las otras tres en noviembre⁵. Los entrevistados recibieron una gratificación de 30 euros por su colaboración. Todas las entrevistas fueron grabadas y transcritas literalmente para su análisis⁶. Los lugares utilizados para realizar la entrevistas fueron escogidos por los entrevistadores o por los entrevistados, buscando lugares que favorecieran el contacto y la empatía.

El resultado final muestra que todas las entrevistas aportan información relevante sobre los temas estudiados; siendo muy diversas en cuanto a las características de los entrevistados, la predisposición de éstos a colaborar y las posturas que muestran, todas ellas, incluso aquéllas en las que el entrevistado mantiene una posición más distante, proporcionan una información suficiente para comprender las experiencias, representaciones y posicionamientos de los informantes.

5. Después del análisis se vio que no se había llegado a un determinado perfil, y se realizaron estas entrevistas complementarias.

6. A lo largo del texto se incluyen fragmentos literales de las entrevistas. La referencia que se incluye al final permite conocer el sexo y edad de la persona entrevistada; por ejemplo: 4GE-16-CHICA.

3. Sexo (como símbolo) e identidad juvenil

Este estudio sobre jóvenes y sexo no trata de desmenuzar qué es el sexo ni cómo se comportan sexualmente los jóvenes desde un punto de vista psicológico ni mucho menos físico. El enfoque que desarrollamos trata de profundizar en el papel que el sexo, como pulsión elemental y universal, ejerce en las maneras de ser joven. Tratamos de conocer cómo afrontan y viven los jóvenes su realidad sexual, qué valor le otorgan en su vida cotidiana y hasta qué punto el sexo pueda considerarse uno de los pilares fundamentales que regulan tanto la manera de estructurar y organizar la actividad como la de entablar relaciones, de los jóvenes entre sí y con otros colectivos. Al menos de forma simbólica.

La metodología que utilizamos sirve para analizar la realidad desde esta perspectiva y, por tanto, las conclusiones que se puedan extraer tendrán que abordarse a partir de estas premisas. No sabremos (a partir de nuestros datos) cómo es formalmente la vida sexual de (todos) los jóvenes, ni si mantienen más o menos relaciones o cómo son esas relaciones. Sabremos cómo los jóvenes quieren que sean y perciben/sienten que son sus relaciones sexuales, es decir, sabremos algo más de los jóvenes a través de su relación con lo sexual. Visto desde la otra cara de la moneda, nos planteamos también entender cómo el sexo (en este caso el que practican los jóvenes) implica a toda una serie de aspectos sociales, simbólicos y relacionales y, por tanto, está condicionado por ellos, tanto en la manera de afrontarlo, como en las pautas para materializarlo.

De forma más o menos explícita, la presencia del sexo en el cotidiano transcurrir de los días adolescentes parece ser algo casi palpable. No tanto en cuanto a su práctica, sino en cuanto a su proyección como modelo ideal de identidad, diversión e integración juvenil. Primeros pasos de su incursión en el universo adulto que los aleja de la infancia, pero con la salvedad de darse desde una juventud que permite abordar los mismos con desenfado, frivolidad y cierta (en ocasiones) falta

de responsabilidad e inconsciencia, sin por ello salirse del rol social que desempeñan y que responde a lo que se espera de ellos y ellas: si eres joven, estás en la edad de pensar en el sexo, de “golpear” todo lo que puedas, y de practicarlo sin más consideraciones que la mera e inmediata diversión. Ello forma parte de lo que socialmente constituye la identidad juvenil, y desde la asunción de la misma emiten sus argumentos. Cuando sean mayores, ya tendrán tiempo (y además les corresponderá) de abordarlo con seriedad, verdadero compromiso y fidelidad.

Si bien suele estar bastante extendida la idea entre los jóvenes (ellos y ellas) de estar constantemente “pensando en lo único” (sobre todo cuando su experiencia en el terreno de la sexualidad es corta o nula: cómo será...), no es menos cierto que, desde los discursos, la diferencia entre chicos y chicas es notable. Entre ellos no existe excesivo reparo a la hora de reconocer que el sexo ocupa un lugar preferente en la jerarquía de sus pensamientos cotidianos, que se extienden a cualquier situación, cualquier contexto, cualquier mujer (u hombre, en su caso). Por el contrario, ellas se muestran mucho más reticentes a aceptar esa constante presencia, lo cual no quiere decir que nieguen su importancia: precisamente porque valoran su importancia, no valdría cualquier situación para que la imaginación se subordine a los poderosos influjos del sexo. En otro plano del discurso, parecería que ellas hablan desde “el deber ser”, aunque luego resulte que, en la práctica, actúan con menos restricciones o exigencias de las que mencionan.

Evidentemente, tras estas posturas se esconden fuertes estereotipos sociales, y ambas están condicionadas por los roles de género predominantes, y la manera en que se conforman socialmente las identidades masculina y femenina (en función del predominante modelo heterosexual).

Precisamente por lo palpable de las diferencias por géneros en los discursos, hemos optado por dividir varios de los bloques temáticos que componen este capítulo entre chicos y chicas. Aun así, no podemos dejar de advertir que cada uno de esos módulos (“desde las chicas...”; “desde los chicos...”) no componen una visión exclusiva y totalizadora de cada uno de los géneros respecto al tema concreto, sino que, más bien, ilustran sobre cómo se construye y argumenta el tema desde ese género, que se observa a sí mismo y al otro.

Asistiendo a los grupos de discusión (principalmente a los separados por géneros) pudimos comprobar lo importante de las diferencias expresivas y discursivas de unos y otras, y tales son las que se muestran en los siguientes capítulos. Pero estas diferencias contribuyen a dar forma a las dos caras de una misma moneda, por lo que, aunque las palabras “desde los chicos” o “desde las chicas” prioricen aspectos diferentes de su propio imaginario sexual, nos proporcionan discursos homogéneos de la relación de los y las jóvenes con el sexo. Y lo homogéneo de gran parte de esos discursos y del imaginario colectivo al respecto, contribuye a que las posiciones de cada uno de los dos géneros sean las que son y no otras.

En las entrevistas aparecen también muy claras las diferencias expresivas y discursivas de unos y otros, siguiendo lo señalado para los grupos. Además, pueden

apreciarse dos planos distintos en los discursos, no siempre fáciles de deslindar, que se refieren a relatos de lo que es dominante en las representaciones de género en un nivel más homogéneo, y en un segundo nivel, en lo que se refiere a lo que hacen e interpretan, filtrado desde su experiencia individual. Estos distintos niveles discursivos que se reproducen en las entrevistas, no son vistos como contradictorios, y de hecho no lo son, puesto que las estrategias personales se conforman a partir de los mundos interpretativos que les corresponden como jóvenes y adolescentes, con los matices de género que chicos y chicas añaden.

Finalmente, este acercamiento a la aportación del sexo a la identidad juvenil concluirá con una incursión, esta vez sí unitaria (no diferenciada por géneros, aunque se apoye en lo que dicen ellos de ellos y ellas, y ellas de ellas y ellos) en algunas de las más importantes diferencias a la hora de valorar determinados comportamientos relativos al sexo según se trate de chicos o de chicas.

1. DESDE LAS CHICAS...

La importancia del sexo como reflejo y respecto a la edad

Escuchar a las jóvenes hablar sobre sexo y sexualidad, con independencia del tono más o menos desenfadado que empleen para ello, es constatar la importancia con la que afrontan lo que consideran una parte destacada de sus vidas. Principalmente porque asimilan claramente esas experiencias, que aún comienzan a descubrir y disfrutar, como una parte esencial y representativa del proceso de maduración y crecimiento del que se sienten protagonistas. Así, la edad será analizada como una variable fundamental a la hora de hablar sobre su sexualidad, y las experiencias vividas se constituyen en auténticos ritos de paso hacia el mundo de los adultos. Por ello, las relaciones sexuales se insertan en los discursos como parte esencial de la manera en que asumen y abordan su identidad como adultas en ciernes; en cualquier caso, autopoicionadas en un camino de madurez que asimila el paso de los años con la acumulación de inevitables experiencias, entre las cuales se encontrarán todas las relacionadas con su sexualidad.

En función de la importancia que conceden al sexo como parte esencial de su crecimiento como personas, el desarrollo de su sexualidad se inserta en el paso de determinadas etapas vitales, a cada una de las cuales le corresponderán las experiencias adecuadas a su edad. Así, ellas hablan de la necesidad de cierta “preparación” para afrontar el sexo en su adecuada dimensión, que no es otra que la de otorgarle la importancia que tiene como parte esencial de su desarrollo. Esto es algo que se pone de manifiesto de forma muy clara cuando se refieren a chicas más jóvenes que ellas (a estas edades, dos años de diferencia pueden ser interpretados como un abismo generacional), siempre observadas bajo el prisma de la inexperiencia y la inmadurez. “Cada cosa tiene su edad”, y esto es algo que sólo se aprende, precisamente, con el paso de los años. Por eso, cuando las que no

han mantenido experiencias sexuales completas sienten una leve presión para iniciarse, alrededor de los 16 años, dicha presión la asumen en sus discursos refiriéndose al “estar preparada”, concepto que no está tan vinculado a una edad concreta sino a la madurez.

«—Si lo quieres hacer...

—Se puede.

—Lo haces.

—Exactamente.

—Cada persona busca lo que quiere buscar, y también, más que nada, yo lo veo... pues en las niñas ahora que vienen, que es que ya lo hacen, pues yo qué sé... porque...

—Pero si vas al instituto y te encuentras Predictors en la basura y tienen desde los trece hasta los quince, digo “¡madre mía!”. Si es que... yo casi... es preferible que lo hagan más tarde. Porque, ¡vamos!

—Yo es que creo que no están preparadas. Y yo, por ejemplo... a mí hace dos años no se me ocurriría haberlo hecho con nadie, por que yo no me sentía mismamente preparada.

—Y es que tienes que estar preparada y esas niñas no están preparadas para eso, y no tienen la cabeza para ver la importancia que tiene, es que puedes... coger enfermedades, puedes quedarte embarazada que con 15 años no es algo muy bueno...

—Y es lo que más les preocupa. No les preocupa otra cosa.

—Sí, sí.

—Pero les preocupa quedarse embarazadas, pero las enfermedades, todas las... porque el sida. No, es que hay muchas enfermedades que se pueden pegar, no necesariamente el sida ni nada, o sea es que... Y eso no lo piensan: las repercusiones que puede tener...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—No sé, la verdad es que el sexo lo reservaba hasta el matrimonio, no sé, veía el sexo, y no sé como no había estado nunca con un chico, lo veía muy lejano. Tampoco me gustaba porque no lo había probado nunca. No tenía ninguna necesidad de hacerlo, no lo necesitaba, no tenía prisa.»

(1TA-18-CHICA)

«—La verdad es que no, no sentía que lo necesitaba, tampoco le di muchas vueltas, claro, depende de la edad, porque años antes pues 15, 13, no como hay niñas de ahora que van yo lo quiero, lo quiero, lo quiero, y luego se presenta la ocasión y dices, son niñas, yo a esa edad jugaba a barbies, todo llega.» (4GE-16-CHICA)

«—Bueno, él tenía 18 y yo tenía 15. Simplemente sobre la marcha me dijo, estás preparada, y yo le dije que sí, y ya que estábamos. Pues sobre la marcha estábamos en mi casa, era fin de año y mis padres se fueron de fiesta con los suyos y nosotros estábamos esperando a que nos vinieran a buscar y llegaban tarde y al final pasó, la típica película que no la ves. ¿Y

qué te esperabas que fuese?) No sé, típico rollo película, aquello la cama, los dos solitos, yo no me esperaba aquello tan rápido, ni aquel día. En la noche buena yo quería fiesta. Un horror, más que nada por el dolor que me jodió toda la noche y le dije ve tú que yo me quedo aquí, y luego me sentí un poco rara también, sí, me sentí, sabes aquello que sientes aquí el cosquilleo éste y que te entran ganas de llorar, de reír, no sabes que hacer, y ya está.» (5GE-16-CHICA)

En líneas generales, más allá del conocimiento concreto, interpretan la inmadurez sexual como la frivolidad del significado del sexo como parte esencial de la persona: si no lo entiendes, no sabes hacerlo, ni le otorgarás la importancia adecuada. La mencionada idea de que mantener relaciones sexuales supone un paso más en el propio desarrollo como persona, se instala en el imaginario juvenil de tal manera que hablar de ello, demostrar que sabes o que tienes experiencia, será, a determinadas edades, parte importante de su identidad como jóvenes maduros, en el camino adecuado hacia el mundo adulto.

Situarse en tal posición es importante para poder hablar de las generaciones posteriores de la manera en que lo hacen (no saben, lo hacen mal, no toman precauciones...), pero también para aparentar o adquirir una identidad determinada (ser mayor) ante los pares. Esto se asume tal cual, y provoca acuerdo ante la idea de que el paso de los años cambia de forma importante la perspectiva sobre el sexo. Ya no se tratará a la ligera, ni se intentará aparentar lo que no es (inventarte o exagerar experiencias, por ejemplo), porque ya no necesitas posicionarte o reivindicarte como adulto: ya lo eres, y actúas en consecuencia, con actos (mantienes relaciones sexuales normalmente) y palabras (hablas de ello de forma tranquila y adecuada, sin fanfarronerías).

«—Yo pienso porque se quieren hacer las mayores. O sea, no las mayores, pero ven a lo mejor a las chicas en la tele, que salen que...

—De todas formas las cosas han cambiado mucho, porque antes las que hacían eso eran las más guarras de... y ahora son las más guays. Depende de cómo se mueva el resto del mundo, porque en el colegio consideran que las que lo han hecho con 13 años son las mejores, pues todas quieren hacerlo. Igual que las más malotas eran las que se pegaban con no sé quién, eran las mejores.

—Pues con 13 años es que yo no pensaba en esas cosas.

—Es que no.

—Yo es que con 13 era muy tonta. Es que con 13 años no me había dado ni el primer beso, o sea como para hacerlo, vamos hombres, es que... [RISAS]

—Yo no sé me...

—Lo que pasa es que las niñas se creen que están cada vez más informados que lo saben todo, y luego míralas, ¿sabes?, luego están todas ahí...

—Pero no tanto con eso como con todo lo demás... Si están... un poco, se intentan... Intentan ponerse más edad de la que tienen... Es que no sé...Y cómo visten...

—Es que antes con 13 años si te querías hacer mayor, pues te pintabas un poquito, para ver si entrabas a la discoteca... [RISAS] ...pero ahora directamente te fumas un canuto, te vas con un pibe...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—No sé, es que luego depende de la edad o de la persona ¿sabes? O de la madurez quizá. Sí... hay momentos en que le das mucha importancia, a lo mejor te inventas cosas para... a lo mejor piensas que con eso vas a ser más aceptado, ¿sabes? o vas a gustar o vas a atraer más. Pero luego... las cosas y ves que no es tan importante. Yo creo que eso, todo el mundo pasa por un momento de echarse más flores, sea en el sexo o sea en otras partes.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

En cualquier caso, tras la censura de tales comportamientos inmaduros y de riesgo, expresiones como “yo es que a los trece años era muy tonta” dejan entrever, a la luz de su experiencia presente, cierto anhelo por un tiempo aprovechado de mejor y más rápida manera, independientemente de que sea cierto o no que ahora las chicas inicien antes sus contactos sexuales (lo que sí se puede asegurar es que la media de inicio de actividad sexual se sitúa por encima de los trece años). Además, resulta casi inevitable resaltar la paradoja que supone el hecho de censurar el comportamiento inadecuado (por inmaduro) de chicas más jóvenes que ellas, a las que atribuyen una predisposición al sexo poco apropiada para su edad, aunque esto sea algo que sólo podrán constatar con el paso de los años. Es decir, la experiencia de la que hablan, y desde la que hablan, se habrá nutrido en buena medida de esos comportamientos inmaduros (practicar sexo sin la adecuada “preparación”, aceptar riesgos innecesarios...) que asumen inevitables a determinadas edades: nadie nace “enseñado”, y sólo la edad otorga el conocimiento adecuado.

En ese proceso o rito de paso hacia la vida adulta, la pérdida de la virginidad ocupará un lugar esencial, auténtica frontera que parece dividir dos mundos diferentes. Y ello condiciona discursos y actitudes en dos sentidos fundamentales. Por un lado, porque pese al análisis formal del sexo como algo que forma parte indisoluble de la propia persona y, por ello, cada cual lo interpretará y dosificará de la manera que más se adapte a sí mismo (no ceder a la presión social y de grupo para perder la virginidad será interpretado como una de las máximas pruebas de madurez, por ejemplo), sí es cierto que la asunción del momento en que se pierde la virginidad como rito de paso ocasiona casi la exigencia de adaptarse a los ritmos de desarrollo considerados como normales. Es decir, pese a que se respete la decisión de cada cual de mantenerse virgen hasta el momento que considere necesario, existe la convicción de que, a partir de cierta edad, lo “normal” es mantener relaciones sexuales, como parte inevitable de la entrada en la vida adulta. Otra cosa será puesta bajo sospecha, por no adaptarse al ritmo al que han de ir quemándose las etapas del desarrollo personal asumidas como adecuadas.

Sería muy aventurado dar una edad a partir de la cual el imaginario colectivo considera “no normal” ser virgen (si es voluntariamente, por representar ideologías desfasadas; si es por falta de oportunidades, por suponer un lastre en la asunción,

por parte de los demás e incluso de uno mismo, de tus capacidades sociabilizadoras o de tus encantos físicos). En cualquier caso, sí es cierto que el estandarte de los dieciocho años como edad que, legalmente, marca la asunción de responsabilidades que antes no se tenían (poder votar, poder conducir, entrar en la universidad...), se constituye en una frontera psicológica que determina, de forma ya inevitable, que te encuentras en la edad de hacer cosas de adultos.

«—Yo cuando empecé a llevar ya un tiempo con mi novio fueron mis padres los que me dijeron “oye mira, tal, si vas a hacer algo, tal”, ¿sabes?, pero hay padres que no, mi niña no, no se va con nadie, que no sé qué...

—Sí, que sí.

—No, mis padres no lo descartan, porque ¡joder!, yo estuve con otro chico bastante tiempo, y bueno, y saben que... que sí.

—Hombre, es que con 18 años no vas a ir de la mano y darte dos besos, lógicamente.» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Cada cosa tiene su edad.

—Tiene su tiempo.

—No sé. Yo pienso que cada cosa tiene su edad... o sea, no una edad, no te digo que eso lo tengas que hacer con 23. No sé qué. No. Pero que cada cosa tiene... yo qué sé... un tiempo para hacerlo, ¿sabes?, cuando tú te sientes preparada...

—Un momento...

—Cuando estás formado. Cuando de verdad, yo qué sé, conoces las cosas porque... no sé... Yo es que... pero casos de chicas de mi edad, ¿sabes? que acaban de tener un hijo y... yo las veo y digo “¡joder!”. No, es que con 18 años, ¿sabes? tener un hijo... pues es que ahora mismo es jorobarte toda la vida. Porque es que es así. Tienes que dejar de estudiar o de trabajar, y claro lo tienen que mantener tus padres, porque a ver qué vas a hacer. Luego el novio se da a la fuga, pues claro...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

Por otro lado, que el comienzo de las relaciones sexuales tenga tales connotaciones de tránsito hacia el mundo de lo adulto, le confiere una importancia que provoca que se observe la pérdida de la virginidad desde un prisma tendente a la idealización, no tanto por el placer o las sensaciones físicas que se le presuponen, como por la carga emotiva y sentimental que implica ser consciente de dar un paso adelante en el proceso vital. Paso que, una vez dado, no tiene vuelta atrás posible, por lo que suele ser medido adecuadamente. Si aún no has mantenido relaciones sexuales, tal será el planteamiento teórico aceptado como correcto, de igual forma que lo era previamente para quienes sí han mantenido esas relaciones, con independencia de las circunstancias concretas que rodearan el momento en cuestión.

Evidentemente, el paso adelante se da con otra persona, que será quien permanezca en la memoria de tu vida como protagonista principal de uno de los puntos de inflexión de tu trayectoria vital. Ante tal asunción, las chicas tienen claro que

la elección de esa persona no puede ser dejada al azar, y tal convicción supone uno de los motivos por los que la pérdida de la virginidad pueda tener lugar antes o después (no encontraba la persona adecuada...).

«—Es que no creo que haya una edad para perderla, creo que hay un momento más que una edad. Si tú estás bien con una pareja y... es que yo creo que se tiene que perder en pareja, también se puede perder en una relación esporádica pero yo creo que para perder la virginidad se necesita una persona de confianza, es importante encontrar una persona adecuada.» (7GE-18-CHICA)

«—Pues que la primera vez, yo qué sé, es algo que siempre te da miedo, te da cosa... No sé.

—Te cuesta...

—Claro, te da vergüenza y para poder hacerlo y tal, yo pienso que necesitas tener confianza en la otra persona para...

—Una vez ya que lo haces y tal uno, pues ya se te va quitando más la vergüenza, los miedos y todo, y entonces a lo mejor una vez que ya lo has hecho ya no te importa tanto conocer... a otra persona, pero para la primera vez, siempre... normalmente a la pareja hay que conocerla y que te dé confianza.

—Claro, no es lo mismo... si lo has hecho o no lo has hecho... entonces él va directamente a lo que va. Y ya está. No tiene ni cuidado ni...

—Claro.

—No es lo mismo, tienes que tener la confianza con esa persona para decirle que eres virgen, que tenga cuidado, que no sé qué... y que te trate bien.

—Y eso, que aparte que cuando ya... cuando ya has mantenido relaciones sexuales anteriormente no tienes la vergüenza que tienes al principio: ¿qué pensará de tal?, ¿que si lo vas a hacer bien? Entonces, yo qué sé... (...)

—La primera vez es que es como si... el primer beso, o cualquier cosa, ¿sabes? Que la primera vez pues tienes muchos miedos y muchas inseguridades, pues porque no sabes lo que va a pasar... Cuando lo haces por primera vez, por ejemplo, tienes miedo a lo que va a pasar después de hacerlo, ¿sabes? No sé... cosas que te dan miedo o te dan vergüenza... Pues yo qué sé, a mí me daba palo desnudarme delante de alguien... yo qué sé. Y entonces con una persona que la conoces y que tienes confianza en ella, ¿sabes? hmm... Pase lo que pase, sabes, sabes que lo vas a tener ahí, ya la conoces... sabes lo que le gusta, lo que no... ¿sabes? Yo qué sé... es distinto. Con una persona que no conoces de nada, va ser... pues nada, echar un polvo y ya está...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Para mí tener relaciones sexuales es hacer el amor, incluye practicar sexo oral y todo eso. Yo nunca lo he hecho, creo que para hacerlo necesitaría una pareja más o menos estable, aunque ahora mismo no la busco.

Pienso que practicar el sexo con alguien que es tu pareja y con alguien que no, es diferente, bueno, practicar sexo es practicar sexo, pero los sentimientos y esas cosas tienen que ser muy diferentes de si lo haces con uno o con otro. Pienso que tiene que ser especial y el chico también, para mí no sería un tío cualquiera, no sé, a lo mejor sí, porque a veces te pillan calentones y esas cosas que no sabes cómo puedes reaccionar. No sé, yo aún no me lo planteo, aunque sé que no puedo estar siempre así, porque tampoco lo quiero, pero para mí está un poco lejos.» (3TA-17-CHICA)

A partir de ese momento, la posibilidad de que las cosas no se desarrollen como “una se imaginaba”, o de que la persona elegida decepcione en uno u otro sentido (fundamentalmente el sentimental), se interpreta como algo que forma parte del personal aprendizaje vital de cada persona, que forjará la experiencia, fortaleza y predisposición de cada cual. En cualquier caso, es evidente que en el horizonte de las expectativas femeninas existe un ideal de relaciones sexuales que responden al modelo de sexo en pareja, estable y con amor. Y en función de tal modelo se analizan las experiencias pasadas y se anhelan las futuras. Que la realidad se ajuste o no a tal modelo, o que la práctica concreta que no lo haga también tenga interés y divierta, no significa que dejen de aspirar al mismo como ideal.

«—Ahora estoy con otro chico, no sé qué decir de él, ya que hace muy poco tiempo. Lo que pasa es que él es muy diferente a los otros, es muy bueno. Los otros estaban muy buenos y todo eso pero dentro de la cabeza no había nada. El otro día hablaba con una amiga y le decía que no sé cómo he podido fijarme en él, porque no es un chico que sea muy atractivo, pero no sé supongo que conforme vas creciendo te das cuenta de que no tienes que fijarte sólo en lo físico. No sé, por el momento este chico me gusta y me he dado cuenta que necesito un chico que me haga reír y que me entienda. Nos enrollamos la primera vez hace tres días, aunque espero que él sea más importante en el sexo que los otros y al final lo haga con él.» (1TA-18-CHICA)

«—No sé, algo más romántico, no tan venga vamos a follar y todo esto, no, no, algo más romántico. Hombre es bonito porque es la primera vez, porque es algo nuevo, pero ahora prefiero que hubiera sido con otra persona, en aquel momento muy bonito y luego tienes ganas de contarlo, pero dices qué pensarán de mí, pero si se lo cuentas a los amigos no pasa nada.

—E: ¿Le diste valor?

—Sí claro, es la primera vez.

—E: ¿La tenías muy idealizada?

—No, pero me hubiera gustado más romántico.» (3GE-18-CHICA)

Sin embargo, tras esa primera vez en la que se presupone una básica relación de confianza con la pareja, que excluye la teórica posibilidad de que la pérdida de la virginidad corresponda a un encuentro puntual, para subsiguientes encuentros sexuales no se exige tal grado de intimidad, mostrándose bastante más abiertas a

la posibilidad de encuentros ocasionales con personas que acaban de conocer. Y es así porque el elemento de precaución ante lo desconocido desaparece. Como dice la voz popular, “la experiencia es un grado” y, una vez experimentado, el sexo pierde parte del temor que puede provocar por toda una serie de elementos de los que presuponen conocer la teoría, pero ante los cuales muestran inquietud en el momento de llevarlos a la práctica por primera vez.

Sin duda, la manera en que se establece la relación entre hombre y mujer, y la permanencia de los roles de género (hombre dominante y con iniciativa, mujer pasiva), potencia esa serie de dudas y despliega toda una serie de interrogantes que sólo la práctica resolverá: ¿me hará daño?, ¿me tratará bien? Cuando la pareja es conocida y transmite confianza, dichos temores se mitigan convenientemente; de lo contrario, la predisposición al encuentro sexual (heterosexual) primerizo, será (en palabras de las chicas) menor.

Pero cuando ya se ha producido ese primer encuentro sexual, por lo general desaparecen dichos temores, y las exigencias de confianza e intimidad disminuyen considerablemente. Entonces, con la perspectiva que otorga la experiencia, pueden llegar a señalar que incluso no hubiera sido necesario adoptar tantas precauciones (sentimentales, que no anticonceptivas: éste es otro tema) ante algo que “no es para tanto” y que comienza a disfrutarse verdaderamente en subsiguientes relaciones sexuales, probablemente con una persona diferente a la que compartió el primer momento.

«—Yo, por ejemplo, cuando era más pequeña... luego ya, fui creciendo y ya me daba un poco más igual... pero siempre la primera vez te apetece hacerlo con una persona especial ¿no?, entonces una persona especial no va a ser una persona que conozcas una noche... (...)

—Es que también hacerlo con un chico que conozcas una noche... yo, para mí, no sé...

—Hombre, para la primera vez no, pero ya una vez que, yo qué sé, que estés acostumbrada a...

—Te apetece una noche pasártelo bien y punto.

—No. No sé...

—[RISAS]

—¿Sabes? que es cuestión de cómo sea la persona...

—Ya, eso sí...

—Vale, la primera vez yo no lo haría con una persona que conozco una noche por ahí...

—Claro, porque necesitas confianza, sentirte a gusto y tal... y eso hay que tomarlo en cuenta...

—¿Sabes? Porque te puede gustar mucho una persona que conoces una noche, pero tanto como llegar hasta ahí la primera vez... No sé.

—A mí también me parece muy íntimo.

—Hombre, es que necesitas confianza porque te sientes inseguro, entonces... Con una persona de una noche no tienes confianza.

—Claro.

—Hombre, a lo mejor luego yo soy la primera que se va con uno que conozca una noche... No creo, pero tampoco se sabe... depende de la situación, del momento y de la persona que conozcas.

—[SILENCIO]

—Pues sí, es que es eso. Yo, de pequeña lo tenía... rotundo ¿no? Pero luego lo veo de otra manera. Que a lo mejor yo no... o a lo mejor el día de mañana, yo qué sé... Pues sí, pero de momento...

—Yo sí que lo veo bien. Hombre, no te digo que te vayas tirando a todos los que veas... [RISAS] ...pero si te gusta mucho un chico de una noche, ¿por qué no lo vas a hacer? Tampoco... Mientras no te... no tengas novio, ni tengas nadie a quien...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Igual que para perder la virginidad. No sé, me imagino... pero normalmente todo el mundo... ¿sabes?, piensa que con el primero que lo tiene que hacer tiene que estar un tiempo, tener un poco de estabilidad y ya pues perder la virginidad, ¿sabes? [RISAS] De hecho... ¿sabes?, pienso que es una tontería, ¿sabes?, yo estuve a lo mejor... yo qué sé, pues por lo menos 7 meses, ¿sabes?, sin perder la virginidad, ¿sabes?, haciendo otro tipo de cosas ¿sabes?, y luego una vez... y luego... ¿sabes? Yo ahora por ejemplo lo pienso y digo... yo qué sé, si es que es una tontería, ¿sabes? Yo por ejemplo, hay veces que... yo qué sé, mi hermana, yo se lo digo a mi hermana, le digo "tú no seas tonta", ¿sabes?, que no... yo qué sé, no pienses que eres más guarra que otra o que...» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

A tales argumentos habremos de añadir la percepción sobre determinados estereotipos relativos a las mujeres, y que tan bien quedan reflejados en la frase que cierra la cita precedente ("...no pienses que eres más guarra que otra..."). En función de una imagen concreta de la mujer, que ésta se comporte, sobre todo en las primeras veces y más aún ante la pérdida de la virginidad, de una manera que no responda a lo que de ella se espera (priorizando sentimientos, con una pareja estable y desde la prudencia y el control), procurará la proyección de una imagen socialmente censurable ("guarra", "fresca"). Imagen que las mismas mujeres asumen de forma casi inconsciente, como refleja la mencionada cita. Más adelante profundizaremos sobre otras implicaciones de tal estereotipo. En cualquier caso, vislumbramos ya un discurso de dos caras que puede llegar a enfrentar a las chicas a una situación en la que tienen que afrontar lo que de ellas se espera y lo que, puntualmente, puede guiar su deseo o su impulso sexual.

«—Yo es que realmente no lo tengo decidido si con pareja o sin pareja... Yo sigo diciendo que somos muy jóvenes para... personalmente pienso que somos muy jóvenes para... meterte ahí en un lío de... ya para toda la vida... Y yo ahora sí que soy partidaria del sexo sin pareja pero con amigos... o solo también, pero... no sé, yo creo que sin pareja o con pareja, da igual. Hombre, si tienes pareja es como que da más... O sea a mí personalmente creo que me da más confianza, porque con un amigo o con alguien que conoces en plan una noche, un fin de semana o lo que sea es

como que si, a lo mejor estás muy a gusto, es muy majo, no sé qué... pero realmente sólo está para lo que está y punto.

—Ya pero...

—Y eso es el riesgo que corres.

—Claro.

—O sea, yo creo que con algún desconocido es muy...

—Es algo importante, que no es irte... no sé, no es tomarte una copa con él y bailar un rato, darle un par de besos ¿sabes?... de ahí a luego estar con él solo y yo qué sé, es una situación... Y que al principio desde fuera es muy seguro todo, pero luego te ves en la situación y dices “¡Uy!, no tanto” (...)

—El sexo como un polvo y punto, creo que no existe, por lo menos para mí, ahora... Yo eso no me lo planteo así nunca, porque es que creo que... que hace falta estar... yo, sobre todo... porque tampoco tengo esa experiencia y estar así... yo qué sé, que necesito un entorno o una persona que sepa que... que al fin y al cabo me va a hacer daño, porque quieras o no tú estás muy segura de lo que quieres, siempre te pueden salir mal las cosas ¿sabes? Nunca estamos tan seguras como para verlo... digan tres tonterías o hagan tres tonterías y te quedas fatal ¿sabes? que yo qué sé, a lo mejor no merece la pena tanto. Además...

—Bueno, yo creo que también, es como contradecirme un poco pero que... O sea, es bueno guardar así en plan... o sea porque yo enrollarse con alguien no lo veo igual de importante que... hacer el amor con alguien ¿sabes? o follar, como lo queráis llamar, que no es lo mismo, para mí no es lo mismo. Pero... yo creo que también es como que hay que dejar un poco... algo realmente que sea válido, no válido ¿sabes?, pero como más íntimo pues para realmente relaciones más íntimas, con más... que ¡jolin! con un tío siempre te puedes enrollar y hacer mil cosas que no sea... eso ¿sabes? No sé, es que es algo tan relativo, hay que estar ahí... (...) ¿cuánto tiempo me reservo? porque claro lo mismo... no llega el momento ese en el que estás preparada nunca y el otro está bueno...

—[RISAS]» (CHICAS, 16-17)

«—Pues vergüenza, siempre era hablar de eso como ¡ah!, mira, ésa lo ha hecho, que vergüenza, era súper tabú, era un tema muy tabú. Sí, si lo hacías eras una puta, los tíos no, pero las tías sí.» (3GE-18-CHICA)

Tiempos para el sexo y expectativas asociadas: sexo en pareja y sexo ocasional

En el salto que se produce entre las expectativas que rodean al primer encuentro sexual completo y la diferente predisposición asociada a los siguientes, juega un papel esencial la naturaleza de la relación entre la pareja. Lo ideal es que entre ambos exista confianza e intimidad, y así se exige (en líneas generales y desde la teoría) la primera vez. Pero, a partir de ahí, para que un encuentro sexual se produzca bastará con que exista una conexión que, en algunos momentos, denomi-

nan como “chispa” o “química”, mezcla de atracción física y sintonía personal, toda vez que un encuentro puntual no permite calibrar el grado de confianza que sí se reclama en otros contextos (primera vez, relaciones estables).

«—No sé... vosotros, por ejemplo, ¿tendríais relaciones sexuales con un chico que acabáis de conocer?

—No.

—No.

—No lo creo.

—Depende de dónde estés, cómo la veas y tal...

—¿Cómo la veas? El contacto visual...

—Las copas que lleves encima...

—No sé, yo eso que creo que tiene que haber... O sea, no te estoy diciendo que le conozcas aquí de hace mil años... que sea tu amigo del alma... pero tiene que haber algo, ¿sabes?, aparte de... La atracción física la puedes tener con mogollón de personas durante el día, te vas en el metro, en el autobús, por la calle con mogollón de gente... pero para que... eso salga bien, en mi opinión tiene que haber algo más aparte de una atracción física. No tiene por qué ser que estés enamorada... ni que le quieras... ¿sabes?... pues un... una chispa.

—(...)

—Yo creo que tiene que haber un... o sea, aparte de tus hormonas que te estén gritando, tiene que haber... hombre si te están gritando mucho, pues... bueno, pero una... una... ¿sabes? una chispa de esa persona, o sea, ya no solamente una chispa que sea física sino que... pues hables algo con ella y te transmita algo... no sé, es que...

—Sí, claro.

—Algo de confianza, a lo mejor, también.

—No, a mí confianza no, si no la conoces de nada... confianza no la sacas en diez minutos...

—Pero, sí que hay mucha gente que a lo mejor le parece mal ese tipo de relaciones, simplemente porque necesitan tener confianza.

—No sé, yo creo que hace falta una química ahí por medio, ¿sabes?, es que no sé cómo decirlo. Que puedes conocerle o no, pero... en mi opinión tiene que haber eso, porque sí no...» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

«—A partir de aquel chico mi vida se convirtió en un desbarajuste. Era un desastre. No podría calcular con cuantos tíos me enrollé e incluso con algunos de éstos (7 u 8) mantuve relaciones sexuales esporádicas, de una sola noche. Las sensaciones que tenía con el primer chico y con los demás que he tenido con tantísimos chicos, son diferentes. Con el primero sentía amor por encima de todo, porque lo quería. Con los otros, sólo había sexo.» (4TA-16-CHICA)

Tal será la principal diferencia entre las expectativas asociadas al sexo en pareja y al sexo ocasional, expectativas que también condicionarán los hábitos (preparación, predisposición, iniciativa). En cualquier caso, lo que sí es cierto es que

existe un discurso ampliamente dominante entre las chicas, que señala lo ideal del hecho de que el sexo se realice con una pareja estable. Principalmente, porque más allá del placer físico que proporciona, se interpreta como una de las más importantes formas de compartir intimidad y confianza con la pareja. En este sentido, amor y sexo (en esta dirección, y no al revés) se interpretan de forma indisoluble, de tal forma que una relación entre dos personas que se quieren se interpretará incompleta sin relaciones sexuales. Éstas estrechan los lazos, hacen que conozcas mejor a la pareja y propician el que, posiblemente, se asume como momento de mayor unión de la misma. Sin sexo, el conocimiento y la cercanía respecto a tu pareja serán incompletos, y sobre tal idea descansan los argumentos más reacios a la postura de quienes prefieren mantenerse vírgenes hasta el matrimonio.

«—¿Cuánto tiempo llevas con tu novio?

—Con el de ahora poco, pero el que estaba ya... es que había estado un tiempo con él y lo hemos dejamos así y ya está, y con el que tengo ahora llevamos una... un mes [RISAS] (...)

—Yo, tres meses.

—Yo llevo dos años y medio ya, dos años y pico.

—¡Poca experiencia de verdad! [RISAS]

—¿Poca experiencia?

—Sí.

—Ya, pero...

—Es que son tres meses nada más.

—Ya, pero ¿en esos tres meses no...? [RISAS]

—Hombre, tiene sus cosillas y esas cosas.

—¿Sus cosillas?

—Hombre, como cualquier pareja normal y corriente.

—Ah, no sé, no sé. [RISAS]

—Pues yo puedo sacar un gran debate, porque yo, como dice... no sé quién ha dicho de... que, como cualquier pareja... yo por ejemplo llevo dos años y medio con mi novio y no he hecho nada porque soy cristiana y mi opinión es que hasta el matrimonio pues ¡yo no!

—O sea, que no has hecho...

—...voy a ser virgen hasta el matrimonio.

—O sea, ¿qué no has perdido la virginidad todavía?

—No.

—[SILENCIO]

—Yo eso lo respeto mucho, en serio, pero...

—Cómo te planteas eso, de verdad...» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Yo prefiero con amor, vamos... que no quita que un día en una noche conozcas a uno y ¡hala!

—O sea, es que yo no creo que tienes por que... que si... no tienes que estar con una pareja estable y sólo... o sea que... cuando hay confianza... es que no sé, a ver... Que no está sólo ligado a la pareja, en definitiva,

que puedes estar... que el sexo también es una muestra de... de cariño y de confianza y de amor aunque no sea enamoramiento, quiero decir que si hay confianza con una persona y tú estás bien y surge, no tienes... yo creo que no hay por qué reprimirse.

—Yo pienso que si se tiene ganas y estás a gusto con una persona en ese momento no tiene por qué ser con tu pareja...

—No estás obligado.

—No sé, puede ser un chico que hayas conocido hace un mes y no es tu novio o estéis... Yo qué sé... un amigo tuyo. Si en ese momento te encuentras a gusto, pues adelante (...)

—...y además eso que la importancia de... del sexo en la pareja en la relación, para mí sí es importante pero yo creo que hay gente que... que lo ve como... o sea, la relación personal y... yo qué sé, cariñosa y tal vale, es equivalente o vale casi lo mismo que la relación física y sexual.

—Yo es que creo que el sexo también es amor.

—Sí, sí, yo no digo que no ¿sabes? pero que el acto en sí o... es que no sé como llamarlo ¿sabes?, como que le da muchísima importancia o sea si va bien lo... Tú para ser una pareja... lo que estábamos hablando antes, te tienen que dar todo no sé qué tanto yo qué sé emocionalmente como... o sea yo encuentro esas parejas que hacen así, que si no van bien las cosas en... la cama pues no... no les merece la pena seguir con esa relación.

—Es que a lo mejor si no van bien las cosas en la cama es que va algo mal también fuera, muchas veces.

—No sé.

—Es que creo que tiene mucha relación... y luego también lo que habíamos antes del sexo sin pareja y con gente que no tienes por qué conocer tanto dentro de... o sea, si no la conoces tampoco sabes cómo se mueve, tampoco sabes lo que puede tener esa persona de enfermedades y... a lo mejor te ves en un problema de que te quedas embarazada y no puedes recurrir a él más tarde, ¿sabes? que es algo que no es sólo sexo y yo qué sé las enfermedades también son importantes.

—No sé... es que me parece muy raro ver el sexo sin nada más que sexo.

—Yo sé que existe porque vamos que...» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Amor es más confianza, compenetración con la otra persona y en cambio el sexo es más por hacer, es placer y ya está, no buscas nada de esa persona. Es mucho mejor con la pareja, hay más confianza, te conoce mejor, sabe lo que quieres, sabes lo que no le gusta, ya tienes el camino más guiado.» (7GE-18-CHICA)

Las chicas de estas edades abanderan de forma casi unánime una defensa del sexo con amor por encima de cualquier otro, como forma esencial y única en que te puedes “dar” a la otra persona, y conocer la relación de pareja en su máxima dimensión. Pero no dejan de señalar la posibilidad de que exista un lado negativo de tal convicción, muy ligado a la asunción de la diferente “naturaleza” de los chicos (“todos van a lo mismo”): puedes llegar a arrepentirte de entregar algo tan

íntimo (a ti misma a través del sexo, en definitiva) si la otra persona no te corresponde como esperabas. Correspondencia sentimental (fidelidad, cariño, respeto, confianza, intimidad), que no de placer físico, en un segundo plano cuando de este tipo de relaciones adolescentes y primerizas se habla. Esta situación puede provocar que se sientan utilizadas, frustradas y, en definitiva, desengañadas; sentimiento que, sin duda, forjará futuras actitudes que ya proyectan desde su experiencia presente.

«—¿Y no os planteáis a veces después, yo qué sé, cuando tenéis movidas con vuestros novios, que os enfadáis y no pensáis, joder, por qué, después de lo que he compartido con él?, no sé si me explico, yo por ejemplo no hago el amor, pero hago otras cosas que también desde el punto de vista cristiano lo veo que está mal, pero es, algo que a ver...

—La necesidad. [RISAS]

—Y yo qué sé, pues a veces cuando me enfado con él, porque estamos muchas veces enfadados, pienso, joder, es que no tenía que haber compartido con él con esto, pero luego se me pasa, claro.

—Es que hay cosas que tú no sabes si... vas a casarte con él (...)

—No sé, de todas formas yo creo... joé, si vas a estar siempre pensando en eso, ¿sabes?, que... aprovechar el momento de... Además, es más, tú te has puesto esa barrera ahí, y bueno, parece que no estás dispuesta a pasarla, entonces como que lo que has hecho lo has hecho... pues igual que a lo mejor nosotras hemos perdido la virginidad, oye, lo has hecho, te haces responsable, te haces cargo, oye, que discutes y lo dejo... pues mala suerte.

—Mala suerte.

—Oye, que eso te puede también pasar en el matrimonio perfectamente, no sólo en el noviazgo.

—Claro, si es verdad, pero yo qué sé, son rayadas mías. [RISAS]

—¡Sí, claro!

—Sí, no, pero que a veces sí que lo piensas, ¡joé!, llevo aquí más de dos años contigo, cuando estás muy enfadada, ¿y tú a mí qué me has dado? ¿Sabes?

—Claro.

—Piensas que has desperdiciado dos años de tu vida.

—No, no.

—¿No te arrepientes de nada de lo que has hecho, ni de nada de lo que has dejado de hacer, no?

—¡No!

—Pues, entonces ya está ¿sabes?, puedes estar tranquila.

—No, claro, sí, lo que pasa es que...

—Hombre, siempre te queda esa espinita, pues te he dado yo un montón de cosas y... ¿para qué?, ¿para dejarlo?, pues no. Pero no sé si... es compartir, una relación de pareja es compartir al fin y al cabo.»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Pues yo llevaba seis meses con él y siempre me decía para hacerlo, para él no era su primera vez, y yo le decía que no, y un día pasó, y después ya no me dijo nada más, era una apuesta.» (11GE-16-CHICA)

Ante esta situación, las chicas llegan a situarse en una encrucijada. Por un lado, la presión de situarse en una edad que presupone la disposición al encuentro sexual (más aún por cuanto ellas, por lo general y según reconocen, se relacionan con chicos mayores), y la voluntad de “retener” al hombre que quieren a base de complacer su deseos físicos (en ningún momento se duda que todos ellos quieran lo mismo: sexo), puede conducir a que, de algún modo, se sientan impulsadas a mantener relaciones sexuales porque es lo que toca y porque son conscientes de que es lo que los chicos persiguen.

«—Antes de mis primeros contactos amorosos... el amor o el sexo no tenía demasiada importancia. Mi primer contacto con un chico fue a los 13 años; así que no había tenido mucho tiempo para pensármelo. Era una niña. Él, era el guapo del instituto y tenía 19 años. Estuvimos saliendo durante 8 ó 9 meses; hasta que un viernes, al finalizar las clases me dijo que si le podía acompañar a su casa y yo le dije que sí (muchas veces ya había estado en su casa jugando a la play, charlando...). Aquel día me llevó a su habitación y, cuando ya llevábamos un rato enrollándonos, me preguntó si quería hacerlo con él. Yo le dije que sí; no sé si se lo dije por quedar bien delante de un chico de 19 años, o porque de verdad lo quería y estaba preparada para hacer el amor con él con sólo 14 años. Lo hicimos. Duramos 5 meses más hasta que él se buscó a la guapa del instituto.» (4T-16-CHICA)

«—Hacer el amor es con la pareja que estás y hacer el sexo pues simplemente, esta noche te pillo, me tiro éste y dices pues no me acuerdo de nada... es simplemente diferencia de estar con una persona con la que cojas confianza y la amas, y la otra es, te conozco esta noche, es por tu físico, porque ni tan sólo hemos hablado y ya está. (...) si una noche te sale la ocasión y no la puedo perder... es una forma de ganártelo. Ganarte al chico, no sé, es una forma de que ellos también cojan más confianza, y hay veces que dicen, éstas son más difíciles pues éstas me gustan, pero también les gustan las fáciles.» (4GE-16-CHICA)

Por otro lado, la misma convicción de que todos los chicos “van a lo que van” sin mayores contemplaciones, y que una vez conseguido perderán gran parte del interés en la chica, junto con la convicción personal de la importancia del sexo como pilar importante de las relaciones de pareja (que representan el ideal), procura que estén alerta ante la posibilidad de tales engaños y decepciones, algo que retrae su predisposición ante determinados encuentros sexuales.

«—Está claro que los dos sentíamos cosas diferentes. Creo que él sólo sentía que estaba buena, el morbo que le podía dar...Y yo lo veía muy diferente

lo veía más bonito, feliz... pero a la tercera semana yo vi que el chico sólo iba conmigo, para el sexo y que si esto no se terminaba acabaría follando con él. Entonces, le dejé. Este fue mi primer amor.» (1TA-18-CHICA)

En función de tales consideraciones, uno de los aspectos que propician la adhesión femenina en torno a un discurso que refuerza la identidad de género es el relativo a cómo se afronta y analiza el “placer” o “disfrute” del sexo. Desde el primer momento, como ya hemos señalado, existe una clara diferenciación en las expectativas asociadas al sexo en pareja y al sexo ocasional: mientras en el primero el placer incluye el propio y el de la pareja (si sólo disfruto yo, no estará bien...), el segundo se afronta desde posiciones más individualistas (si disfruta el otro, mejor; pero lo verdaderamente importante es que disfrute yo).

«—Yo creo que cuando es sexo y punto, yo creo que simplemente piensas en ti. O sea, principalmente en ti. O sea, yo pienso en que quiero pasármelo bien, y a lo mejor te da un poco igual la otra persona. Sin embargo, cuando es con amor, tú estás pensando en que él se lo esté pasando bien y él está pensando en ti, ¿sabes?, y... yo qué sé, y haces las cosas que a él le gustan y él te hará a ti las cosas que a ti te gustan. Sin embargo, cuando es un tío que no conoces de nada no te preocupas en saber qué quiere el otro, ¿sabes?

—[SILENCIO]

—M: ¿Estáis todas de acuerdo con eso?

—Sí.

—[SILENCIO]

—Bueno, no digo que pases de su culo [RISAS] ¿sabes? pero que te importa menos.

—Algo sí, algo, lo mínimo.

—No le das tanta importancia.

—Claro, no le prestas importancia a ciertas cosas. A lo mejor con tú pareja tienes confianza para hablarlo, pues para decir “mira, esto sí, esto no”. A lo mejor con está persona no... no vas a hablar de “¿y a ti qué te gusta? (...)

—Hombre, sí te importa. Pero me refiero a que no es lo mismo...

—De la otra forma es tan importante que te lo pases tú bien como que se lo pase tu pareja, o quién te guste... En la otra situación lo importante eres tú, el otro... como tampoco le conoces, no sabes si... no sabes cómo es, no sabes nada...

—Que a lo mejor es un chico que no vuelves a ver en tu vida, ¿sabes?, que... que lo conoces y ya está...

—Pero sí te importa...

—Si simplemente es por sexo, sin amor ni nada, pues te da igual pero por eso, porque sabes que tú vas a estar esa noche con él pero a la mejor a la siguiente no, y no le vuelves a ver, entonces no te preocupas tanto de cómo lo vas a hacer, o lo que sea, porque si sólo va a ser esa noche, pues ya está.» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

Las mujeres hacen esta distinción para reforzar las expectativas relativas a las relaciones que consideran importantes, es decir, aquéllas en las que los dos importan y no las ocasionales; y lo subrayan para distinguir lo que buscan de lo que no.

No deja de ser curioso el hecho de que, frente al discurso sobre el placer de las dos partes que mantienen los chicos, las chicas señalen cómo experimentan un sentimiento (que no se da entre los hombres) que puede ocasionar cierta amargura o decepción, y ello con independencia de qué tipo de encuentro sexual tengan. Nos referimos a que crean que el hombre tiende a comportarse de manera egoísta durante los encuentros sexuales, preocupándose sólo por su propio placer y desdénando el de la mujer. Si bien en muchas ocasiones tienden a generalizar y atribuir al hombre, como género, adjetivos como egoístas, inmaduros o frívolos, en lo que a cuestiones sexuales se refiere, tampoco hay que dejar de señalar que, en las ocasiones en las que sí reconocen interés en el hombre por preocuparse del placer de la mujer (es de esperar que esto sea lo que ocurra con sus propias parejas, en el caso de las chicas que las tengan...), sugieran que el problema puede deberse a que ellos no las entienden bien, ni saben lo que quieren, ni saben cómo proporcionárselo. Algo que no parece ocurrir al contrario, pues tanto ellos como ellas asumen, casi sin dudarlo, que a la mujer le resultará muy sencillo procurar placer al hombre durante el encuentro sexual.

Ese discurso, unido a la fuerte presencia en el imaginario colectivo de la mujer como la parte “sentimental”, “abnegada” y “sacrificada” de la pareja, que prioriza los lazos afectivos y la estabilidad emocional a las sensaciones de placer momentáneo, deriva en el estereotipo enraizado en las creencias más conservadoras y tradicionales, de la mujer como administradora de placer sexual al hombre, que necesitaría tal placer como una necesidad básica que en ellas no se contempla.

Lo significativo de tal discurso, que evidentemente, expresado tal cual, será censurado como muestra rancia y machista de concebir las relaciones sexuales y sentimentales entre géneros, es la casi inconsciente asunción, por parte de las chicas, de que muchas de las situaciones íntimas que suceden con sus parejas se rigen por esas ideas. Por un lado porque la convicción de que lo verdaderamente importante es el amor, llega hasta infravalorar las puntuales insatisfacciones físicas (que no experimenta el hombre, por cierto).

«—Si se corren, se corren y les da igual si tú te corres o no; las chicas siempre, cuando lo hacemos, intentamos que a ellos les guste, o sea en vez de pensar primero en nosotras, siempre pensamos en él, que él se quede a gusto, y si nosotras no nos quedamos, nos callamos y ya está o fingimos, lo típico.» (SGE-16-CHICA)

Por otro lado, porque esa misma convicción deriva en que, en muchas ocasiones, llegar a priorizar el placer físico sea interpretado como decantarse por el sexo “puro y duro”, es decir, sin amor; algo que no responde al ideal al que se aspira. En tal caso el “placer”, en sí mismo, llega incluso a contraponerse al amor como la otra cara del discurso: el sexo sin amor es por puro “placer”, y el sexo con amor

implica más cosas, por lo que no se asimila tanto con el placer (cuando menos, éste no parece lo prioritario).

«—Sí, pues hacer el amor es cuando hay amor, después de estar con tu pareja hacer el amor y en una noche follas. Follar es sólo por hacer el acto, por placer. Hacer el amor es estar con tu pareja, lo compartes, es diferente. Pues amor es cuando hay amor y sexo es sexo. Amor es compartirlo, estar con tu pareja, además del placer es estar con él, lo sientes, y sexo es que no hay amor, a lo mejor ni lo conoces, es sólo por placer.»

(1GE-17-CHICA)

«—Amor es con más pasión, sexo es sexo, simplemente es sexo, es el placer, sólo buscas el placer y no importan ni los sentimientos ni nada, en cambio en el amor los sentimientos son la base y, si no los hay, es que no hay amor.» (2TA-18-CHICA)

Además de todo eso, el sexo se observa como un territorio a explorar, y sólo la experiencia proporcionará la brújula que te guíe por dicho territorio. Pero la estrecha relación que las chicas establecen entre sexo y amor (o, cuando menos, relación sentimental), y la interpretación del mismo como muestra y parte esencial de una relación afectiva, ocasiona que la experiencia sexual se viva más completa cuando se lleva a cabo con la misma pareja.

Si el sexo es conocimiento del otro, las relaciones sexuales habituales y prolongadas con la pareja serán las que, verdaderamente, te otorguen la auténtica dimensión, importancia y conocimiento del sexo, sus límites y posibilidades (como fuente de placer físico y sentimental). Muchas experiencias sexuales con personas distintas tendrán otra consideración, más cercana a la capacidad de poder satisfacer de forma más o menos inmediata una necesidad física, que a la máxima capacidad de descubrir todo lo que el sexo puede ofrecerte. Todo ello deriva en un planteamiento varias veces escuchado en los grupos de chicas, más aún por cuanto su juventud impide, por lo general, que su experiencia sexual sea tan dilatada como para haber podido mantener encuentros sexuales con muchos y diferentes chicos: si tienes pareja, estarás capacitada para hablar y saber de sexo; si no, no.

«—No es lo mismo hacerlo con tu pareja que hacerlo una noche. En una noche...

—La confianza.

—La confianza normalmente, la confianza...

—O la experiencia de la otra persona, porque tú puedes disfrutar con otra persona que tiene muchísima experiencia, por lo que sea y ¿sabes? y te dejas... por mucho que quieras a tu novio no te lo va a hacer...

—Aparte de que cuando llevas mucho tiempo con una persona, cuando empiezas con alguien, pues a lo mejor la primera vez que lo haces no... te quedas como diciendo "bueno", pero luego cuando os vais conociendo y tal, pues tú acabas sabiendo lo que le gusta a él y él lo que te gusta a ti. Entonces las relaciones serán cada vez mejor.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Yo tengo 18 años y... no sé, tampoco... he mantenido muchas relaciones sexuales... Que no soy muy experimentada...

—Más bien...

—Yo tengo 18 años también, y... bueno, no sé... y tampoco [RISAS] Pues eso... Bueno tengo novio, entonces... pues algo de sexualidad sabré, pero tampoco... tengo 18 años. Tampoco sé mucho. (...)

—Bueno, yo tengo 19 años, y pues lo que decía ella ¿sabes?... Tengo novio también y eso, pero vamos que tampoco es que... yo qué sé...

—Yo tengo 18 años y me pasa un poco lo mismo que a ellas dos. Tengo novio y sé, pero tampoco...

—Yo tengo 17 años y no sé... Sé un poco, tampoco es que sea aquí la... No sé, no sé, como todo el mundo.

—Tengo 18, no tengo novio, y no he hecho nada... nunca. Tengo información pero no... el teórico, guay, pero lo demás... [RISAS]

—Yo pienso que vas cogiendo más práctica y vas sabiendo más del tema, según vayas practicando más y según vayas teniendo más experiencias...

—Claro.

—Sí, yo también pienso eso...

—Entonces, tampoco... según; hay personas que han salido con chicos desde los 15 años y hay personas que hasta los 20 no salen con nadie. Es que es un tema que...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

En función de este planteamiento, conviene rescatar de nuevo la importancia que atribuyen a la variable edad a la hora de hablar de sexo y sexualidad. Principalmente, porque muchos de los argumentos que esgrimen se basan en proyecciones de lo que consideran que será su comportamiento futuro, en función de lo que asumen como desarrollo normal de la sexualidad. Así, frente al planteamiento ideal de un sexo romántico, con pareja más o menos estable y fundamentado en la confianza y la intimidad, coinciden en aceptar que el paso de los años otorga la experiencia que te predispone a los encuentros sexuales ocasionales, puntuales y promiscuos. En cierta medida, se podría decir que se abandona la idea casi exclusiva del sexo como muestra de amor, adentrándose en la exploración del mismo como fuente de placer personal, pero también como muestra de poder y éxito social (siguiendo un modelo fundamentalmente masculino, como veremos más adelante). El porqué de la asunción de unos comportamientos menos rígidos y de una concepción más laxa de la fidelidad se expone en función del siguiente planteamiento: dejar de otorgar importancia a algo que ya no tiene nada de extraordinario, precisamente porque la práctica habitual hace que lo asumas con más naturalidad. Entonces, los reparos desaparecen.

Cuando eres mayor, los encuentros sexuales con personas que acabas de conocer se entienden como parte normal del flirteo, y ello actúa en dos sentidos. Por un lado, como profecía autocumplida que, además, atempera la impaciencia de las más jóvenes, que saben que acabará siendo así. Por otro lado, como argumento justificatorio para quienes ya actúan así (ocasional o habitualmente), pues insertan tal comportamiento en su propio proceso de maduración: ya soy mayor y actúo

en consecuencia. Todo ello, sin que el discurso teórico y generalizado siga cuestionando que el sexo con la pareja habitual sea mejor.

«—Muchísima gente hace sexo sin... sin ningún tipo de confianza, ni nada, pero siempre hay previos ¿no?, algo que... haya una comunicación que no sea tan frío. O sea, irte con un tío que no conoces de una discoteca, irte a su casa o a su coche, tirártelo... es que no lo puedo entender... (...)

—Yo pienso que a nuestra edad es muy difícil, pero un poco más, yo que sé, con más edad yo creo que es más normal, hacerlo en las discotecas y eso.

—Quizá porque la gente ya se encuentra más segura o ya ha vivido mucho mundo y dice “ya lo tengo todo controlado” pero yo creo que en esa situación no sé ni lo que hacer.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Yo a lo mejor digo ahora que no me lío con uno que acabo de conocer una noche...

—Claro.

—...liarme a fondo. Que a lo mejor... yo incluso sé que dentro de unos años si estoy sin novio, seguramente lo haga. Pero vamos, ahora yo te digo que no, entonces no sé. Porque eso digo que puedo cambiar..., o buscas cosas nuevas... A lo mejor, bueno, siempre estás con tú pareja... pues eso, que a lo mejor una noche hay intercambio de parejas... Yo qué sé... Que ahora a mí me parece... ridículo. Pero que yo creo que dentro de unos años... será distinto. Y será bastante normal.

—Incluso hay gente que le gusta meter otra persona más.

—Claro.

—Porque hace unos años lo de acostarte con un pibe que conoces de una noche... lo hacían las golfas del pueblo... y ya. Y ahora, sin embargo, todo el mundo lo hace. O casi todo el mundo. El raro es el que no, ¿sabes? No todas las noches pero... sí. Si te mola un pibe... (...)

—Es que eso es una vez que ya has tenido más experiencia.

—Claro, claro.

—Eso es una vez que ya lo has hecho más veces y tal. Pues que lo raro a lo mejor es que cuando te lías con una persona, pues que llegues hasta el final ¿sabes?, que no es solamente un par de besitos. Pero ya digo, si has tenido más experiencia y tal. Si no, una primera vez, pues no pienso que lo vayas a hacer con alguien que no conoces.

—No sé, yo creo que también depende del caso. No sé... a lo mejor... yo que sé. Pero yo pienso que tampoco todo el mundo se lío con alguien una noche y... y acaba...

—No, claro, no digo que sea siempre.

—Ya, pero que ahora se ve más normal...

—Bueno que sí... que claro, que ya lo ves como más normal.

—...y hace un par de años o tres, era como que... ¡joder!

—Ya... que “qué golfa”.

—Sí.

—Sí, eras la más golfa de todo el mundo, vamos.

—...y ahora pues yo qué sé. No le das mucha importancia.»

(CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Te lo pasas bien y pruebas cosas nuevas que luego puedes experimentar con la pareja que estés (...) sí, por una noche dices, tengo ganas de divertirme y hacer algo nuevo, y si conoces a un chico que te da confianza, si pruebas cosas nuevas, así cuando estés con una pareja le puedes enseñar.» (4GE-16-CHICA)

La concepción del sexo casual forma parte de todo un escenario, relativo a las noches de ocio de los fines de semana, que lo enmarca y dota de sentido en sí mismo. Así, todo planteamiento referido a la necesidad de confianza con la pareja o a la adopción de medidas anticonceptivas y de prevención de enfermedades sexuales, queda convenientemente redefinido, pues su teoría no encaja perfectamente con los condicionantes que plantea la práctica. El ambiente de diversión, el predominio de un imaginario colectivo que sitúa el lígüe y, en última instancia, el sexo en el horizonte de expectativas, y el aparentemente inevitable efecto del alcohol, predispone de manera muy concreta a los y las jóvenes. Con “dos copas de más”, la libido toma las riendas y la sensación de riesgo disminuye. En ese momento, parece más fácil sucumbir a la posibilidad de un encuentro sexual casual, pasajero, y para el que no suelen plantearse tantas medidas de prevención como cuando se realiza de forma planificada y con la pareja más o menos habitual. La excepcionalidad del hecho, y la aparente incompatibilidad del contexto en el que tiene lugar con los designios de la voluntad, sitúan este tipo de encuentros sexuales dentro de “lo normal”, aunque tal normalidad adopte características que se alejan de lo asumido como correcto e ideal.

Se produce una clara dualización en tiempos y espacios, que asimila los mismos a determinados tipos de relación, y ajusta las expectativas de los encuentros convenientemente. Así, la noche (bares, discotecas, alcohol...), el fin de semana (ausencia de responsabilidades) y los periodos de vacaciones (verano, sol, playa...), serán contextos que no responden a lo que se considera como propicio para encontrar una pareja estable o una relación medianamente “seria”. Son contextos aparentemente incompatibles con las necesarias dosis de intimidad y la reclamada necesidad de confianza en los vínculos entre parejas, por lo que, en ellos, la predisposición a los encuentros sexuales “ideales” (con amor, con alguien de confianza, con tranquilidad y preparación) casi desaparece. Es entonces cuando las expectativas son otras y el abanico de lo tolerable respecto a los encuentros sexuales se abre en función de los elementos mencionados: alcohol, diversión grupal, tensión sexual en el ambiente... Simplificando la dualización, podríamos hablar de la noche como el periodo en el que no conoces a las personas (aunque te acuestes con ellas) y el día como el periodo en el que sí tienes la posibilidad de conocer a las personas con las que, entonces sí, poder llegar a alcanzar la confianza e intimidad necesarias¹.

1. El planteamiento encaja perfectamente con lo ya mencionado en *Jóvenes y relaciones grupales* (Rodríguez, Megías y Sánchez, 2002) respecto a esa misma dualización temporal y la manera en que se establecen los lazos de amistad y “colegueo” en ambos: espacios/momentos para estar con los amigos y hablar de cosas “serias”, y espacios/momentos para divertirse con los colegas y no pensar en responsabilidades ni problemas.

«—La verdad es que lo pasé mal, porque me moría de vergüenza. Él era un chico mayor que yo, tenía 4 años más. A lo mejor se esperaba otra cosa de mí o buscaba algo más, pero sólo fue un lío, te tocabas un poco el culo y te dabas besos. Lo conocí una noche en un pueblo cercano, sólo estuvimos juntos ese día, no sé, ahora ya no lo veo. Era el típico lío de una noche, durante el día esas cosas no pasan, te ves más y tus defectos también.» (2TA-18-CHICA)

«—Depende de las edades... y de las situaciones... pienso.

—De dónde estés...

—Claro.

—...con quién estés...

—Porque si estás...

—...en una discoteca...

—Claro, estás con tus amigos...

—...que alguien te ha invitado a algo, ya es distinto, pienso...

—Tú te vas a la playa de vacaciones con tus amigas y...

—También...

—[RISAS]

—Y no vas a ir a buscar novio, ¿sabes? Tú si encuentras a uno que te gusta y te cae bien: en el momento. Pero... aunque estés una semana entera con él, pero va ser simplemente diversión, no va a ser...

—Hombre. Luego te puede gustar mucho la persona y a lo mejor puede salir algo más...

—(...)

—Hombre yo cambio... o sea, no es que cambie, sino que en la noche... Tú sales por la noche, bebes un poco y ya... buscas otra cosa distinta, no buscas un novio, está claro. A lo mejor... te apetece... sólo un rollo... y ya está. Pero luego estás por el día, ves a todas tus amigas con novio, ves... pues ya buscas otra cosa, pues ya ves que necesitas cariño, aparte de placer, ya necesitas cariño. Entonces depende de la situación... no sé... por la noche no creo que nadie busque a una persona para estar con ella. No creo que sea el lugar más indicado.

—Tú estás en el trabajo, en clase o lo que sea y tienes más trato con la gente, entonces tú sabes si te mola éste... si te gusta éste y no sé... que le vas viendo más días y vas viendo si te gusta de verdad o no. Sin embargo por la noche, como va a ser un rato o en la playa, van a ser dos días, pues tampoco te da tiempo a plantearte más. Yo qué sé... tampoco te comes la cabeza... que te llevas con alguien de tu clase o del trabajo o lo que sea, pues es ya más porque te gusta la persona, porque si estás todo el día con una persona la conoces y tal... Bueno, no tiene por qué, pero vamos... No es lo mismo que si sales por la noche que normalmente te lías con alguien que lo acabas de conocer y os habéis gustado físicamente y ya está, porque tampoco...

—Tampoco hablas mucho...

—Pues hablar con él, lo típico... ¿cómo te llamas? Y poco más...

—Por eso...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—En los lugares que se liga más son en las discotecas. Por ejemplo, te arreglas y te vistes bien, sales y te vas a una discoteca, si quieres ligar esa noche, seguro que lo haces. Piensa que hay mucha gente que está como tú, quiero decir que se ha arreglado y ha salido para ligar. En las discotecas tienes a un montón de gente a tu alrededor que a lo mejor ha venido por lo mismo que tú. La noche es así. El verano y la música también influyen. Si bebes un poco se te nota y pierdes la desconfianza y te sientes más seguro, por ejemplo yo soy muy tímida y sé que si bebo un poco no me costaría tanto acercarme a alguien.» (7TA-17-CHICA)

Tal dualización resulta especialmente significativa por cuanto determina y clarifica no sólo lo que esperan unos y otras de esos posibles encuentros sexuales puntuales, sino lo que deben, o, más bien, lo que no deben esperar: no esperes amor, ni afecto, ni que la otra persona se preocupe por tu placer ni tu bienestar, de igual forma que tú tampoco tendrás la necesidad de preocuparte por el placer del otro. Por supuesto, en esta dinámica, las medidas anticonceptivas pueden ocupar un segundo plano: no esperes tampoco que el otro se preocupe por ello. El límite de la expectativa será el placer inmediato y personal. Más allá de ese límite, sólo la responsabilidad y la personalidad de cada cual podrá cambiar el rumbo de la dinámica previsible.

«—...bueno, vale, vais a decir que en una discoteca lo podéis hacer...
[RISAS]
—...pero es más... no sé...
—No es lo mismo.
—...pocas veces.
—O muchas, depende...
—Con muchas personas, o muchas, o pocas.
—Depende.
—Si tú estás enamorado es otro tipo de sexo, que puedes hacer con una persona que acabas de conocer, ¿sabes?
—Por ejemplo, te preocupas por la otra persona. Vais a ir a una discoteca y os metéis en el baño y... sí, “yo ya he terminado y ¿tú? ¡hala! hasta luego” da igual, si es que ni siquiera le preguntáis si tiene alguna enfermedades... el condón, o sea, es que vamos...
—Pero es que tanta culpa tiene el uno como el otro.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

Finalmente, podemos abordar la manera en que estas maneras de entender el comportamiento sexual en función de los contextos, sentimientos y expectativas, incide en la forma en que las chicas establecen la relación entre sexo y amistad con los chicos. Si bien la frontera se presenta clara desde la teoría (la existencia o no de atracción física puede bastar para establecer el límite), en los grupos se pueden apreciar argumentos de confusión muy interesantes por cuanto nos muestran algunas de las más notables diferencias a la hora de abordar el sexo y las relaciones, por géneros. Y es así porque, desde la convicción femenina de que el sexo es

una de las mayores muestras de confianza y compromiso entre dos personas, y una de las mejores formas de conectar y conocer a alguien, surgen elementos que, ellas mismas, sitúan en el centro de posibles confusiones referidas a relaciones de amistad.

Un amigo es alguien con quien tienes confianza, compartes intimidad, y con el que te muestras tal cual eres. Pues bien, en función de ese proceso por el cual se estrechan y afianzan los lazos de amistad, en determinados momentos ellas señalan que el sexo puede llegar a ser observado como un paso más en el desarrollo y muestra de tal confianza y afecto, creando una confusión que llega a obviar el aspecto meramente físico de la relación para instalarse en la duda de encontrarse o no ante el amor. Como dice el tópico tantas veces usado en estudios sobre sexualidad, “las mujeres desean a los hombres de los que se enamoran, y los hombres se enamoran de las mujeres a las que desean”. Es una cuestión que pone en juego la priorización de valores, y muestra las diferentes formas de afrontar la relación entre sexos, todo ello al servicio de una confusión de sentimientos que se integra en los inevitablemente convulsos años de adolescencia y primera juventud.

«—Yo te digo que yo no sé por qué, pero el chico con el que me acerco, el chico con el que comparto ese montón de rato, mi mejor amigo, acabo con él.

—Porque surge...

—Pero a mí eso me pasa, yo siempre todos los amigos que he tenido los he confundido con que los quiero ¿sabes?

—No, bueno, eso también ¿sabes?, o a lo mejor en el momento de... estar tú, sabes, a mí me ha pasado de estar con mi novio y... decir “uy, es mi mejor amigo o...”

—“¿Y si estuviese con él?”, yo a lo mejor lo pienso...

—O sabes... no sé, que me gusta más mi novio, pero no sé, yo te digo que...

—Sí, como que te autoconvences.

—Sí, sí.

—Porque lo ves tan...

—Tendemos a plantearnos más tema más de cabeza en vez de cuerpo, ya confundes todo porque das más importancia a los sentimientos.

—Claro.

—Es lo que he dicho yo, no todo el mundo tiene que entrar por el ojo ¿sabes? Hombre, está claro que si lo ves de simple vista y no le conoces te tiene que entrar por el ojo, y luego ya te planteas otra cosa, pero, o sea, yo se lo digo a todo el mundo, que te puedes enamorar perfectamente del más feo, y simplemente por tener un carácter ahí compatible contigo, ¿sabes?, y llevarte superbien.

—O aunque no sea compatible, sólo te gusta estar con esa persona.

—Claro, te sientes bien con ella...»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

El papel del grupo

En las relaciones grupales, entre pares, se observa la fuerza de los estereotipos más que nunca, como las mismas chicas constatan. Una de sus manifestaciones queda reflejada en lo que podríamos denominar como “cumplir con el grupo”, y que puede tener significados o interpretaciones diferentes entre chicos y chicas. Mientras ellos sienten la presión de mostrarse activos en lo que a las tácticas de flirteo se refiere (“entrar” a las chicas, “ligar”) y, en la medida de lo posible, alcanzar el objetivo planteado (el encuentro sexual, da igual con quién), “cumplir con el grupo” para ellas puede implicar cosas distintas.

Por un lado, su teórica posición más pasiva o contemplativa (son ellos quienes “entran”) las sitúa en la necesidad de actuar en coordinación y al unísono con el resto de amigas: hacer caso a aquellos chicos que interesan al grupo, no hacer caso a los “pesados” que no gustan. Por otro lado, los diferentes ambientes por los que se mueven, se entenderán más o menos propicios al lígüe y al encuentro sexual, en función del tipo de bares (con más público, con más bullicio...), el tipo de gente que los frecuenta (que se viste como tú y se divierte de igual manera), el tipo de música (que propicia el roce y la interacción) e incluso el tipo de bebidas que consuman (que te proporcionan el “punto” necesario). Por tanto, teniendo en cuenta que los grupos en torno a los cuales se articula el ocio nocturno de fin de semana desarrollan el mismo en el ambiente en el que se sienten a gusto e integrados, y que diferentes ambientes presentan diferentes expectativas de lígüe, no parece extraño que se señale que, según el grupo de amistades al que pertenezcas, tendrás más o menos posibilidades de ligar y mantener relaciones sexuales. Como las chicas afirman, en los grupos, quienes frecuenten los ambientes que se alejan de la interacción y la expectativa de excepcionalidad que ocasiona el “ligoteo”, estarán “condenados” a buscar pareja en el seno de su propio grupo de amigos y amigas.

«—Hay sitios donde es más propenso que otro...

—Claro.

—No es lo mismo, bueno depende también, en discotecas pues por ejemplo, si la encuentras, la encuentras bien... pero es difícil encontrarla y en los pubs es de otra forma.

—La gente no suele encontrar nada, la gente no suele encontrar nada, es muy difícil...

—Depende.

—No sé, pero depende... Pero depende del grupo de personas, a mí me gusta distinto tipo de música, yo no bailo, ¿cómo se llama esto? Pachanguero; el pachanguero incita más al sexo y cosas de esas, pero sí los movimientos, los movimientos...

—Hombre...

—Pero, vamos a ver, tú te vas a algún sitio donde voy yo, que es de rock y de bailar... la gente se está pegando para bailar, pues ahí no vas... Sí, que hay... pero de un modo distinto... es más raro, es más raro, no es de... me voy a meter en el baño y... me voy a follar.

—No sé, pero eso... yo voy por pubs y mis amigos no van diciendo eso, yo qué sé... Todas pues estamos que si miramos a los tíos... pero no vamos pensando que vamos a hacer algo más... y luego eso depende, a lo mejor tú justo pues no has ido a eso, pero a lo mejor... tendrán que ligar también o...

—Yo es que los... (bares de rock) son muy cerrados y muy raros, además todo el mundo está fumado.

—Claro, es un sitio que la gente va para cogerse un pedo, no van de ligo-teo... los sitios de pachangueo, no sé...

—No es lo mismo con la gente que va a los pubs y la gente de calimocho y tal... cerveza. En cambio, cubatita y tal...

—Es que cambia mucho de un grupo a otro, normalmente la gente de grupo de pachangueo lo tiene más fácil para ligar, en cambio ese grupo lo que yo digo y ¿cómo encuentran novios esos?...

—Entre ellos.

—Por eso, entre ellos pero...

—Y también es más difícil por eso, porque están sentados, están más a su bola, tranquilo, pasan de estar aquí "voy a conocer a esta".»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Por ejemplo, este verano estuve en Nicaragua, ahí se baila mucha salsa y todo eso y es que... o sea, comparado con aquí me parecía muchísimo mejor porque ahí en un bar... estás y de repente ponen salsa, y la gente pues saca a bailar a una chica, o una chica te saca a bailar a ti o... Te pones a bailar y es mucho más bonito, porque bailas, la conoces, hablas con ella y tal, que aquí es totalmente frío. Hombre, hay bares que no, pero, en general, no se baila, no existe casi... no sé y... lo de llegar una chica y decir "hola, te invito a una copa" me parece muy frío, muy... hombre, te invito a una copa no, pero...»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

Pero la presión más importante entre las chicas, en función de lo que ellas mismas manifiestan, la que les impulsa a "cumplir" y "estar a la altura" del grupo de pares, es la que sienten por equipararse a las experiencias vividas por el resto. En primer lugar, como ya hemos visto, la relativa a la pérdida de la virginidad y a las primeras experiencias sexuales. A partir de ahí, una presión que sienten como cierta es la que se refiere a tener pareja, fundamentalmente cuando el resto de amigas la tienen. Si todas tienen novio y tú no, la sensación de desplazamiento se llega a vivir de forma intensa, pues, con independencia de que el resto no le otorgue teórica importancia a la circunstancia, los hábitos y expectativas de diversión del grupo llegan a variar de tal manera que quien no tenga pareja sienta que no encaja en el mismo.

La pareja es un tema de discusión recurrente cuando se pone en relación con la inserción en el grupo de pares con el que sales a divertirte. Tener pareja supone que gran parte de las expectativas de diversión de una noche de fin de semana cambian de forma importante. Ya no existe la necesidad de encuentro, de bulli-

cio, de unión grupal. En definitiva, ya no existe la necesidad de contar con un grupo (y, cuanto más grande, mejor) para asegurar la diversión². En la vivencia de este cambio de expectativas se encuentra el origen de algo que señalan con bastante frecuencia a lo largo de los grupos: la difícil compatibilidad entre salir con la pareja y con los amigos al mismo tiempo.

Como apuntábamos en *Jóvenes y relaciones grupales*, se da la circunstancia de que ellos sí suelen “arrastrar” a sus parejas hacia el grupo de amigos, mientras ellas no parecen hacer lo mismo. Más bien al contrario, un grupo de amigas en cuyo seno las chicas van progresivamente encontrando pareja, tiene bastantes papeletas para experimentar cierta disgregación, cuando menos temporalmente (durante el tiempo que duren las relaciones). El proceso va inevitablemente ligado al despliegue de toda una serie de sentimientos de celos y reproches, que encuentran su origen en la manera en que ellas entienden y viven el valor “amistad” y conceptos como “dedicación”, “compromiso”, “reciprocidad” o “lealtad” (todo lo cual queda recogido en la citada investigación). Evidentemente, tal disgregación del grupo de amigas resultará especialmente “dramática” para aquélla que no tenga pareja y pueda llegar a sentirse sola.

«—También lo que me gustaría es que tu piba se moviera también con el mismo grupo que te mueves tú, ¿sabes? No tenerte que quedar tú con tu piba, por ejemplo, los viernes y los sábados con tus amigos, sabes, es que...

—Yo no tengo ese problema, porque mi novio y yo... llevamos dos años y tenemos el mismo grupo de amigos y no puedo. En un principio él tenía su grupo de amigos y yo me hice a sus amigos, porque yo no tenía otros amigos, yo me hice, me hice muy bien, sabes. Vamos al mismo lado juntos y no tenemos ningún problema, tenemos los mismos gustos y no sé...

—Yo tengo amigos que es que tienen novia y... llevan un año con ella y nosotros no la conocemos ¿sabes? y eso, no sé.

—Eso también luego distancia mucho a los amigos.

—Claro.

—Lo va ligando poco a poco.

—Qué va, eso no siempre es así, te dejas llevar, muchas veces.

—Algo que ver tendrá, digo yo.

—Algo que ver tendrá, pero yo qué sé. Si él deja de irse con sus amigos, hombre, no se plantea bien las cosas... ¿sabes? en plan pareja y ahora deja a sus amigos de lado, de repente.

—No, no es que los deje de lado sino que...

—Que ya no sale con ellos y tal. En cuanto no... yo qué sé... cambias tu vida completamente y de salir con un chico y ya no volver a ver a tus amigos y eso... mal, acaba mal. Yo pienso que acaba mal, siempre.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

2. Rodríguez, Megías y Sánchez (2002). *Jóvenes y relaciones grupales*. Madrid: INJUVE-FAD.

«—Hay mucha gente que... tiene una pareja ¿vale? Y, por ejemplo, no admite que esa pareja esté dentro de su grupo de amigos, porque piensa que esa relación puede interferir con su amistad, con tal y cual, y yo pienso que es preferible que esa persona o esas personas estén dentro de un grupo de amigos porque así... al conocerle más... puede haber una mayor relación, va a ser más realista.

—Eso depende de la... Lo ideal, está claro, es que tu pareja conozca a tus amigos, porque se supone que comparte todo contigo.

—Pero no tiene por qué, porque muchas veces, no sé, mezclar novios y amigos... pues puede traer problemas, porque tus amigos son una cosa, son un entorno, tienes unas...

—Ya, yo digo que eso suele pasar y...

—Y luego no sólo eso, sino... si termina esa relación, no sólo la separación entre tú y tu pareja, sino que dentro de tus amigos puedes crear... ¿sabes? acabar muy mal, que unos amigos tuyos estén a favor tuyo y otros en contra... (...)

—Yo creo que cuando te apetece estar con una persona, por mucho que tengas a tus amigos y que les quieras un montón, son cosas aparte. O sea que aunque luego lo juntes, que puedas salir con unos o con otros, pero el hecho en sí de tener un momento privado con una persona... a tu amiga le tiene que dar igual, se tiene alegrar por ti si tú estás contento, y ya está. Y está claro que... yo por lo menos, intentaría que sí... Yo soy una persona y tengo a mis amigos y lo quiero un montón, pues que se junten ¿sabes? Si no, además luego es un lío ¿qué haces? Quedas el martes con uno, el miércoles con otro... Vamos, es ridículo... yo lo veo ridículo.

—No sé, yo opino que hay tiempo para todo, hay un tiempo para los amigos, hay un tiempo para estar con tu pareja...

—Hombre, claro.

—Y que puedas estar con todos.

—No, pero a lo mejor cuando sales con tus amigos lo que buscas es un poco eso, no estar con tu novio, simplemente disfrutar la noche, no estar pendiente de que él se lo está pasando bien, de que le caiga bien a tus amigos.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

En la dinámica por la que asumen la normalidad y naturalidad del sexo como parte importante de la condición juvenil, la posibilidad de hablar del mismo libremente y sin tapujos se constituye en un elemento importante. Y frente a tal convicción, el grupo de pares juega un papel esencial como lugar en el que tienen lugar gran parte de las conversaciones relativas al sexo y la sexualidad.

Sin embargo, los propios jóvenes reconocen que no está muy claro que tal cosa se ponga en práctica adecuadamente. Principalmente, porque aún parecen existir muchos elementos referidos a la sexualidad que parecen ser tabú, y gran parte de las conversaciones al respecto se escudan en el humor, el cinismo y la frivolidad. El sexo está presente en las conversaciones cotidianas de los y las jóvenes, efectivamente, pero gran parte de las mismas parecen girar en torno a anécdotas, bro-

mas y deseos, y no en torno a verdaderas preocupaciones o inquietudes referidas a algún aspecto de la propia sexualidad.

«—Lo hablas porque aparte necesitas consejos... muchas veces.
—También.
—Y la que primero... lo haya hecho, pues es la que lo comenta a las demás...
—Y aunque no lo hayas hecho. Da igual.
—[RISAS]
—Primero acudes a los amigos.
—Claro.
—Pues sí...
—Primero acudes a los amigos... yo siempre acudo a los amigos.
—Pero que decía... que si hay una que ya, pues ya todas van a estar: "pues es que tal, no sé qué, es que yo no sé si..." ¿sabes? Lo típico...
—[SILENCIO]
—Porque es con quien más confianza tienes para preguntar lo que sea.
—Claro.
—Más que con tus padres o con tu hermana o con tu hermano... Con tus amigas... son las que más saben de ti, normalmente.
—Sí, incluso te dan consejos aunque no lo hayan hecho nunca.
—Claro.
—Es que es...
—Porque todas sabemos algo.» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Bueno, con mis padres no lo he hablado nunca, aunque con mis amigas es diferente, por ejemplo, al principio algunas de ellas tenían novios y me contaban sus cosas y yo les preguntaba, pero sin tener ninguna intención de irme con un chico, ni nada. Yo les preguntaba pero no tenía una obsesión con lo que ellas me contaban o con lo que yo pudiera oír. Como expectativas no tenía ninguna y tampoco me las planteaba, ya que en el fondo tenía miedo del sexo.» (1TA-18-CHICA)

Resulta curioso que, pese a la importancia que otorgan a la experiencia a la hora de interpretar como adecuado el conocimiento sobre el sexo, en el momento de hablar, e incluso aconsejar, todo el mundo parece capacitado para tomar partido por una u otra posición. El sexo está muy presente, y forma tanta parte de la identidad juvenil, que todos parecen legitimados a teorizar sobre el mismo. Eso sí, a la hora de interrogarse por temas que se refieren a la práctica concreta del mismo, especialmente en lo relativo a los temores de las primeras veces (entre los cuales ocupa especial relevancia el miedo a la existencia de dolor físico), las amigas que sí lo han hecho serán la principal fuente de información, muy por encima de cualquier otra.

«—Todo el mundo que se había desvirgado anterior a mí ya me había dicho que dolía mucho.» (5GE-16-CHICA)

No se habla de sexo con cualquiera, más aún si la conversación gira en torno a algún asunto “serio”. Las chicas lo tienen muy claro: con las amigas más cercanas se compartirán intimidades relativas a las propias experiencias sexuales, fundamentalmente en la búsqueda de consejos y en la resolución de dudas que surgen de la inseguridad que produce la inexperiencia. Incluso en temas que tienen que ver con situaciones que surgen o pueden surgir con la propia pareja, las chicas parecen decantarse por echar mano de la experiencia de las amigas, antes que hablar el tema directamente con sus compañeros. En ese sentido, la tan señalada necesidad de confianza parece aceptar una excepción. Confianza plena cuando la situación entre ambas partes de la pareja es, por así decirlo, de igual a igual. Cuando las dudas tienen que ver con la menor experiencia, o sencillamente con la inexperiencia (¿sabré hacerlo? ¿qué me puede pasar? ¿me hará daño?), las amigas más cercanas serán quienes proporcionen la información y el apoyo.

«—...a lo mejor, yo qué sé... la primera vez aunque tengas mucha confianza con tu pareja, también te da vergüenza, porque es lógico, ¿sabes?, por yo qué sé, no se lo cuentas igual a una amiga que a un amigo...

—Claro.

—...¿vale? E igual que no se lo vas a contar igual a una amiga que a tu novio, porque no se lo vas a contar igual. Luego ya sí tienes más confianza... una vez que... yo qué sé... que ya lo habéis hecho o lo que sea, ¿sabes?, pues tienes confianza con tu novio para decirle lo que sea, pero aun así... una amiga es una amiga. Y la manera en que vais a hablar, la manera en que... yo qué sé..., que vas a tener entre amigos o amigas no va a ser el mismo.» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Ellas me contaban, lo típico, es que la gente exagera mucho, siempre te dicen, he flipado esta noche, y tú allí con los dientes largos y dices a ver cuándo me va a llegar a mí, pero bueno, tampoco era muy concreto, simplemente te lo dejaban caer y te lo imaginabas. Ahora sí, ahora ya con las amigas al ser más mayores y tal nos contamos más, exactamente cosas puntuales y más detalles.» (8GE-18-CHICA)

«—Antes de iniciarme en este mundo hablaba con facilidad del sexo, no me daba vergüenza, pero sí un poquito de miedo y reparo al hablarlo con chicos; lo hablaba, sobre todo, con mis amigas, creo que es un tema normal, yo le daba importancia, aunque con mis padres nunca lo he hablado.» (2TA-18-CHICA)

Evidentemente, tampoco parece adecuado establecer tal extremo como una verdad incontestable: cada pareja tiene sus peculiaridades, igual que cada estadio de madurez. Lo que sí es cierto es que alcanzar tal grado de confianza e intimidad con la pareja, con el que se puede hablar abiertamente de cualquier tema relacionado con sus propias relaciones íntimas, se interpreta como muestra de que la relación es seria, madura y adulta, con independencia de la edad que tengan. Trascender el grupo de pares (núcleo de máxima influencia y referente continuo a estas edades) y circunscribir el sexo al ámbito de lo privado, será prueba de ello.

«—Dentro del grupo que voy hablamos del sexo pero le damos una importancia normal. Con quien más hablo del sexo es con mi novio, para mí es muy importante, me da más confianza, él me entiende y sabe cómo soy de verdad. Hablamos del sexo muy a menudo, creo que es una cosa normal. Nos contamos cosas que nos gustan o que creemos que nos gustarían, cosas que has oído que han hecho, o que una amiga te ha contado. Para mí es más importante mi novio que mis amigos, es que es diferente; mi novio también es mi amigo, pero de diferente manera, tengo más confianza con él que con algunos de mis amigos.» (6TA-17-CHICA)

Una cosa tienen bastante clara. Más allá del círculo exclusivo de las verdaderas amigas, mejor no contar nada importante a nadie más, que los celos, envidias y burlas, desvirtuarán lo que, para quien siente la duda o manifiesta la experiencia, es importante: antes que contárselos a una chica desconocida o no muy amiga, mejor contárselo a un chico (ellas son envidiosas y “malas”, mientras ellos son más nobles y simples)³.

«—Yo qué sé, yo con... no es hablar de... pues así, no, que salga el tema y tal, pues con amigos o... yo creo que más amigos, y además yo creo que... con mis amigos, que tengo muy poquitas, y sobre todo con chicos, o sea, yo he hablado...

—Yo con chicos.

—...de sexo y no... ¿sabes?

—¿Pero tú no puedes hablar con tu pareja del tema?

—Sí, lógicamente con él también.

—No, abiertamente, diciendo ¿tú qué sientes cuando te pasa esto?

—Sí, o sea...

—Hombre, yo con mi pareja lo primero, y luego, después con mi mejor amigo, porque amigas sólo tengo una y... bueno, sí, a veces, pero...

—Yo es que confío más con los chicos que con las chicas.

—Yo también.

—Yo es que creo que las chicas somos más malas.

—Sí, sí.

—Esto también lo digo yo, yo lo reconozco que somos más malas.

—Y aun así, seguimos siendo así.

—No, no, pero en esos temas más, porque con la ropa y con no sé qué somos más reacias, ¿sabes?, aunque hay mucha envidia, pero bueno, pero en ese tema le dices “pues es que he tenido estos orgasmos”, pues no, ella ha tenido más.

—Sí, sí. [RISAS]

—Ella ha sentido más, y sabe más.

—A mí eso no me pasa, porque mi amiga es como yo, opina lo que yo, así que no se puede picar con nada. [RISAS]»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

3. Esta idea, expresada por las chicas, coincide exactamente con lo recogido en *Jóvenes y relaciones grupales* (op. cit.), a partir de lo escuchado en boca de chicos y chicas de 15 a 20 años.

En esa búsqueda de la información necesaria para afrontar las relaciones sexuales con las menores dudas posibles, ni los padres ni la escuela parecen adquirir un papel excesivamente relevante (por lo menos en función de lo que las chicas buscan y nos cuentan). Los primeros, porque tienen ante sí una barrera generacional (en ambos sentidos) que presupone diferentes inquietudes, perspectivas, intereses y lenguaje. Con los padres no se habla de sexo porque me da vergüenza, porque no me entienden, porque pensarán mal de mí y me censurarán, e incluso porque no saben (según la edad de los mismos, su socialización y educación, teóricamente más puritana y machista, se presupone el desconocimiento de muchos aspectos del sexo que ahora se asumen con más naturalidad). Y además, porque representan un rol concreto, asimilado con la disciplina, la autoridad y el control de las actividades de los hijos. Ante la fuerza de tal rol, hijos e hijas se autopoisonan en el desequilibrio y el temor, lo que hace que, en muchas ocasiones, prefieran no contar a sus padres cosas que pueden presuponer, en función de la perspectiva que se tiene de la teórica mentalidad del adulto, reprimendas más que apoyos.

«—Bueno, mis padres a mí me respetan, te ponen... pues te dan los consejos que te dan todos los padres, hombre, no...

—Ellos dicen que me escuchan y que puedes hablar de todo, pero es que hace dos días yo he ido al médico a escondidas para que me recete la píldora y hasta que se han enterado mis padres...

—No, yo fui y se lo dije a mi madre, me armaron una..., o sea, mis padres... "las cosas son así, si te gustan bien, si no te jodes", con toda la colada [RISAS], me armaron una, y... digo, a ver, lo llevo a saber y sé que te voy a ocasionar tal disgusto, y no te lo digo.

—¡Claro!

—Es que tengo casi 20 años y lo veo el tema normal. Vale que sea tabú en una casa o que no se pueda hablar libremente.

—Si no es que sea tabú, sino que eres la hija de tu papá, de tu mamá...»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Es un tema que está muy al día, y que está en boca de todos.

—Sí, en boca de todos, pero, yo creo que es como un tema tabú, le pasa lo que a nosotras ahora, que no sabemos lo que decir o cómo empezar y eso. Que es un tema importante pero que no se trata, a lo mejor como se debería, yo pienso.

—¿Cómo se debería?

—O sea yo que... que da un poco de vergüenza, es un tema tabú, ¿sabes?

—Ahora es menos tabú que antes.

—Socialmente yo creo que ya no.

—Sí, porque antes era más tabú.

—No sé, yo creo que ahora se habla más libremente de eso... todo el mundo.

—No sé, pero yo creo que, no sé, a lo mejor hablas con tus amigos y tal, pero con tus padres...

—No sé, yo creo que hay muy poca gente que realmente habla con los padres de ese tipo de cosas

—No sé. Yo no hablaría de eso.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Bueno, de que lo he hecho no, aunque se lo dijera no creo tampoco que pasara nada, pero a mí me da como vergüenza.» (12GE-18-CHICA)

Con la escuela, instituto o colegio, es diferente. Pueden existir clases y seminarios dedicados a la formación sexual (que se asumen como positivos y necesarios, aunque exista la tendencia a considerarlos insuficientes), pero la manera en que suelen estar enfocados parece alejarse de las verdaderas necesidades de los y las jóvenes: son excesivamente teóricos, en ocasiones no están impartidos por las personas adecuadas (personas que puedan sentir cercanas a sus inquietudes) y, en definitiva, no ayudan a resolver los problemas y dudas que surgen de la falta de experiencia y el temor a lo desconocido. Dudas que no consultarán con cualquiera, y ante las cuales sólo la confianza que ofrece una amiga “de verdad” facilita la comunicación que puede aliviar determinadas incertidumbres. Claro que otra cuestión será calibrar el grado real de conocimiento de esas personas a las que se recurre en los momentos de duda.

También respecto a la manera en que se habla de sexo y sexualidad entran en juego fuertes estereotipos de género que, en ocasiones, pueden llegar a resultar contradictorios. Es así porque se asume que los chicos sólo hablan de sus relaciones sexuales desde un punto de visto frívolo y divertido, sin expresar dudas o preguntas y procurando alardear frente al resto de sus “conquistas” y “proezas”. Mientras, las chicas no asumen para sí mismas tal actitud en términos generales, pero tampoco dejan de reconocer que, fuera del círculo de “verdadera” amistad (siempre muy pequeño), los comentarios al respecto suelen responder a la envidia y la arrogancia.

En cualquier caso, sin dejar de apuntar que tales estereotipos resultan funcionales a nivel grupal para situarse como chicos o como chicas, con referentes identitarios bien diferenciados, sí es cierto que, en los grupos de discusión convocados por género (sólo chicos o sólo chicas), pudimos apreciar notables diferencias en la manera en que unos y otras se expresaban y abordaban según qué temas: de forma desenfadada, distendida y alegre ellos; más cohibidas, reservadas y prudentes ellas.

«—Ahora se está extendiendo mucho las chicas salidas, no los chicos.

—Joder, es que las chicas salidas, es que yo a mi gente, mis amigos que me han preguntado qué... tronco pues sí...tronco, es que no sé cómo decirlo ¿sabes? Que a mí no me da vergüenza hacer conocer que yo sola me estimulo, ¿sabes? Que yo... ¿sabes? No me da vergüenza, no como otras chicas, que dicen “pues yo no hecho nada” y no sé qué. Pues... es que es una cosa normal, ¿sabes? Yo no voy pregonando que yo sola [RISAS] me satisfago... pero joder, a mí me preguntan: ¿pues tú...? Pues tío, no te voy a explicar ni cómo, ni cuándo, ni por qué, ni a qué hora,

pero no te lo voy a negar, ¿sabes? Es una cosa que igual que tú te harás tus cosas, yo me hago las mías. Entonces, pues...

—Yo tengo la forma esa, de que soy muy directa, y me vienen a preguntar y lo digo: pues fama de salida.

—Claro, es que...

—Una cosa es que...

—No es ser salida, es un tema normal...

—Claro.

—¿Qué pasa? ¿que ellos sí y nosotras no?, es que... es que somos todas personas (...)

—Ves al tío fardando y todo, y ... a ver, tío...

—Pero que además que van diciendo que tiene así, que tiene asao...

—Sí.

—Ha hecho “ah”, ha hecho “oh”...

—No, pero tienden, tienden a exagerar bastante, bastante...

—Sí, bastante.» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Porque es eso, si una chica quiere follar...

—Yo lo que creo es que las chicas nos callamos más .

—Claro, porque yo con mis amigas muchas veces digo ¡joder! ese, no sé qué y ellos lo dicen a lo mejor, delante de nosotras, nosotras nunca lo decimos delante de ellos.

—No, claro.

—Yo hablo con mis amigas y estoy con otro grupo de amigos, a lo mejor no lo digo igual que cuando estoy solamente con mis amigas...

—Hombre, claro.

—Los tíos son más de ¡hala! ¡Me la tiraría! Y a lo mejor pensamos lo mismo, pero no lo decimos.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

2. DESDE LOS CHICOS...

La importancia del sexo como identificador de género y edad

El discurso de los chicos es excepcionalmente locuaz, y también irónico y premeditadamente cargado de una supuesta irreverencia. Es absolutamente radical la diferencia en la puesta en escena que se desarrolla entre los grupos de chicos y los de chicas. Si ellas tardan en avanzar en la conversación, ellos la disparan desde la primera palabra; mientras ellas dudan y reflexionan sobre aspectos íntimos y más o menos profundos de sus sentimientos, ellos parecen describir películas de acción; si ellas parten de la premisa de que hay cosas de las que no pueden hablar porque no tienen experiencia, ellos obvian la experiencia y abordan el tema como una cuestión de la que es fácil hablar y respecto a la que se puede decir todo; mientras ellas utilizan un tono medido y bajo, ellos se pisan las palabras, ríen y se incorporan sobre la mesa en muchos momentos de las conversa-

ciones. En definitiva, los chicos escenifican en los grupos, sin reparos, lo que bien podría entenderse como una clásica y esperable conversación “de machos”, cargada con todos los matices propios de su género, y claramente, de su condición (edad).

Porque, además, ellos se encargan de explicitar que todo su discurso corresponde a lo que debe ser la percepción propia, y exclusiva, de los varones de su edad: lo que dicen, y lo que sienten, consideran que es y debe ser distinto de lo que digan y sientan las chicas, y de lo que pudieran decir o sentir otras personas de otra generación. Por otra parte y aunque, como quedará claro, creen que el sexo es algo natural y necesario, incluso benéfico dependiendo de las circunstancias, cargan el discurso de términos que refieren a los tópicos del “malditismo” y oscurantismo con que tradicionalmente se envuelve al sexo: los chicos son malos, las chicas peores, el sexo es causa de obsesiones, incluso adicciones... Y todos esos términos cambian su sentido según a quién se apliquen y sólo serán tolerables si se manifiestan en las conductas de ellos mismos (los chicos jóvenes), igual y al mismo tiempo que lo que ellos describen como sus maneras de afrontar el sexo sólo serán entendibles y tolerables para ellos mismos y nunca para una chica joven o para un hombre o mujer de más edad: el sexo es, por tanto y desde este punto de vista, una señal de identidad de género-edad.

Desde el punto de vista de los chicos, el sexo es una necesidad clara e indiscutible. Iremos viendo como esta necesidad es algo más que una necesidad física o emocional: es, de hecho, una necesidad “social”, grupal, alrededor de la que giran muchos aspectos de lo que es y debe ser un joven varón, en contraste con lo que será una joven mujer.

En un primer plano, el de lo formal o el deber ser, sus mismos discursos explicitan esta importancia a partir de una clave etaria: el sexo para los jóvenes es algo importante, más de lo que lo pueda ser para los adultos, por la función que cumple en esta edad juvenil. Es un paso necesario para madurar, para crecer; los chicos lo consideran así, en tanto que implica un grado de compromiso e intimidad con las otras, “las pibas”, mediante el que demuestras que eres capaz de asumir responsabilidades frente a otros.

«—Pues yo creo que es muy importante, porque asumes también responsabilidades. O sea, precauciones, estás tratando con otra persona, y estás haciendo algo muy íntimo, entonces pues tienes que comportarte ya como un adulto, o sea, unas responsabilidades que si eso aparte de... diversión, también...

—Implica responsabilidad.

—...implica cosas importantes.

—Maduras un poco más.

—Claro, y físicamente y también moralmente, porque ya tienes... estás tratando con otra persona y yo creo que eso te ayuda en tu vida, y tú eres más... te notas... a lo mejor no más responsable, pero sí tienes más experiencia y más conocimiento.

—Pero si te mola alguien... aunque no seas adulto, tronco, es como que te quieres hacer más mayor, más serio, más...

—No, pero... es un síntoma de que te has hecho mayor, sabes, de que has crecido, tío, que no eres tan pequeño, sabes.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Claro que es algo importante.

—Claro, tío, yo qué sé, tío.

—Además yo creo que te ayuda a ser mejor persona, el sexo.

—Eso ya... son casos particulares.

—[RISAS]

—Casos particulares, tío.

—Porque después de tener sexo tú te notas pues más...

—...estás de puta madre y...

—Ya has follado, ya ¿qué te queda por hacer? [RISAS]

—Te puedes morir tranquilo.

—Estás así y ¿si me muerdo ahora, qué? No, es que no.

—No, pero te sientes realizado, tío, igual que si haces cualquier cosa, que te sientes realizado, tío.

—Para sentirte bien, sabes, que es lo importante.

—Si lo haces bien pues... tú creces como persona y eso es bueno, yo creo.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Cada vez que te haces más mayor, pues... no sé las cosas, la cosa es más seria, pero cuando eres más joven, tampoco te vas a... tampoco vas a ser un calzonazos... a los quince, ¿no?» (21O-15-CHICO)

«—Los chicos cuando son jóvenes sólo quieren ir allí, cogerla y meterle un polvo allí en un rincón y olvidarla. Y cuanto más mayor te haces, más las vas entendiendo y más te quedas colgado por una. Las chicas son más igualitas, de pequeñas ya les gusta uno porque lo encuentran guapo y simpático y siempre ya van a por relaciones.» (8LL-16-CHICO)

«—Lo que ha cambiado es que cuando era pequeño no pensaba ni en las chicas, ni en el sexo, ni en dar besos y ahora...» (6LL-17CHICO)

En la medida en que es importante para demostrar un cierto grado de maduración, tener sexo se percibe como un acontecimiento que separa al adulto del niño, y por tanto, los chicos sienten que deben darse prisa para salvar esta barrera y demostrar que han crecido. Más adelante veremos qué implicaciones tiene esta cuestión y otros elementos relacionados con las primeras tentativas sexuales, pero en todo caso, sea como sea esa primera relación, es imprescindible no llegar a una cierta edad barrera sin haber “probado”. Esa edad barrera se sitúa con una cierta flexibilidad según la edad de los miembros de los grupos, en todo caso entre los 18 y 20 años (con las chicas ocurre igual), aunque en algunos casos se mencionan edades más tempranas.

«—Sí, sí hay...

—Un tío de 20 años que...no lo haya hecho...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—La pérdida de la virginidad es un nuevo ciclo porque es una cosa que la haces, es una cosa muy nueva, cuando yo lo hice poca gente la había perdido y eso es un motivo de orgullo para ti mismo, no es para vacilar ni nada, pero te sientes un poco más orgulloso. Pero bueno, si no la hubiera perdido sería igual de feliz. Sobre todo que no pase como a mí y que cuando se pierda la virginidad sea con una persona que quieres. La edad puede ser de los 16 a los 18-19 pondría yo. La persona sobre todo que la quieras, eso es lo más importante. Yo la he perdido con una tía que no quería, con la chica de Barcelona, la perdí con ella porque cuando estás allí a punto de hacerlo te piensas que sí que la quieres. Los tíos acostumbra a tener mucha prisa por perderla, pero en mi grupo hay mucha gente que aún no la ha perdido y aún no pasa nada. No te creas que fue muy importante para mí, estoy igual que antes.» (4LL-17-CHICO)

«—Es... muy importante, a parte que comienzas a ver todo de otra manera... O sea, ya no le das tanta importancia a enrollarse con alguien porque... una vez que has visto esto y todo el resto... quieres más y tal, ¿no?» (10JO-15-CHICO)

Para ellos, además, la experimentación debe responder al momento y debe producirse de la manera en que consideran que corresponde a un joven, siguiendo sus propias pautas, independientemente de lo que pueda ser esperable para los padres y adultos en general, o lo que ellos mismos suponen que sea la expectativa de sus padres. Su percepción es que los padres (adultos en general) no consideran el sexo como algo propio de los jóvenes y que, además, no aprobarían sus comportamientos sexuales que, tal como relatan, son cotidianos y naturales.

«—Hay otros que se creen que vas cogido de la manita todo el día solamente, sabes, porque como ellos cuando eran novios hacían eso, tío.

—Claro.

—Pero eso no es. En el fondo saben que no, pero les jode admitirlo, sabes, porque ellos es lo que han hecho, y lo ven demasiado puterío porque salgo mucho...

—Yo cuando tenía novia... llevaba una amiga a casa, y empezaban "¿y ese quién es, tiene novia, tal", jód, cómo no lo van a saber...de qué coño van...

—Esperan que nosotros tengamos sexo a los 20 años.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

De hecho, independientemente de lo que implique el discurso formal y más aún cuanto menor es la edad, los chicos plantean el sexo como una realidad omnipresente en su vida cotidiana, no tanto en la medida en que lo practiquen más o menos, sino simplemente porque llena continuamente su imaginación y sus deseos: los chicos siempre tienen ganas de sexo, y siempre piensan en sexo, de tal

manera que la percepción y relación con las chicas (en general, de las posibles parejas sexuales) se plantea en términos exclusivamente sexuales, desligados aparentemente de esos otros elementos de afectividad, compromiso e intimidad a los que en otros momentos (y desde lo formal del deber ser general) se alude como esencia del sexo (“se va a lo que se va”).

«—...Que todo el día estamos pensando en titis y en follar y follar. Pues...
—Es que eso no hace falta que lo digas. Todo el mundo lo piensa. Creo yo.
—Las chicas salen iguales que nosotros, son iguales.
—Son peores.
—En algunos casos, porque en otros...
—Yo últimamente lo que estoy viendo... yo lo que estoy viendo, son peores que nosotros, sabes.
—Son peores.
—En algunos casos, porque en otros...
—Yo últimamente lo que estoy viendo... yo lo que estoy viendo, son peores que nosotros, ¿sabes?» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Más que preparados... Que estamos...
—¡Pues que estamos más salidos que el pico de una plancha!
—Pues que nosotros estamos pensando siempre en lo mismo.
—Es verdad.
—Pues sí.
—Te partes.
—Sí.
—Un par de besos... y luego ya... ya quieres ir al tema.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Eso sí, es matemático. Pasa una piba y todos los tíos...
—Fijo.
—Es eso. Pasa siempre.
—Bueno, sí.
—Pero si eso ya es un acto reflejo.
—Ya es la costumbre.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Ahora normalmente yo pienso directamente en eso, o sea, en follar. No es que una chica que vea por la calle, nos vayamos directamente a la calle, pero... o sea, cuando estoy con una chica o así, antes pensabas en enrollarte... tocarle el culo, quizás. Pero ahora, o la... piensas, piensas con mucha más facilidad en relaciones sexuales, en cualquier ámbito, con cualquier chica y con cualquiera. Es eso, mayormente.»

(10/O-15-CHICO)

En todo caso, más allá de lo que ocurra en el plano del deseo, lo cierto es que consideran que “probarlo” es definitivo. Sólo el que lo ha experimentado sabe realmente lo que significa el sexo, y éste es un camino irreversible, que “engancha”. Para los chicos, de hecho, el sexo se torna en algo absolutamente instintivo

e incontrolable, que define la condición masculina, de tal forma que su influjo supera la voluntad. Esta afirmación es clave en el discurso de los jóvenes varones, que convierten en el argumento que sirve de justificación y explicación a muchos de sus comportamientos que iremos describiendo posteriormente respecto a las expectativas, juegos, seducción, etc.

«—Un colega mío... habíamos dos que lo habíamos hecho ya y estábamos con las hormonas todas y viene el colega...

—Es peor que la droga, es peor que la droga, te lo digo yo.

—Hombre, es que es la movida. “¡Buah!, no tiene que ser pa’ tanto, no tiene que ser pa’ tanto” y ahora está el hijo puta que cualquiera lo aguantan...» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Sin embargo, desde su percepción, esa necesidad y actitud es algo propio de las edades adolescentes (“edad del pavo”), constituyéndose en un distintivo propio de su momento personal, de tal manera que la prisa por experimentar y demostrar es también una cierta urgencia por aprovechar un momento que, necesariamente, caduca con los años. Entienden que lo que es propio a su edad no es “permisible” a otras edades: la tontería que se tiene a los 14 años ya no será igual a los 17, y en todo caso, debe necesariamente desaparecer más adelante.

Cuando crezcan y maduren, “se les pasará la edad” de estar tan pendientes del sexo y de comportarse como lo hacen, de igual manera que, quienes creen haber crecido ya, sienten la necesidad de proyectar la imagen de haber superado hábitos y expectativas anteriores (los años pueden ser interpretados como auténticas fronteras generacionales) como forma de reafirmación identitaria: estar en el camino de la madurez. Así, el hecho de “hacerlo mal” será algo que tenga que ver con la falta de experiencia, que sólo se explica hasta que se supera una determinada edad. Incluso, como veremos, no corresponderá a un adulto comentar las relaciones sexuales tal como ellos lo hacen.

«—Además que no sé. Yo pienso que... que a mí me ha pasado... que había veces que salía a saco y ya no sé... ya se me ha... como, por decirlo de alguna manera, “se me ha pasado la edad.”

—Antes yo era de los que salía pensando, como decías tú, “a ver si cae algo y...” No sé.

—Yo con 14. Yo fue con 14 cuando empecé a ir a la discoteca... y me emocionaba los fines de semana.

—Ya. Que era como... la novedad y eso.

—¡Que sí, chaval! Te emocionas y vas... y de puta madre. Pero luego ya te...

—Luego se te pasa la época...

—Te cambia todo.

—Te vas haciendo mayor.

—Y normalmente te vienen mazo de pequeñas, con 15 y con 14... con 13.

—Con 13.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Con la edad las tías la mayoría no cambian, son muy conservadoras y nacen siendo conservadoras y son conservadoras toda la vida, la mayoría pero algunas no, algunas que son muchas, pero que dentro del total son pocas. Los tíos sí que cambian, al principio no son nada conservadores y se van haciendo conservadores. Por ejemplo, yo ahora lo estoy notando, al principio te gusta ir a liarte con la gente y a ver quién folla más y después ya vas viendo que te gustaría más tener una cosa más seria, más normal.» (4LL-17-CHICO)

«—Ahora vas descubriendo todo y como que vamos con más ganas, con más...

—Como se dice... la edad del pavo estamos ahora ahí.

—Sí.

—Y vamos con...

—Pienso yo que... Joder. Pasará como todo. Cuando seas más mayor, pues como se te quite.

—Es que si no se te quita... ¡Madre mía!

—¡Uf!

—Pues la tontería que tienes en la cabeza. Porque ahora mismo piensas como un chaval de 17 años. Porque vamos, yo no me imagino un... a mi tío, que tiene treinta y pico.

—Pensando en... siempre.

—¡Uf!

—Un pobrecillo sería.

—¿Con veintipico, ya no se tiene la tontería en la cabeza?

—Joder. Sí.

—Empiezas a cambiar.

—Mi tío tiene veintitrés años, y cuando tenía mi edad, hasta los 19, 20, era como yo. Hasta que tuvo una novia ya, sería...

—Claro.

—Con la primera novia, así estable, te vas a vivir con ella.

—A los 20 años yo creo que es ya cuando tienes que cambiar. Porque si cambias más tarde, es que va a ir un poco...

—Como empieces a cambiar a los 25 años o por ahí... Eso ya... Vamos, yo es lo que pienso. Yo, a los 25 años espero ya estar serio con algo. ¿Sabes?» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Claro, con la edad cambia tu comportamiento. Supongo que con la edad asientas un poco la cabeza y ya no vas a lo que vas, bueno vas a follarte una tía pero no tan descaradamente, ya tienes una edad, un trabajo y una reputación... y no es plan. Eso es a los 22. Supongo que las tías se vuelven más atontadas, que si éste se ha liado con ésta..., pero siguen igual. Supongo que las tías con la edad buscan una cosa más estable, ya esperas tener un poco de estabilidad, no estás tan loco. Tienes una vida, un trabajo, necesitas tener un coche, un piso, necesitas un tío que te apoye económica o emocionalmente.» (2LL-16-CHICO)

Todos los referentes a la evolución del sexo según avanza la edad apuntan a esa manera de distinguirse de los otros y de integrar en el propio mundo las experiencias y necesidades vitales más relevantes. Como en otras cuestiones importantes de la vida cotidiana, los jóvenes aceptan que otros las comparten, pero nunca, y esa es la clave, de idéntica forma. “No es lo mismo”.

Incluso, dentro de la misma edad, las formas y maneras de comportarse de las chicas, a ellos se les antojan como radicalmente opuestas. Aun en los casos en que crean que ellas tienen las mismas necesidades, incluso la misma urgencia, especulan sobre los planteamientos de ellas y concluyen que, a pesar de todo y fundamentalmente en las formas, son distintas. Con cierto temor llegan a especular, desde su experiencia, que se estaría produciendo un posible cambio en las chicas de su edad (se supone que el cambio se produce respecto a las mujeres de otras generaciones), que son ya más como ellos en lo que respecta a su relación cotidiana con el sexo. Así, las chicas, aunque ellos piensan que teóricamente deberían no estar tan pendientes del sexo, en este momento se estarían igualando con ellos, incluso les estarían superando por arriba, y “son peores”, están “más salidas”⁴.

«—Eso es con la edad, porque te vas haciendo más mayor y... y cambian las pibas.

—Piensan igual, lo que pasa es que no lo expresan.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—No, pero las chicas están más salidas que los chicos.

—Joder.

—No. Eso, tío, es verdad. Algunas veces.

—La mayoría de todas.

—No, pero es que hay muchas, hay muchas que van ahí de... de todo que, no sé qué, no sé qué... ¡Guapo! Y te tocan el culo. Luego las entras... y luego se hacen las estrechas... y te quedas...

—Me cago en diez.

—Yo lo tengo todos los días eso en clase.

—Ya ves.

—Vamos... que lo mejor es pasar de ellas, porque si no luego...

—Es peor.

—Es peor.

—...puedes tener un problema de 9 meses... y no.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—No, es lo típico, yo creo que... los hombres son los que casi siempre quieren tener sexo y... y las chicas no, pero bueno, tampoco es tan así porque, joder, hay algunas tías que, actualmente aquí en España van

4. Esta es una de tantas percepciones que comparten los dos sexos, aunque desde distintos postulados. Como se describe en el apartado correspondiente a las chicas, ellas también asumen esta percepción de lo que es y debe ser un chico y de lo que es y debe ser una chica.

como muy al grano, no sé. Y más de pequeñas, con catorce o quince años que... tengo amigos que han estado con chicas de... de trece años, teniendo sexo. Y... yo me quedo como, joder, a los trece años yo me pongo en su lugar a los trece años y estaba jugando con la consola, entonces... Y... no sé, por eso. No es tan así que los chicos quieren sexo, porque las chicas también.» (610-19-CHICO)

Es precisamente el convencimiento de que las chicas “maduran antes” (por lo que buscan chicos mayores que ellas), junto a la propia asunción de que los chicos se encuentran en el momento de “golfear” (por no haber alcanzado tal estado de “madurez”, que ya llegará... sin prisas), lo que justifica la sensación de que las chicas son peores cuando se comportan como ellos⁵. El planteamiento es fácil y bastante cómodo: como ellas son más maduras y siempre se han comportado como tales, las que adoptan patrones de comportamiento típicamente masculinos (inmaduros), serán señaladas negativamente y estigmatizadas.

«—Yo creo que... a partir de los veinte años yo creo que sí, pero... eso que dicen que las chicas... Pero en la adolescencia yo creo que sí, eso que dicen que las chicas son más maduras que los chicos. Yo creo que sí. En el sentido de... psíquico, de pensamiento, que... las veo bastante más maduras.» (810-18-CHICO)

El caso es que la postura contraria tampoco se evade de la crítica: pese a que se comporten como maduras, piensan lo mismo que nosotros, pero se lo callan. Lo que ocurre es que, siendo igual la necesidad, no se expresan igual que ellos y ese matiz tiene, desde su percepción, mucha relevancia. Las chicas son “peores”, en parte porque se exceden al igualarse (y eso acaso no sea aceptable en ellas), pero sobre todo porque no son consecuentes y no responden en las situaciones concretas tal y como lo hacen ellos, o como ellos desearían que se comportasen, es decir, sin poner límites. Así, las chicas primero “provocan” y cuando ellos responden “consecuentemente”, se comportan como “estrechas”.

En definitiva, llegados a este punto, lo mejor es “pasar de ellas” que “siempre están pensando y hablando de lo mismo”, además desde una posición muchas veces malintencionada y a partir de una forma de ser, típicamente femenina, que las impulsa a comportarse de manera “retorcida” incluso entre ellas. Frente a tal postura, ellos se observan desde un prisma de “nobleza” por ir con la verdad por delante y sin tapujos, aunque ello implique hacerlo desde la superficialidad o la frivolidad⁶.

5. O, al menos, mantienen unos indicios de comportamiento que lleva a los chicos a suponer que “en el fondo, el deseo o la intención son los mismos.”

6. De nuevo encontramos planteamientos idénticos a los recogidos en *Jóvenes y relaciones grupales* (op. cit.), aunque en tal estudio no se abordase el sexo de manera directa.

«—Pero luego, a la hora de la verdad no son tan buenas. Pero si luego entre ellas... ¡Madre mía! Se... una barbaridad.

—Entre ellas son... están todo el rato. Esas sí que piensan todo el rato en lo mismo. Nosotros tenemos más cosas de que hablar.

—Lo único, que se lo calla, y parece que no.

—Nosotros podemos hablar de fútbol.

—Sí. Pero luego se ponen a hablar de... están solas y se ponen a hablar de todas las movidas que han hecho. Y como dices tú, es que si... es que te puedes asustar y todo de lo que... Son retorcidas.

—Además es que parece que están todo el día hablando de lo mismo.

—Son malvadas.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Ahora, hoy en día, no sé, hay, están las típicas chicas que no van nunca, pero cada día, hoy en día, las chicas van más... más salidas que los tíos en las discotecas. Porque... van a pillar, van a pillar también.» (BJO-18-CHICO)

Tiempos para el sexo y expectativas asociadas: sexo en pareja y sexo ocasional

Desde el primer planteamiento formal general, el discurso de los chicos ya apunta a la radical oposición entre dos maneras de entender y vivir el sexo: el sexo “comprometido” y el sexo “ocasional”. Las expectativas son radicalmente distintas y las experiencias también. Cuando atribuyen al sexo esa capacidad para ayudar a madurar, “a ser mejor persona”, se están refiriendo a las relaciones que se producen en espacios y tiempos de intimidad con otra persona, en la medida en que esa intimidad implica confianza y responsabilidad. Pero no todas las relaciones ni las ocasiones se dan bajo estos parámetros. De hecho, la experiencia y las expectativas que relatan los chicos tienen más que ver con situaciones en las que la relación no dura más de una noche y, generalmente, el grado de conocimiento de la otra persona es nulo. Es en ese punto donde se encuentran notables diferencias respecto a las chicas, que, a pesar de que realizan también esa misma diferenciación, tienden a situar el sexo “comprometido” en el primer plano de sus pensamientos al hablar de sexo. Así, las expectativas y proyecciones asociadas variarán notablemente, pues para ellos el sexo no remite directamente a los elementos que asocian a las relaciones estables (cariño, cuidado, compromiso...), aunque sí coinciden en que éstas requieran del sexo para ser “completas”.

«—Yo creo que es mazo importante. No sólo lo que... colarla, sino... pues te ayuda a crecer como persona, ¿no?, o sea... el acercamiento a las pibas pues te hace más maduro, y... descubrirte a ti mismo y esas cosas, pues...

—Hombre, depende de cómo las trates.

—No, claro.

—Si es... una noche y ya está, pues mucho no maduras.

—Puede ser un... arma de doble filo.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Una noche esporádica pues, pues... el sexo, más que el cariño y todo eso. Pero si estás con la pareja yo creo que primero es el cariño, después el sexo es muy importante, pero... también... es más el cariño, en una pareja. Eso en una pareja, en cambio en una de esas relaciones esporádicas de una noche no irás, es que tampoco tienes ganas de estar con una persona y cuidarla y todo eso. En cambio, si estás saliendo, sí.» (8JO-18-CHICO)

Por otro lado, a pesar de una teórica convicción de igualdad con las chicas en lo que al sexo respecta, lo cierto es que, al menos según su opinión, los chicos deben hacer grandes esfuerzos para practicar sexo. En base a esta otra perspectiva, ellos elaboran el argumento de que son las chicas las que deciden si habrá o no “tema”, mientras que los chicos siempre estarán dispuestos y preparados para el encuentro (en otros momentos del informe abordamos esta idea con mayor detenimiento). Por tanto, una buena demostración del grado de compromiso que asumen ellos en una relación se deriva de su capacidad para esperar a que ella diga “sí”: cuando la cosa es más seria, si te gusta la chica, esperas a conocerla y a que ella acceda a mantener relaciones sexuales.

La clave siguiente es que, otra vez de forma contradictoria con el argumento de que ellas “son peores”, verifican que a las chicas hay que convencerlas, hay que “camelarlas” para que accedan al sexo. Eso sí, el sexo se asume como algo tan natural e indisoluble de una relación, que no se entiende bien tener que esperar “demasiado” (y en este sentido discuten e intercambian experiencias para verificar cuánto tiempo es normal esperar).

«—Yo pienso que no te vas a... con la primera piba.
—Hay que estar tiempo con ellas. Pienso yo. Para conocerlas y eso.
—Claro.
—¿Tú cuanto tardaste en...?
—Pues yo tardé... creo que fueron... sí... 6 ó 7 meses. No sé.
—Yo por ahí. Y luego cortamos mazo de rápido.
—¿Hasta 6 ó 7 meses no, nada?
—No.
—Joder.
—¿Y tú... cuánto has tardado?
—También.
—Yo, 8 semanas.
—Joder. Es que es normal.
—Depende de la piba.
—Claro. También depende de la piba.
—No sé. Yo es que... Tenía un año menos que yo y...
—¡Ah, claro!
—...cuando ya vi que tenía más confianza, y yo qué sé, salió el tema... empezamos a hablar y... estábamos de acuerdo y...
—¡Y acabasteis de hablar!
—Y acabamos de hablar.

—Y empezó la acción.

—No. Pero, yo... algún día con... con unas amigas mías. Y además que era porque nos hicieron un... como unas charlas así en el Instituto, y empezaban a decir "Es que hay que tener un tiempo para estar con una piba... para estar con un tío para hacerlo." No sé. Tampoco es que es plan de poner un mínimo... mínimo 3 meses, o mínimo...

—No. A mí me pasa.

—Si conoces a la persona y estás a gusto con ella, ¿y?

—Los tíos estamos preparados siempre. ¿Pero?

—Cuando estén preparadas las tías... ¿Pues?» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Hombre, si la piba me gusta. Por ejemplo, a mí hay una piba que me gusta mazo y no voy a ello.

—Claro.

—Y voy porque me mola.

—Pues a ésta, sólo me la...

—No va a ser igual, porque, yo qué sé.

—El primer día no, ni a lo mejor el segundo, pero... tampoco hay que... 6, 7 meses.

—Tú estás con una piba, y si... yo creo que, vamos, por lo menos lo que pienso yo... Si quieres hacer algo con ella, pues no... sabes... que tendrás que... saber hacértela. ¿Sabes lo que te digo? Saber camelarla y...

—Claro. Por ejemplo... casi todas las tías, sobre todo las que son vírgenes... porque es que hay pibas que el primer día, pues...

—Normalmente las pibas dicen que más de un tiempo, pero yo qué sé. Cuando estás con una piba más de... una semana, o cuando estás de algo más que un rollo... tiene... no sé. Para mí va unido. Hacerlo que estar con ella...

—Sí.

—Lo mismo no... no es necesario hacerlo, porque...

—Pero es una forma más de expresar.

—Claro. Es que es una forma más.

—Un sentimiento.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

En parte por estas dificultades, consideran normal la posibilidad de moverse en dos planos distintos de relaciones sexuales; unas, en las que lo que se juega es una relación más íntima e intensa con la pareja, para la que se plantean cómo debe ser la interlocutora desde el punto de vista del carácter o la forma de ser, y qué emociones se espera que se compartan, y otras, en las que lo único importante es el aspecto físico de la pareja para compartir estrictamente el momento sexual. De hecho, cuanto menor sea la implicación de otros elementos en este tipo de relaciones, mejor, puesto que esto ayuda a evitar problemas (comprometerse, "colgarse" o que "se cuelgue" la otra parte...).

«—Yo siempre pienso... es que ahora mismo, yo... es eso, la piba esta que tengo y ya está... Yo tampoco la llamo todos los días ¿sabes? Es la movida.

—¡Qué caradura! Un día sí, un día no.

—El sexo está presente en todo, que está bien, pero que no...

—Que es medio tonta, que si no sería mi piba.

—Eso es lo mejor, tío.

—Es medio tonta.

—Pero a mí me gustaría encontrar una piba que fuera bastante inteligente.

—Claro, esta chica no es un pibón exuberante, vale, pero me lo paso bien con ella...

—Yo prefiero una que no esté tan buena, hombre, que tampoco sea un cardo borriquero. Pero una que a lo mejor no esté tan buena pero que sea inteligente, que pueda mantener una conversación decente con ella.

—...decirle bromas.

—Sí, sí que te entiendas con ella, vamos, que puedas hablar de todo y...

—El caso es el pensamiento, el pensamiento...

—Que no sea creída.

—Exactamente.

—Yo no sé, pero yo... mi cabeza siempre está... no en todo momento... Yo pienso cosas, por ejemplo... cualquier cosa, pero en todo momento, tú ves a la piba que pasa y piensas en eso.

—Tetas, tetas.

—Estás en... con todo el mundo y llegas a una "¡eh! no sé qué" y es normalita y la chica "no sé qué" Luego llegas a otra y "oye, ¿qué tal? no sé qué" y se da la vuelta y ¡vaya pibón!, te hace así diciendo: "¿por qué estás hablando conmigo?"

—Claro, porque ellas son pibones, ellas se lo tienen demasiado creído.

—Luego son unas amargadas.

—El pibón lo tiene fácil, tío.

—Te lo tiene que parecer a ti, además... Que no te puedes dejar influir tampoco por las apariencias.

—Vamos a ver, tú por ejemplo, estás por ahí y dices "¡fíjate!, esa tiene que... a esa le gusta... otra piensas "¡joé! ¡qué buena está" ¿o no?

—Te puede parecer a ti, pero a lo mejor a él no.

—No, pero por ejemplo, sobre gustos colores, eso está claro. Pero, vamos a ver, tú lo primero que te fijas en una chica es en el físico, ya te puede gustar o no, pero vamos a ver, tú cuando conoces a una chica... No, no he dicho de primeras y si es una chica fea no te planteas el liarte con ella, si está buena dices... "venga, voy a intentar liarme con ella" y por ejemplo, si es amiga tuya, a lo mejor al final la coges cariño, la quieres pero por...»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Si es un lío, la tía tiene que estar buena por cojones porque si no es una tontería, y no tiene que estar sólo buena, te tiene que dar un poco de chispa, tiene que haber algo que digas: "hostia, yo me quiero liar con ésta" si por muy buena que esté a ti no te hace nada, pues no, tiene que haber algo de chispa. Como más tontita sea, mejor, porque si es muy lista la has cagado tío, pero si es tontita, lío y fuera. Casi mejor que no la conozcas,

porque lío, a la faena y ya está. Claro que cambia mi pareja ideal de un rollo a una pareja estable. Si estás en una pareja estable no puede estar sólo buena y ser una imbécil, tiene que ser una persona con la que te complementes y que estés a gusto y estés bien, tanto si está buena como si no; a ver, si está buena, pues mucho mejor. Y si no está buena depende de si la quieres mucho o no, a veces sales con una chica porque no te acaba de... no es eso de que la quieres un montón, pero está buena y sales con ella; pero otras veces te cae muy bien y eso pero como no está tan buena pues no sales, sí eso también tiene que ver.» (3LL-16-CHICO)

«—Hombre, no te voy a decir eso de “que el cuerpo no... que...” No. No porque no cuela, la verdad. Pero sí, es importante que... que tenga un nivel de cabeza... que la tenga bien asentada, pues... También hay cada cosa por ahí, dando vueltas que... Conoces una en una discoteca y “ay, no sé qué”. Que puede estar muy bien de, de... cuerpo, pero.. a la larga si no... si no tiene un... una cierta madurez, por lo menos a mí, no me, no me llama la atención. Me acaba poniendo nervioso pero bueno, eh... el físico es muy importante, en pocas palabras.» (4JO-19-CHICO)

«—Para un rollo tiene que estar muy buena, ya que para una noche sólo es importante el físico, da igual si es tonta o lista porque se habla poco. Para un rollo no debe ser amiga, sólo conocida de vista o no conocida.»

(5LL-17-CHICO)

El discurso de los chicos se encamina a la necesidad de proyectar el tipo de relaciones más comprometidas al futuro. En su momento actual, lo suyo es no plantearse problemas ni poner posibles trabas a los deseos. El futuro (que ellos suelen situar en torno a los 30 años) pasará necesariamente por encontrar a una persona con la que establecer un proyecto de vida “formal” a largo plazo (¿más que sexo?). Hasta entonces lo propio es comportarse como jóvenes, y “desfasar” hasta que te cambien las prioridades, o irte preparando paulatinamente para el otro momento.

«—Ya pensando en el futuro real, con familia, casa, coche... ¿Sabes?

—Con 25.

—¡Joder! Es que con 25... ya es que tienes que pensarlo.

—Y si no, es con 26 ó con 27. ¿Sabes? Antes de los 30.

—Yo con 25 no pienso tener una novia para casarme, ni para tener una casa.

—Que no te estoy diciendo eso.

—Pues a los 25 tendrás que empezar con una novia. ¿No? O no te vas a...

—No vas a empezar con una novia a los 30 para casarte a los 40. ¿Sabes?

—Claro.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—A esta edad, eh... no mucha, no sé. Estoy con, estoy de novio pero... es que, no me veo dentro de siete años con la misma tía y que... creo que no es la tía... que quiero que sea mi esposa. Entonces no, a ver, es un

poco contradictorio ¿no? ¿porqué para que estás con esta tía? No sé... muy bien pero... joder, no sé. Es... es algo que es difícil, pero que es para... obviamente la quieres a la tía, pero... que a esta edad es muy difícil encontrar a... a la pareja que crees que va a compartir toda tu vida.»

(6IO-19-CHICO)

Lo que corresponde a la adolescencia y a la juventud son las relaciones en las que no debe existir tanto compromiso, o en las que el grado de compromiso es más laxo. Los “rollos”, propios de cada fin de semana, no exigen tener tantos “miramientos” con las expectativas de la otra parte. No es necesario tener que cuidar la relación y, además, se entiende que cansa mantener este otro tipo de relaciones siempre con la misma persona.

«—Yo ahora mismo no... no me encoñaría con una piba, como para... para estar todo el día con ella. Además, es que te cansas. Joder. Que ya lo hice una vez y... y es que te terminas cansando. Siempre ves la misma cara.

—Ya ves.

—Ya tío... Si te gusta, no te cansas de ver la misma cara, pero...

—Ya, ¿pero?

—Estar siempre con la misma persona... por muy buena que está... por muy buena que esté.

—Con 16 ó 17 años que tenemos... tampoco es plan de estar ahí.

—Claro.

—Ya, ¿pero? Un fin de semana sería para salir, y no para estar ahí...

—Por eso. Lo mejor son los rollos.

—Claro.

—Por lo menos para mí, para esta edad.

—Pues sí.

—Te la comes y ya está.

—Ahí estamos.

—Sin ningún tipo de...

—...de compromiso, coño.

—Claro.

—Que la semana que viene... estás con otra y... y... y ella está con otro y tú... no te tienes que cabrear y ella tampoco... y ya está.»

(CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Mi rollo ideal no sé cómo tendría que ser. Es que tampoco soy de rollos, a ver, yo un rollo pienso que es una cosa pim, pam y fuera con alguien que te gusta o te llama la atención y ya está. La duración tiene que ser de menos de una noche, porque si no acaba siendo algo estable.»

(7LL-17-CHICO)

Este tipo de relaciones encaja a la perfección con el modelo de diversión nocturna de los fines de semana, en cuyo horizonte se sitúa el sexo como una de las más importantes fuentes de placer puntual y descomprometido. La predisposición a los encuentros puntuales por parte de los chicos es total, pues no sólo se entiende

como parte indisociable de las dinámicas de diversión (lo hagan o no, pues la simple expectativa puede bastar), sino también como uno de los factores que les diferencian como género de las chicas, que valoran más otro tipo de relaciones o encuentros. Mito o realidad, el argumento es compartido por ambas partes.

«—Yo creo que para los tíos el sexo es la cosa más grande para divertirse y entonces todos los tíos salen a divertirse, ya sea haciendo sexo o haciendo otras cosas. Las tías salen mayoritariamente para divertirse pero no ven el sexo como algo para divertirse, liarse es una cosa muy común que puede pasar normalmente si sales a una discoteca o algo, entonces liarse y tal, las tías sí que lo ven como una cosa divertida, pero hacer sexo la misma noche no lo ven como una cosa muy... algunas, hay otras que sí.» (5LL-17-CHICO)

«—A mí siempre me ha... me ha parecido que los chicos siempre están mucho más predisuestos, siempre.» (10JO-15-CHICO)

«—Los chicos el... pasárselo bien y... divertirse (...). Las chicas buscan algo más en plan... la... el rollo de la pareja de que... entre dos personas... algo... muy íntimo, que sea muy especial y eso... Creo que es la... la diferencia más grande, los chicos como algo más de diversión y las chicas se lo toman como algo más serio, que es... es algo entre dos personas que ya tienen algo en común y que buscan... no sé... eh... cosas nuevas o... Las chicas se lo toman más... como más en serio, los chicos se lo toman más como, como un juego... no sé, "soy más macho si... si hay más" o... o "soy menos macho". En cambio las chicas se lo toman como algo más... Más personal que... que sí que tiene mucha... importancia, pero que es algo más suyo, no es... Yo creo que se lo toman más como algo para... para ir chuleando de... No. En cambio las chicas algo... más personal, que le dan importancia pero en otro nivel. Me parece que es... así...» (12JO-19-CHICO)

En las relaciones puntuales se entiende que "todo vale" y da igual lo que ocurra, por eso, frente a las relaciones serias, no existe conciencia de compromiso ni de responsabilidad. En el otro extremo, en las relaciones serias, lo que ocurra tiene consecuencias y te obliga a ser más responsable, a intentar que "salga bien" y que el placer sea compartido. Las primeras son más satisfactorias por algunas cuestiones, además de mucho más cómodas por neutralizar algunas de las responsabilidades que más atormentan, como veremos más adelante ("quedar bien", "satisfacer"...). Sin embargo, y sobre todo para los chicos de los grupos de mayor edad, tales relaciones puntuales pueden dejar un cierto regusto de que "no te acuerdas" ni del nombre de la chica, algo que, pese a contar con el aliciente de la diversión inmediata y sin responsabilidad, no encaja con la proyección del ideal que se asume en relaciones adultas.

«—El sexo pues es diversión, tío, pero...

—Es diferente una noche, tío, sexo con tu novia, y que la quieres, tal, no sé qué...

—Sí.

—Y cuando lo haces con ella, tío, intentas que disfrute, porque... en cambio, tu novia, como sabes que se va a repetir...

—...que tú, sabes...

—Ya. Eso es verdad. Hay veces que estás ahí pensando ésta no sé qué...

—Sí, sí, sí.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—...es que he entendido que, no sé, que hay que follar a una para decir que has follado, sino... yo no follo hasta que no tenga novia. Yo qué sé.

—Ya ves.

—...mola más la primera vez que lo haces con alguien que te gustase, ¿sabes? Porque tienes que... tengo amigos que es meterla, y ya, fuera. Y después no saben ni cómo se llama la piba.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—No, son cosas diferentes porque es todo, no sé... por ejemplo... Eh.. si estás, si ligas en una discoteca y... y... y... y te la... tiras. Joder, eso no es amor, es sexo. Porque... no, no vas a volver, quizás no vas a volver a ver la tía y sólo va a ser esta noche. En cambio con tu novia sí, ahí es hacer el amor, no sé. Porque es tu novia... se supone que la quieres... y bueno, por eso, hay amor ahí. En cambio en la tía de las discoteca, ahí no.»

(6JO-19-CHICO)

«—A ver, si es mi pareja, pues... yo... disfrutar yo y disfrutar ella, los dos. Pero... o sea, que, o sea, piensas en ella, mientras, cuando estás haciendo el amor con esa chica, que es tu novia, pues... estás pensando en ella y estás... Pues, o sea, quieres que ella también se lo pase bien. Pero, a ver, cuando estás tú ahí a tu rollo con una chica que no conoces de nada, pues... tú vas a pasártelo bien. A pasártelo bien tú.» (3JO-15-CHICO)

No obstante, son las relaciones puntuales las que cabe esperar a esa edad. No asumir compromiso ni responsabilidad alguna se asocia con la máxima diversión ("golfear"), que es el objetivo fundamental del sexo, independientemente de los sueños que se pueda haber tenido sobre relaciones perfectas, estables y duraderas, antes de experimentar. Las relaciones estables, las que se entiende que comprometen (las novias), cansan, y eso es así, en parte, porque no te permiten dar rienda suelta a tus deseos, al menos en el momento en que se producen.

«—Estamos en ello, yo por lo menos.

—¿Con lo de novia? Eso es lo peor, tío.

—¿Por qué?

—...Yo cuando estoy nueve meses estoy quemado.

—Yo estuve dos años...

—¿Dos años?

—...Lo dejé en selectividad del año pasado.

—Paso de tías.

—Yo ya... quiero las pibas para lo que las quieres de verdad.

—Claro, claro.

—¿Para qué las quieres?
 —Para lo que las quieres, pa...
 —[RISAS]
 —Para hacer el amor.
 —Censuren.
 —¡Qué fino...! ¡Hacer el amor!
 —Yo que estuve con mi novia... que estaba liada con ella... que dejé de lado hasta mis colegas y por mucho que estés con ella...
 —Al final la acabas quemando... y echas de menos tus colegas, tus fiestas, tus historias...» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Yo soy virgen y yo lo que quiero es que cuando tenga una chica que conozca muy bien y que esté seguro de que es con la que quiero estar, que a lo mejor sale mal pero...
 —Te presento a mi ex.
 —[RISAS]
 —Sí, estoy de acuerdo con él.
 —Tenemos 18 años, si vas pensando en que salga bien... es que todavía te queda mucha vida.
 —...muy bonito también, pero es que es una movida, si cuentas 15, 16, 17, 18 y 19 son cuatro años pingando, ¿sabes?
 —Ahora, en serio, yo ahora busco una piba de esas, la que la llamas y le dices “¡eh! ¿qué pasa? cachonda” y viene a tu casa y te la follas, tío y fuera, y adiós. O sea le dices “venga, que nos vemos” “mañana te llamo” y la llamas y que te quiero ver.....
 —Ahora, porque eres virgen y quieres tu primera relación que sea bonita, no te sirve... pero cuando ya estás... aburrido de follarte a la misma, dices “¿qué hago...?”
 —Sí.
 —Ya te pasará.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

En este tipo de relaciones, en las que el grado de implicación está claro (independientemente de que se repita con la misma pareja en otro fin de semana), no es necesario “esperar” y, sobre todo, se asume que es la mejor fórmula para tener sexo a esa edad y según esa manera de divertirse, sin tener que prescindir del principal referente del momento, es decir, del grupo de amigos.

La diferencia entre unas y otras relaciones se traduce también en las maneras y contextos en los que pueden surgir y desarrollarse cada una de ellas. Las relaciones serias “van surgiendo” y no son algo que pasa de un día para otro. Además ellos entienden que hay que “currárselas” y eso no es propio de una noche de diversión (a pesar de que las fórmulas de “ligue” requieran de un esfuerzo o estrategia por parte del chico, que asume el papel activo del acercamiento). Sin embargo, es el contexto del ocio desenfadado y festivo, en el marco de noches de bares, discotecas, etc., donde se encuentran (y donde sólo es posible encontrar) relaciones puntuales y efímeras.

«—...Una noche surge...

—Ya, pero no...

—Te puede surgir una noche, yo lo que voy a conseguir es pico pala, pico pala...

—¡Joé! yo igual, yo es que no me como una rosca desde hace un huevo.

—Como te echas novia vas a pillar...

—Sí, es verdad.

—Siempre vienen cuando...

—Tres meses de sequía, sales con una piba y... ¡ésta es la mía! acto seguido dejas a tu novia y...» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Yo lo que hago para ligar es hablar mucho, a mí me gusta mucho hablar y casi todo lo baso en eso, yo siempre hablo y si veo que ella habla conmigo y las miradas y todo eso... Los tíos se hacen ver un poco más cuando hay una tía que les gusta y hacen el subnormal. Las tías, para ligarse a un tío, se ponen a bailar con él.» (4LL-17-CHICO)

«—El chico se lo ha de currar bastante más que la chica, con el sexo, y no.... Eh, ah... ha de saber aguantar más y todo eso.» (8JO-18-CHICO)

Y ¿qué es lo que aporta el contexto a las relaciones? En primer lugar un marco referencial apropiado. Como todo en las noches “de marcha”, el sexo no asume compromisos y responsabilidades. Y como para todo en las noches “de marcha”, es el alcohol el que posibilita, explica e induce los acontecimientos. El alcohol aporta (o justifica) el estado eufórico y el “calentón” para ellos, pero sobre todo para ellas que, bajo los efectos del alcohol, no estarán tan alerta ni tan pendientes de lo que pueda ocurrir (tan sólo de disfrutar) y, por tanto, puesto que son ellas las que deciden finalmente...

«—Las drogas facilitan lo de ligar. El alcohol, evidentemente a las chicas les afecta más, las chicas cuando beben alcohol se tiran literalmente a los tíos. Y los chicos cuando salen inevitablemente beben, o cerveza o algún tipo de alcohol, y al ser un estimulante te hace buscar más chicas y eso. Yo, inevitablemente siempre que quiero buscar una chica tengo que beber algo antes. Si vas por un rollo es mejor que ella esté bebida y te puedes aprovechar de ella, alguna vez lo he hecho. Cuando has bebido mucho ya no buscas ninguna tía, sólo quieres aguantar, tienes que beber hasta el punto en que dices lo que piensas y haces lo que normalmente no harías, pero controlándote y sabiendo lo que haces, simplemente viendo que no hay ningún impedimento en decirlo, no viendo que ya te pierdes y no sabes lo que haces.» (6LL-17-CHICO)

Tal es la confianza en el papel mediador del alcohol, y tal es la asunción de que son ellos quienes desempeñan el papel débil en el juego de la seducción (más adelante entraremos en las paradojas o contradicciones de tal discurso), que resulta fácil comprobar cómo aceptan sin ningún tipo de rubor el empleo de alcohol

como arma indispensable para bajar la guardia de las chicas. Incluso teorizan sobre el grado de consumo (propio y ajeno) necesario para que se cumpla el objetivo deseado: tener sexo.

«—Mejor que la tía vaya un poco más tocadita que el tío, porque si la tía sabe lo que quieres te lo pondrá difícil, y si va un poco tocada pues... adelante. Hay un límite que es entre contentillo y muy borracho que no puedes ni hablar y se te cierran los ojos, entonces no ligas ni queriendo, tienes que ir contentillo y sabiendo lo que haces. Actualmente, el alcohol es necesario para ligar, si no fuéramos que no sabemos ni lo que hacemos, sería difícilísimo, a no ser que los dos se conozcan y sepan que uno está enamorado del otro. No tienes que ir borracho, tienes que ir tocadillo, que tú sabes lo que haces pero no pasas vergüenza, no tienes miedo de quedar en ridículo, es por eso porque tienes miedo de que te digan que te vayas a tomar por el culo.» (2LL-16-CHICO)

«—Con el alcohol hay muchas... hay muchas que como que se sueltan, pues que son como un poquito tímidas y al tomar una copita o así, como que... se suelta y, y... intentan, no sé, como, como... no sé, tengo conocidos que, joder, que con una copa bailan, con cinco bailan y no sé, joder que, que... no, le pierden como miedo a las tías y van y hablan...y se sueltan más. O sea que, el alcohol les hace un poco eso. Pero bueno, no sé, como que es raro. Porque luego después, cuando están en el día, como que se cortan mucho con una tía, no sé.» (6JO-19-CHICO)

«—...si yo me entero de que hay alguna tía a la que le gusta, porque eso la gente te lo dice, me acerco un poco, hago el tonto, y quieras o no al final te la ligas, hoy en día está chupado. No la emborracho, pero yo para estar más suelto me tomo unos chupitos, pero no borracho del todo porque entonces no tiene emoción ya que no te enteras, debes ir un poquito pedo.» (2LL-16CHICO)

También a ellos el estado eufórico y laxo que aporta el alcohol les permite rebajar el listón respecto a las expectativas de la pareja esperada: si lo que se busca para una relación puntual es alguien que cumpla con los parámetros estéticos requeridos (“el pibón”), cuando has bebido lo suficiente no te importa conformarte con “la fea”, o mejor dicho, no te parece tan fea la fea... Eso sí, el riesgo es que todos han visto lo que has hecho y al día siguiente puedes arrepentirte de la pareja que elegiste (o te eligió).

«—...yo tengo una amiga mía, que se bebe una botella de Martini y no se entera.

—¡Coño!

—¡Qué saque tiene la tía!

—¡Joder!

—¡Folla como nadie!

—Claro. Es que nos estamos desvariando del tema. Estamos entrando ya en el alcohol y esas cosas.

—Hombre... está todo ligado, yo creo.

—Es que... si estás todo el rato hablando de la sexualidad... hay que cambiar un poco; alcohol, drogas..., esas cosas.

—Yo pienso que está todo unido. Sales los fines de semana, hombre... sales los fines de semana a tomar algo y...

—Para mí no. Yo... no tomo drogas, no bebo.

—Yo pienso follar igual, o sea que...

—¿Pero hay alguna relación?

—Hombre.

—Supuestamente cuando...

—Sí, cuando estás pedo... supuestamente follas más.

—Se te quita la vergüenza.

—Claro, se te quita la vergüenza.

—Claro.

—Eso sí.

—Eso sí.

—Sí.

—Porque cuando estás borracho es que... pues eso... pues estás más...

—Eufórico.

—Más cachondo, ¿no?

—La palabra es eufórico.

—...más abierto.

—La palabra en realidad es cachondo y... es que es eso.

—Bueno, sí.

—Por eso te digo, que cuando...

—Y a las pibas feas las ves guapas, porque estás cachondo, estás borracho, y yo qué sé.

—Y tienes... tienes ganas.

—Y dices “¡joder!”

—Y a las pibas les pasa lo mismo.

—Las pibas son peores cuando se ponen borrachas. O sea, tú te pones borracho, y a lo mejor te da por... estar con una piba, o a lo mejor te da por... hacer una locura con tus... con tus colegas, ¿sabes?...

—...Pero las pibas que están borrachas, siempre van a por pibes.

—Siempre. Siempre.

—Es que está... está demostradísimo eso.

—¡Es verdad, coño!

—Pierden la vergüenza o yo no sé qué les pasa, pero... les entra un calentón impresionante. » (CHICOS, 16-17 AÑOS)

Y en este discurso vuelven a poner a las chicas en el lugar de “las peores”. Son las que deciden, las que aprovechan la situación (si son feas lo normal es que nunca fueran “elegidas”) y, además, son ellas las que van a “pillar” porque ellos, en todo caso, tendrían más recursos de diversión con los colegas...

«—Cuando te bebes cuatro copas, ya a las feas las ves guapas y todo, ¿sabes?

—Sí. Eso sí.

—Hombre... ¡Guapas tampoco! Más normales.

—No, no. Yo te digo que las ves guapas.

—Y verlas al día siguiente y decir “¡Con esa!” ¡Joder tío... Joder!

—Estás en una fase que dices “a ver... me da igual... o sea.”

—Sí, sí.

—Pues yo nunca me he liado así, con un feto, feto. Hombre... con más guapas, con más feas, pues sí. Pero...

—Eso siempre.

—...siempre dentro de una media.

—Por eso se supone que siempre te enrollas con la que quieres, tío.

—Pues sí.

—O porque puedes.

—Suelen ser guapas.

—O con la que puedes.

—Eso está bien dicho.

—...siempre con la que quieres, no.

—Normalmente suelen ser las tías las que se enrollan con el que quieren.

—Ya, ya. Eso es verdad.

—Es que es una putada, porque...

—¡Hay tías que son feas, que madre mía!

—Que un tío se vaya con ellas, por pasar un buen rato... un buen rato.

¿Pero hacerlas de todo? Pues ya ves. Ellas más contentas que unas castañuelas.

—Nos ha jodido.

—Con tal de mojar, lo que sea. » (CHICOS, 16-17 AÑOS)

En cualquier caso, en este contexto las tácticas a utilizar para conseguir el objetivo (conseguir tener sexo) pasan por distintos estadios. Lo primero y fundamental es la imagen, el criterio fundamental para que la elección sea fácil: quien cumple con el criterio de imagen (los tíos y tías “buenos”) no tendrán problemas (siempre “pillan”) mientras que quien no tiene la imagen prototípica (“la típica niña buena con notazas”) sorprende si ha tenido éxito en la experiencia a determinada edad. De ellas quien triunfa es el “pibón”, y entre ellos, el que no es un “cachas”, se ve obligado a tener que utilizar otros recursos, por ejemplo hacerse el simpático para “camelarlas” y “currárselo” hablando (“que es lo que les gusta a ellas”).

«—No, pero las pibas si llega un tío que está muy bueno, también comentan...

—Yo tengo una amiga que tiene novio, tío, y es sábado, que te veo, que ya está tonteando... “¿pero qué haces, tía?”

—Mola también.

—...con el novio de dos años, ¿sabes? Se lían con uno y dicen “ah, ah... ¿qué me voy a liar?”, pero tú qué haces, ¿sabes?

—Yo antes, tronco, o sea, veía muy triste, el de 18,19 que se liaba con la de 15, que era un puto pibón, y ahora digo “hostia, es que es verdad”.

—Pero si tienen...

—Qué está pasando aquí...

—...sí, la de...cuarto de ESO mola, ¿sabes?

—Que sí.

—Sí, sí, sí.

—Pero... 14, macho...

—...de tercero, cuarto de ESO, dices hostia, qué pibón. ¡Increíble!

—Es que están buenísimas.

—[TODOS A LA VEZ]

—Que te dicen que tienen... 18, y tienen 14, y te lo crees.

—Pero muchísimas veces (...)

—Sí, sí, sí.

—El típico chaval superguapo, si te quieres hacer a un pibón, tienes que empezar a bajar la edad... ¡uf!

—Hay...

—Yo conozco a uno que es mazo de feo y tiene un pibón. Y es feísimo. ¿Por qué? Porque las coge y las camela a todas.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Muchas tías que el típico chulo de discoteca... que eres más normal pero mucho más simpático y las resultas gracioso y al final puedes ligar con ellas.

—Ese es el prototipo de piba antes que... con tres pibitos y para salir, y que sea majo. Pero ahora, si está bueno, ella quiere contigo ese día y ya, ¿sabes? Aunque seas un cabrón... ya saben que es un puto chulo, pero como está bueno... pues a saco.

—En la discoteca... ahora está chungo porque vas todo mamado...

—[RISAS]

—“Es que he ligado”

—[RISAS]

—...y seas el tío simpático del grupo, tío.

—Enseguida...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

Lo que está claro desde todas estas premisas es que las relaciones que se establecen cuando se sale los fines de semana están condicionadas por la expectativa de sexo. Piensan que son rollos inocentes, en los que hay que establecer un tipo de juego previo muy especial para facilitar que las chicas accedan al sexo y que esos previos cambian cuando eres más mayor (situaciones en las que te puedes acostar con quien quieras la primera vez que te encuentras). Eso sí, en cualquier situación y a cualquier edad, “ligar” se interpreta como el primer paso, necesario pero no suficiente, para acabar teniendo sexo. Es necesario porque ellas lo requieren, pero otra cosa es que se consiga, porque dependes de su decisión. Y aunque no se sale siempre o exclusivamente para ligar, lo cierto es que todos van a los sitios en los que hay más chicas y “si caen, caen”.

«—Para follártela, primero te la tienes que ligar, ¿sabes?

—Claro.

—¿Así de primeras?

—Son pasos. Primero el ligue... y luego el sexo.

—Claro.

—¡Por que si no!

—Si no...

—¡Pues muy mal!» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Aparte... que con los amigos no vas siempre a ligar.

—Yo sí.

—Y haces un montón de cosas.

—Muchas veces, sí vas.

—Hombre.

—Yo pocas veces voy a eso, ¿eh? Yo voy a salir... a pasármelo bien con mis amigos.

—Sí.

—Eso sí.

—Y si caen... pues caen. Pero tampoco lo voy buscando.

—Tú no sales de casa diciendo "¡Hoy triunfo!" ¿A que no? Porque es que no puedes salir así por la calle. Pues vas normal... y si caen, pues caen. No somos cazadores... no por la calle a ligar.

—Yo reconozco que tuve una época que... así de coña con los amigos...

—Vamos a conocer a pibas.

—Es que eso... yo creo que...

—¡A todas las que veamos a sacos, a saco!

—...yo por lo que he...

—A mí me pasó esa época, y ahora...

—Ya ahora cuando sales por ahí, ¿no sueles salir a sitios donde hay más pibas?

—Si es que eso hacemos todos, o sea.

—Aquí todo el mundo sale a lo que sale, sale a pasárselo bien, y si cae, pues cae. Pero todo el mundo va a los sitios donde más pibas hay. Bueno, yo por lo menos.

—Yo algunas veces. No todas, ¿eh?

—Porque es muy difícil que en un mismo grupo de amigos, ninguno quiera ligar... pero muy difícil.

—Yo es que en mi grupo de amigos todos... vamos a... a pasárnoslo bien, pero también... vamos a pasárnoslo bien, pero con piba. ¿Sabes lo que te digo? A pasárnoslo bien, pero... a estar con chicas también. ¿Sabes? Porque para vernos... si es que nos vemos siempre las mismas caras todos los días, pues... ¿Sabes? Si te lo pasas bien y estás con chicas, pues mejor. ¿Sabes?

—Claro.

—Sí. Eso sí.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Siempre he salido sólo para pasármelo bien con los amigos y si encima ligo pues mejor, pero no salgo a buscar novia.» (11L-17-CHICO)

En cualquier caso, con independencia de la predisposición de partida o del planteamiento teórico inicial, en cualquier contexto de diversión, lo que no se puede hacer es “desaprovechar la oportunidad” (la oportunidad de tener sexo, claro): oportunidad que se va, no vuelve. Sin mayores miramientos.

«—Hombre, no sé. Yo creo que las tías se lo toman mucho más a la... a una cosa mucho más seria y mucho más... “que tiene que hacerse y tal...”. Los tíos en general son más... Tirarse todo lo que se mueva.»

(91O-15-CHICO)

Cuando te encuentras con una chica con la que quieres sexo, con el “pibón”, el trato es de entrada diferente y la expectativa excita y condiciona, a partir de la imagen, ya que no tienes mayor intención de entablar otro tipo de relación con ella. Las tácticas entonces serán múltiples: tratas de hacer amistad porque es un “pibón”, y si no es posible “entrarla” directamente, en parte porque te condiciona la expectativa y no puedes desenvolverte con naturalidad, lo suyo es hacerte amigo de su amiga fea, aun a riesgo de que esta fea malinterprete tus intenciones y se te “cuelgue”, lo que de hecho imposibilitará conseguir el objetivo real.

«—Ya tienes una idea preconcebida de cómo entrar a una piba. O sea, si tú vas ya que se la tienes que colar, pues... pues vas directamente a eso, no vas a conocerla ni...

—Claro.

—Es estratégico.

—Que muchas veces tú te haces amigo de un pibón porque es un pibón.

—Claro.

—La típica tonta que la estás aguantando y dices, mira...

—Hombre, hay algunas chicas que son majas así pero...

—Merece le pena, unas pibas que son majas...

—Si es maja y encima está buena, te la comes (...)

—Sí, yo también, pero un pibón de primeras... te pones super... yo por lo menos me pongo mazo nervioso.

—...se te va la vista, tío.

—Te pones nervioso cuando no tienes posibilidades.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—¡Anda que no he visto tácticas para ligar! Por ejemplo al que le sobra la pasta, pues la invita a algo. Al que no le sobra, no sacarle los ojos de encima, que ésta es la más utilizada por mí. Te la quedas mirando y la tía se da cuenta y, si a ella también le molas, pues se te queda mirando y... si no se te queda mirando, pues mal, pero bueno yo lo acostumbro a hacer pero pocas veces, porque si lo hago es que me ha de gustar mucho, porque soy así. Hay muchas, por ejemplo ir a ligar con una amiga para acercarse más a la otra, o encontrar a una chica que conoces pero no estás mucho con

ella, pero te arrimas porque tiene una amiga que está buena, no para ir con ella si no por su amiga. La más popular que es hacerse el borracho, hay muchos tíos que se hacen el borracho para ligar, muchos, muchos, en la discoteca y donde sea que haya bebida. Hay muchos que van borrachos pero cuando vas borracho, yo he ido, no tienes muchas ganas de ligar. Los tíos van hacia allí, se hacen los borrachos: “¡¡Eh guapa!!”, muy habitual en este país esto de hacerse el borracho. Van allí ver si le sacan algo y si no, cuando la chica les dice “eh, que tú me viniste ayer...” pues dicen que iban borracho y ya está, es una excusa para todo, que te dicen que no, pues dices que ibas borracho y ya está. » (5L17-CHICO)

«—Por ejemplo, ¿no os ha pasado que vosotros vais por una piba y habláis mucho con una amiga suya, y al final le molas a la amiga fea y ya no tienes nada que hacer con la guapa?

—Claro.

—Eso pasa mucho...

—...eso... digo, mira...

—Yo estaba detrás de una piba, tía, que hacía mil cosas... bueno, vivía lejos, iba en el coche, pa, pa, pa, pa, mil cosas, y me presentó a su amiga, su compañera de piso que es más fea que un Trol, pues y de repente me empezó a mandar mensajes la amiga. Joé, esto va mal...

—...la que me gustó a mí me intentó...

—Eso es lo peor, sabes.

—Sí, tío, los tíos que se hacen muchas mejores amigas...

—Pero también a ti como te guste una piba, yo creo que primero vas a hablar con la amiga.

—Es que... amiga... también es que eres un cabrón, no sé qué.

—Si...

—Si a la amiga le caes bien... joé, está mazo de hecho, ¿eh?

—Claro, por eso.

—...las amigas influyen...

—A través de la amiga, te haces a la otra.

—Muchas veces eso se hace. » (CHICOS, 18-19 AÑOS)

De hecho con las “tías” con las que se pretende sexo, en general con las “tías”, no se puede establecer amistad y viceversa. Con las chicas, cuando estableces otra relación, y hablas con ellas, te acercas a un terreno peligroso. A las chicas les gusta que les hablen (“les gusta eso de estar hablando con alguien”) y en ese momento se pueden trastocar las expectativas, porque se puede confundir el sexo con la amistad, y eso complica las cosas porque ahí existen otras claves de relación, de compromiso y de complicidad.

Aunque ellos tengan claro que no buscan en la amiga sexo sino confidencias e incluso intermediación con otras chicas, sobre todo si la amiga es fea, puede pasar, y de hecho pasa, que la amiga sí tenga otras intenciones o deseos respecto a ti.

«—Pero es que a veces también lo que las gusta es que haya alguien y que las hable y que no estén pensando en cómo están desnudas encima de una cama, ¿sabes?, que a veces las gusta eso de estar hablando con alguien.
 —Al final las terminas por gustar. Al final va a llegar un momento en que le vas a gustar tú a ella o ella a ti.
 —...te manda un mensaje, y empieza “me estás empezando a gustar”.
 —Te mueres.
 —Te mola tronco, ya está.
 —[TODOS A LA VEZ]
 —¿Sabes?, ya ves ahí... es tu amiga, vale, es tu amiga, pero si te dice algo ella...
 —Pero yo no me doy cuenta de si... si yo le molo a alguien. Pero yo hace años, tronco, estuve como un año con mi mejor amiga y yo no me daba cuenta de que le molaba a ella, hasta que una amiga me dijo “tronco, ¿no te das cuenta de que lleva un año detrás de ti?”, y yo...
 —...y ella te mola a ti. Yo tengo una amiga que yo sé que no le molo nada a ella y ella no me mola nada...
 —¿Lo sabes, seguro?
 —...pero vamos, 100%. No tengo nada de sexo en la cabeza con ella, y ella tampoco conmigo, o sea, que puede pasar perfectamente.
 —...feas, sabes.
 —Si es fea, le molas tú a ella, ¿sabes?
 —A ella le molas tío, aunque sea fea.
 —...si son dos feos, qué, dos feos.
 —[RISAS]
 —...hay que reconocerlo.
 —[HABLAN TODOS A LA VEZ]
 —Es verdad, eh, hay muchas tías que son así, muy, muy... joé, que son feíllas, no sé qué, mucho... ja, ja, ji, ji...pero notas que cuando le cuentas temas de otras pibas...
 —...que esas pibas no valen nada...
 —Porque les jode que te intereses por otras, porque a ellas les gusta sentirse que tú les molas, ¿sabes?
 —Si de verdad es tu amiga, no le debería joder.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Yo creo que no, que no... no podría, así, tener una amiga y... y... y tener sólo amistad con ella. No es que me desagrade, siempre he querido tener una amiga de éstas que, bueno, no estás con nadie, la llamas, quedas y ya está. Pero no sé... si es amistad y todo eso, y la quieres como amiga... no lo veo así... Yo no podría, tampoco lo he probado, pero... o me acabaría colgando de ella o le acabaría diciendo que no.» (8.º-18-CHICO)

Lo que ocurre es que, en todo caso, el juego de seducciones, de insinuaciones y expectativas cruzadas gusta. Y a ellos también les gusta gustar... La frontera entre la amistad y el sexo no es nada nítida, y la conclusión desde su perspectiva es que es imposible tener amistad con una chica, porque siempre habrá algún tipo de

atracción en el fondo que pervierte la amistad: el sexo siempre está presente porque ellos no pueden resistirse a las tentaciones (y siempre están dispuestos...).

«—Estoy a gusto y estoy tranquilo y me llevo dabuti con todas las chicas... pero no...

—¿Y alguna vez?

—Sí, he pensado, o sea ésta... no me importaría... Lo he pensado, pero nunca lo he intentado, ¿sabes? ¿sabes lo que te quiero decir? nunca le he dicho a la chica "oye, que si quieres conmigo tal..." ¿sabes? Nunca se lo he dicho, lo he pensado.

—Yo, a lo mejor... pero con gente con la que tengo cariño, con las demás tías... estás así en plan cachondeo pero no demuestras cariño, no vas a estar dándole besitos... ¿qué es eso? No somos...

—[RISAS]

—Dilo, no somos maricones.

—No somos de piedra, me refiero... Es que lo siento, son expresiones... no es en plan para ofender a nadie, son expresiones.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—M: ¿Estáis diciendo que no existe amistad entre los chicos y las chicas?

—No.

—O sea, yo creo que sí.

—Entre...

—Porque te mola, lo que quieres es hacer algo con ella, no me jodas, tío.

—Siempre, no tan exagerado, pero siempre hay un apartado en tu cerebro que dice joder, "aparte de mi amiga... follar". O sea, no es tan exagerado, sí puede ser tu amiga, pero...

—No, pero por ejemplo hay gente que se conoce desde que son pequeños, y ni siquiera piensan en eso, sabes. [TODOS A LA VEZ]

—Si estás con una chica... tú eres el que a lo mejor dice tengo posibilidades y paso. Pero te viene tu mejor amiga del alma que está buenísima y dice "vamos pa' allá", flipas. Y seguro que estás pensando...

—La amistad sí existe, tío, entre tíos y tías.

—Existe llevarte bien... pero la amistad entre pibes y pibas, tío... tú no puedes salir con un amigo como sales con una amiga.

—No puedes, no puedes.

—Yo lo tengo comprobado, yo lo tengo comprobado. [TODOS A LA VEZ]

—¿Eh?

—Que dice que tiene más confianza en cualquiera amiga suya, ¿no?, que un amigo.

—Que tengo muchas amigas...

—¿No te molan esas tías?

—Una de ellas me moló, y las demás no me molan.

—Bueno, pues entonces a ellas las molas.

—Que no me molen no quiere decir que no estén buenas, ¿eh?, porque están buenas.

—Claro, tío, hay un factor sexual ahí, pero...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

El papel del grupo

Otro de los aspectos fundamentales de lo que el sexo es y deba ser para los jóvenes varones es el papel que cumple en la relación grupal. El grupo de amigos también se convierte en un referente decisivo en lo que al sexo respecta. En primer término porque, independientemente del debate sobre si existe o no presión para el sexo a nivel general, se reconoce explícitamente que el grupo de pares ejerce esta presión para que todos sus miembros tengan sus (primeras) experiencias.

La presión que ejerce el grupo tiene varias vertientes. La primera se refiere a que se debe demostrar ante el grupo que has superado la barrera, “que lo has hecho”, y de esta forma se entiende que cumplir con la primera experiencia es “cumplir con el grupo” que te lo está reclamando. Los chicos tienen prisa por superar los preámbulos de la relación con las chicas, entre otras cosas porque les acecha la pregunta del grupo (“¿ya?”) y si no consigues el objetivo perderás puntos ante tus amigos, estableciéndose una dinámica de comparación y competición entre los miembros del grupo. Sea o no cierto, al grupo hay que demostrarle también que se ha cumplido el paso de joven a adulto y, por eso, incluso reconocen que es más importante “contarlo” que “hacerlo”, y cuando se cuenta se recrea lo sucedido, se disfruta dos veces, y si es necesario se completa lo que no haya podido ser...

«—Yo creo que es así como... la peña, porque igual empiezas a salir a los 15, ya a los 16... en un año ya has follado.

—Ya, pero es que a los 15 con una piba es muy difícil.

—Hay gente que sí.

—Pero esa gente...

—...una tía, o sea, te tiene mucho cariño y ya como que no quieres aflojar, quieres... mucho amor, amistad, y el tío... está deseando tirársela.

—Están todos sus amigos “¿ya?”. “No, tío.”

—[RISAS]

—Ya ves, que eres un pardillo como no la metas.

—Y encima la presión, sabes, porque la peña mete presión... porque yo a mi grupo de amigos, el que no lo haya hecho ya está presionado... está ahí como... 20 años y eres el único que no has follado, pues te callas.

—Sí, pero yo te digo una cosa, yo... no me espero, o sea... tronco, yo me lío con... Yo tengo amigos y dicen “tronco, es que ya, que una cosa rara ahí...”» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Pero es que al final... tengo colegas que están deprimidos porque no la cuelan.

—...en las discotecas, y ves una o... es que te la... por todos los sitios, y es que..., voy a la discoteca, igual.

—Es eso, que si estás seis meses con una, tronco y no te la follas, y ves que tu amigo en dos semanas con una tía que está mejor y es una hija de puta y ya se la ha follado tres veces, y dices, hostias, soy gilipollas, y qué hago con la niña esta...”» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—M: ¿Y qué es lo mejor del sexo?
 —El placer, ¿no?
 —[RISAS]
 —No, contárselo a los amigos, yo creo.
 —[RISAS]
 —Es así, tío, es así.
 —...es lo mejor, tío.
 —La envidia, no, es...
 —Una noche, pa, con los amigos.
 —Sí, pero...
 —A los dos años quieres disfrutar lo máximo posible...
 —No, con tu novia, no, con tu novia, sabes, pero... porque te mola. Pero con los amigos... charlas con ellos una noche, tú te has follado...
 —O las primeras veces con tu novia pues vas a contárselo a tus amigos.
 —Eso es como todo.
 —Lo que buscas es disfrutar, tío, y pasártelo bien, y estar a gusto.
 —Es unas risas, sabes, la verdad es que...
 —Lo que buscas es eso, tío, como todo en la vida, tío. Estar a gusto, sentirte bien y disfrutar, ¿o no?
 —Todo el mundo lo que le gusta es vacilar, tío.
 —A ti te dicen, mira, te puedes follar a diez pibones, y no se lo cuentas a nadie... o a 5 pibones, y se lo cuentas a tus amigos... ¡y la gente elige a los 5 pibones!
 —Sí...
 —Depende qué gente, ¿no?
 —Yo elijo a 10 pibones... y luego cuento lo que sea, tío, y ya está.
 —No, tú imagínate que no lo puedes contar, sabes, es una hipótesis, pero la gente elige 5 y contarlo porque ya no es follártela, es contarlo, lo que mola aquí, ja, ja, tal... tus amigos, "jo, ése se ha follado a una", eso mola.
 —Eso mola.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Yo creo que hay muchos chicos que para quedar bien con los colegas dicen que se han liado con una tía y no es verdad o cosas de ésas, o es verdad y lo hace notar: "¡eh, tío, sabes que, me he liado con ésta!"»

(3LL-16-CHICO)

Lo que se cuenta a los amigos, en todo caso, se asume que es típico y propio de las primeras veces, o en general de todas las veces que no son cosas serias, y así, la dinámica del mejor contarlo que hacerlo también es algo que pasará con el tiempo, es un reflejo de lo que se debe hacer cuando se es joven y no cuando se es adulto.

«—Con tu piba tampoco... contar las cosas que hago con mi piba... un problema así los dos, tal, siempre me dice "jó, tío, hoy no sé qué"... pero yo nunca le cuento cuando avanzo, cuando hago cosas diferentes, o cosas de esas, tío, sabes, eso es como muy... muy íntimo.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—La primera vez que me lié, llegué a casa y no paraba de pensar, no se lo dije a mis padres, de eso de los líos no les digo nada. Estaba supercontento, llegué al pub que aún era pronto y me cagüen dios de cara a la bebida y a celebrarlo, se lo conté a los amigos de mi cuadrilla. Me gustó y es lo que esperaba.» (8LL-16-CHICO)

Pero, por otra parte, la presión que establece el grupo y la necesidad de “cumplir con él” abre también una dinámica en la que “todo vale”. Significa que para conseguir “un rollo” se intentará con todo tipo de “tías” (como hemos visto, si es necesario, con ayuda del alcohol o lo que haga falta): se empieza por el “pibón”, pero si no sale, se baja el listón a la “comodín” e incluso, si es preciso, habrá que estrenarse con “profesionales”.

«—...más que tirársela es contarlo, sabes.

—Sí.

—Luego...

—[HABLAN TODOS A LA VEZ]

—Seguro que están follando y están pensando “ya, ya he follado, ya está.”

—Da igual.

—Da igual todo.

—Si es verdad, tío.

—Está claro.

—Sí, sí, sí, sí.

—Hay mazo presión.

—La primera vez es mucho más follón...

—No, la primera vez, tengo dos amigos que... que sólo quedan ellos dos y están los dos en plan... tal, sabes.

—Incluso la presión te hace mentir.

—Eso me parece triste, eh.

—...sabes, el típico que te viene “yo en mi pueblo una noche, tal, cual”...»

(CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Yo creo que la presión ésta es peor, o sea, porque liarte, tronco... Yo creo que la gente no sabe... cuántos años...

—Pero en ese momento...

—En ese momento no lo saben.

—Cuando tienes que hacer... si es que ya se está liando, dices “hostias”.

—Claro, tronco, es que es eso.

—Ya es lo último, que te estás liando en una discoteca, y que... ¿te lo estás pasando bien, o qué estás haciendo?

—Vale, pero ya cumples con el grupo, yo también lo he hecho (...)

—Eso es para...

—Es gilipollas, tío.

—Ese finde... se está comiendo a otro, y tú...

—Pero tiene de todo, no creo que sea todo un extremo, o sea, también porque te enrollas con ella porque también te gusta a ti, joé, pongo el listón a cero otra vez, tronco.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Pero es que luego está eso, es que a mí no me vale que me digas “es que yo he con diez, chaval.” Pero diez, cómo. Yo prefiero liarme con tres, que realmente me han molado, que son guapas, tronco, que no cuatro putillas ahí... pero no la miro, sabes.

—[RISAS]

—Que tengan aquí un poco, tronco...

—...ya pa' follar, bajas el listón, está claro.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—...que aunque lleve dos años es que no... sabes, que... todo muy triste.

—Que se vaya de putas, tío.

—[RISAS]

—De lujo.

—...prefiero la comodín que éste, ¿sabes?, que hay que pagar...

—De todas formas en mi pueblo todos... en puticlub, o sea. Porque con 14 le llevan los mayores al puticlub y todo el follón. Esos son los que bajan al mes, sabes...

—Es verdad, tío.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

Pero además de ejercer tales presiones, el grupo también funciona como facilitador de las relaciones para sus miembros. Es así porque en el grupo se encuentra el apoyo, la seguridad y el anonimato necesario (respecto a personas ajenas al grupo, claro) para atreverse a hacer cosas que en solitario no se harían, e incluso emisarios para entablar relaciones. El grupo proporciona sustento emocional y simbólico, y ejerce una presión que impulsa a batir los temores.

«—Sin el grupo no se liga yo creo, si no vas con un grupo o algo, o sea, si vas solo no ligas, yo no saldría solo ni he visto gente que lo haga. Cuando van en grupo los tíos se hacen más los chulos y eso pero cuando van solos, nada, en grupo se hacen ver. Las chicas también cambian cuando van en grupo, igual que lo tíos, se hacen ver.» (4LL-17-CHICO)

«—Sí, porque... claro la seguridad que te da el grupo es eso de decir: “buf, aquí comienzo a hacer de todo y... ¡fua! Ya no paro.” Creo que... está bien, pero que e... es peligroso por eso. Que te da demasiada seguridad para hacer cosas que nunca, de normal no harías, ni se te pasarían por la cabeza. Y sobre todo si la gente ya ha bebido o... es mucho peor.»

(12JO-19-CHICO)

Todos asumen que existe, y asumen que también la ejercen, presión entre los chicos para perder la virginidad, aunque formalmente parece que no le dieran importancia una vez que no son ellos ya los que están en observación. Así, cuando uno mismo ya ha cumplido, sigue el juego, aunque se relativice ya la importancia, incluyendo nuevos matices en el planteamiento: lo ciertamente importante de no ser virgen es que hayas demostrado que no “eres feo” y que tengas la experiencia suficiente para que las chicas se fijen en ti, puesto que si eres inexperto ellas dudarán de tu capacidad, o del interés que debas despertarles. Por eso, si no con-

sigues cuanto antes demostrar tu capacidad, la presión se irá haciendo cada vez mayor, llegando incluso a angustiarse y obsesionarse.

«—Yo conozco a mucha gente que estaba obsesionada en que no podía llegar a la universidad sin haber follado, yo conozco muchísima gente.

—El año pasado había un chaval, había más, pero, sobre todo, había uno que estaba obsesionadísimo. Aparte el chaval era un poquillo feo, entonces...

—Dice un poquito feo...

—Yo una apuesta personal conmigo, yo dije de pinchar a los dieciocho.

—Yo sé de gente con veintitrés años que no lo ha hecho.

—A mí eso me da igual.

—Y a mí también, porque lo he hecho.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—No sé, pero yo creo que lo de la presión con los colegas sí que... a partir de los diecisiete y los dieciocho, cuando ya un par de amigos pues les ha llegado y les ha llegado y a ti no te ha llegado todavía... o estás acojonado ¿sabes? Si ya sabes pues sí, sí le veo presión. Ya quedas con alguien y estás como ya... a ver si...

—Yo, un colega mío es virgen por miedo, por miedo a no dar la talla y a... cagarla.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Y por eso, aunque todos esperarían tener la primera relación con alguien especial, no es conveniente arriesgarse a ser considerado como un “fracasado” y sólo los que reconocen haber tenido ya relaciones se arriesgan a teorizar sobre si es mejor esperar hasta conseguir hacerlo con alguien que te guste, eso sí, sin darle demasiada importancia a si sus primeras experiencias cumplían con ese requisito (“más o menos la quería...”), y por supuesto, siempre que no se supere la barrera de los 18 ó los 20 años, según la edad de quien hable.

«—...hay gente que se avergüenza, decir que... Porque lo ven como que...

—...edad máxima... 16, 17 años. Como pases de ahí, ya... Bueno, bueno... Si no lo has hecho...

—Tampoco te vas a comer la cabeza.

—Yo ahora tengo, 18, 17, o los que tenga... y no...

—Y yo pienso que basta que lo busques para que te quedes a dos velas.

—Claro.

—Y cuando menos te lo esperas...

—Yo... yo voy con un grupo de amigos que son gilipollas que no pillaban cacho ni a tiros... entonces contrataron a una puta para que fueran ahí.

¿Sabes?

—¡Joder!

—Eso es lo peor tío.

—Ya ves.

—Tener que llegar a eso.

—Eso es ser un fracasado.
 —O sea si nunca putas... o sea. Yo nunca perdería la virginidad con una puta. Está más claro que el agua (...).
 —No sé. Yo pienso que tuve la suerte de perderla con... con una chica que creo que... creo que ella me quería y que yo más o menos la quería.
 —Más o menos.
 —Yo pienso que eso es una suerte. Por lo menos para mí.»

(CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Pues... o sea, yo creo que... que la virginidad la tienes que perder cuando, o sea, cuando... tú lo crees, que tienes que perder, o sea si tienes una chica “vamos a perder la vir” o sea, “vamos a hacerlo” y si tú no estás, tú no estás aquí... tú todavía no lo tienes claro y no estás predisposto para hacerlo, pues tendrás que esperar cuando ya lo tengas preparado. Si no estás preparado... no lo vas a hacer.» (510-16-CHICO)

«—No, pero es verdad que mucha gente que le preguntas “¿eres virgen?” Y le da como palo decir que sí lo es.
 —Claro.
 —Hay gente que le da vergüenza.
 —A mí es que me da igual.
 —Sí, pero eso... es que cuando alguien se queda así... “No... no sé”.
 —¡Tú eres tonto! Si lo eres, lo eres, tío. No te tienes por qué avergonzar.
 —Hay gente que duda, tío.
 —Es mejor esperarte a los 18, y hacerlo con una piba que te guste... que irte de marcha...
 —La primera vez sí, ¿sabes?
 —...y hacerlo con una golfa, como dices tú.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

Los amigos mantienen un lugar privilegiado a lo largo de todo el discurso, y si los amigos ejercen presión, se acepta esa presión como algo natural: siguiendo el argumento de que están en el momento en el que lo que toca es “golfear” y no comprometerse, cuando los amigos y las novias son incompatibles se opta por los amigos porque ellos siempre van a estar ahí; en unos momentos para reírse de ti o bromear con tu situación y, en último extremo, para apoyarte cuando la cosa no salga bien. Se entiende que el grado de compromiso que se adquiere con una “novia”, que será algo muy especial y fuerte, obligará a tener que acabar eligiendo entre ella y los amigos, y eso no es lo que se quiere para el momento actual: entre las novias y los amigos hay que quedarse con estos últimos y por eso, con frecuencia, ellas tendrán que integrarse en el grupo.

Lo cierto es que parece que a los grupos de chicos, en general, no parece hacerles demasiada gracia que alguno de sus componentes establezca una relación “estable” con una chica, cosa que todos (incluido el implicado) entenderán como un riesgo para que el grupo tenga continuidad, como una amenaza a su ritmo cotidiano.

«—Yo es que tengo muy claro que mi novia tiene que ser mi... mi novia y la amiga de mis colegas, ¿sabes?... ¿Sabes?, te la llevas ahí con tus colegas, que la conozcan, que se hagan amigos y luego ya está. Luego es... pues que se junten. Y estás con los dos.

—Porque así, ni pierdes a los colegas, ni pierdes a tu chochito, ¿no?

—Yo tengo un colega que lleva un año con una... con su piba lleva un año... y no le hemos, no le vemos el pelo por donde paramos nosotros.

—Ya, pero luego eso cuando lo deje, verás cómo viene.

—Sí.

—Es lo que suele pasar.

—Es que parece que son como las duracel colega... es que duran... pero... que llevan un año y no se cansan los cabrones. ¡Que no se cansan tío! Y hemos hecho de todo para separarlos. Y les hemos puesto encima a otra tía para que dejen de... de estar juntos. Somos un poco cabrones, ¿Pero? Pero vamos, que no ha colado, y... y sigue yéndose con... con ella. Pero a todos los lados, chaval.

—Ya. Pero sin dejar de lado...

—Pero eso es normal, tronco. De enamorarte de alguien... no sé. Es normal que quieras estar con esa persona. (...)

—Me ha pasado con más de un colega,

—...que con la novia todo el día. Todo el día con ella, y como que se...

—...va distanciando. Y que joder, que llega un día que viene contigo y parece que no tienes cosas de qué hablar.

—Claro.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Lo malo es cuando empiezas con una chavala y empiezas a dejar a los amigos aparte y luego ¿qué pasa? Que lo dejas, no.

—...los amigos te dicen... estoy un año con ella.

—Eso es verdad.

—Hay que saber llevarlo.

—Un cosa es estar con la novia y otra es dejar totalmente de lado a los colegas.

—Es muy difícil si tu piba se quiere quedar contigo y... te quieres ir con tus amigos y... si te vas con ellos ¡joé! con la novia.

—Te tiene si quieres... con ellos.

—Eso es lo que te quema.

—Cuando lo tienes en la palma de la mano, te vas con tus colegas y ahí es cuando la piba...

—Dicen tus amigos "venga, vente a tomar algo" y la novia "vente a mi casa que estoy sola" empiezas tú... casa...

—Depende.

—Ellos pueden entender que tienes novia y...

—También lo pueden entender ellas.

—Claro, no pero es que tú tienes tu vida aparte, o sea...

—Si tuviera piba me gustaría que... se llevara bien con mis colegas.

—Nunca lleves a tu piba con tus colegas.
 —Es lo peor.
 —¡Joé!
 —Acepta este triste consejo: nunca lleves a tu piba con tus colegas.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Antes pasaba más rato con los amigos, pero ahora como estoy con la novia, paso menos rato con los amigos. Pero para mí, lo más importante son los amigos, la novia está allí y sábado por la noche quedas con ella, pero si tuviera que escoger, me quedo con los amigos y ya está. Dejaría la novia por los amigos, que es lo que hice con una relación, estaba saliendo con una chica que me hacía estar todo el rato a su lado y cuando le decía que me iba con los amigos se ponía de mala hostia y la dejé. No me importa si quiere venir con mis amigos, que haga lo que quiera, si la tía es muy abierta y quiere venir, que venga, nunca le diré que no. A mí me da igual ir con su grupo de amigos, he ido con sus amigas y quedas bastante en ridículo porque hay 6 amigas, yo y el novio de una amiga y somos dos tíos allí. Que yo sepa en mi grupo no hay malestar si viene la novia con nosotros.» (2LL-16-CHICO)

Es con los amigos con quienes se habla de sexo, con frecuencia y con naturalidad y libertad. Como contraste, con los adultos y especialmente con los padres es un tema que no se toca. Por un lado porque se parte de la convicción de que los adultos (padres y profesores) no aprueban sus necesidades y conductas, y suponen que el sexo no es cosa de jóvenes. Por otra parte, porque no tiene sentido compartir con los padres las cosas que se hace con las chicas; no es como con los amigos, que forma parte de la diversión (mientras la relación no sea algo serio, que, en ese caso, lo que ocurre es ya algo íntimo).

«—No sé, yo creo que además que la gente con... con la gente más mayor, con la gente de nuestra edad, como que no lo hablan con claridad. Como si lo dicen como que eso no es para nosotros, que es cuando tenemos que ser un poco más mayores... cuando tenemos que ser más maduros. Yo qué sé. No sé.
 —Es que lo tendrían que tomar con naturalidad.
 —¿Qué dicen nuestros padres?
 —Y... yo sí.
 —No. Yo con mi familia hablo... hablo de la sexualidad y eso.
 —¡Pues yo no!
 —Yo tampoco.
 —Tú tampoco, ¿a que no?
 —Yo no.
 —Hombre, alguna cosa sí, ¿pero?
 —No vas a llegar a tu madre y le vas a decir; "Pues ayer eché uno que..."
 ¡Pues no!
 —Pero eso es normal....

—Ya hombre, ya.

—No seas tan bestia, tío.

—No sé, yo el otro día hablando con una amiga mía me decía; "Joder, pues mi madre me ha dicho que cuando vaya a hacerlo... que me compra los condones y eso." Y digo, joder. Pues yo cuando voy a comprar condones, la última persona en la que pienso es en mi madre... sinceramente. Se lo compro yo a mi hermano o a un colega o a cualquiera, pero... mi madre.

—"Oye, mama... que vayas a por condones."» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Sí, luego están los profesores. Que muy liberales, muy liberales, pero te ven ahí haciendo algo en los baños y... te echan de...

—A mí me han expulsado una semana del Instituto por estar con una tía en el baño, y... vale... te quedas... "No se pueden hacer actitudes pecaminosas en el Instituto, y... una semana fuera", y... así lo pusieron en el parte. Y mi padre, cuando le di el parte se quedó...

—Te miró... ¿Qué estabas haciendo?

—Joder.

—Es la sexualidad.

—¿El qué?

—En los colegios. Una clase de sexualidad sólo.

—Pues a mí me van a venir a hablar dentro de poco sobre sexualidad.

—Sí... Pero te echan una charla tronco, que...

—¡Y qué te dicen... y qué te dicen!

—Pues ya sabes, te dicen...

—A las tías una compresa o algo.

—Esa charla, han ido a mi Instituto antes y han dado la misma charla desde Primero de la ESO hasta Cuarto.

—La de Evax o algo así.

—Una piba con una caja.

—Eso es para hacer promoción, para que compren...

—Pero era la misma charla.

—De esos de Johnson eran.

—Es verdad, a mí el año pasado vinieron a hacerme una de esas.

—A nosotros no vienen. A mí por lo menos no me han dado ninguna charla de esas de...

—A mí tienen que venir a dárme la.

—Sólo vienen para dársela a los chicos, a las chicas...

—¡Ya!

—La nuestra es mixta. Se la hacen a... a los tíos a las tías juntos. Pero es un canteo, porque es una tía que es mazo de vieja... del Instituto, y se te pone a hablar de... de movidas ahí, todo de sexualidad y te quedas como diciendo "¡Y tú qué sabrás de eso!"

—Y además que vienen ahí queriéndose... yo qué sé, hacerse tu amigo, que le cuentes todo... que... ¡Ahí te pires, anda!

—No se lo cuentas a tus padres... se lo vas a contar a ellos.

—A mi padre me da más palo contárselo. Por lo menos a mí. ¡Me da un palo hablar de eso con mis padres!

—A mí también. » (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—No sé. Yo con mis colegas, les cuento pero... tampoco es plan de estar...

—Hasta cierto punto.

—...dando detalles. Lo que pasa contigo y con tu novia es pa' ti y pa' ella.

No es plan de ir...

—A lo mejor a ti te molesta. A ti te molesta que lo cuente.

—Sin dar detalles. ¿Pero?

—No sé.

—Más bien en cachondeo.

—En cachondeo. Para echarte unas risas.

—Es que... es que si se te pone a preguntar un amigo de estos, serio, pues... ¡Pues es que no puedes! ¡Es que es imposible!

—No. Es que siempre al final.

—Siempre alguno suelta una coña. » (CHICOS, 16-17 AÑOS)

En casa y con los padres, es un tema del que no se puede y no se quiere hablar. En parte porque a los padres se les atribuye un cierto rol autoritario, de reprobación de unas conductas que para los hijos son necesarias en la edad de saltarse todas las reglas y golpear; en parte porque se supone que la expectativa de los padres respecto a la sexualidad de los hijos no se correspondería en todo caso con lo que estos hijos consideran apropiado. Y en último extremo, porque aunque los padres se mostraran abiertos, empáticos o expresivos con su propia sexualidad, una vez más se provocaría una distancia respecto a ellos, en base a la legitimidad de los discursos y los comportamientos: un padre nunca podrá estar en la misma clave que un hijo, ni podrá hablar en los mismos términos, porque no es propio de su edad hacerlo y, por tanto, es algo que se rechaza.

«—Bueno, en mi casa se habla pero poco, ¿sabes lo que te digo?

—En mi casa se... lo procuro evitar yo, que luego mi padre empieza "ay, te traes mozas a casa...", ¿sabes?

—Empiezan con las gracias... y no te molan.

—[RISAS]

—Mi viejo tiene mogollón de cómics porno, así que yo... [RISAS] tiene mazo de películas, así que yo se las quito.

—Yo a los padres no les voy a contar nada. Por mucho que... esté con una chica... "he estado toda la tarde con una chica"

—...mi madre, "Hijo, tú no sé qué", y yo, ¡joder!

—Yo ni eso.

—Yo procuro evitar todo ese tema.

—Sí.

—Luego...

—Es que se ponen pesados los padres, tío.

—Sí.

—Mi padre coge y empieza “no, yo antes de casarme con tu madre cogía y me bajaban no sé qué...” [RISAS] “y me traía tías a casa...” Tú estás deseando que se calle de una puta vez.

—Yo es que...

—...mi padre no me interesa.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Con los padres hablo pero muy poco, mi madre es la que saca el tema, estás comiendo y te pregunta si quiero que me compre condones y entonces se me queda la comida atragantada. No me da vergüenza porque mi carácter es muy pasota, pero hay gente que le da vergüenza, normal. No me dan consejos, pero me dijeron que fuera con cuidado, que utilizara condón y que no hiciera el tonto que después vienen los desastres, porque hubo una época en que iba muy salido, lo único que me han dicho en mi vida ha sido esto.» (2LL-16-CHICO)

En definitiva, de sexo se habla con los amigos y en la calle. Otra cosa es el contenido real de las conversaciones, que están presididas por el alarde y la fanfarronería sobre el gran tópico de la potencia, cosa que por otra parte todos presuponen y parecen aceptar con naturalidad.

«—Eso es un problema.

—Duras un minuto y medio, echas dos.

—Dos veces es normal para mí.

—Seguidas.

—La primera la haces más pronto, tronco.

—Siete minutos y tú ves a tu piba que pide más.

—No, yo lo hago con mi piba, sigues ahí, tronco, si tu miembro aguanta.

—¿Dos veces seguidas?

—Claro, dos veces sin sacarla.

—Hombre, sin sacarla... a la piba mira, me he ido... sin ningún problema.

—¿Cuántas veces?

—¿Cuántas veces qué?

—¿Cuantas veces seguidas?

—Cuatro, a lo mejor.

—¿Seguidas, sin parar?

—No, en la misma noche cuatro.

—...yo tengo un colega.

—Cuatro orgasmos en una noche, bueno.

—Yo creo que eso no es nada.

—Yo tengo un colega que es así. ¿Pero tú cuánto duras? Pues 2 horas y media.

—¡Hostia!

—Dos horas y media.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Descaradamente, entre el grupo de amigos, el tío siempre... se pavonea de que “yo he hecho esto, yo he hecho esto, yo he hecho esto”. Y la chica en cambio... como mucho lo dice en un círculo cerrado de amigas, que sabe que puede confiar. Los chicos a ver, si tu vas de fiesta y todo y conoces a alguien y tal, pues vas boqueando de que...» (11JO-18-CHICO)

3. LOS COMPORTAMIENTOS MEDIDOS POR UN DOBLE RASERO

La manera en que el sexo ocupa un espacio en la vida de jóvenes y adolescentes no sólo contribuye a formar las identidades individuales y a perfilar el imaginario colectivo respecto a lo que se entiende como “ser joven”, además desempeña un destacado papel en el modo en que se establecen las fuerzas de poder entre los sexos, esenciales para poder desentrañar determinados discursos. Sobre estas fuerzas profundizaremos en el apartado correspondiente, pero es ahora cuando abordaremos lo que tales discursos muestran en relación con las diferencias que atribuyen al comportamiento diferencial de unos y otras.

Hay dos aspectos transversales a lo largo de todo el discurso de los chicos que ejemplifican claramente las diferencias, casi las contradicciones, respecto a la percepción de las chicas en relación con las expectativas de sexo. Uno de ellos es el que se refiere al análisis de la promiscuidad y la infidelidad; el otro es el que tiene que ver con la conceptualización diferente de un chico o una chica cuando ambos actúan directa y claramente en base a su deseo sexual. Y estos aspectos alimentan el imaginario colectivo respecto a la visión diferencial de hombres y mujeres en determinados contextos de relación.

El punto de partida para toda la argumentación descansa en esa omnipresente convicción de que los chicos no pueden evitar “querer siempre” sexo, y que son las chicas las que deciden cómo, cuándo y quién lo tendrá. Partiendo de esta premisa, la promiscuidad y la infidelidad (cuando hay pareja) tienen justificación en los chicos: ellos, aunque traten de resistirse, no pueden evitar caer en la tentación y, por tanto, la culpa siempre será de la chica que, sabiéndolo, provoca y propone.

«—Pues yo soy mazo de celoso. Yo veo a mi piba con un tío...

—Y de hostias le mato a él.

—...le mato.

—A él y a ella.

—No, no. A ella no.

—A ella no.

—Es que tampoco tiene que ser así porque... la culpa es de ella, que es la que...

—Sí, pero imaginarte que con ella.

—Pero si es amigo tuyo sí, pero si tú no le conoces de nada y se va con tu novia.

—Si no lo sabe, pues no.

—Vamos. Yo le echaría la culpa a ella. Le diría “¡Tú lo que eres es un zorrón!”

—Ya, pero da igual. Que lo sepa, o no lo sepa... a ti te jode igual.

—Ya.

—Por él. Es que eso es normal también. Pero también le echas la bronca a ella.

—Claro.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Las tías, depende de en qué sitio, acostumbran más a ir a bailar; las tías, sobre todo si están buenas, ganan como quieren. Si están buenas sólo con que se te acerquen un poco, la gran mayoría de tíos se pierden, se pierden. Yo creo que las tías provocan mucho más que los tíos, porque las tías sólo que se pongan un escote o algo ya van provocando, los tíos no pueden provocar de esta forma, para ir provocando tendrían que ir desnudos o a ver quién la tiene más grande. Hay muchos tíos presumidos...»

(4LL-17-CHICO)

Además perciben a las chicas doblemente perversas en la medida en que dan por hecho que deberían ser ellas las que respetaran la fidelidad del otro a su pareja, puesto que, en último extremo, son ellas las que manejan el poder de la decisión (mientras que ellos sólo responden a su inevitable instinto). Por el contrario, ellas suelen ir buscando chicos difíciles (es decir, con novia), porque además son malas y no se respetan los novios entre sí (algo que los chicos no hacen); además, suelen preferirlos de mayor edad y así suelen existir más posibilidades de que estén emparejados. De hecho, los chicos creen confirmar su visión sobre esa supuesta tendencia de las chicas a no hacerles caso más que cuando ya se ha acercado, más o menos, a otras, en ese momento será cuando más posibilidades tiene un chico de triunfar.

«—Y basta que tengas piba, chaval, para que... para que todas se te tiren encima, colega. Yo no sé.

—No se ponen de acuerdo, ¿eh?

—¡Sí chaval! Yo cuando no tengo piba, me cuesta más... Cuando tengo piba... ¡Todas!

—Las que te gustaban antes.

—Las que te gustaban antes, te van.

—O como cuando... a las pavas que... a las pavas que has entrado y tú... y te han dicho que no. Luego tienes novia, y te mandan un mensaje: "Oye... quedamos esta tarde."

—A las tías les gustan los tíos difíciles, ¿no?

—Nosotros respetamos. Y claro.

—Pero es que ellas... como les gusta joderse entre ellas, ¿pues?

—Claro. Es que es eso. Les gusta joderse entre ellas.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Cuando estás en pareja, ves que... Al menos a mí me ha pasado, te encuentras, como ya no, no vas con la predisposición de ligar o lo que sea, o de esto, o de lo que sea, a veces... (...) quizás es una fantasmada esto, pero a veces parece como si las tías ya lo supiesen, y se dieran cuenta de eso. Y entonces buscan algo, yo me he encontrado en el caso de que es esto, te viene y... tu te quedas así, yo no... yo estoy en pareja.»» (12/O-19-CHICO)

Es claro que tales consideraciones condicionan de forma fundamental la manera en que se interpreta la infidelidad, con planteamientos bastante diferenciados para

hombres y mujeres. Ante tal reparto de roles en el juego de la seducción, asistimos a una importante tendencia a desresponsabilizar al hombre de sus propios actos de infidelidad, ante la asunción de que es la mujer la que ha de ejercer el control. Si un chico “pone los cuernos”, es porque una chica se lo ha permitido, se lo ha puesto fácil o, incluso, le ha incitado a ello. Aceptar que un hombre “siempre quiere”, y que además parece prácticamente imposible que pueda resistirse a los impulsos que marca su instinto y naturaleza, proyecta gran parte de la responsabilidad de un encuentro sexual infiel en la mujer, con independencia de que ella no esté cometiendo tal infidelidad. Y el planteamiento tiene tal calado que llega a influir en la consideración que tienen unas mujeres sobre otras (sobre la mujer en general y sobre sí mismas, en definitiva) a la hora de atribuir responsabilidades.

En último extremo son las chicas las que inducen en uno u otro sentido. Porque ellas saben cómo son los chicos y cuando se acercan a uno ya saben lo que le está pasando por la cabeza. Y eso vale para hacerlas responsables de todos los tipos de infidelidades: tanto para provocar la infidelidad de un chico, como para ser infieles ellas mismas con sólo acercarse a otro. De hecho, los chicos consideran que ellas utilizan el recurso a la provocación para retenerles y darles celos, siempre desde el supuesto poder que ellos les otorgan de controlar las situaciones en la teoría, mientras que ellos ejercen la práctica de ese poder a partir de la coartada de la imposibilidad de resistirse a su instinto, a esa adicción superior a su voluntad...

«—Es muy difícil que estés con una piba y luego que te den un pibón de 24 años que te diga “vente al coche que te voy a dar una vuelta”, ¿tú qué vas a decir, no?

—Yo digo que no.

—Yo también diría que no.

—Imagínate que te...

—Es que es muy difícil, yo no sé lo que haría.

—Yo si tengo novia seguro, seguro que no.

—Yo si tengo novia a lo mejor me lo pienso, porque te lo tienes que pensar.

—Pero en un momento que... no sé... te viene así las ganas y se te ofrece la piba esa. Tampoco es tan grave.

—Es que merece la pena con una piba que no conoces.

—Si la tía te calienta, al final acabas dejando de pensar en...

—Es que tienes que distinguir entre las hormonas y los sentimientos.

—...cuando llega el momento ya no piensas.

—Es que no tienes que pensar.

—Una del Capital está que se va conmigo “oye, vamos a enrollarnos que tenemos... solas” y le dije que no y me decían los amigos que si era mariquita, con perdón.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Cuando llega un pibón y te dice “hala, vamos pa allá”

—Es que es eso, ... tú piensas que eres fiel hasta el momento en que te

llega un pibón, ¿sabes?, yo también digo no, no... un fin de semana con cuatro copas, me temo, ¿eh?» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—A las chicas las ves enseguida cuando van provocando y los chicos se rían los que van de chulos, los más chulitos son los que ven más las chicas, porque para provocar los chicos hacen gimnasio o no. Las chicas para provocar llevan escotes, minifalda, botas. Las chicas se arreglan más, evidentemente.» (6LL17- CHICO)

«—Las tías son más provocativas, pero de calle, las tías son unas guarras todas, van todas a la faena. Para presumir se ponen un buen tanga y enseñan las tetas y los tíos con eso caen todos.» (4LL-17-CHICO)

Como en cualquier situación valorada con dobles o triples raseros, no podría ser de otra manera, el concepto y el contenido de lo que se considere infidelidad será variable según quien sea el protagonista. Y en todo caso, la trascendencia variará dependiendo del grado de unión que exista con los protagonistas o afectados por la situación: mi amigo será “el rey” si es él quien pone los cuernos; pero si se los ponen a una amiga mía, no me gustará, etc.

«—Es que no has llegado a querer tanto a una persona como para... planteártelo. Vamos a ver, si un colega mío tiene novia y le pone los cuernos el tío a ella, no te lo tomas a mal, ¡olé tus huevos! ¡qué cabrón! ¡ji, ji, ji!
—Eres el rey.
—Si la tía le pone los cuernos a tu colega, dices...
—¡Guarra!
—...“qué hija de puta” o por ejemplo, tengo una amiga y su novio, él le ponía los cuernos a ella y digo “¡qué cabrón!, ¡qué hijo de puta!” Si lo hacen mis colegas, no se ve mal; si se lo hacen a mis colegas, ahí la cosa cambia.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Igualmente, desde las chicas, se puede llegar a asumir el discurso que redondea la teoría: estando sobre aviso de que los hombres “son como son”, ante la infidelidad de tu pareja, se llega a la censura de la actitud de la otra mujer por no haber “respetado” a un hombre que tiene una relación de pareja estable; algo que resta culpabilidad al hombre, que habrá caído en el juego de seducción de la otra.

Mientras la infidelidad masculina parece responder a una cuestión de “naturaleza”, idea alimentada también desde las mujeres (“todos son iguales”, “van a lo que van”...), la femenina adopta características bien diferentes por cuanto presupone el conocimiento de esa “naturaleza” masculina, además de jugar con todos los estereotipos más tradicionales (mujer de un solo hombre, romántica, abnegada, enamoradiza...). Es decir, sabiendo que los chicos “son como son” (sin mayores consideraciones), ceder a sus pretensiones traicionando la confianza de la propia pareja (“poner los cuernos”), será interpretado desde el prisma del quebrantamiento de la identidad y condición femenina ideal, además de ser observado

como un acto premeditado, malintencionado y traicionero (no como los hombres, que lo hacen por “instinto” y sin pensarlo...).

«—Yo, por ejemplo, la infidelidad no me parece bien, pero mientras no estés con nadie, realmente...

—Puedes hacer lo que te dé la gana.

—Claro que sí, mientras tú estés a gusto con lo que haces... No sé por qué tiene que venir nadie a decirte nada.

—Pero es que yo creo que... no creo que sea sólo de tíos en plan decir... “¡bua! pues ésta se ha liado con tres y es una puta” porque las tías también...

—Son muchas veces peores.

—Ahí en plan envidia. [RISAS]

—No sé.

—O sea, que todavía hay diferencias entre sexos... con el sexo...

—Con la gente.

—No sé, pero es lo de la infidelidad sobre todo, si ella lo hace... ¿sabes? Pero si lo hace él... como que es más típico.

—Bueno, también está... según como se entiende la infidelidad, porque luego entramos en esos terrenos de “yo infiel a ti, no, si sólo me he enroñado con la de al lado...”» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Con mi ex-novia pues estaba yo de puta madre, lo que pasa es que era muy tonta, ¿sabes? Hablabas de un tema... y decía... tú eres tonta. Yo le decía: “ven, tenemos que hablar” “yo te quiero mucho” me cago en la leche... Hicimos ahí una... pues un botellón... Pues nada, pues me enrollé con unas cuantas, pasó lo que pasó... en la piscina... No podía entrar por la puerta, esos cuernos... “Lo tenemos que dejar, no sé cuántos” y ahora yo voy a ser el malo. Y esa misma noche, como era tonta dijo “yo ya no tengo novio, no sé qué” y se enrolla con uno, delante mía y luego me dice “es para darte celos, no sé qué... que no, que quiero estar contigo, es que me he dado cuenta...”

—Y seguro que se lió con el más pichón que había.

—Sí.

—Todas las tías son iguales.

—Yo creo que se lían con el más pichón para joderte más.

—En el fondo hasta te deja bien.

—O con el que más conoces.

—Se lían con un maromo de fibras de gimnasio. Dices, no la recupero ni de coña.

—...mato al amigo o a los dos.

—Yo sí que he puesto los cuernos, pero por infiel, porque tampoco quería más...» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Tal atribución de responsabilidad en la mujer, que no parece rehuir su papel y peso específico en el buen desarrollo de una relación de pareja, provoca incluso

un sentimiento de culpabilidad no disimulado, no sólo ante el hecho de haber podido cometer una infidelidad, sino también en el caso de haberla sufrido: si mi pareja ha mantenido relaciones con otra, será porque algo falla en el seno de la pareja, y tal fallo será responsabilidad de ambas partes, aunque el “desliz” lo haya cometido sólo una persona. Como se observa en otros estudios sociológicos que consideran la variable género, mujeres críticas, estrictas, preocupadas e incluso atormentadas por y como consecuencia de su propio comportamiento y responsabilidad respecto a actos que influyen en terceras personas (parejas, hijos, amistades...).⁷

«—¿Tú realmente crees que la culpa es de tu pareja, de la otra chica que sabe que tiene novia pero aun así se enrolla con él, o de los dos o...?

—Mía.

—¿Tuya?

—Pues si el otro está... por ahí de picos pardos, será que conmigo no está bien, no. No es culpa, a mí me parece...

—Entonces ¿dónde está lo malo?... con otra chica os parece peor que... no peor, pero quiero decir... es que está todo muy moralizado, o sea tú porque pones los cuernos eres el peor y a lo mejor con la otra... quiero decir que para él... sacar adelante esa relación hacen falta los dos de la pareja... si él está mal será también por algo tuyo, o sea, quiero decir que en parte eres responsable, no que tengas culpa pero... Tú pintas ahí algo, ahora...

—La historia no creo que haya que llevarla al extremo de tener que liarte con otro.

—Yo creo que sí.

—Si dos personas están mal en una relación, hay que hablarlo, no irte con otra.

—Claro, sí, pero no quiero decir que eso le quite... puedas tú echar toda tu culpa sobre eso, sobre ese tema si realmente te importa la persona. Vamos estoy hablando desde mí, ¿eh? No sé, que ella tenga más culpa y pueda ir yo con una vara a decirle “deja a mi chico” no.

—Pero es que ya encima de cornuda, sentirme culpable, pues ya...

—[RISAS]

—No.

—Pero es que si a ti te importa esa persona...

—Sí que me deprimó, me tiro al metro o algo.

—A mí me pasa eso y yo no es que me sienta culpable, pero si me entero y realmente me importa esa persona, pues, a lo mejor, quiero seguir con él, aunque me haya pasado eso, ¿no? y si quiero seguir con él, habrá que arreglar algo ¿o no? O tú... “Ah... que te gusta esa: muy bien” ¿no?

—Hombre, lo hablas, tus razones...» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

7. Megías, E. (coord.) (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: FAD; Rodríguez, Megías y Sánchez (2002). *Jóvenes y relaciones grupales*. Madrid: INJUVE-FAD.

Otra cuestión será valorar a partir de qué momento se considera una infidelidad. Pese a que los discursos sobre amor y sexo tienen a la confianza como base de toda argumentación, a la hora de abordar la traición sentimental los elementos considerados suelen descender de lo intangible que suponen los valores a lo concreto de los actos físicos. Así, infidelidad no sólo será tener sexo con otra chica, sino tener algún tipo de contacto físico tras un simple coqueteo.

Con independencia de que unos actos sean más fácilmente perdonables que otros, la consideración de infidelidad surge desde el mismo momento que, por la vía de los hechos, se siente traicionada la confianza depositada en la pareja.

«—Yo es que opino que si estoy con una persona es porque quiero estar con ella... si no diría “mira...”

—Claro, y yo.

—“Si no estoy contigo, pues me lío con el que me da la gana”, pero es que si quiero estar... y con esa persona, pues... para eso estoy con esa persona.

—Claro y yo... somos liberales, pero él ni se lío con nadie ni yo tampoco.

—Claro.

—Si no, no sería...

—Es más que nada un poco de respeto, ¿no?

—Claro.» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—¿A partir de qué momento se considera que es infidelidad?

—Yo creo que en cuanto le das un beso.

—En cuanto la das un beso.

—Es que depende, es que la infidelidad es muy ambiguo.

—Cuando tú piensas que vas a seguir a... intentando algo, entonces...

—Cuando te estás currando ya a otra, no tonteo sino currar, es decir... que la voy a pinchar.

—Y tonteo depende si es un tonteo que lo haces con todo el mundo de cachondeo...

—...la infidelidad para la gente o para ti, ¿sabes? ¿me entiendes lo que te digo?

—Puedes ser infiel porque estás todo el día mamoneando con una y dices éste está animando a ésta ¿sabes? Luego, a lo mejor estás pensando... nada, estás jugando con... ella ¿sabes? Pero eso es la historia que luego la gente...

—Lo que hacen muchos y muchas... están saliendo con uno y tengo a uno ahí de reserva, sabes, que si mensajitos... que no sé qué...

—Tú también siempre estás pensando, cuando estás mamoneando con ella, que si estás pensando que si estoy mamoneando o no estoy haciendo nada ¿sabes?

—Claro.

—Tú sabes lo que quieres hacer con esa piba.

—A lo mejor lo piensas, he mamoneado y me ha seguido mucho el rollo... y piensas ¡coño! a lo mejor es que...

—Está por mí.

—Y a lo mejor piensas nada... estoy aquí jugando con ella.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Parece bastante evidente que la forma que tienen chicos y chicas de hablar sobre sexo tiene mucho que ver con la manera en que sus palabras y actitudes se insertan en las dinámicas grupales y en el imaginario colectivo referido a la sexualidad de unos y otras; precisamente, por la gran diferencia a la hora de calificar determinados comportamientos. Mientras la promiscuidad sigue representando una forma de éxito y liderazgo respecto al grupo de pares para los chicos (será un “campeón”), las chicas parecen aún vivir en función de otra vara de medir (una chica “fácil”), que las impulsa a ser mucho más prudentes al hablar sobre sus relaciones sexuales.

«—Se puede decir que los chicos, son más infieles y, son más infieles y después de ahí ya sale la idea, ¿no? de que el chico es infiel y que la chica es la que más aguanta las relaciones. Pero creo que las mujeres, al tema de la infidelidad, eh... son un poco menos infieles, ¿no? Sí, tampoco quiero decirte que son santas. Creo que es el hombre el que más quiere imponerse y decir, eh... “yo estoy con una, me lo hago y me siento...” Quieren sentirse más porque estuvo con dos chicas, con tres... Porque a mí me pasó, decía: “¡uy, fíjate, con dos y con tres chicas!”» (11O-18-CHICO)

Desde la teoría y el lenguaje políticamente correcto, se intenta transmitir la imagen de que las posturas se han acercado (y es probable que, en mayor o menor medida, así haya sido), pero lo cierto es que los estereotipos siguen funcionando con fuerza, y los chicos tienden a observar a las chicas que tienen muchas relaciones bajo el prisma de la sospecha y desconfianza: “aunque me guste para encuentros puntuales, no encarna los valores que busco en una pareja”; sin embargo, en un chico, tal comportamiento se interpreta como parte de su propia “naturaleza”. De nuevo, las mujeres se encuentran ante la difícil situación de equilibrar lo que se espera de ellas como parejas (que “controlen” a los hombres y sean fieles) y lo que se pide de ellas en los momentos puntuales del día a día (que no sean “estrechas” y tengan un punto de provocación con el otro sexo).

«—Pero una tía, por ejemplo, pongo el caso, una tía que no tiene nadie, ya por la fama... que vaya diciendo “quiero follar, quiero follar”...

—Es la más guarra.

—Eso sí es verdad.

—Claro.

—La tía, a ver... volvemos a casa y se folla a dos una noche... ¡ah! pero ¡qué guarra que es! y un tío ¡qué campeón! ¡bien!... Lo de siempre.

—Yo, sinceramente lo veo bien de uno y de otro.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Por lo que yo veo, quizás esté equivocado, por lo que yo veo y me muevo por bastantes sitios, las mujeres suelen estar más reacias a que... O sea, por ejemplo, pocas veces he visto a una mujer que diga "Ah, mira ese qué guapo, me voy a hablar con él" y se va y le habla "hola, ¿qué tal?"

—Pero eso muchas veces es porque... tú tienes un grupo de amigas que... a lo mejor si te ven acercándote a un chico simplemente o ven que tomas la iniciativa, puede crear un mal concepto de ti...

—Por la fama.

—Por la fama, porque los chicos muchas veces ligan con un montón de chicas, para ellos son más importantes, pero una chica está con un montón de chicos y se crea una mala fama, entonces... eso a la hora de ligar también te corta un poco. Vale, estoy con mis amigas y no quiero que tengan una mala opinión de mí. Prefiero que se me acerque un chico y no tener que...

—Hombre, si se supone que son tus amigas... Tú hablas con quien quieras, ¿no?

—Vale, a todo el mundo le da igual, pero luego, en el fondo... las amigas realmente...

—Sí, suele pasar.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

«—Yo creo que los chicos. A las chicas les es más complicado... se sienten más violentas, porque... por lo que hace la gente. Un tío que ha estado con doscientas chicas es el puto amo, es... impresionante este tío, es un fenómeno. Una tía que ha estado con doscientos tíos es una puta. Le dicen así directamente. En cambio a los chicos no les importa, porque... "yo soy más que nadie" y... y a parte, no sé. No está tan mal visto por la gente, creo que por eso que hay más entre los chicos que entre las chicas. Pero... porque está bien visto o mal visto, porque al fin y al cabo... quizás sí que pasa con las chicas pero es mucho más oculto, que no se sabe tanto.» (12/O-19-CHICO)

Cabe resaltar un aspecto al hablar de la forma en la que los chicos se refieren a la capacidad de provocación de las chicas, y es la continua alusión a la actitud, desde su perspectiva, extremadamente provocativa de las chicas más jóvenes. Consideran que son mucho más "espabiladas" e irresistibles. De nuevo, las "nuevas generaciones" (aunque sólo supongan un salto de dos o tres años) como encarnación de los valores que justifican no sólo el propio comportamiento (en este caso como "machos"), sino también los estereotipos que, a la postre, etiquetan al conjunto de mujeres.

«—Yo estoy en la clase... yo estoy en la clase de tercero de la ESO y con pavas de 14 años... que tenías que ver lo que... cómo se manejan las niñas ¿sabes? Que saben latín... y tienen 14 años.

—Sí... Pero tienen 14 años.

—Sí... Pero saben latín.

—Vienen sabiendo más, jeh!

—Joder.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Las enseñan en la guardería.

—No sé. Yo veo pibas de 14 años o así... que joder. Yo cuando tenía 14 años, las chicas que iban conmigo no eran tan...

—Pues sí.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Y las españolas... déjate, las... también, tienen una soberbia... que te cagas.

—¡Hostia! las niñas de catorce años...

—Las niñas de hoy en día, macho, están...

—Son muy orgullosas.

—Tienen tetas antes que los dientes, tú ves a una niña y para liarte con ella dices "a ver, el DNI"... de trece años y dices...

—Pasa siempre con las tetas, que tienen una 110...

—...una buena inversión, esa niña va a ser...

—Es cantera esa chica.

—La cantera.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Las tías provocan mucho, y no sé, no soy machista pero, ¡joder! Que... esas formas de vestirse, eh... y a partir de los trece años o doce que esas se visten muy provocadoras. Ves una chica de trece y parece que tiene dieciséis o diecisiete, y en realidad tiene trece, pero como se pinta, se arregla tanto que... ya parece mayor y va provocando.» (6JO-19-CHICO)

Como vemos, se produce una clara diferencia respecto a la imagen que proyectan los chicos y las chicas cuando escenifican un cierto éxito sexual. Y a pesar de que ellos mismos reprochan la consideración general desigual que convierte a los chicos en "exitosos" y a las chicas en "zorrones" o "facilonas", lo cierto es que, con su discurso, ratifican esta doble mirada, injusta y desigual, ratificando también la autoridad capaz de juzgar los comportamientos de unas y otros.

Los padres, en general los padres de ellas, llegan a ser los referentes de valoración del comportamiento de los chicos; ellos mismos asumen, delante de dichos padres, el papel de malos e "hijos de puta". De esta forma, se refuerza el argumento central de la condición masculina, atribuyéndolo también a los padres-adultos: un padre, como hombre que es, sabe perfectamente que el chico no desaprovechará la situación, porque él hizo igual a su edad. Mientras tanto, las chicas serán eternas "menores de edad" y sus padres velarán para procurarles lo mejor y para que no se aprovechen de ellas. Sobre todo porque se entiende que son ellas las que corren riesgos, y no ellos. Todo, sin que ello impida mantener el argumento de que son las chicas, en el fondo, las que siguen provocando y que los chicos tan sólo acceden al instinto. Ellos, en la medida en que consigan llevar a la práctica sus tácticas de persuasión y materializar sus objetivos, se sentirán

como “dioses” y “campeones” que han conseguido “aprovecharse” de la situación: son chicos “golfos”, que hacen exactamente lo que se espera de ellos en la edad de golpear.

«—Desde el punto de vista del padre... Tú eres el hijo de puta. Si yo fuera el padre...

—Y yo no voy a pensar que yo soy un hijo de puta, porque estaría con ella. Porque no. Pues yo me lío, porque me lo ha dicho ella. Si me pillan, pues le digo “Es que tu hija se ha puesto...”

—tú dile a un padre “No, que tu hija se ha puesto ahí, cachonda y ha dicho... ¡Vente para aquí!”

—No. A mí me da igual. A mí no me va a echar la bronca.

—Yo me voy de allí.

—Pero corriendo... ¡Como te pillen!

—A ver si va a sacar el palo de la escoba y... ¡Uf!

—Te pueden poner fino.

—Es verdad. Entonces nosotros los hijos de puta.

—Sí.

—Pues sí.

—Pero no lo piensas.

—¡Yo soy el listo aquí!

—Tú un Dios. Te estas comiendo una tía y dices; “¡Soy Dios!” Y... no estás pensando, es un hijo de puta.

—¡Las hijas para los padres son intocables!

—Claro.

—Y son santas todas... y luego te enteras que es una golfa, y no es culpa suya... es que el novio es una mala influencia y es un hijo de puta. Y es por eso.

—A lo mejor pillas a tu hijo, y no le dices nada. Luego le das la enhorabuena. Pero si es tu hija... ya es distinto.

—Hombre. No es lo mismo.

—Si es tu hijo... Yo qué sé. Es que no es lo mismo... una hija que un hijo.

—Siempre es distinto. Siempre.

—Si es tío o tía. Si es hijo o hija... Siempre es distinto.

—Tendría que ser igual.

—No.

—No es lo mismo. Eso... a ver lo que haces tú cuando seas... padre.

—¡Ya!

—Que a decir a tu hijo “¡Te voy a meter una paliza...”

—por echar un...!”

—Tú siempre quieres lo mejor para tu hija. Se supone. ¿No?

—Claro.

—Claro.

—Es tu hija.

—O si tienes un hijo y le ves con un cacho de pibón que... que te cagas, dices “¡Ole tus huevos!”» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

El discurso del chico exitoso es el del alardeo, en el que de forma explícita reconocen presumir de chica cuando pueden y, más implícitamente, parecen disfrutar de posicionarse en el lugar del rompecorazones. Todo ello porque, más allá del disfrute o la realización personal, estas situaciones llevan aparejadas una posición clara de éxito frente a los iguales, de éxito social. Todos reconocen el rol del líder sexual del grupo, del “guaperas” triunfador, que aunque se menosprecie formalmente en el discurso, claramente se admira y envidia. Sería algo así como que este triunfador es el que logra demostrar ser “más hombre” desde su condición de hombre, es decir, desarrollar al máximo lo que corresponde a su naturaleza.

«—Luego la piba, cuando se encoña contigo, chaval... es que no te la despegas ni a tiros.

—Ya ves.

—Ni a tiros, chaval... al móvil. Me está llamando... me...

—La típica pesada.

—...En el Instituto me persigue... me hace cartitas y luego me las da.

—Joder.

—Pero bueno.

—Coño... Pero no está buena, joder. Si estuviera buena, ¿pues?

—¿Y qué la vas a decir? Lo que quiera.

—Claro.

—Porque a mí no me importa lo que piense ella.

—Claro.

—Y qué la voy a decir... “¡Que me dejes en paz! Que no.”»

(CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Hay unos que ligan más.

—Sí. Normalmente hay alguien que tiene más fama de ligar más o...

—Lo normal.

—...El típico guaperas, por decirlo de alguna manera.

—Pero qué decís... ¿Qué típico guaperas es más... que tiene más importancia en el grupo?

—Yo creo que no.

—Y nos la montamos para... para ligar todos más o menos lo mismo.

—Siempre hay el típico... que... Yo tengo un chaval que... en mi grupo, que es una máquina. Es que, lo monte como se lo monte... o sea, él siempre pilla.

—Siempre hay uno.

—Y con... y con quien quiere... y con quien quiere y cuando quiere... Y por una parte dices “¡Qué cabrón! ¿No?” Que... con la que pille. Pero si yo estuviera en esa situación, también lo haría.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

Como contrapartida, la imagen prototípica de la chica con éxito sexual cuenta con todos los apelativos más peyorativos del discurso. Y ni siquiera esa diferencia se basa en la rareza, puesto que en distintas ocasiones reconocen que la chica “expresiva” tiende a ser cada vez más corriente.

Para ellos la queja real sería que “las chicas están muy cerradas” y no es fácil conseguir sexo la primera noche. Sin embargo, el discurso que elaboran respecto al papel de las chicas que mantienen relaciones muy aparentes o visibles presenta constantes calificativos del tipo “putas”, “guarrillas”, etc. Eso sí, en un tono terriblemente contradictorio y reprochador puesto que, si bien aparentemente les gusta su actitud abierta y disponible para con ellos (les facilita la tarea) por otra parte les descoloca y despoja del papel protagonista del “triunfador”.

«—Sí, están muy cerradas las chiquillas, eh.
—Sí, sí... yo las veo muy...
—Hoy en día, tío, pues... cada vez menos.
—[HABLAN TODOS A LA VEZ]
—...ésta... putilla, que dices “madre mía.”
—...me gustan, sabes.
—Cómo que no te gustan.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Es que encima nos quejamos de las más putas y queremos que...
—Sí.
—Claro, claro.
—Es por... envidia. Con cuatro...
—Ya, pero es que es eso... y ya es la que va a saco, y se lo pasa bien, y a... y ya está, sabes.
—Aunque es cierto que... una piba de ésas también. Yo por lo menos.
—Ya.
—Esas...
—Esas te las juega seguro, ¿sabes? Y pasas.
—Claro.
—Y luego... y es una putada.
—...la típica que llega... te la follas y ya, pero...
—Claro, tío.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Pero más las... chavalinas que tienen ahora 15, 16 años...que son unas guarrillas.
—...son más mayores pero ya no...
—Están mazo de salidas.
—...que son unas guarrillas.
—Ya lo saben, tío, van probando, tú sí, tú no, tú sí, tú sí...
—Es que es eso, es que van provocando... y luego...
—No, y además... tú haces una piba por ahí, sabes, ya pues puede que sea muy guarrilla y ya para una relación seria, no. Y para una relación seria que sea tu amiga pues tienes cinco amigas, sabes, que tampoco. Y conoces una piba por ahí, que queda contigo así tan fácil...
—Puede ser una relación seria, tío, sin que sea tu amiga.
—Una piba que pillas una noche... y al final...
—...volver a quedar con ella, volver a quedar, y al final...

—De esas hay pocas, eh, y si las conoces quiero que me las presentes, tronco, porque...

—...yo creo que la mayoría es golfas. Y las que no son golfas...

—Igual que tú, igual que tú. La mayoría son golfos, hombre.

—Hombre, pues sí.

—No, pero... yo creo que una tía si conoce un pibe, y le gusta y tal y está libre, si se lo come, allá ella, sabes.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Me presentaron a una chica en la discoteca, la chica iba bastante bebida, yo también iba bebido y nos empezamos a acercar, y lo típico, nos tocamos, nos sentamos y empezamos a liarnos, pero sin hacerlo. Si no hubiésemos ido bebidos, hubiese costado más. Se me presentó ella sola, pero iba con unos amigos míos, y lo que hizo conmigo lo hizo con dos personas más la misma noche. Cuando acabamos de liarnos, me dio el teléfono, pero no la llamé. Ella se lanzó y yo continué, no la llamé porque vi cómo hacía lo mismo que a mí a dos tíos más.» (6LL-17-CHICO)

Ese tipo de actitud en una chica, aunque en ocasiones sea jaleada por ellos, tiene varios aspectos que no les interesan. Primero, porque es una actitud que parece referirse a todos los chicos por igual y les coloca en plano de igualdad con el resto (ellas tan sólo los van probando). Así, concluyen que con este tipo de chicas no se podrá establecer ningún otro tipo de relación, puesto que no pueden confiar en ellas, porque “te ponen los cuernos”. La fantasía ideal masculina será conseguir a la chica que todos los demás quieran, que todos la busquen porque cumple con todos los requisitos, pero que finalmente te pertenezca en exclusividad.

«—Si vas con tu piba y ves que todos los tíos la están mirando, de lo buena que está...

—¡Te jode! ¡Te jode!

—Qué va.

—¡Qué dices!

—Yo digo “¡Hostias!”

—Y miras a los tíos y dices “Tú mira, pero yo me la como.”

—Porque además piensas... “Ése... se lo quiere hacer con mi piba... y ése... y ése... y ése.”» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Depende, ¿sabes? Si... una piba... hombre, si te las has currado hablando con ella por la noche y eso, pues sí, pero si te la has ligado tan fácil y te la has comido tan fácil, tú dices “ésta... cuidado”» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Ahora no somos tan amigos porque era bastante putita ésta, decía unas cosas después otras... hay tías que son muy putas y ésta era una de éstas.»

(3LL-16-CHICO)

Además, como estas chicas han estado (y estarán) con otros muchos chicos, eso dificulta desenvolverse con naturalidad cuando se produzca el encuentro con alguno. Es incómoda la perspectiva de afrontar estos encuentros en los que todo el

mundo acaba teniendo la intimidad al descubierto, más aun porque las chicas, según ellos, luego lo van contando todo (ellos también, según han confesado, pero también en esto la valoración es distinta).⁸

«—Pueden hacer lo que quieran, no tienen por qué llamarla ni golfa, tío...
—Claro, pero es que hay que cambiar la mentalidad... una discoteca, tío.
—Claro, poco a poco van cambiando, tío.
—Las tías se sueltan más, tío.
—Es eso... el día que sepan que se enrollen con quien se enrollen no van a ser unas putas, pues... vendrán a nosotros. A lo mejor...
—Claro, cuando las pibas hacen eso, ¿por qué? porque saben que luego las amigas la van a llamar putas. Pues por eso no lo hacen, tío.
—Muchas amigas que tienen muchas cosas, tronco, que luego no las cuentan a las amigas porque dirán...
—Están deseando irse con el pibito que les mola para hacerlo, sabes.
—Pero luego en el fondo a nosotros tampoco nos gusta salir así en serio con tías que... piensas se han follado a ése, ése, ése...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—...con la carita de buena, parece que no... “y el otro día estuve con él y tras, tras”, no sé qué, sabes, porque sí, tío.
—Me hace una gracia escucharlas así, sabes.
—Sí, sí, sí.
—Que no, tío, son igual o peor.
—Que luego entre ellas cuando hablan son igual que nosotros.
—Sí.
—Se cuentan todas las cosas...
—Ya te digo.
—...que todas las amigas de tu novia saben cómo la tienes.
—Pero así.
—...mejor que tú. [RISAS]
—Se lo cuentan todo. Nosotros llegamos y le decimos al amigo hemos follado, tal, sabes, pero de la novia no vas a contar movidas, sabes, pero ellas se ponen a contarse de todo.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Las chicas, cuando salen, van a liarse para llegar el lunes al instituto y contarles a sus amigas con quién se han liado. Hay excepciones, porque las hay, pero los tíos van a lo que van, es más, hay gente que va a follársela y después fardar; y las tías hacen más cotilleo, ésta se ha liado con éste y eso.» (2LL-16-CHICO)

Este debate, y las contradicciones que alberga, es especialmente curioso si se tiene en cuenta que ellos reconocen que su expectativa es “tirarse” a todo lo que

8. Un último matiz que hace incómoda la relación con este tipo de chicas es el de la inseguridad que provoca en los jóvenes la relación sexual con una mujer con más experiencia que ellos. Pero esta cuestión la trataremos en el siguiente apartado.

se pueda, mientras que las chicas buscan más bien amor y amistad. De hecho, para ellos el objetivo está claro, y aunque hay que “currárselo” hablando, no está bien visto “perder” el tiempo con una chica si luego no “te la tiras”.

A pesar de este discurso contradictorio (entre lo formalmente correcto y lo realmente deseado) sobre las relaciones serias y las chicas fáciles, critican la consideración desigual de chicos y chicas cuando ambos buscan sexo fácil, y también la actitud contraria de las chicas: no les parece adecuado que una chica sea muy expresiva y lanzada, pero tampoco que sean más comedidas en expresar su interés por el sexo que los chicos, aunque tengan la misma necesidad que ellos, ni que hagan como si se escandalizaran cuando se habla abiertamente del tema.

«—O sea, si... tenemos mucha más necesidad por lo que sea, con las hormonas, sabes, cómo se dice, la testosterona ésta, lo que sea, porque lo necesitas... eyacular más, tío, pero ellas no. Pero aun así, lo saben igual y lo hacen.

—Y les mola, sabes.

—Una amiga... y la gente de confianza, le digo... mira, yo todas las pibas que conozco, se lo hacen.

—Igual no tan seguido como algunos, tío, pero, hombre.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Aunque sean zorrillas...

—Hombre, depende, yo conozco pibas que son... en plan “he follado este finde”. Me hace una gracia cuando te dicen eso... pero no me lo puedo creer.

—Porque tienen confianza contigo y eso, pero alguien que no conocen de nada...

—Si alguien no ha follado... lo decimos nosotros, eh...

—“Me he tirado”, dice una, “me he tirado a uno este finde”.

—Pero porque eres su colega.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Yo creo que hay que cambiar un poco la mentalidad; si una piba habla de sexo sin tabúes, es una guarra... nosotros es que nos estamos partiendo la polla.

—Y si tú hablas de eso... es que eres ...

—No, es que es así, es que es así... entre amigas, pero así con desconocidas...no sé, no son como nosotros...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

Todas estas consideraciones respecto a la visión discriminatoria de chicos y chicas en determinadas situaciones o contextos de la diversión nocturna, obligan a volver al concepto de “control”, ya tratado; la manera en que el imaginario colectivo interpreta ese concepto de “control” sitúa a las chicas en una posición complicada por lo aparentemente contradictoria. Por un lado, se les atribuye (y se autoatribuyen) el papel de establecer los límites del encuentro sexual (“parar los pies” a los chicos); al tiempo, han de jugar su rol en esos contextos de alcohol y diversión, pero sin perder de vista que la presión social tiende a señalar a aquéllas que

se erigen en protagonistas de los encuentros. Es decir, en términos populares (que son los que ellas mismas manejan), encontrar el equilibrio entre ser una “estrecha” y ser una “guarra”. En el siguiente capítulo nos adentraremos algo más en las implicaciones de esta disyuntiva, pero baste aquí la mención de la importancia de tales etiquetas respecto a las dinámicas de diversión en las que se insertan determinados encuentros sexuales.

«—Yo es que no me voy con un tío que no conozco, me puedo quedar en la discoteca magreando un poquito, ¿sabes? pero ¿me voy con él a... a acostarme con él...? Me rapta y me lleva al campo. Es que no sé, a lo mejor es que soy un poco miedica para eso, pero...

—No.

—...es que no... No estaría cómoda, yo no disfrutaría.

—Luego si es más cercano, una persona más cercana, pues hombre es más fácil, ¿no? Pero entonces, sí te rayas por los comentarios, por lo que van a decir.

—También si no lo haces también... con los comentarios, típico de estrecha y esas cosas...

—Sí.

—Yo no lo digo por mí, pero...

—Claro, puede darse el caso también.

—Sí, eso todavía me repatea más, es que ya... parece que si no lo haces...» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

En cualquier caso, aunque el ambiente festivo y nocturno pueda llegar a justificar conductas que, desde la teoría, suelen ser señaladas como poco adecuadas (no adoptar medidas anticonceptivas, mantener relaciones sexuales con personas que, en otra situación, no interesarían o incluso serían rechazadas...), se refiere como cierto que la predisposición de chicos y chicas varía sustancialmente: chicos que siempre tienen el encuentro sexual en el horizonte de sus expectativas, y chicas que parecen asumirlo como una posibilidad más de la diversión, pero no como objetivo último.

Sea o no cierto tal planteamiento en la práctica, sí podemos asegurar que el mismo condiciona de forma esencial la manera en que se desarrolla el flirteo y se alimentan los estereotipos que, al tiempo, son parte de las dinámicas de seducción. Cuando menos, hasta el momento en el que se convierta en presente real la proyección que se realiza: cuanto mayor sea la edad de un o una joven, mayor será su predisposición a los encuentros sexuales casuales, y mayor será la aceptación de tal comportamiento como parte natural de las noches de diversión. Hasta entonces, escapar de las etiquetas de género será (aún más) difícil, y las chicas habrán de tener cuidado a la hora de exponer claramente su predisposición al encuentro sexual, algo que no parecen necesitar los chicos.

Las chicas reconocen el juego de la seducción como parte importante de las dinámicas de diversión nocturna, pero no establecen una relación indisoluble entre éstas y el encuentro sexual. Ligar, flirtear, divierte, y por ello puede hacerse con

chicos con los que no se pretende llegar más allá de la mera compañía, diversión, conquista. Y si, después, surge algo más, será bienvenido, pero el objetivo prioritario no parece ser éste. Como comprobamos en el apartado correspondiente a los chicos de sus mismas edades, el planteamiento de unos y otras resulta notablemente diferente. No es que el sexo no ocupe un lugar importante en el horizonte de las expectativas femeninas, pero los pasos previos no siempre se interpretan como definitivamente encaminados a alcanzar ese objetivo. En la aceptación o no, por parte de los chicos, de este planteamiento de la diversión, que implica el flirteo sin mayores “pretensiones”, descansarán buena parte de los reproches que alimentan estereotipos concretos (“provocan”, “calientan”...).

Caso contrario expondrán los chicos, como ya hemos visto anteriormente, que plantean el lígüe como un paso previo, requisito para lograr el objetivo (¿único?) del encuentro sexual.

Sin duda, son tópicos, pero funcionan con tal fuerza que terminan construyendo los estereotipos y expectativas alrededor de los cuales se articulan las dinámicas sociabilizadoras de los fines de semana.

«—Todas, pues, estamos que si miramos a los tíos... pero no vamos pensando que vamos a hacer algo más... y luego eso depende, a lo mejor tú justo pues no has ido a eso, pero a lo mejor...» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Se puede ligar sin necesidad de...

—Claro.

—Ah, sí.

—Sí.

—Sí, y además eso es lo que más se hace, estar un rato hablando con un pibe, te estás riendo, pero ya. [RISAS]

—¿Sabes?, te ríes mucho pero... y ya está. Si es que es eso, pero es que... siempre lo haces, y yo creo que aunque tú tengas novio... no te digo... “igual”. Pero siempre vas a estar coqueteando con la gente, o sea con los pibes, porque yo qué sé...

—...aunque no te guste físicamente, simplemente...

—Por reírte un rato.

—Claro, porque te ríes... te lo pasas bien.

—Porque si estás con una persona y ves a otra, aquí, que se acerca a hablar contigo, pues... yo qué sé... te hace ilusión y te pones...

—Aunque no te guste para nada, ¿sabes? Yo qué sé. [RISAS]

—Pero te hace sentir un poco más... “Bueno, todavía existo, todavía sigo gustando a la gente.”

—Y además no... porque le das otro móvil y ya está.» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—A lo mejor a veces empiezas coqueteando y luego, lo ves cerca y dices “¡huy!, no” Y a veces coqueteas y luego al día siguiente no hay lo mismo que había ayer con esa persona.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

En dicho escenario, la puesta en escena resulta imprescindible para desenvolverse adecuadamente, y así lo asumen las chicas, sin tapujos (algo que resulta más extraño en los chicos): durante los fines de semana, se arreglan y cuidan mucho su imagen, con el objetivo no sólo de gustar y gustarse, sino de integrarse en las dinámicas de juego y seducción. Ello no quiere decir que tal comportamiento persiga exclusivamente facilitar el encuentro sexual, aunque todas tienen claro que, de ser así, la imagen que se proyecte puede propiciar el mismo de manera importante.

«—Hombre, en general los tíos lo buscan más, pero las tías... Por la manera de vestir y tal son más del estilo (...) con escote, que se les vea todo. El tío no creo que vaya con... con la camiseta apretada para que la gente lo vea.» (9JO-15-CHICO)

«—Ahora todos presumen y se arreglan, hay de todo, hay tíos que se ponen gomina hasta el culo y se compran pantalones y eso, ahora se arreglan igual, antes no sé porque no salía tanto y no tenía la idea de que se arreglasen tanto, ahora se arreglan un montón tanto los tíos como las tías. Yo me pongo la ropa estricta para ir a una discoteca: zapatos, pantalones largos negros o grises y una camisa o una camiseta, algo que puedas entrar a una discoteca.» (3LL-16-CHICO)

En la convicción de que los chicos otorgan gran importancia a dicha imagen, pueden basar sus estrategias de seducción: si quieres conseguir a un chico, aprovecha tus virtudes físicas (lo que no quiere decir que ponerse guapa indique que buscas un chico). Pero es en la contrapartida, es decir, a ojos de los chicos, donde se crea la dinámica relacional entre géneros que propicia el reparto de roles en el juego de la seducción: si se arreglan y ponen guapas es por “provocar”, y por buscar algo más que simple flirteo, aunque digan lo contrario (analizan la actitud de la mujer desde un planteamiento y una predisposición que responden al estereotipo masculino).

En este punto de teórica discrepancia entre géneros podemos apreciar otra de las contradicciones que sitúan a las mujeres ante un doble mensaje social, que alimenta el difícil proceso de construcción de su identidad como mujeres adolescentes o jóvenes. Por un lado, el mensaje social, las estrategias publicitarias y la imagen que se proyecta en los medios de comunicación, muestran un modelo de mujer preocupada por la estética, por una estética determinada (sensual, arreglada, despampanante, delgada, a la moda...), que será la que guste al hombre y le conquiste. Por otro lado, en la cercanía del grupo de pares, los chicos suelen defender un discurso más integrado en lo políticamente correcto, al mostrar su gusto por modelos femeninos más cercanos a la realidad de la calle, a lo sencillo y lo natural; eso sí, sin dejar de reconocer que los modelos socialmente imperantes son los que triunfan cuando no se tienen más consideraciones que las que implican un contacto puntual y esporádico. En definitiva, algo así como chicas arregladas y despampanantes para ligar, y chicas más “normales” para salir con ellas.

«—No sé, también, no sé, es que... por lo menos, o sea... Por ejemplo, yo ahora mismo voy así a un sitio, ¿vale? Y, seguramente, bueno... Voy así y puedo ligar muchísimo, muchísimo menos, por ejemplo, que si... me pinto, me echo el pote por toda la cara, o sea, me tapo toda la cara, ¿vale? Me echo mazo de colorete, de sombras... de tal y cual...

—Seguro.

—¿Y por qué el hecho de que una tía esté mazo de maquillada y... a un tío le pueda dar mucho más morbo...?

—¿Más?

—Sí.

—Bueno, en general.

—A mí me gustan más sin maquillar.

—Es que yo creo, no sé, yo por lo que he hablado con mis amigos, eso sólo lo pensáis las chicas... en general.

—O sea, yo cuando veo... no hago eso... porque yo nunca me maquillo, ¿sabes? casi nunca. Y mis amigos, pues tampoco buscan, ¡joe! yo lo digo por lo que yo veo, oigo, en general...

—Por lo general, llaman la atención más, pero a mí tampoco me gustan que vayan por ahí... Pero, en general, llama más la atención una chica que... igual que si va una chica con una minifalda, pues siempre te choca más cuando la ves que una que va con una bufanda, recatada.

—A mí me gustan las chicas... las minifaldas no me suelen gustar porque no suelen quedar bien y las chicas sin maquillar y esas chicas con todas las tetas, a mí no me atraen, me atrae más una chica que está... que sea así, normal.

—A mí no me atrae, yo si veo a una chica que va con minifalda... aquí, tal... y dicen "¡vaya par de tetas!" o sea, no pensaría en salir con ella porque digo "si va así, pues tampoco..." pero que... te llama más la atención. También la culpa... yo creo que es de la sociedad que... es que te meten las pibas...

—Sí.

—...por los ojos, pero en la televisión y luego se quejan de...

—...y luego, los maniqués que son dos palos, son dos palos así puestos, luego la anorexia, tal...

—Conozco a muy pocos chicos que me hayan dicho que les gusten las chicas megadelgadas. Conozco muchísimos más chicos que les gustan...

—Es que yo creo que eso sólo lo pensáis las chicas, en general. »

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

En cualquier caso, y pese a lo claro de las expectativas de unas y otros, pese a lo reconocido de la predisposición, lo evidente de la preparación y lo palpable del ambiente que flota entre los grupos de pares que se divierten, toda la puesta en escena requiere de un halo de excepcionalidad que es el que provoca que toda noche sea diferente y emocionante (con independencia de que las actividades, rutas y conversaciones se repitan semana tras semana). En la espera de lo inespe-

rado descansan las esperanzas de diversión, y ello propicia un abandono, consciente o inconsciente, de toda preparación, más allá de la que supone el arreglarse, surtirse de las sustancias necesarias y dejarse ver por los sitios en los que hay que dejarse ver. Mayor preparación (como prever posibles encuentros sexuales) será entendida como “tentar a la suerte”, y ello es un “riesgo” que no se debe correr. Otros riesgos parecen no preocupar tanto: a mí no me pasará...

«—Por ejemplo, o sea yo... yo es que he sido de las de “todas mis amigas tienen novio” y yo como la tonta que, entonces éramos otra amiga y yo, lo que pasa es que a raíz de que ella tuviera novio, pues yo recuerdo que le decía: “jólín”, es que... es que, claro, yo me sentía muy mal, porque decía, “vamos a ver, es que esto no es normal, veo a todas mis amigas con novio, y tal y yo aquí.” Entonces ella me decía: “tú, lo que tienes que hacer es irte a comprar ropa de puta, irte a una discoteca... [RISAS] de calentapollas que es como...”, y yo decía: “¡qué humillante!” pero es que la gente...

—Pero, a lo mejor tú no quieres tener novio, es que...

—Ya, pero es que... será su chico, pero...

—[RISAS]

—...y es así de triste, es bastante triste, la verdad. (...)

—Pero yo a lo mejor tengo algún conjunto de ropa interior mono, y dices. “buaah, éste para la primera vez”. Pero no me lo compro exclusivamente para...

—¡Claro!

—...bueno éste lo podemos reservar para tal, pero vamos... Que me lo pongo igual, que no me espero a que llegue el momento.

—Luego acabas con el sujetador de uno y la parte de arriba de otro, y da lo mismo... porque vamos...

—Porque es que es eso, si lo preparas todo tan bien, al final te sale mal.

—Sale muy mal. » (CHICAS, 18-19 AÑOS)

Así, cuando el estereotipo del hombre descansa en la iniciativa sexual, la tendencia a la promiscuidad y la infidelidad, la falta de compromiso y el predominio de lo físico, no extraña que se acepte no sólo como consecuente, sino como normal, que su comportamiento sea el que dicen que es: si eres chico, y más aun joven, lo “normal” es que pases gran parte del tiempo pensando en sexo, y no pierdas una ocasión para practicarlo o simplemente hablar de él. Mientras tanto, las mujeres desempeñan el papel del control y la contención, el cual invita al comedimiento incluso en el plano meramente discursivo o de la palabra: una chica que se comporte como un hombre, o simplemente se exprese, respecto al sexo, como ellos lo hacen, tendrá todas las papeletas para ser etiquetada de forma poco agradable (“son peores”, porque “piensan igual, pero no lo expresan”).

Tras estos estereotipos encontramos, por un lado, la percepción de que el riesgo (embarazo, enfermedades...) es algo que corresponde casi exclusivamente a las mujeres, por lo que son ellas quienes deben desempeñar el papel de control y

tomar las medidas necesarias (los hombres pueden ser más promiscuos e irresponsables, porque, según tal idea, corren menos riesgos). Y una mujer cuyo discurso no corresponda a esta idea de control y contención será tachada de irresponsable o inmadura.

Por otro lado, los estereotipos de género en este sentido encuentran buena parte de su fundamento en la convicción de que las mujeres siempre pueden tener sexo, porque los hombres siempre quieren tener sexo. De nuevo, ellas han de establecer un límite que ellos no sienten tener que poner. Sobre algunas implicaciones de estos discursos entraremos en el capítulo siguiente.

4. El sexo como escenario de relaciones de poder

El análisis de los discursos de las vivencias y percepciones generales sobre el sexo y las relaciones sexuales sugiere una segunda lectura de muchos de los aspectos que hemos descrito hasta ahora, desde la óptica de las relaciones de poder.

Y es así porque, de hecho, la interpretación de algunos de los referentes presentados sobre cómo el sexo también colabora en definir la identidad en los jóvenes tiene que ver con una cierta manera de ejercer poder o dominación con la/s pareja/s, desde la relación o la expectativa sexual. La manera en que el sexo ocupa un espacio en la vida de jóvenes y adolescentes no sólo contribuye a formar las identidades individuales y a perfilar el imaginario colectivo respecto a lo que se entiende como “ser joven”, como hemos visto en el apartado anterior, sino que, además, parece desempeñar un destacado papel en el modo en que se establecen las relaciones entre los sexos, esenciales para poder desentrañar determinados discursos.

Desde esta perspectiva el sexo se constituye, de alguna manera, en una metáfora de las formas de dominación social basadas, en este caso, en la manera en que se definen y constituyen rígidamente los roles y los comportamientos estereotipados. La adopción y justificación de este tipo de roles marcan encrucijadas para la toma de decisiones y la actuación en sociedad, reduciendo, en todo caso condicionando, el espacio de libertad incluso para vivencias íntimas como las que son objeto de este estudio. Y esto no es una novedad: desde el punto de vista social, el sexo no se circunscribe al entorno particular de las personas implicadas en cada relación.

Pero para entrar en la descripción de esta línea argumental es necesario, de partida, puntualizar varias cuestiones.

En primer lugar, que cuando hablamos de poder en este contexto (en algunos casos, de dominación), nos referimos a la utilización de argumentos claves del discurso dominante para condicionar la manera de vivir las relaciones sexuales

por parte de los chicos y/o las chicas. Entendemos que existe juego de poder cuando una de las partes de la relación, o las dos si atendemos a todas las cuestiones que plantearemos, se siente presionada (casi obligada) a actuar de una determinada manera, más allá de lo que sean sus deseos concretos respecto a su sexualidad. Muchos de los elementos que hemos planteado sobre las vivencias sexuales de los y las jóvenes reflejan modos de actuar y de afrontar este tipo de relaciones desde el reconocimiento de que, por encima de la voluntad consciente, existen presiones para que sus comportamientos sean de una manera determinada.

En segundo lugar, hay que señalar también que este juego de poder o dominación no es del todo explícito: ni los chicos ni las chicas han planteado en estos términos sus relaciones, al menos en lo que respecta a alguna de las conclusiones que iremos describiendo. Esto quiere decir, por tanto, que adoptar un rol determinado desde la perspectiva de las relaciones de poder (ejercerlo o recibirlo) no es del todo consciente o intencional siendo, en algunos casos, asumido como parte de un comportamiento (o expectativa) “natural” desde la configuración social de los roles sexuales, desde lo que se espera que sean los comportamientos de cada uno de los géneros.

Por eso, cuando decimos que el juego de poder no es explícito o consciente no significa que no reconozcamos que tanto los chicos como las chicas utilicen el término “poder” para expresar algunas cuestiones relevantes sobre cómo son las relaciones, sino más bien que el “verdadero” juego está oculto debajo de ese velo aparente, y que se dirime en direcciones distintas a lo que formalmente expresan (y a veces se reprochan): el ejercicio del poder forma parte de lo que no se dice cuando se habla de relaciones sexuales.

En tercer lugar, que el ejercicio del poder al que nos referiremos no es exclusivo de una de las partes de la pareja y, de hecho, en la misma relación cada una de las partes parece contar con distintos tipos de cartas para manejar. Siendo así, el resultado del juego debería ser suficientemente equilibrado como para que las partes de la pareja actuasen y viviesen las relaciones sexuales en igualdad de condiciones aunque, como veremos, no en todos los casos este equilibrio parece existir con claridad, tanto en la cantidad de los elementos que apuntan a cada parte como en la cualidad de los mismos.

Finalmente, hay que señalar que en este juego se moviliza fundamentalmente la percepción de vulnerabilidad. Digamos que parece existir un escenario proclive a que cada una de las dos partes sienta que arriesga cosas en la relación sexual y que haga lo posible por proteger aquello que le resulta más vulnerable. Y es en ese espacio de vulnerabilidad en el que la otra mitad, con mayor o menor grado de consciencia, detecta y aprovecha la grieta para conseguir sus objetivos.

Como en el apartado anterior, cuando hemos descrito las diferentes percepciones entre chicos y chicas, también en este caso es evidente que son radicalmente distintos los huecos de vulnerabilidad que plantean unos y otras respecto a sí mismos, aunque también como en el resto del análisis, los chicos y las chicas reconocen y comparten los argumentos de lo que corresponde a cada género.

En las siguientes páginas, por tanto, vamos a detenernos en distintas cuestiones, algunas de las cuales ya han sido planteadas en otras partes del estudio, pero desde esta otra perspectiva. Y todas ellas se materializan en tres dimensiones distintas y complementarias: la percepción de vulnerabilidad frente a los demás, la que exista respecto a la relación con la pareja sexual, y la sensación de vulnerabilidad frente a uno mismo; todo ello, desde el punto de vista de la sexualidad.

1. EL PODER DE DECISIÓN Y EL PODER DE INICIATIVA

Prácticamente todo el escenario en el que se dirimen los juegos explícitos de poder arranca de una idea fundamental que subyace en gran parte del discurso que tanto los chicos como las chicas mantienen respecto al sexo. Una idea que, siendo aceptada como punto de partida de cualquier otra consideración, determina el sentido de la mayoría de las apreciaciones sobre el tema que nos ocupa: los chicos siempre quieren tener sexo, mientras las chicas siempre pueden tener sexo.

Como iremos comprobando, esta afirmación, que opera como el tópico universal respecto al poder en las relaciones sexuales, se coloca como un velo que tanto ellos como ellas acatan y tras el que se ocultan otras muchas cosas. Sin embargo, en primera instancia, se afirma y se asume por ambas partes que son ellas quienes siempre deciden en las relaciones sexuales, tanto en un sentido como en otro: si hay sexo como si no lo hay.

El planteamiento, que pocos jóvenes parecen atreverse a discutir, refleja perfectamente la manera en que se ponen en juego los roles de género respecto al sexo, al tiempo que origina sobreentendidos esenciales para comprender las claves de determinados discursos. Intentaremos desentrañar todas sus implicaciones.

En primer lugar, y centrándonos en las chicas, esta idea proyecta sobre ellas lo que ya hemos definido como capacidad de control en lo que a las relaciones sexuales se refiere. Lo que se asume es que los chicos parecen guiar su comportamiento en función de los designios, prácticamente inevitables, que están naturalmente determinados por su “instinto” masculino, al tiempo que las chicas aceptan tal argumento también con la naturalidad de lo que es evidente. A partir de este presupuesto resulta bastante normal, y también inevitable, pensar que es en la figura de la mujer donde debe residir el reducto del control respecto a las relaciones sexuales, dando por hecho, dicho sea de paso, que lo que también se asume es el tópico de que el sexo es (y puede ser) para los varones un deseo incontenible y para las mujeres no: si hay algo que controlar en las relaciones sexuales (el tempo, la oportunidad, el riesgo, o el mismo deseo) ese ejercicio sólo puede ser ejercido por la mujer.

Desde este punto de vista, nos encontramos ya ante una primera disyuntiva para la interpretación última de este teórico “poder” de decisión, teniendo en cuenta que radica en la delegación del control a una de las partes de la pareja en base a

su menor necesidad o implicación sexual, es decir, en base a la negación de la necesidad sexual femenina. La mujer puede querer o no querer tener sexo, pero siempre que quiera podrá conseguirlo porque (sabe que) el hombre siempre quiere, y en ese reparto de papeles es la mujer la que se queda, y realmente la única que puede tener, la capacidad de decisión: decide cuándo habrá sexo y con quién (con independencia de la realidad práctica de tal afirmación). Capacidad de decisión que el hombre se autolimita, en un sentido que, a la postre, parece reportarle más comodidades que inconvenientes en todos los sentidos.

«—O sea, la mujer siempre que quiere ella, puede hacerlo; el hombre lo tiene más difícil.

—Clarísimo.

—Un tío... “me duele la cabeza”... eso no lo vas a oír ni una vez, ni na.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Lo tienen más fácil las pibas.

—Joé.

—Y ellas deciden también, eso está clarísimo.

—Los demás no decidimos nada.

—Tú te crees que...

—Una tía que esté buena, le entran quinientos. Quinientos... coge a uno... y bastantes...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—El hombre se lo cree, la mujer lo tiene. La chica, normalmente los chicos están más predispuestos a tener relaciones, siempre lo dirán y entonces es la chica quien decide.» (7GE-18-CHICA)

«—Pero a la hora de provocar, gana la chica; el tío no provoca, simplemente se hace el chulo y punto; en cambio las tías somos un poquito más cabronas y creo que sí, nos queremos ligar a un tío, lo podemos hacer perfectamente. Creo que es ella quien los elige y quien decide llegar a más o no.» (1TA-18-CHICA)

«—Es complicado, pero... yo creo que las chicas, por lo que... Es cuando ellas quieren, en cambio los chicos... es cuando les dejan. Yo lo veo así. Y entonces supongo que las tienen antes las chicas porque es eso “me viene de gusto, pues lo hago.”» (12JO-19-CHICO)

Sin embargo, y además de esa primera implicación de fondo sobre las diferencias en las necesidades sexuales de cada género, el resultado inmediato es que esa teórica capacidad de decisión está absolutamente limitada desde el momento en que, necesariamente, tiene que ejercitarse desde los parámetros definidos por los estereotipos sexuales.

Así, para decidir, las chicas se encuentran en la encrucijada de tener que moverse en el espacio que queda entre ser tachadas de “estrechas” y “reprimidas”, si niegan esos deseos e instintos que los chicos aceptan como cosa natural, o de colo-

carse en la posición de “zorrón” o “facilona”, en el caso de que acceda al juego en las mismas condiciones que los chicos sin dar suficiente importancia a lo que se espera de una chica que controla.

«—Yo creo que... a ti te apetece y puedes dar tú el primer paso y conocer a chicos y no pasa nada. Simplemente porque la sociedad es más abierta y no lo vemos tan mal.

—Sí, pero a veces te cortas porque dices “bueno, como le diga yo algo a este chico... va a pensar que... no sé... que me tiene ahí... en el bote, o se va a pensar cualquier cosa. A veces te cortas un poco más por eso, por lo que pueda pensar. (...)

—Lo que piense de ti... la gente.

—Sí, pero si no le conoces de nada, si tú vas a una discoteca, es un chico que no conoces de nada... qué más te da que te diga, a lo mejor, que no quiere nada contigo.

—No, pero si yo no me refiero a eso, me refiero a que... las chicas que se cortan, la mayoría por lo que habéis dicho, porque dicen “¡joé! ¡qué van a pensar mis amigas de mí!”» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

«—Claro, si tienes una pareja vale, pero por cualquier cosa dices que tuviste una relación esporádica y ya no eres virgen, entonces te dicen: “¡qué has hecho!, ¿no ves que esto no se puede hacer?” En cambio un chico, si lo hace, es un maestro.» (7GE-18-CHICA)

«—Los chicos y las chicas son diferentes. Los chicos todo el día piensan en sexo, lo viven más. Las chicas no. Algunas chicas sí, como yo. Pero mayoritariamente, no. Yo no tengo ninguna amiga que haya hecho lo que he hecho yo en estos tres años. Ellas valoran más los sentimientos, ellos puede que valoren más el sexo. Los dos buscan sexo; aunque algunas chicas puede que busquen el hombre de su vida y entonces buscan que les conquisten... Las mujeres dan mucha más importancia al sexo que los hombres.» (4TA-16-CHICA)

Mientras los chicos sólo tienen una alternativa, y teóricamente dependiente de la decisión de ellas, las chicas han de hacer equilibrios sobre el frágil alambre que determina lo aceptable de su comportamiento: una chica que no ejerza adecuadamente su capacidad de “control” sobre el chico (en lenguaje popular, “pararle los pies”), será una chica “fácil”, y ya hemos analizado en el capítulo anterior lo que supone para las chicas colocarse en esta posición: las chicas fáciles pueden interesar para los encuentros fortuitos e intrascendentes, pero nunca para una relación más cercana o de mayor compromiso.

Desde este punto de vista, las chicas deben dar más importancia al sexo, pero en un sentido radicalmente distinto al que se expresa cuando se habla de la importancia del sexo para los chicos: para ellos es importante porque lo reconocen como algo omnipresente en sus vidas, pero para ellas es importante porque deben tener en cuenta y valorar las repercusiones en su justa dimensión. Se juegan mu-

chas cosas, empezando por su imagen personal y siguiendo, como veremos, por la posibilidad de establecer y/o mantener relaciones sentimentales duraderas, que para ellas es el objetivo fundamental de las relaciones.

«—¡Ya ves!

—No sé... Y además que... yo pienso que normalmente son las pibas las que ponen el freno. En la mayoría de los casos.

—Pues sí.

—Es que... ¿Te imaginas a un chico diciendo "No"?

—Diciendo "No... no estoy preparado".

—¡Venga, coño!

—No... no puede ser eso.

—"No me siento seguro"... la dices.

—Eso... eso... eso de que un pibe a una tía. O es un cardo o es un cardo, vamos.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Esto, los tíos... en este aspecto somos unos... unos bocas. Pueden decir que han jodido con veinticinco tías y quizás ha jo, han jodido con, con dos, ¿vale? Y las tías no lo dicen tanto, pero quizás sí que lo han hecho. Es que es eso... Yo creo que hay una diferencia entre los tíos y las tías, que las tías lo hacen cuando quieren y los tíos cuando pueden.» (11O-18-CHICO)

En cualquier caso, el consenso discursivo asume que son ellas las que tienen el poder de decidir si existe o no relación, con quién y cuándo¹. Decidir sobre cómo será la relación sexual, qué pasos y quién los debe dar y cuál será la manera de actuar o comportarse en según qué tipo de situación y momento, es otra cuestión que también veremos un poco más adelante.

Pero también en esta diferenciación por géneros encontramos la explicación de las diferentes connotaciones e interpretaciones que adquieren dos tipos de situaciones, muy relacionadas con el ejercicio del poder afectivo, especialmente conflictivas en las relaciones de pareja: los comportamientos promiscuos de unos y otras y la valoración y vivencia de la infidelidad y los celos.

Respecto al planteamiento de la promiscuidad, ellos, que no sienten la necesidad de controlar sus deseos e instintos, y se encuentran cómodos ante la evidencia de que ellas parecen aceptar su naturaleza sexual instintiva y promiscua, observarán como meritorio y destacable que un chico sea capaz de mantener encuentros sexuales con muchas chicas. Si es así, el chico será identificado como un vencedor, capaz de superar la capacidad de control que ellas ejercen y, con ello demostrará su poder persuasivo, sexual y social ante los demás, especialmente ante el grupo de pares.

1. Evidentemente, la capacidad de decisión (en abstracto) la podría tener una chica que cumpla con unos mínimos, en lenguaje de ellos y ellas "siempre que no sean un cardo", porque en esos casos, las chicas se entienden excluidas, de entrada, de cualquier posibilidad en el juego sexual. El límite de las condiciones físicas apropiadas para las chicas está siempre sobrevolando y, ya veremos, es una de las fuentes importantes de inseguridad para ellas.

Esa manera de actuar de los chicos se reconoce claramente por ambas partes, aunque suscite discursivamente el reproche de las chicas. Sólo en el caso de que exista una pareja (más o menos estable) será la presencia de ella la que pueda tranquilizar el instinto, y esto supone asumir también con absoluta naturalidad el hecho de que, en este supuesto de que exista pareja, el chico tendrá tendencia a comportarse de forma diferente según con quién esté en cada momento.

«—Los chicos, cuando van con pareja, creo que son más tranquilos, con la pareja... buen rollo y en cambio, cuando no tienen a la pareja cerca hacen lo que no hacen nunca si ella está delante, actúan de forma diferente. Muy, muy normal no lo es, porque si tú estás con tu pareja te tienes que comportar de igual manera como si no lo estuvieras y si estás con los amigos, pues...lo mismo.» (2TA-18-CHICA)

«—Si conocemos a un chico y es guapo y hablas con él y ves que la inteligencia no es lo suyo, te giras y dices me voy; en cambio si un chico ve a una chica que está buena y no sigue la conversación, le da igual; él sigue porque al menos va a conseguir un rollo, y su tiempo no va a ser perdido. Y después hay los que directamente te dicen ¿quieres rollo? Y dices ¿tú eres tonto? Antes di hola, ¿no?» (7GE-18-CHICA)

Ellas, cargadas de la responsabilidad de ser la parte pensante del encuentro, habrán de ser mucho más prudentes con sus comportamientos al respecto, llegando incluso a omitir determinados deseos o instintos, pues corren el riesgo de ser encasilladas en un perfil de mujer frívola e irresponsable, que representa lo contrario de lo que, socialmente, se interpreta como adecuado y destacable en una mujer. Por ello, un hombre promiscuo será un “campeón”, admirado entre sus amigos, mientras una mujer promiscua será una “fresca” o una chica “fácil”, puesta bajo sospecha tanto por ellos como por ellas mismas.

«—Hombre, es el objetivo, ¿no? Para mí por lo menos, es el objetivo. Para mí ligar es algo... una tarde de estas, una noche, sinceramente...

—Sí, es que los tíos y las tías, digáis lo que digáis, no vamos siempre a lo mismo, los tíos siempre vais a... si podéis, pues mejor...

—...luego ya si la chica... bien... y toda la historia.

—No, porque si la chica dice que sí el primer día, decís que es una facilona y ¡hasta luego, Lucas!

—Bueno, tampoco.

—Sí.

—Yo pienso que sí.

—Si es la típica tía que te la puedes tirar cuando te dé la gana...

—...si estoy desesperado, te llamo que tú eres facilona.

—Que luego cuando quieras acostarte con...

—Venga ya, venga ¿qué no?

—Claro que sí, cuando la quieres algo en serio, algo estable, no...

—Que yo, en el grupo son todos chicos y yo de chica... les da igual, les

oyes hablar de “hoy me he follado a una” “hoy me ha hecho una paja una en la discoteca” y yo... ¿sabes? que es que me da igual... yo conozco y sé como pensáis... Sois todos iguales.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Hoy me he tirado a tres. ¡Ah! Pues qué fiero que eres. Y si nosotras decimos, me he tirado a tres, ¡ah! pues qué guarra que eres. Siempre será el mismo comentario.» (5GE-16-CHICA)

«—Pero hay chicas que también son muy putillas, hay de todo.»

(11GE-16-CHICA)

Y claro, tales argumentaciones también sustentan, junto al discurso de la infidelidad, el que corresponde a la interpretación y el juego de los “celos” como herramienta para ejercer el poder. Las chicas son (¿y deben ser?) más celosas porque saben que ellos siempre están dispuestos a mantener relaciones sexuales y que la posibilidad de que les sean infieles dependerá de que las otras chicas estén dispuestas a pararles los pies. En el supuesto contrario, si son ellas las que se acercan a otros chicos, ellos se sentirán molestos y ofendidos, por supuesto con ellas, porque, como ya sabemos, son las chicas quienes deben poner los límites.

Ya hemos visto anteriormente como, desde la perspectiva de ese filón justificativo que representa el instinto masculino, la delimitación de lo que es y no es infidelidad es muy difuso cuando el protagonista es un chico, mientras que el límite cuando se trata de una chica está mucho más perfilado: un chico no es infiel con sólo desear porque no depende sólo de sí mismo, mientras que una chica, teniendo en cuenta que en el momento que desee sexo lo tendrá, si se aproxima a cualquier situación proclive estará ya en el límite de ser infiel. Hay que tener también en cuenta que, como hemos visto en el apartado correspondiente, de este mismo discurso forma parte la percepción de que siempre las chicas se muestran más interesadas por los chicos “exitosos”, incluso aunque ya estén comprometidos.

«—¡Hombre! Es que las pibas suelen ser bastante más celosas que los pibes.

—Eso es verdad.

—Sí.

—Pero es que yo tampoco... si estoy con una piba... no me voy... no me voy pegando a las demás. Yo... si tengo piba, me voy pegado a mi piba.

—Hombre, pero si te ven hablar a alguna, tú no la vas a hacer el feo si te llevas bien con ella.

—A ver... yo, si no quiero ligar con una piba, hablo con ella, así, normal... como puedo estar hablando contigo...

—Ya.

—...Si quiero ligar con una piba...

—...la pongo aquí y empiezo...

—Hombre, ya. Pero si es ella la que te empieza a ti a... a...

—La paras los pies y ya está. Si estoy de Rodríguez no, pero si estoy con algo serio, sí.

—Yo hasta ahora, con las que he estado, se lo he puesto claro.
 —Yo, oye mira... yo tengo amigas... y si te molesta que hable con ellas...
 ¿Pues... chica?
 —Son mis amigas. No las voy a dejar de hablar por ti.
 —No, claro.
 —Y normalmente...
 —Yo solo...
 —Ella se tiene que adaptar a ti, y tú a ella.
 —Claro.
 —Claro.
 —Si es lo mismo.
 —Si no hay confianza... pues que no tienes...» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Supongo porque ellas mismas saben cómo son, y se hacen una mala idea... Yo he llegado a esta conclusión, que ya saben cómo son y se dan miedo a ellas mismas, que... como ya saben que consiguen lo que quieren, normalmente si se lo montan bien consiguen lo que quieren y... cuando quieren. Creo que es eso. Porque al fin y al cabo no dejamos de ser borreguillos, nosotros, que... si ellas... si ellas te buscan te pueden encontrar tranquilamente, si quieren.» (12:10-19-CHICO)

Por eso, la primera contrapartida de ese equilibrio de poder la encontramos en los celos, que cada cual experimentará (o no) de manera muy personal, pero en cuyo análisis entran en juego algunos elementos diferenciadores por géneros. Fundamentalmente, porque la capa más superficial de los mismos se manifiesta a partir del comportamiento de unas y otros en el juego de la seducción, y éste, como hemos visto, presenta notables diferencias. Asumir de forma incontestada la constante predisposición y el permanente deseo sexual de los hombres, más aun por cuanto tiende a justificarse en base a razones de su propia “naturaleza” o condición biológica, sitúa a la mujer en la incómoda tesitura de la sospecha constante.

Sin embargo, no es ése el aspecto más incómodo de su situación, sino que también se traduce en una proyección sobre el comportamiento femenino que parte de tal tipo de presuposiciones. Así, dar por sentada la tendencia infiel del hombre, implica que la mujer ha de comportarse con la prudencia que requiere dicha situación para no alimentar o despertar la mencionada “naturaleza”. Es decir, si la mujer sabe que el hombre es “débil” y, a pesar de ello, le sigue en el juego de la seducción, será porque quiere algo, porque está “provocando”, según interpreta el estereotipo. Evidentemente, el planteamiento presenta consecuencias que tienden a la descarga de responsabilidades del hombre en situaciones de infidelidad: no es que él no tenga la culpa, sino que es ella (quien debe y puede “controlar”), la que, en última instancia, dará pie y consentirá la infidelidad; en definitiva y en último extremo, es ella la que será responsable de lo que ocurra, en cualquier sentido. De esta manera nos encontramos con que control, responsabilidad y culpabilidad son tres caras de la misma moneda, y las tres se atribuyen a las chicas, como una carga y no como una ventaja en el juego sexual.

El planteamiento encaja además, para qué negarlo, con una concepción bastante machista de las relaciones entre géneros. Situación en la que el hombre trata de “marcar el territorio” para que el resto de los congéneres (a quienes se presupone la “natural” disposición a abordar a la pareja de uno) no se acerque en exceso a ella, mientras que la mujer habrá de controlar la actividad de todas aquellas chicas que parezcan tratar de acercarse a su pareja para aprovechar su “debilidad”. Pero no sólo eso, pues mientras ellas marcan el territorio alrededor de su chico (que no busque sexo en otras), ellos, en función de la asunción masculina adolescente de que no hay que dejar pasar la oportunidad de tener sexo, marcan su hipotético territorio en torno a todas las chicas, que aceptan como cierto que todos persiguen lo mismo, con ellas y con el resto.

La diferencia fundamental radica en que los hombres no se culpabilizan entre ellos, pues aceptan sin más su “condición” de agente activo pero sin apenas capacidad de “control”, mientras las mujeres tienden a observarse con la suspicacia y el recelo de quienes se saben con capacidad de dar pie, o no, a determinadas situaciones. De nuevo, los estereotipos y proyecciones alimentan el imaginario y, como pescadilla que se muerde la cola, los propios comportamientos.

«—Hay chicos muy celosos... hay otros chicos que sabes que tienen confianza, que hay confianza en tí y entonces saben que no vas a hacer nada, pero hay otros chicos que son muy celosos...

—Pero si te ve... (...)

—Pues yo si veo a mi novio, con una chica, ahí, riéndose...

—No me cabrearía con él, pero...

—“¡Qué guarra!” [RISAS] Pero bueno, como sé que... bueno, como yo sé que yo le tengo confianza, y yo sé que no va a hacer nada...

—No... Ya...

—Yo pienso que siempre...

—No, pero coges, te arrimas... Si ves que una chica está ligoteando con tu novio te arrimas, le das un besito y le dices: “hola, rica ¿qué tal?”

—La dejas más cortada... que vamos (...)

—Es que sí, va a ver que ir marcando territorio.

—Yo creo que los pibes llevan peor esas situaciones, cuando hablas con un chico.

—Sí.

—Es que es más normal que un... Bueno, ahora ya no tanto, pero son más vagos los tíos... Que van a una chica y empiezan a darle la coña, pero no a una tía que ves que a lo mejor... Yo veo que un chico... aunque me guste mucho físicamente, veo que está hablando con otra chica y ya me pienso que es su novia... No voy a estar ahí, detrás suyo. A los tíos les da lo mismo, aprovechan a que vayan al baño y vienen a pedirte el teléfono.

—[RISAS]

—¿Sabes? Que... que no es lo mismo. Por eso yo... Los chicos pues, están más acostumbrados a ver cosas de esas, pero a mí me sienta peor. Por querer más.

—Es que los pibes como saben cómo son ellos... pues...

—Claro.

—Dicen “eh, ya sé a lo que va.”

—Pero él lo que tiene que aceptar es que tú la que tiene que... te da igual a lo que vaya el otro, si tú no quieres, no quieres y punto, por mucho que el otro te diga tonterías y te coja y no sé qué... tú le vas a quitar. Pero ellos no se dan cuenta de eso. Y nos preguntan “¿Oye, te está molestando éste? Ni nada de eso... Porque a lo mejor tú te estás riendo mucho...”

—Pero un tío es que...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—No, porque no puedes salir tanto de fiesta porque si no los chicos empiezan a mirar y se pone celoso, lo pasas mal tú y él, y no puedes bailar como quieres, cuando tienes novio es diferente, no te puedes soltar tanto.» (6GE-17-CHICA)

«—Pues si vas de fiesta, por ejemplo, te invitan a una copa, empiezan a bailar contigo, te dicen alguna parida de las suyas, sí porque si no te gusta el chico ni lo escuchas. A ver, una chica medio guapa cualquier chico lo tiene, en cambio el chico no, el chico tiene que buscarse estrategias porque le pueden arrear un guantazo, es por eso lo de invitarte, lo de regalar-te una rosa, o ¿has visto mi coche?, o vamos a hacer un cigarro a la playa, en cambio la chica si lo quiere va como un perrito.» (8GE-18-CHICO)

Aceptar tales roles de género a la hora de analizar y hablar de las relaciones entre hombres y mujeres (no sólo propiamente sexuales, sino también en lo que se refiere al lígüe o flirteo), da lugar a un discurso de dos caras respecto a la forma en que se establecen las posiciones de fuerza (valga el símil bélico) entre sexos. Es así porque la asunción de ese axioma que sobrevuela el imaginario colectivo, por el cual los hombres siempre quieren tener sexo, mientras las mujeres siempre pueden, plantea una lectura alternativa de la manera en que tal poder se hace efectivo. Mientras el discurso general proyecta sobre ellas esa capacidad de decisión respecto a cuándo y con quién mantendrán sus relaciones sexuales, en la práctica tal capacidad sólo podrá ser observada a la luz de los condicionantes originados por determinados estereotipos, que pueden llegar a constituirse en barreras difíciles de superar, y que cuestionan intrínsecamente esa, al parecer tan obviamente reconocida, capacidad o poder de decisión: ¿en qué condiciones pueden las chicas ejercer ese supuesto poder o capacidad de decisión?

En primer lugar, porque los valores atribuidos a la mujer respecto a su rol sexual y sentimental (prudencia, romanticismo, amor, confianza...) parecen dar por supuesto, precisamente para que el mencionado axioma cuadre, que la mujer, al contrario que el hombre, no siempre está dispuesta a mantener relaciones sexuales, y mucho menos con cualquiera (desconocidos, personas con las que no tienen suficiente confianza). O lo que es lo mismo: supone que, en principio, la mujer no está predispuesta (dispuesta) a mantener relaciones sexuales en encuentros más o menos puntuales. Contradecir este estereotipo, es decir, mantener encuentros casuales, puntuales y, quizás, despojados del amor, afecto o cariño que se presu-

ponen a las relaciones sexuales “ideales”, pondrá a la mujer que así lo haga en una posición complicada a ojos de otras personas (no sólo varones). Mientras tanto, los chicos, perfectamente ubicados y cómodos en su papel de jóvenes sexualmente hiperestimulados y, en cierto modo, descontrolados, no afrontan tal obstáculo: con independencia de valoraciones puntuales a casos concretos, socialmente no parece que resulte extraño que un hombre se comporte así.

En segundo lugar, porque ese poder decisorio que se presupone a la mujer (tener la última palabra), excluye precisamente la capacidad de decidir sobre el punto donde habrá de comenzar cualquier acción que termine en un encuentro sexual: la iniciativa. Iniciativa atribuida casi en exclusiva a los hombres, que parecen no tener más remedio que adoptarla en base a su propia asunción de actores sexualmente activos. En cualquier caso, podemos apreciar diferentes interpretaciones de qué supone tener la “iniciativa” según escuchemos a los chicos o a las chicas, y esta diferencia en la interpretación, que es clave en las perspectivas respecto al sexo de unos y otras, es también fundamental en el análisis de los juegos de dominación.

Desde la perspectiva de las chicas, la iniciativa respecto al sexo debe ser adoptada por los chicos, teniendo como punto de partida que el juego de seducción, el ligue o el flirteo, se corresponden con una dinámica de juego y diversión que, para ellas, no tiene necesariamente que tener el encuentro sexual como horizonte de sus expectativas. Así, establecer la trayectoria para tomar la iniciativa sobre el sexo recaerá en que sea el chico el que se manifieste en un sentido o en otro a través del juego y la conversación: ellas no podrían asumir esta responsabilidad a no ser que quieran arriesgarse, al asumir las riendas de la iniciativa sexual, a ser marcadas desde el estereotipo en un sentido o en el contrario. De hecho, como expresan claramente, además de la dificultad para comportarse adecuadamente y jugar el rol acertado, las chicas se sienten inseguras en este juego porque consideran que el chico está eligiendo y decidiendo en qué chica fijan el objetivo, y hasta que él no exprese claramente el interés sexual, ellas dudan sobre si cuentan o no con la imagen física apropiada para ser “elegida”.

«—Yo creo que, por lo general, siempre es el chico el que... toma la iniciativa y el que mira hasta ver dónde se puede llegar y eso. Yo, creo, en la mayoría de las veces, que siempre está... la excepción que confirma la regla, pero vamos que... A lo mejor también por... que la chica esté más insegura, ya hablando de físico o cosas de esas.

—Yo creo que es el que tiene más experiencia el que... el que cree que puede hacerlo más... más fácil a la otra persona ¿no? porque quieras que no... pues hay timidez, siempre (...)

—Depende, hombre, si es tu novio pues vale, pero si vas ahí... siempre está lo típico lo de antes... la chica es la guarra o algo de eso. Depende de la situación, porque si estás con tu novio, él no va a pensar eso de ti, pero no sé... (...)

—En realidad, si vas lanzada, vas pensando sobre seguro ¿no?

—Pero yo creo que siempre, en general, quieren.

—Yo creo que ellos tienen más facilidad para sentirse cómodos en ese momento.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Vienen, te ponen la carita... y te dicen oh, te veo diferente a las demás, a ver si quedamos un día para tomar algo y me sigues explicando lo del otro día y cosas así y al final se hacen mucho los buenos y te consiguen; yo me lo creo siempre.» (5GE-16-CHICAS)

El escenario parece claro. Chicas aún reacias a tomar la iniciativa de los encuentros (el lígüe, el sexo), por aquello del qué dirán y por la etiqueta que puede acarrear: las chicas “fáciles”. Parece complicado, por tanto, compatibilizar ese poder atribuido por “tener la última palabra”, con el hecho de tener que esperar a que la persona con quien sí quieres mantener un encuentro sexual, sentimental, o de simple flirteo, se decida a tomar la iniciativa del mismo. Y esto no implica que no exista una tendencia cierta y palpable a escuchar entre los chicos jóvenes y adolescentes aquello de que las chicas cada vez toman más la iniciativa, empiezan antes a “soltarse” y son más “provocadoras”; pero sí es cierto que tales comentarios tienden a encuadrarse en un discurso que no es precisamente el que corresponde con el tipo de relaciones consideradas “serias”, que será el que se mantiene con las chicas con las que quieren tener “algo más” que sexo.

Mientras tanto, ellos, a pesar de autopoicionarse (no sin ciertos reproches) en el papel “activo” de los encuentros, consideran que el flirteo en sí mismo forma parte intrínsecamente de la relación sexual y, por tanto, si una chica inicia este juego está provocando algo sobre lo que ella decidirá finalmente con un sí o un no. Así, ellos se acercan, “entran” y proponen, pero porque ellas les incitan, de manera más o menos explícita (por cómo se visten, por cómo miran, porque saben lo que ellos quieren...). En función de tal visión de la situación, y asumiendo que su naturaleza masculina les aboca a ello, el estereotipo toma forma y campa a sus anchas.

En el caso de que una chica establezca algún tipo de contacto, sea del tipo que sea, ellos entienden el gesto como una provocación sexual. Sea así o no lo sea, si la chica no desea continuar por esa vía (la sexual) es ella la que toma la decisión de “dejarte con la miel en los labios”, de poner el freno; si hay sexo se supone que también ha sido la chica la que ha accedido, puesto que ellos siempre están dispuestos.

Recordemos que esta afirmación es la que les sirve de coartada para una buena parte de los comportamientos que relatan los chicos: para justificar sus encuentros sexuales con chicas que no les gustan; para mantener relaciones con cualquier chica, por “fea” que sea, cuando el chico tiene un par de copas de más, etc.

Pero también, desde el punto de vista de los chicos, es necesario puntualizar cómo esta posición de rol que les toca, la de asumir irremediabilmente la iniciativa (ligar, conquistar, acercarse a las chicas...) tiene que ver con la presión social y

grupal a la que pueden estar sometidos para que así se comporten, puesto que forma parte de lo que se espera de ellos).

«—Normalmente suelen ser las tías las que se enrollan con el que quieren.

—Ya, ya. Eso es verdad.

—Es que es una putada, porque...

—¡Hay tías que son feas, que madre mía!

—Cuando te bebes cuatro copas, ya a las feas las ves guapas y todo, ¿sabes?

—Sí. Eso sí.

—Hombre... ¡Guapas tampoco! Más normales.

—No, no. Yo te digo que las ves guapas.

—Y verlas al día siguiente y decir “¡Con esa!” ¡Joder tío... Joder!

—Estás en una fase que dices “a ver... me da igual... o sea.”

—Sí, sí.

—Pues yo nunca me he liado así, con un feto, feto. Hombre... con más guapas, con más feas, pues sí. Pero...

—...siempre dentro de una media.

—Por eso se supone que siempre te enrollas con la que quieres, tío.

—Pues sí.

—O porque puedes.

—Suelen ser guapas.

—O con la que puedes.

—Eso está bien dicho.

—...siempre con la que quieres, no.

—No.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—Tú cuando sales un fin de semana... este fin de semana puede que pille, pero es que ellas si quieren, pillan ¿sabes?

—Es verdad, tienen todas las de ganar.

—Tú dices “bueno, voy a pillar” te lo tienes que currar; ellas... “tú, hola...” No, en serio, las tías tienen una facilidad...

—Depende de las tías.

—Hasta la más fea liga, tronco.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, RURAL)

«—Normalmente en la disco, las chicas los envían mucho a la mierda, al ser tan brutos, o le sale una chica que se quiera enrollar con ellos al instante, o le dan una hostia. Pero todo depende, ¿cómo acaban? No sé, a mi segundo novio lo conocí en la disco, y en la primera noche nos dimos un solo pico pero no hicimos nada, a lo mejor también porque soy un poco reservada. Depende de la persona, a lo mejor unos pueden acabar teniendo relaciones, u otras quedan para otro día sin hacer nada.» (7GE-18-CHICA)

«—Lo noto porque me mira mucho y me viene a saludar y qué tal y cómo te llamas y quiero bailar contigo y eso. Yo, por ejemplo, cuando voy al puerto me encuentro algún chico y hola qué tal, yo también soy un poco

así, y si no me interesa mucho le trato como una chica y se confunden, de hecho siempre están confundidos, no saben diferenciar entre conocer una chica y tenerla como amiga y conocer a una chica y que quiera algo. Yo conozco a muchos chicos y sólo los quiero conocer como amigos. Y alguno dice, ah, tienes novio, pues déjame de hablar, ¿que dices?, así que estabas hablando conmigo porque querías algo.» (8GE-18-CHICA)

Esta situación se vive de forma tan clara que ambos sexos parecen ponerse de acuerdo en que la única situación en la que se equiparan las expectativas, pretensiones y demandas relativas a los encuentros sexuales (tomar la iniciativa, decir lo que gusta y lo que no...), es aquélla en la que el sexo es practicado por una pareja fija y estable. Entonces, la dosis de confianza entre ambos, y la intimidad que sienten y que les sitúa en un espacio exclusivo, propio, ajeno a teóricas presiones y comentarios externos, igualará los roles de género respecto al comportamiento sexual. Desde esta perspectiva, aunque luego veremos otro tipo de elementos y condicionantes al respecto, en la intimidad, y con amor (cuando menos, cariño y confianza), el sexo es cosa de dos personas que buscan, sienten y experimentan por igual. Universo de expectativas, según interpretan las chicas, totalmente distinto al que se enfrentan durante las noches de diversión de los fines de semana, y completamente alejado de lo que los chicos asumen como propio de una etapa vital centrada en la diversión y en aprovechar todas las oportunidades que se presenten (en este caso, sexuales).

2. LOS ESPACIOS DE VULNERABILIDAD: MIEDOS E INSEGURIDADES EN LAS RELACIONES SEXUALES

En el ámbito más íntimo, a pesar de las repercusiones grupales que conlleve, existen varios aspectos que definen otro tipo de espacios de vulnerabilidad respecto a los que se viven las relaciones sexuales con inseguridad e incluso con miedo, frente a la pareja y frente a uno mismo.

Desde el punto de vista de los chicos, la inexperiencia se percibe como la madre de todas las inseguridades en el sexo. Más allá de las ganas y del placer por experimentar y disfrutar aprendiendo, cualquier relación sexual, desde la primera a la última, se plantea para ellos como una prueba en la que deben, sienten que están obligados, a demostrar que “saben hacer”. Y como en una carrera de fondo, es la experiencia la que garantiza el aprendizaje, y el aprendizaje el que permite que todo salga bien, o al menos que ellos piensen que ha salido bien, porque como veremos, consideran finalmente que “con las chicas nunca se sabe.”

Ser inexperto tiene muchas caras negativas. Una primera es la de la presión que ejerce el grupo y el contexto general para mantener la primera relación sexual, para perder la virginidad. Para los chicos, como ya hemos visto, esta presión para “cumplir con el grupo”, para demostrar que eres uno más, capaz de ejercer el rol de conquistador, se resuelve en primera instancia mediante la actuación en el

escenario colectivo y supone un juego en el que, posteriormente, contarás lo que ha ocurrido (o cosas distintas si es preciso). Sin embargo no acaba ahí la necesidad de demostrar y, de cara a la pareja, la presión grupal se agudiza puesto que también tienen la necesidad de “sentirse preparados” y demostrar que son capaces de “hacerlo bien”, de que todo vaya bien, incluso en el primer encuentro.

El problema de la primera vez, por tanto, no es sólo dar el paso para entrar en el grupo de los que acceden al estatus adulto. Es que la primera vez, para los chicos, no significa un disfrute o una experiencia conjunta de aprendizaje y descubrimiento sino que ellos, incluso en esa primera experiencia, tienen que cumplir con el rol masculino que obliga a llevar las riendas de la relación sin fallo: hay que “portarse como un señor”. Pero claro, en la primera relación, la inexperiencia implica sobre todo ausencia de referencias sobre lo que es “hacerlo bien”, y eso es lo que les genera las dudas y la principal fuente de inseguridad.

Es muy relevante, frente a la perspectiva de las chicas que veremos un poco más adelante, la interpretación que hacen los chicos del término “preparado”. Interpretación doble que de hecho, en algunos momentos de la conversación, les genera confusión a ellos mismos: “preparado” se refiere a “adiestrado”, a la capacidad para “hacerlo bien” desde un punto de vista técnico. Preparado, para los chicos no significa “dispuesto”, puesto que los chicos “siempre están dispuestos”. Además, y ésta es la principal diferencia respecto a la necesidad de preparación desde la perspectiva de las chicas, ninguno de los dos términos (preparado o dispuesto) alude necesaria o directamente a la disposición emocional.

En este punto es donde se puede interpretar correctamente el sentido del deseo de los chicos de mantener la primera relación con alguien especial y, de hecho, parece que sea esa primera vez, mientras no tengan una relación seria o adulta, la única en la que conceden verdadera importancia al hecho de hacerlo con alguien especial. Parece que esa carga de dudas e inseguridades puede hacerse más llevadera si la experiencia puede realizarse con alguien con quien tengan una cierta confianza para que el trago, o la valoración, no sean tan duros o tan exigentes.

Sin embargo también hemos visto cómo, frente a los problemas que plantea la primera vez, otro recurso de los chicos es recurrir a relaciones que no les comprometan (incluso aluden a experiencias con profesionales) para “ensayar” y conocer, de tal manera que cuando tengan un encuentro con alguien que les importe (“especial”) no fallen. También reconocen que, a pesar de tener experiencia, todas las primeras veces con alguien distinto pueden ser problemáticas, pero para ellos esas otras primeras veces, aunque sean importantes, ya no están cargadas de inexperiencia (ya “saben hacerlo”) y, a partir de entonces, el planteamiento es otro, más centrado en disfrutar y no tanto en la preocupación por la persona con quien lo hacen.

«—Es que, bueno, la primera vez que estás super... bueno, yo por ejemplo no me pasó, pero yo estaba superpreocupado y supernervioso... supernervioso, tío... superborracho es peor, pero nervioso, tío, como que no...

sabes, es que la piba piensa “jo, la primera vez que lo haga, paf, como un señor”, y no. Tiene que haber... muchas cosas...

—Y que te crees tú que pa, pa...

—Sí, luego hay veces que incluso una piba genial, y llega otra nueva, igual con esa nueva las primeras veces tampoco sale bien.

—Tenías que...

—Claro, y si vas preocupado, eso es verdad.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—En las relaciones estables mandan las tías, a ver mandan los dos y sobre la marcha deciden, pero si quieren las tías mandan, pero de calle. En un lío no manda nadie, es todo venga... Las tías si quieren te hacen ir por donde quieran, los tíos no, a no ser que la tía esté muy colgada del tío. Lo de dar la talla y quedar bien en el sexo es una tontería como una catedral. Eso depende de la práctica, cuando lo has hecho unas 30 veces, ves cosas que puedes hacer mejor y vas aprendiendo. Desde luego, si la primera vez lo haces bien eres un fiero, un maestro; es cierto, la primera vez nunca te saldrá bien, por lo que conozco y por lo que sé. Lo haces y ni le preguntas a la chica, no le preguntas porque sabes que te dirá que... te dirá que bien pero... Eso no me da vergüenza ni me preocupa. Para mí es importante que ella disfrute, para algo está. En una relación estable disfrutamos los dos por igual, en un rollo me da igual el otro, es más egoísta, es sólo yo. Porque es a lo que vas en un rollo, en una relación estable no, porque lo harás más veces, pero en un rollo es si te he visto no me acuerdo.» (2LL-16-CHICO)

Claro que la necesidad de estar preparado y saber cómo hay que actuar se plantea de forma especial en el caso de que se cumpla la fantasía de que un chico sea abordado por la chica ideal (“si te entra el pibón”). Un chico no puede estar en el mercado, sin tener experiencia y sin “estar preparado”.

La perspectiva de los chicos, que les supone una importante presión y condiciona de alguna forma su manera de actuar sexualmente, parte del principio de que son ellos los que están a prueba en la relación porque siempre deben saber responder a las expectativas. El éxito del encuentro depende de ellos (desde este punto de vista) y lo cierto es que la presión fundamental, la que subyace a todos los encuentros sexuales, es la de “quedar bien” y “dar la talla”. Dar la talla significa estar a todos los efectos (técnicos) a la altura de las circunstancias y, en último extremo, que la pareja disfrute del encuentro (“dejarla satisfecha”). La relación sexual será imposible si ellos no son capaces de hacer lo que tienen que hacer y, siendo así, la interpretación del disfrute o satisfacción de la chica está condicionada por la capacidad de actuación del chico: si ella disfruta es como resultado de que el chico sabe lo que hace, y lo hace bien.

«—Es importante cuando llevas una relación larga y... salir un fin de semana y pillarte una piba y... o sea el hecho de pillar o llevártela al coche o irte a tu casa, pues no.

—Pero no te creas, no es más...

—Tampoco puedo contar ahí, ¿sabes?

—...no a los ocho meses, no a los dos días, es un término medio si surge, surge y en una relación el sexo es muy importante.

—Pero es que...

—Tú es que te puedes llevar muy bien, no sé qué, no sé cuántos, pero luego te llega un pibón y te dice "oye, mira que como... no sé qué, vente conmigo" y tú vas a estar tres meses a dos velas...

—¡Venga ya!

—Hombre, cuando se es virgen, pues sí.

—Es muy importante, a mí las caricias... un beso...

—Es que si no... además la piba te va a reventar seguramente, ¿sabes? Como no la pongas cachonda... a no ser que seas...

—Pero yo lo digo, no enfocado a ponerla cachonda, sino enfocado a que ella esté a gusto y tú también.

—Ya, a ponerla cachonda.

—No, si yo a la hora de hacer el amor, yo me lo curro, la calientas... la tienes que calentar porque...

—A la hora de follar.

—Y luego, macho, algún día, así en tu casita, se van tus padres, pones velitas...

—Claro.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Presión ninguna, ¿sabes? no sé.

—La presión está ahí.

—Yo cuando estoy ahí... como si tardo un minuto, yo estoy a gusto, yo me quedo relax.

—¿Tú o ella?

—Ella, pero yo prefiero dejar a la piba que haga ¡Oh...! ¿sabes?

—[RISAS]

—Yo prefiero ver a la piba que haga eso a que me diga ya, chaval que...

—Cuando llega el momento, te van a surgir las dudas, oye, y el condón ¿me lo sabré poner?

—Pero yo creo que eso es falta de confianza con la tía, porque si tú a la tía le dices...

—¿Qué le dices?

—...Si tú no lo has hecho nunca, se lo dices a la piba, mira tía no lo he hecho en mi vida y tengo la suficiente confianza para hablar contigo y nos lo vamos a pasar bien. Bueno, la primera vez... es un poco diferente.

—Si es una tía con la que estás saliendo sí, pero...

—La primera vez es la peor, yo lo digo.

—Esas si molan, pero eso ya es un siguiente paso en la relación... que la tía se tome una pastilla, pues ya dices tú ¡joder!

—Dices soy el jefe.

—Y tanto, en cualquier lado.

—La chica esta con la que estuve nueve meses y la dije que no creía que era virgen, se tomaba pastillas. No tenía las hormonas o algo...

—Tendría problemas, para arreglar la regla.
 —...cada vez que se toma una pastilla... dame su número.
 —¿Dar la talla?
 —Dejar el pabellón alto, pues... Quiere decir, ¡coño! que tenemos un orgullo, una autoestima...
 —Dejarla satisfecha.
 —¡Qué cojones, dejarla satisfecha!
 —Si das la talla, tío, pues das la talla y si no, pues no das la talla.
 —Duras un minuto y medio, un minuto y medio.
 —Eso es un problema.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Hay veces que el chico, a la mínima, ya está que... dice "punto. Ya he acabado yo". Y la chica se queda "joder, ¿pero qué ha pasado aquí que yo no he disfrutado?" ¿Sabes? Y bueno... es buscar este punto, no sólo se basa en la penetración, sino... en otras cosas. Porque si sólo se basa en la penetración el tío acabará en cinco segundos y la tía se quedará así "¿Qué pasa?!" Si no que... has de ir jugando, que si ahora te toco aquí... que si ahora te, te doy un beso aquí...» (11O-18-CHICO)

Esta preocupación por "saber hacerlo" es una de las constantes en todos los grupos de chicos, asumiendo como ya hemos comentado que, sea lo que sea (puesto que no lo explicitan), se alcanza con la práctica. Saber hacerlo es sinónimo de "estar a la altura" y ser capaz de dar placer a la pareja, y no de "estar dispuesto" que se da por hecho, siempre para un chico.

«—Porque también hay que saber hacerlo, ¿sabes? Que hay que estar preparado, pero cuando sabes hacerlo, porque no... Si no sabes hacerlo, no puedes estar preparado, ¿sabes?
 —¿Cómo que saber hacerlo?
 —Si en tu vida has hecho eso... pues no vas a estar preparado, ¿sabes?
 —La primera vez es la difícil. ¡Ya! Pero cuando ya lo has hecho una vez, dos, tres, cuatro, quince veces... pues ya es que dices "Ahora mismo". Y ahí sí que estás preparado desde el primer momento. Pero la primera vez no vas a estar preparado.
 —Y por eso no es lo mismo preparado que dispuesto.
 —Claro.
 —Claro.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

Que la chica quede satisfecha es, desde este punto de vista, un objetivo más del placer que consigue el chico y no tanto una referencia del disfrute de la pareja. Es el chico el que tiene que demostrar y mantener que tiene su autoestima bien alta. Para los chicos hacerlo bien es también sinónimo de ser "el mejor" para la pareja. Suponen que en la relación sexual existe comparación, y "dar la talla" implica que la pareja disfrute contigo más (o al menos lo mismo) que lo que haya podido disfrutar con otros. Más adelante veremos otras vertientes de esta cuestión que tienen que ver con el ejercicio de dominación más puramente emocional ("tener a la chica en el bote").

«—No quedar bien, yo creo que no quedar bien a veces con tu novia, en plan... hay veces que estás ahí supernervioso... diciendo...
 —Si es tu novia, decir...
 —Dar la talla.
 —Si sabes que ya lo ha hecho con otros ... tú eres el mejor.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS)

Sin embargo, y a pesar de la experiencia, piensan que conseguir provocar el placer de la chica es algo complicado porque ellas son muy raras: tú sabes lo que te gusta a ti, pero ¿y a ella? Cuando se refieren a la sexualidad de las chicas, hablan como si para ellos se tratara de descifrar el funcionamiento de un “mecanismo” muy raro. Y así, en términos claramente mecanicistas (como si se enfrentaran a un complejo aparato que debe ser manipulado correctamente con unas instrucciones determinadas), consideran también que si las chicas no disfrutan es posiblemente porque ellas tampoco se entienden mucho a ellas mismas. Y por esta razón el fracaso de un encuentro sexual, que ya no se explica por la falta de experiencia del chico y que consideran independiente de que el chico sepa o no sepa estar a la altura, puede deberse a que las chicas tienen algún tipo de problema que no depende de ellos: debe haber unas chicas más “frías” que otras.

«—En el sexo depende, pero en general disfrutan más los tíos, porque para que un tío se corra o un tío tenga un orgasmo es mucho más fácil. Tú follas y el tío seguro que se corre; en cambio la tía no tiene porqué, y es mucho más fácil masturbar un tío que masturbar una tía; es más fácil para una tía masturbar un tío que no para un tío masturbar una tía, tienes que saber y, si no tienes experiencia, es muy difícil que la tía se lo pase bien. Con los tíos, las tías saben más o menos cómo hay que hacerlo y no tiene ningún misterio, en cambio con las tías es muy diferente porque tienes que saber cómo tratarlas y cómo manipularlas. Si la tía no disfruta depende, si es un rollo que se joda, tú ya has follado y ya está; y si es una pareja estable hay que hablar y preguntarle dónde le gusta y que la tía le explique al tío qué es lo que le gusta que le haga, eso también es importante. Al principio, si ves que ella no se lo pasa muy bien y eso pues, eso se habla y te dice lo que tienes que hacer y ya está. Si es una pareja estable lo importante es que disfrutemos los dos y si es un rollo, que disfrute yo.»

(3LL-16-CHICO)

Sea por la razón que sea, para ellos es teóricamente evidente que lo pasan mejor cuando ellas disfrutan. Es así al menos desde el discurso del deber ser, porque también en muchos casos reconocen (tanto ellos como ellas) que el disfrute físico de las chicas es algo residual en la relación, que puede darse o no, y más en los encuentros ocasionales. Para ellos el hecho de que las chicas obtengan placer de la relación sexual supone un plus de autoafirmación, pero desde el punto de vista de su disfrute particular: como chicos han disfrutado y han cumplido. Pero lo ciertamente importante, eso sí, es que ellos disfruten.

«—Eso también depende... con la regla. Porque cuando están con la regla están mazo de...

—Más susceptibles.

—... mazo de pesadas. ¡No! Perdona...

—Bordes.

—Susceptible no es la palabra... ¡Están mazo de pesadas! Están que no... Ariscas, bordes... Cuando no, todavía tienen un pase, pero cuando están con la regla...

—Para darle placer a ella.

—Estar a la altura. ¿No?

—¡Eh! A lo mejor yo qué sé. A lo mejor tú piensas que... "¡Buah! Estuve con una y.. ya verás, soy un máquina. ¡Ya verás esta!"...

—Y te rajas.

—... Y la ves a la otra ahí "¿Qué me ha hecho? Si no me ha hecho nada, si es que..." Yo qué sé. No la gusta a ella, o yo qué sé.

—Claro.

—Es que son muy raras las mujeres.

—¿Por qué?

—Porque son muy raras. Porque tú a lo mejor a una le llegas un día y le dices... yo qué sé... cuatro cosas y se va contigo. Ahora otro día, le dices otras tres o cuatro cosas y te dice "Pues... pues hoy no."

—Como si hay una cierta presión a... a no estar a la altura. Yo qué sé.

—Que no le guste a ella.

—Claro.

—Tú sabes lo que te gusta a ti.

—Claro.

—Vamos, yo pienso eso.

—Si no sabes, dice "Para eso me follo un muñeco."

—Yo cuando mejor lo he pasado es cuando... he visto que la otra, la piba ha disfrutado.

—Claro.

—No, tío. Yo pienso eso. Le tiene que gustar a ella también... si no...

—Claro.

—No merece.

—No.

—Yo. Cuando mejor me lo he pasado ha sido con...

—Bueno, y también si te lo pasas tú bien.

—Hombre si... si... si ves que ella está gritando como una loca y tú estás...

—Joder.

—Eso es en las películas, ¿no?

—Depende. Depende de la piba.

—Depende de la chica. Yo... yo no grito. ¿Sabes?» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—En el sexo yo creo que disfrutan los dos por igual, pero en algunos casos los tíos disfrutan más porque... no sé... las chicas no se sabe cuando

han llegado al orgasmo y seguramente ha habido muchas chicas que se han quedado con las ganas de tener un orgasmo. Siendo yo un tío tengo que intentar aguantar hasta que vea que ella está bien y después a partir de allí, si tú has disfrutado durante aquel tiempo, entonces la haces disfrutar a ella, eso en la cama, fuera la puedes hacer disfrutar de otras maneras. Si ella no disfruta, te deja segurísimo, a mí no me ha pasado nunca. Si es un lío prefiero aprovechar y ser yo el que disfruta más, si es una relación estable tenemos que disfrutar los dos.» (4LL-17-CHICO)

«—Bueno, los hombres... en una relación sexual supongo que disfrutan siempre, porque... No es, no es lo mismo el orgasmo masculino que el femenino. Pero bueno, las mujeres... normalmente es más difícil, pero hay que encontrar el punto, ¿no? Pero... aunque es difícil, muchas veces, eh... yo creo que... una mujer puede disfrutar del sexo, tranquilamente... aunque... no, no como el hombre, ¿no? yo creo que el hombre disfruta en cada relación sexual y las mujeres depende. Bueno, a mí... yo me siento muy bien haciendo disfrutar a la persona. Pero bueno, realmente también... en ese momento también quiero disfrutar, pero... yo cuando veo que la, que la otra persona está disfrutando con el sexo, yo me siento verdaderamente muy bien. Entonces... no, ya no... Me quedo tranquilo, digamos.» (4JO-19-CHICO)

«—Los chicos disfrutan más, porque es eso que dicen, a las chicas les cuesta más disfrutar en el ámbito sexual. En los líos, los tíos disfrutan más pero ellas también, si no disfrutasen no lo harían. Si ella no disfruta lo ves muy claramente y paras, y es una cosa de dos; si mientras os vais liando y os vais poniendo a tono, tú te vas poniendo más a tono y ves que ella también, es que disfrutáis los dos y entonces no hay ningún impedimento de nada. Si eso no ocurre, en mi caso lo dejo automáticamente y si es otro caso, será la chica la que acabará diciendo “stop”. Para mí es más importante hacer disfrutar porque te sientes mejor, porque ves que tú estás bien haciendo lo que haces y la chica también, y si la haces disfrutar la chica tendrá en la cabeza que cada vez que os liáis se lo pasa bien, eso estoy hablando de una relación estable. En un rollo lo más importante es probarlo todo, es un rollo, si viese que quizás no disfruta continuaría, pero si viese que me está frenando la enviaría por ahí.» (6LL-17-CHICO)

Lo cierto es que, en último extremo, para ellos es complicado tener la seguridad de que las chicas disfrutan. La única referencia es la expresividad de ellas (mediante gritos, etc.), que no siempre les resulta agradable. Por eso la inseguridad sobre si lo hacen bien o no siempre estará latente, porque frente a la necesidad de “quedar bien” y dar la talla, lo que produce siempre nervios en toda relación, se añade que nunca pueden acabar de tener seguridad. Y no sólo está el hecho de que las chicas sean frías o tengan problemas, también sobrevuela el conocimiento que ellos tienen sobre el hecho de que, si no disfrutan, las chicas fingen, y además luego lo van contando a las amigas.

«—Tío, no dar la talla es una putada.

—Claro.

—Tú imagínate, los que tenéis novia... bueno, una amiga, y os dice que el que estaba con ella el año pasado era mejor que tú...

—Es lo peor, de verdad.

—Es que me mata, sabes.

—Es una mierda. Te hundes.

—Te hundes ya.

—Yo creo que hay muchísimas de ellas virgen, tío... muchísimas. Según lo que me he enterado, tío, la mayoría de ellas... [RISAS] ellas, no, tío, que sólo con una penetración casi no sienten nada. Es con lo otro, sabes, y hay muchas pibas que la estás tal, y joé, como que la estás matando, sabes, y no. Y están fingiendo para que tú te pongas a mil.

—No jodas.

—Sí, sí. [RISAS]

—Pero eso es verdad.

—[HABLAN TODOS A LA VEZ]

—¿Tú qué haces?

—Y por lo que me han contado bastantes pibas que de ellas que igual... llevan varios años con su novio, y nunca se han ido de verdad.

—(...)

—...el orgasmo femenino es muy jodido, eh, y hay muchas pibas que "¡eh...!" y no han hecho nada.

—(...)

—...que si no, no se corría.

—Pero son pocas.

—Son muchas, son muchas, tío, yo lo que he visto.

—[RISAS]

—[TODOS A LA VEZ]

—En el orgasmo, tío, nos centramos demasiado en el orgasmo.

—A mí no me preocupa eso, tío, a mí me jode que vaya... los diez minutos, sabes, digo hostia...

—Hay que aguantar.

—Que te diga "¿qué?"

—A los diez no está mal, pero luego si te vas a los cinco, tío, pues quedas como...

—La piba no llega al orgasmo, y estás todo jodido.

—Y tú ya estás aburrido, tío.

—...de otra manera.

—Ya, tío, pero es que te quedas...

—Ya, pero...

—Y no es siempre lo más importante, yo creo, o sea.

—A ver... estás preocupado por eso muchas veces.

—Estás todo preocupado... yo me preocupo mazo.

—Que no estás ahí ... y además lo estás pensando. No estás disfrutándolo.

—Por eso... por eso...

—“A ver si acaba ya y ya puedo disfrutar...”

—[HABLAN TODOS A LA VEZ]

—Muchas veces no llegan, tío, y hacen como que llegan, y no han llegado.

—Y entonces... nervioso.

—“Esfuézate, un poco más...”

—Eso no es así.

—No, tío, si... no me jodas.

—Tú te piensas que tú a las pibas... te las... pencas, y hale, todas se han ido.

—Pues igual que tú, tronco.

—Nosotros hacemos...

—El 30% de las pibas...

—Que se nota en los ojos, tronco.

—Un tío llegamos al punto y es imposible que nos echemos para atrás. En cambio las tías tienen que llegar al clímax, está todo perfecto, y ahí es cuando se van, sabes, pero puedes... el último momento que parece que se van a ir, paras, y no se va.

—...para joder, eso sí...

—No sé, y yo estoy seguro, y además me lo han contado pibas que...

—[RISAS]

—A ti todo te lo han contado, ¿no?

—No, pero, me han contado pibas que las cuesta un huevo. Yo en serio lo digo, eh.

—Ay, Dios...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Pero... no, eh... Yo creo que... no, tampoco quiero quedar como un machista, ¿no? Pero las mujeres, igual, yo creo que son las que más... lo realizan, ¿no? Porque... como no... no siempre pueden llegar a tener un orgasmo, al igual dicen: “¡Ah, sí, venga...!” Y... y... disimulan un poco, exageran y todo, pero... Yo no creo que se haga mucho ahora, no sé... hoy en día.» (4JO-19-CHICO)

Para compensar o contrarrestar la falta de experiencia propia se podría asumir de forma positiva que la chica contara con la experiencia que les falta a ellos. Es decir, si se trata de aprender y más si es con alguien especial con quien se tiene confianza, sería relajante y positivo que la chica tuviera experiencia y que ella te pudiera enseñar a ti. Sin embargo, esta posibilidad, lejos de aliviar la presión, les hace sentir más inseguros, probablemente desde la perspectiva de la comparación y la evaluación que suponen que ellas realizan.

«—Pero yo creo que lo mejor es que sean las dos personas... la primera vez, y... y por eso no (...), por eso no hay problemas, pero... A mí no me gustaría encontrarme con una chica que ya... o sea, que ya... que ya no sea virgen, yo, desvirgar, no. No me gustaría, porque... O sea, ella se supone que ya sabe, ¿no? Y tú como no tienes ni puta idea pues... quedas como el culo, ¿no? si sale mal y eso... pues eso, no sé. Que pase algo que te deja, así un poco... jodido, je. Eso...» (3JO-15-CHICO)

En primer lugar porque si la chica “sabe” es porque ya ha tenido experiencias con otros y, posiblemente, cumpla con todos esos supuestos que hemos analizado en su momento de las chicas que se acuestan con cualquiera (te traicionará, irá contando tus fallos, etc.). Pero además, y sobre todo, porque, si es así, quien llevará las riendas de la relación será ella, y a los chicos no les gusta que les “dominen”. Además, si la chica tiene suficiente experiencia sabrá lo que le gusta y no se conformará con cualquier cosa, lo que hace más difícil la dura tarea de quedar bien y dar la talla.

Para los chicos quedar bien es saber hacerlo, y eso implica tener capacidad para llevar las riendas del sexo y cumplir con el papel activo que se les supone de hecho. Por ello la constatación de que ella tiene más experiencia y sabe más, puede llegar a crear más inseguridad para quien pretende dominar la situación.

«—Bueno... yo... Si uno de los dos ya sabe, pues es como más fácil. Yo lo hice con una piba que ya... que ya había... ¡pero mucho! Y... y las cosas como son.

—Pues a mí eso no me gustaría, tío. La primera vez con una tía que lo ha hecho ya...

—Así aprendes bien, joder.

—...que la piba era una experta.» (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—No, pero una piba... que sepa... mola, ¿eh?

—Sí.

—Pero sabe mucho más que tú.

—Y tú te quedas quieto, y lo hace todo ella...

—Hombre, que tampoco es... historia, sabes, que tampoco... una cosa rarísima.

—Hay tías que te tumban, te cogen...

—“Ponte aquí, ponte aquí, ponte allá, ponte aquí...”

—...hay pibas que a lo mejor lo han hecho mil y saben mil, y son más recataditas. Y otras a lo mejor...

—Claro, también va con la personalidad, tío...

—¿Pero te sientes mal si saben más?

—Yo qué sé.

—...Tengo que estar encima...

—(...)

—O sea, no te mola que piense la piba “éste es un inexperto”, sabes.

—(...)

—Es el hombre el que tiene que llevar la iniciativa en todo.

—Eso ya...

—Si te folla, pues no te mola, tío.

—A mí no me molaría que una tía me diga... “venga, ahora sí, ahora así”, sabes, que no pueda decir “qué tal si nos ponemos así”, ¿sabes?

—Claro.

—No, a mí me molaría si la piba sabe mucho, pero que me incluya a mí

en sus experiencias. [RISAS] Pero que me diga... no me diga "túmbate"... no, esto, tal, que así gusta más, tal, que me vaya incluyendo y me vaya enseñando. Que porque sepa más que tú no tiene por qué avasallarte, puede ayudarte o...

—“¿Pero tú esto por qué lo sabes?”, “no, es que yo lo he leído”...»

(CHICOS, 18-19 AÑOS)

«—Es que la gente, tronco, están muy decepcionados porque son cada día más putas y... se han dado cuenta, tronco, que saben que van a saco, más que los tíos...

—Yo flipo.» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

Nos encontramos ante diferencias fundamentales en la propia manera de entender el sexo por parte de unos y otras. Si para ellos el éxito y el placer se sitúa más allá de expectativas, intenciones, voluntades e incluso sentimientos, y el discurso deriva hacia cuestiones relativas a la “destreza”, “capacidad” y “conocimiento” de los hombres de determinados aspectos relacionadas con el sexo y el cuerpo femenino (cosa que ya hemos visto que se sitúa en el origen de gran parte de las inseguridades de éstos a la hora de enfrentarse a sus relaciones), para ellas la expectativa de la relación tiene que ver con otros elementos que, dan por hecho, los chicos no saben siquiera que existen.

«—A lo mejor esperan menos de la situación que nosotras, a lo mejor... no sé... Pregúntale eso a ver qué te dicen.

—M: ¿Qué creéis que os dirían si les preguntáis qué esperan ellos?

—Yo creo que no dirían...

—No sabrían de qué estamos hablando.» (CHICAS, 16-17)

«—M: Y si no sale bien ¿de quién es la culpa?

—Pues hay chicas que son más frías que otras. Un tronco dentro de lo que cabe, cuando acaba se acabó, dentro de lo que cabe, ¿sabes? Entonces, yo creo que no hay culpables.

—A lo mejor es él que no sabe hacerlo, o es ella que le cuesta más.

—Y hay quien tiene la obligación de sentarse y ponerse a hablar, ¿sabes?

—La primera vez, hay veces que dice...

—Aparte que yo pienso que cada chica es diferente, respecto al sexo.

—M: ¿Y un chico no?

—Y un chico pues siempre... pues lo mismo.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

Ellas mantienen una expectativa de relación comunicativa en el sexo, esperan ser conocidas y bien tratadas, y el resultado también les genera inseguridad, pero por motivos muy diferentes a los que hacen sentirse a los chicos vulnerables.

Para ellas este tipo de situaciones puede llegar a ocasionarles la sensación de sentirse “utilizadas” por chicos que no se preocupan lo que debieran por su bienestar y satisfacción (“él termina y yo me quedo como si nada...”). Más aún por cuanto

parecen no poder asumir que ellas puedan comportarse de la misma manera, basándose en los diferentes ritmos y comportamientos sexuales que tienen el cuerpo del hombre y el de la mujer. Es decir, por mucho que ellas quieran comportarse de forma egoísta, pensando sólo en su placer, en una relación completa heterosexual necesitarán de la participación activa e interesada del hombre, mientras existe la convicción de que ellos disfrutarán pase lo que pase y con independencia de la actitud más o menos interesada de la mujer. Tal desequilibrio, y sobre todo el hecho que muchos chicos puedan emplearlo para mantener su posición privilegiada o de poder en los encuentros sexuales, potencia la sensación de sentirse utilizadas.

Este sentimiento está claramente presidido, y de forma muy llamativa, por el reconocimiento insistente de que las chicas, con frecuencia, no obtienen disfrute sexual en la relación. Y ésta es sólo la primera vertiente del sentirse utilizadas, posteriormente veremos otras.

«—Pero es que una relación tiene que consistir en amor, y en la cama... ¿sabes? Es que si hay mucho amor, mucho amor, y luego te vas a la cama y te dan dos besitos, y ahí te dejan...

—¡Buenas noches! [RISAS]

—Yo pienso que no, yo pienso que no, que no, si hay amor, hay todo, aunque no funcione bien en la cama, yo pienso eso. A lo mejor, cuando me case lo digo ya [RISAS] (...) Eso pienso que es tu egoísmo, yo pienso que es tu egoísmo, si tú quieres a esa persona, aunque funcione mal, pues la vas a respetar y si la quieres de verdad, pues la... aunque eso, aunque no te satisfaga totalmente, pues la vas a respetar.

—¿Te quedarías insatisfecha por complacerle a él, toda la vida? [RISAS] es que es eso, es que...

—Ya, pero yo pienso que el amor... que el amor lo puede todo y es que no sé... Es que eso es muy egoísta ¿sabes?, sólo pensar en ti, y también piensa en él, que si él te quiere, y tú, tú te casas; yo por ejemplo, yo, yo me caso, en mi caso, me caso y... luego, ¿sabes?, ¿que no le quiero ya porque no funciona bien en la cama?, pues pienso que no...

—No, puedes seguirle queriendo...

—Tú le quieres, sí, pero es que... vamos, mi sentido del sexo es importante ¿sabes?, a lo mejor funciona mal en la cama, que tú te quedas insatisfecha o él...

—O que te deje a medias y que él se corra y a ti no te deje.

—¡Claro!

—Es que te acabas sintiendo frustrada de alguna manera.

—Claro.

—Yo me puedo sentir muy bien, pero él se ha quedado a medias, por ejemplo.

—O al revés, vale, sí, muy bien, él ha disfrutado mucho, o yo he disfrutado mucho, pero yo me he quedado a medias y no he llegado...

—(...)

—Yo muchas veces me he sentido utilizada.

—Sí, claro, si tú nunca...

—M: ¿Qué significa eso de sentirse utilizada?

—Sí, porque... yo por ejemplo...

—Claro...

—...a ti no te da placer, pues no sé, él se corre y tú te quedas ahí tirada, pues te sientes utilizada (...)

—No sé, no sé si a vosotras os pasará, yo no sé si ya... o si soy yo, ¿sabes?, no sé, pero yo pienso que... ellos terminan muchas más veces que nosotras.

—Eso sí es verdad, que... que ellos acaban más rápido.

—Y ya, claro, como no... a veces tú... no sé, o lo intentas seguidas, o... o te quedas ahí como... vale [RISAS].» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Porque ellos siempre acaban descargando, sí ellos, sí siempre, y además descargan a los 5 minutos y yo con 5 minutos no siento nada, si dices, ha estado un cuarto de hora dices, mira me he quedado a gusto, pero a los 5 minutos no te da tiempo ni a pensar.» (8GE-18-CHICA)

«—Yo qué sé, ellos sí, las tías a veces, es lo que veo por la tele. Pues que los tíos acaban y ya está, en cambio las tías muchas veces no llegan.»

(1GE-18-CHICA)

Pero, aun así, podemos encontrar también en estos casos que las chicas cargan con una parte de la responsabilidad que les corresponde en cualquier acto (incluso culpándose de ello), con independencia de que su participación respecto a tal acto haya sido más o menos directa. Incluso en problemas que tienen como origen insatisfacciones o desilusiones propias, no es infrecuente cuestionar la posible responsabilidad: si no estoy satisfecha, si el sexo no funciona, es probable que él haga algo mal, pero quizás sea porque yo también tengo que hacer algo... La situación, así planteada, presenta a una mujer entregada y comprometida con la relación de la que forma parte, asumiendo una posición activa a la hora de luchar por esa relación y poner en marcha los mecanismos que sean necesarios para ello.

«—No sé, yo, en mi experiencia pues joé, alguna vez yo le podía dejar a medias y otras veces él, ¿sabes? Pues oye, no sé, alguna vez que nos ha pasado, pues buscamos las causas, o "pues mira, ¿hoy no te apetecía o qué ha pasado, qué ha pasado para que no...?"...no te culpan ni nada, pues oye, hoy por ti, mañana por mí.

—Es verdad, que un día tienes que poner más tú... y otro día... mira...

—¡Claro!

—O un día empiezas tú, y otro día empieza él, ¿sabes?

—¡Claro!, es que no está predeterminado, yo creo que lo hablas y... vamos, yo no he tenido nunca... "pues mira, vete a la mierda y búscate a otro". No, oye, mira, a ver si la próxima vez intentamos los dos... y que salga mejor y ya está (...)

—No sé, yo nunca, nunca me han dicho eso, pero..., yo ahora con el chico que estoy, que es ya pareja estable, pues buscas la causa, buscas... a ver lo que falla.

—Es que si no lo hablas, además se nota.

—Te conoces ya, y se nota, y además...

—Claro.

—Yo creo que... yo incluso, de ... "¿no has llegado? o ¿no te has quedado a gusto, a que no?", pues igual es que yo tal, sabes, que yo creo que es más un acto... que a mí me ha pasado también veces, que yo creo que es un acto más de reflexionar nosotros, si esa persona se ha quedado a gusto, que... que al revés, o de culparla a lo mejor porque no ha puesto de ella, depende de...

—Yo pienso que lo mejor es hablarlo, porque seguro que el otro no tiene la culpa, y yo pienso que intentar...

—¡Claro!>> (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Tales diferencias son bien apreciables cuando chicos y chicas se enfrentan a los miedos relativos al sexo. Mientras ellos (como relatamos anteriormente) se circunscriben, casi de manera exclusiva, a aspectos relacionados con la mecánica del acto sexual (saber hacerlo) y a la presión que sienten por "estar a la altura" y "quedar bien", ellas centran sus principales preocupaciones en elementos más relacionados con los sentimientos y los afectos. Miedos en torno a la idea de ser defraudadas sentimentalmente, sentirse utilizadas al convencerse de que se han aprovechado de ellas, no cumplir con determinadas expectativas románticas, etc. El planteamiento encaja en los tradicionales estereotipos de género, a pesar de lo cual no podemos abstraernos de la realidad de que, cuando de miedos y temores se trata, las mujeres hablan del sexo a partir de la mediación de los afectos y los sentimientos, y habitualmente con la presencia de las relaciones ideales de pareja en el horizonte de sus expectativas, algo que no parece ocurrir en el caso de los chicos.

Y no es que ellas no se preocupen por "estar a la altura", sino que tienden a interpretar ese "estar a la altura" en función de lo que demandan a la pareja que, además de ser capaz de proporcionarles placer físico (esto sería el "quedar bien" de los chicos), pasa por hacerlo con cariño, fidelidad y sinceridad. Claro que se podría defender que tal argumento pierde peso si nos centramos en las relaciones sexuales ocasionales o esporádicas, pero de nuevo tenemos que destacar que las chicas de nuestros grupos desarrollan sus argumentos al respecto con la imagen de las relaciones de pareja (más o menos) estable en el centro de sus proyecciones. Otra cosa es echar la vista hacia delante y, como ellas mismas hacen, observar la misma situación en un futuro cercano. Como ya hemos señalado, la edad se interpreta como un proceso por el cual te vas despojando de ciertos miedos y reparos relativos al sexo (le quitas "importancia"), algo que te predispone a los encuentros ocasionales sin los prejuicios de épocas más inmaduras. Que tal proyección se concrete, al menos en el caso de las chicas, será otro asunto.

En cualquier caso, todos estos aspectos giran en torno a uno de los ejes que recorren los discursos relativos a las relaciones sexuales: la inexperiencia es la que pro-

voca que surjan determinados miedos y dudas, que determinarán de forma esencial las expectativas y la predisposición ante el encuentro sexual. Dudas provocadas por la incertidumbre de que “todo salga bien”. Pero ¿qué tiene que salir bien?

La respuesta a esta pregunta presenta varios de los aspectos que se encuentran en la base de las diferentes formas que tienen chicos y chicas de afrontar sus dudas.

Para ellas, la inseguridad tiene que ver con el temor a que puedan salir dañadas de la relación, por lo que ellos puedan pensar e ir contando de ellas, porque el chico no sea tan cariñoso como esperaban, por las comparaciones que pueda provocar su falta de experiencia... Inseguridades que tienen un trasfondo de dependencia mucho más acusado que el que subyace en el discurso de los chicos. Ellas se cuestionan su capacidad para mantener la relación con el chico que les interesa, y desde esa perspectiva son muchos los elementos que generan inseguridad y no sólo la capacidad para hacer “bien”, técnicamente, lo que tienen que hacer. Se cuestionan si su físico es el adecuado para resultar atractivo y deseable, y sienten vergüenza ante el desnudo. Para las chicas, además, el gran temor de la primera vez sigue siendo sufrir daño físico durante el encuentro sexual.

«—Pues sí, después ya vas más tranquilo, te relajas, vas cambiando... Pues la primera vez así y asá, y las otras veces pues te sientes más libre, te atreves más, no te hace tanta vergüenza.» (1GE-17-CHICA)

«—Para mí la virginidad no es algo que me preocupara, simplemente salió cuando salió y ya está. Al principio a lo mejor te daba un poco de cosa perderla porque te da miedo, por cómo será, si te dolerá... pienso que se cuentan muchas mentiras y se exagera sobre este tema, eso es lo que hace que tengas miedo al principio, pero una vez ya lo has hecho, te lo tomas todo con más calma.» (6TA-17-CHICA)

En definitiva, para ellas los temores son una mezcla que se compone de aspectos relacionados con la manera de actuar de la pareja, con la inseguridad sobre si comparten expectativas o con la incertidumbre que provoca el hecho de no sentirse completamente seguras de que esa pareja respetará y entenderá la intimidad que ellas plantean. Pero también con la seguridad de que van a ser sometidas a examen desde un punto de vista estrictamente estético.

«—Los típicos que van en plan machote contándoselo a sus amigos, y eso te puede doler, los comentarios duelen, ¿sabes? Que él no te va a decir nada pero... seguro se lo va a contar a sus amigos... y como te van a venir los amigos con los comentarios, pues te pueden hacer daño. A mí, vamos, es lo que me preocuparía, los comentarios de la gente.

—Yo creo que también a mí me preocupa así un poco... si... has estado bien o si le has gustado a él y tal, ¿no? Yo creo que eso también...

—Pero si no conoces a una persona ¿vas a darle placer a él? O sea, es que eso... o sea, ya sí que no lo entiendo. O sea, tú te juntas con un tío en una discoteca, te apetece, pero te apetece a ti, no estás pensando en

gustarle a él, se supone que es un rollo, a no ser que quieras conquistarle mediante eso, entonces, sí te preocupas... pero si es un rollo, yo me preocuparía por mí...

—Pero si es un rollo...

—...me preocuparía por si se rompió el preservativo o no

—Ya, pero si digo que... de lo que estamos hablando de que es un rollo, de un amor, de una noche loca, no tiene por qué contárselo a sus amigos y no sé qué, que se lo cuente a...

—Ya, pero no te puedes romper la cabeza con eso.... Bueno, si no lo conoces es muy difícil, pero... o cómo te va a reaccionar él ¿sabes? es que si no le conoces a lo mejor no sabes... Yo es que no me voy con un tío que no conozco, me puedo quedar en la discoteca magreando un poquito, ¿sabes? Pero ¿me voy con él a... a acostarme con él...? Me rapta y me lleva al campo. Es que no sé, a lo mejor es que soy un poco miedica para eso, pero...

—No.

—Es que no... No estaría cómoda, yo no disfrutaría.

—Luego si es más cercano, una persona más cercana, pues hombre es más fácil, ¿no? Pero entonces, si te rayas por los comentarios, por lo que van a decir (...)

—...no sé, que sea menos cariñoso de lo que tú te esperabas, que fuera muy directo, yo qué sé, que pensara sólo en él y no en ti también, en lo que te puede estar gustando más o menos (...)

—Claro, en plan de... si tú te esperas así algo... o tú le das a él yo qué sé cualquier cariño o algo y él parece que no... como que no le... le parece bien o no le... no sé, o también lo de la inexperiencia, la virginidad y tal, a lo mejor no sé cómo actuar, a lo mejor él tiene aquí... su experiencia y tú vas en plan “bueno, pues, no sé qué hacer ahora”, o a lo mejor no lo tengo que hacer así y lo tengo que hacer del otro lado, yo qué sé, en plan...

—M: ¿Os ha pasado os pasa o... pensáis que os puede pasar a todas?

—Sí.

—Yo pienso que si estás con una persona que ha tenido más relaciones y tú eres la primera vez que... normalmente vas con miedo y luego te comes muchísimo la cabeza, en plan... habré estado a la altura... lo habré hecho bien... hombre, las comparaciones siempre son odiosas pero inevitablemente va a haber comparaciones de... no que te las diga pero... en su cabeza y a mí eso me... rayaría muchísimo, vamos.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Creo que... que hace falta estar... yo, sobre todo... porque tampoco tengo esa experiencia y estar así... yo qué sé que, necesito un entorno o una persona que sepa que... que al fin y al cabo no me va a hacer daño, porque quieras o no tú estás muy segura de lo que quieres, siempre te pueden salir mal las cosas ¿sabes? Nunca estamos tan seguras como para verlo... digan tres tonterías o hagan tres tonterías y te quedas fatal ¿sabes? que yo qué sé, a lo mejor no merece la pena tanto.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

Parece evidente que todos esos temores, más aún por cuanto se fundamentan en la falta de experiencia, también en el caso de las chicas se multiplicarán al enfrentarse a la primera vez, a la pérdida de la virginidad. El miedo a que no sea lo esperado, a que te hagan daño y a no saber cómo actuar (con las consiguiente posibilidad de sufrir comparaciones, e incluso mofas), se encuentra en el origen de que tal experiencia se aplaze por considerar que no están “preparadas”, además de por no haber encontrado a la persona “adecuada” (adecuada para que todos esos temores se minimicen).

«—Ahora, a lo mejor, ¿sabes? ...lo dejas con tu novio, y no tienes tanto reparo a la hora de irte a la cama con otro chico.

—No.

—Pero como que la primera vez es lo que decía ella, que... no te...

—Pero hombre, yo te digo que también es porque... como nunca lo has hecho y lo ves tan... tan cerrado, ahí... a lo mejor, pues es lo que dice, la pillé ahí... con lo que fuera... [RISAS] Pero ya te digo que... yo qué sé, te da reparo o algo, a lo mejor vergüenza, pero tienes que empezar a coger confianza, ¿sabes?, tienes que empezar a hacer otras cosas y, no sé, ir abriendo camino.» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Que cómo será y si la primera vez duele y cosas así, y si me quedaría embarazada, lo pasas mal la primera vez.» (3GE-15-CHICA)

«—Para mí, cuando he dado la talla significa que has quedado bien, que le has dado lo que quería o se esperaba, que le ha gustado. Es importante dar la talla, a mí me preocupa y me gustaría que él me lo dijera, porque a lo mejor te piensas que la das y resulta que no pones cachondo a nadie, pero eso pasa por tener miedos.» (1TA-17-CHICA)

A diferencia de los chicos, ellas para “sentirse preparadas” no necesitan saber todo sobre la mecánica del sexo (también, en parte, porque dan por hecho que serán ellos los que marquen la pauta) sino, más bien, contar con todos los elementos de confianza en la pareja como para poder minimizar los miedos que les sobrevuelan sobre el resultado de la relación. Y para las chicas, además de contar con la confianza necesaria en que no te van a defraudar, ni abandonar, etc. está presente de forma explícita y reiterada el miedo asociado a su propia imagen. Ellas están también sometidas a la presión de “ser deseables” desde el punto de vista físico y, desde ese punto de vista, tener un primer encuentro sexual supone poner a prueba no sólo la experiencia sexual, lo que se pueda aprender y disfrutar, sino fundamentalmente su aspecto y constitución física para que la pareja dé su visto bueno...

«—Miedo a que me vea desnuda, a quitarme el sujetador porque tengo muy poco pecho y a lo mejor no le gusta, aunque si no le gusto por el pecho que tengo es que ese chico no merece la pena y no me conviene.»

(1TA-17-CHICA)

Sin embargo, también en su caso, no dejan de reconocer que existe cierta presión latente, sobre todo a nivel del grupo de pares, que juega un papel importante respecto a la manera de enfrentarse a esa primera vez. Con independencia de que el discurso general y teórico (del cual no tendríamos por qué dudar, por otra parte) asuma la libertad de cada cual para otorgar a la virginidad el valor que crea conveniente, lo cierto es que, alcanzada una edad en la que se presupone determinada madurez mental, sentimental y sexual, mantenerse virgen llega a propiciar incredulidad en el resto y, quizás, malestar en una misma. Este hecho, más allá de disipar o contrarrestar las dudas que asaltan ante la primera vez, entra a formar parte de ese mismo juego de dudas, pues puede mermar la propia confianza y autoestima para afrontar el momento de manera tranquila, adecuada y, ante todo, libre y meditada.

«—De mis amigas todas tenemos novio menos una. Entonces, claro, esa chica nunca ha tenido novio, y entonces nosotras la decimos que no pasa nada... O sea, no la decimos nada, directamente. Pero ella, ya no que la digamos, sino que se siente un poco presionada porque claro, todas sus amigas tienen novio, todas sus amigas ya... han mantenido relaciones sexuales, y ella no... Entonces ella se siente muchas veces, pues, mal.»

(CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—El grupo es muy importante a la hora de mantener relaciones sexuales. El grupo te guía; depende de qué grupo vayas, verás las cosas de una manera o de otra o tendrás más ganas de probar cosas nuevas o simplemente esperar.» (4TA-17-CHICA)

Pérdida de virginidad asumida como frontera de paso a partir de la cual se abandonan gran parte de las inseguridades asociadas al sexo. Evidentemente, la simple pérdida de la virginidad, o una corta experiencia en la práctica de relaciones sexuales, no aportará el conocimiento, la práctica ni la seguridad suficiente que provoquen la desaparición en sí misma de la inexperiencia. Sin embargo, el paso es lo suficientemente significativo, principalmente por lo simbólico del mismo, como para que los discursos que se sitúan a uno y otro lado del mismo resulten bien diferenciados.

Tras la primera relación sexual desaparecen un gran número de las inseguridades anteriores, lo cual da cuenta de que las mismas no se refieren tanto a determinados riesgos asociados a la práctica sexual (embarazos, enfermedades...), como a la constatación de que se está “preparada” para responder a las expectativas que el encuentro sexual despierta en la pareja, que es lo que entenderán como “saber hacerlo” (poder “dar” placer, no salir mal parada de hipotéticas comparaciones).

El paso simbólico es claro por cuanto parece despojar al sexo de un cierto halo misterioso y “serio”, que lo desplaza del teórico centro de las cosas muy “importantes” a medida que pasan los años y, consiguientemente, aumenta la práctica. Con la práctica parecen perderle el respeto a los encuentros sexuales (disminuye el miedo al dolor físico y se relativiza el miedo a la decepción emocional), abrién-

dose algo más a las experiencias volátiles y pasajeras que antes rechazaban. Esta consideración podría resultar esencial para entender muchas de las conductas de riesgo asociadas a las relaciones sexuales de los y las jóvenes. En cualquier caso, la misma resulta operativa, fundamentalmente, en lo que se refiere a su vertiente sobre el sexo no tan ligado al amor o el afecto, pues en ese caso entran en juego otros elementos. Principalmente, la confianza y la sensación de seguridad.

Cuando se tiene pareja estable, desarrollar una mayor experiencia en el terreno de las relaciones sexuales parece más sencillo. Esto está muy presente en las palabras de las chicas de nuestros grupos que, como ya hemos señalado, establecen una relación indisoluble entre tener pareja y poder hablar legítimamente de sexo (hablar de sexo desde la “experiencia”). Sin pareja, la experiencia sexual habrá de fundamentarse en encuentros esporádicos e “intrascendentes” y eso, como también señalamos con anterioridad, se asume más como proyección de futuro que como realidad presente. Por tanto, tener pareja estable se interpreta como la mejor forma de adquirir experiencia y dejar atrás inseguridades asociadas al sexo. Concepción del sexo y de las relaciones que, sin duda, marcará las proyecciones, más o menos explícitas, sobre las personas que se comporten en función de tal modelo.

«—M: *¿Qué tipo de cosas son las que más preocupan?*

—*Pues enfermedades.*

—*Claro...*

—*Yo creo que las cosas que nunca has hecho y quieres hacer, o... como no sabes hacerlas, o yo qué sé, o... no sé, como tienes muchas dudas... O sea, lo puedes saber, más o menos. La teoría te la puedes saber, pero luego la práctica, hasta que no lo practicas, nada... y entonces siempre esa primera vez en todo, pues siempre es lo que más preocupa... Bueno, no sé... también depende de las personas, pero así, en mi entorno, por lo general, es lo que suele preocupar más.»* (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—*Pues cada uno a su edad. Yo pienso que cuando se pierde la virginidad no puede ser sexo de una noche, tiene que ser con tu pareja y al cabo de un tiempo. Yo me esperé un año, ¡imagínate! Y además que con 15 años no, a partir de los 16-17, y cuando estás con tu pareja y lo hablas, cuando ya ha pasado un tiempo, es que es la primera vez y eso es muy importante.»* (1GE-18-CHICA)

«—*La virginidad creo que... bueno al principio, cuando no la has perdido es algo importante en tu vida; pero luego, una vez ya lo has hecho, ya no le das importancia.»* (5TA-17-CHICA)

Que tener pareja contribuya a eliminar buena parte de las inseguridades responde, en gran medida, a la importancia que conceden al valor “confianza” como motor de unas buenas relaciones sexuales. El amor, afecto o cariño que ha de existir entre la pareja no se entenderá sin la existencia de confianza entre ambos, y ésta resulta esencial para el buen funcionamiento de uno de los elementos de la relación que no sólo ayuda a consolidarla y mejorarla sino que se constituye en

auténtico termómetro de la misma: el sexo. Confianza para manifestar lo que gusta y lo que no, las apetencias, las ganas, las dudas, los problemas, etc. Es decir, confianza como elemento imprescindible para conocer tanto a la pareja como a uno mismo, desentrañando los misterios del propio cuerpo y aprendiendo a pulsar las teclas adecuadas del cuerpo de la pareja para encontrar un grado de unión que es difícil encontrar en otro tipo de situaciones. A partir de ese momento en que se alcanza tal conocimiento y experiencia, las inseguridades desaparecerán y se disfrutará más de las relaciones sexuales (sin miedos a comparaciones, a “saber hacerlo”, a “estar a la altura”...).

«—También puedes tener un riesgo de que tú estés con tu pareja y no la complazcas a ella, que solamente... ¿sabes lo que te digo?

—Sí, que tengas sexo con tu pareja, quieras muchísimo a tu pareja y al final... ya ves.

—Tengo una amiga que el sexo es lo principal, todos los días y a todas horas... y la iba mal con el novio y ahora... lo dejaron por eso. Es que para ella es lo principal, si va mal en eso, pues va mal en todo. Hombre, yo no pienso que sea lo principal el sexo, pero... es una parte importante en una relación cuando llevas x tiempo con una persona, ¿sabes? Si va mal el sexo...

—Es el cincuenta por ciento el amor y cincuenta por ciento el sexo en la relación de las personas, es verdad.

—Es muy importante.

—Y es un toma y da.

—Por mucho que digamos que no... Sí, es importante. (...)

—...no es lo mismo hacerlo con tu pareja que hacerlo una noche. En una noche...

—La confianza.

—La confianza normalmente, la confianza... (...)

—O la experiencia de la otra persona, porque tú puedes disfrutar con otra persona que tiene muchísima experiencia, por lo que sea y ¿sabes? y te dejas... por mucho que quieras a tu novio, no te lo va a hacer.

—Aparte de que cuando llevas mucho tiempo con una persona, cuando empiezas con alguien, pues a lo mejor la primera vez que lo haces no... te quedas como diciendo “bueno”, pero luego cuando os vais conociendo y tal, pues tú acabas sabiendo lo que le gusta a él y él lo que te gusta a ti. Entonces las relaciones serán cada vez mejor.»

(MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS BAJO)

«—Pues, muy bonito, él me enseñó muchas cosas, porque era el primero de todos y lo recuerdas con mucho cariño, si es que no acabas mal, que en mi caso acabamos bien. Me decepcioné, sí, porque lo típico, porque te cuentan de que es una pasada, pero claro, porque se supone que la gente que te lo cuenta es que lleva más tiempo, ya tienen el truquillo, pero yo al principio nada, y a los dos meses, tres meses, y no es que no me gusta, me hacía daño, no me gustaba, pero bueno después más o menos ya se accede, con el tiempo te das cuenta.» (8GE-18-CHICA)

3. EL PODER SENTIMENTAL, Y EL CONTROL SIMBÓLICO, DE LA RELACIÓN

De las cuestiones vistas hasta el momento quizá la más relevante, por desequilibrada, es la que se refiere a las diferencias entre chicos y chicas desde la perspectiva emocional. Ya hemos visto cómo, desde la perspectiva de los chicos, las presiones internas y externas a la pareja, de cara a sentirse seguros en la relación, tienen fundamentalmente que ver con un tipo de inseguridades que se solventan con experiencia y con una cierta capacitación.

Sin embargo la perspectiva de ellas, o las perspectivas sobre cómo deben manejarse ellas en lo que al sexo se refiere, se traducen en algo más difícil de pasar por alto y, en todo caso, que no se resuelve de forma inmediata, o tan fácilmente, sólo con la práctica. En último extremo, la teórica separación entre lo que aporta el sexo ocasional y lo que aporta el sexo en pareja, para las chicas, no es tan nítida desde el punto de vista de la inseguridad y del manejo del poder en la relación, porque existen elementos que atraviesan emocionalmente todos los tipos de relación a los que se enfrentan ellas. Vamos por partes.

Existen situaciones en las que el difícil equilibrio entre el reparto del poder simbólico en las relaciones chico-chica, y lo que se presupone y espera de la mujer, provoca en ellas sensaciones contradictorias y dudas respecto a lo conveniente, e incluso lo voluntario, de sus propios actos. Momentos en los que el teórico poder de decisión (cuándo y con quién quieren mantener relaciones sexuales) entra en conflicto con determinadas dinámicas relacionales que, según una interpretación fundamentalmente centrada en un modelo masculino, implican actos o conductas casi irreversibles: si inicias un proceso de seducción de manera explícita, llega un punto en el que la vuelta atrás no será aceptada con facilidad. Es decir, si la mujer participa de un juego que, desde la perspectiva masculina (que impregna buena parte del imaginario colectivo, por qué no decirlo), tiene inevitablemente presente el horizonte del encuentro sexual como objetivo final, plantarse a la mitad del juego sin querer ir más allá tiene todas las papeletas para ser observado desde la censura y la descalificación. En otras palabras, si comienzas a “ligar” o “coquetear” y después renuncias a mantener relaciones más íntimas (sexuales, más o menos completas), existen muchas posibilidades de que la otra persona se sienta ofendida por interpretar que has estado jugando con ella, haciéndola “perder el tiempo” (tiempo que podía haber empleado en estar con otras que quizás sí tuvieran sus mismas pretensiones).

En estas situaciones, independientemente de la intención de juego con que ellas hayan participado del lígüe, aunque para ellas ese juego sea algo válido en sí mismo e independiente del sexo, si llega el caso y el chico sugiere mantener una relación sexual, ellas pueden llegar a sentirse forzadas a acceder para no defraudar las expectativas del chico. Si lo hicieran, como ya hemos visto, se arriesgan a ser descalificadas. En todo caso, admiten que en estas circunstancias pueden llegar a sentirse fuertemente presionadas para mantener una relación, independientemente de que quieran o no...

«—No sé, pero yo creo que realmente hay situaciones que... no es que te fuercen en plan... pero como que... te sientes ahí un poco...

—Forzada.

—Sí, un poco... no sé... o sea yo... (...)

—Es que realmente te sientes a gusto

—Ya, ¡jolín! pero, también... se da ese tipo de situación, bueno, vale.

—[RISAS]

—No sé, ¿sabes? Que igual que... te puede surgir una historia hasta... Hay otras veces que a lo mejor estás a gusto y de repente, como que no, pero ya claro... estás ahí metida en el lío y... Yo qué sé, ¿sabes? esas cosas...»

(CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Lo típico, para que no se mosquee él, no sé, un desastre.» (5GE-16-CHICA)

Esta situación puede llegar a provocar la sensación de “sentirse obligada” a hacer algo que, de no producirse, situaría a la mujer en un lugar que llega a ser asumido como socialmente censurable (“provocadora”, “calienta...”), pero que apunta claramente también a que ellas no están dispuestas a quedar eliminadas del mapa en el que se mueven los chicos que les pueden interesar. Y decir que no, o defraudar la expectativa de los chicos, les somete al riesgo de no tener más oportunidades de entablar una relación con ellos.

Nueva prueba de que el reparto de roles entre géneros (de nuevo aquello de que ellos quieren y ellas deciden) no puede dejar de ser observado a la luz de todos los condicionantes y las proyecciones del imaginario colectivo, y de que la manera en que unos y otras afrontan sus relaciones y las dinámicas relacionales, presentan significativas diferencias que condicionan y definen todo el proceso. Esto puede llegar a mostrarse de manera tan clara, que incluso en relaciones más íntimas y estables (parejas de novios) es posible llegar a apreciar dicha “presión” sobre los actos y las decisiones: aunque a mí no me apetezca demasiado, si él insiste acabo cediendo para no dejarle insatisfecho. Claro que esto tiene que ver con la muchas veces diferencial manera que tienen hombres y mujeres a la hora de afrontar y “darse” en las relaciones sentimentales. Para ellas, sea ocasional o sea en pareja, mantener sexo depende sólo en segunda instancia de sus apetencias. Porque en el primer plano de la decisión (la decisión de decir sí cuando es difícil decir que no, por cierto) están los deseos de los chicos, y la necesidad de ellas de no defraudar, o contravenir estos deseos. Y el motivo fundamental es no perder la oportunidad de consolidar una relación afectiva con los chicos que importan.

«—Mira, a mí me ha pasado eso muchas veces, no muchas veces, ¿sabes? Pero a mí me ha pasado que a lo mejor yo no he tenido muchas ganas, pero te empieza, te empieza a picar y te pica...

—Sí, sí.

—Luego llegas y en el fondo luego te entregas completamente, ¿sabes? Pero a lo mejor llegas por la tarde y dices, pues no, pues hoy no...»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

Pero, por otra parte, el juego al que se ven sometidas las chicas es, de nuevo, de doble filo. Porque si el chico interesa pueden llegar a perderlo si mantienen durante mucho tiempo una negativa a las relaciones sexuales, pero si acceden a mantener ese tipo de relaciones también corren el riesgo de que el chico haya conseguido con ello su objetivo y deje de estar interesado en ellas. Esta es la segunda vertiente desde la que ellas plantean el sentimiento de “ser utilizadas” en las relaciones sexuales: no sólo es que el chico disfrute y ella no, sino también que una vez conseguida la conquista, él deje de tener interés en la relación.

Y esto encaja perfectamente con el discurso de los chicos. Para ellos, el juego de la seducción se plantea como un reto en el que se disfruta si es él quien resulta vencedor. Este juego gusta e interesa tanto más cuanto más difícil es el reto, cuanto más difícil sea conseguir a la chica. Y puesto que lo que interesa es el reto, una vez que lo has superado, que has conseguido a la chica, lo normal es que pierdas inmediatamente el interés por ella. Hay que recordar que, para los chicos, el objetivo son las chicas que gustan a todos los chicos y que, en este escenario, todos pelean por la misma: resultar vencedor tiene entonces mucha más trascendencia que la de la mera relación a dos.

En todo caso, a ellos les gusta tener y ejercer el poder sentimental, tener la sartén por el mango o, en sus mismos términos, “tenerla en la palma de la mano”. Te guste la chica más o menos, independientemente del tipo de relación que realmente te interese, el que ella esté enganchada de ti será la mayor muestra del triunfo, de cara a ella, a ti mismo y, sobre todo, de cara al escenario colectivo de las demostraciones grupales.

«—Si... los chicos son unos bocas, es que dicen cada que cosa que dice “¡pero qué dices, tío! ¡Que al igual has hecho esto!” Y los tíos lo afirman y lo reafirman otra vez. Y... a ver, llega un momento en que dices... “al igual”. Las primeras veces que te lo dicen igual sí que dice “¡uala, uala!”, pero... a ver, cualquiera que tenga una experiencia con una pareja y no sé qué... O tu pareja te deja hacer lo que quieras, o sea, lo que hablábamos antes, la tía dominada y el tío que hace lo que quiere... En la imaginación totalmente, o sea... los tíos son unos bocas del copón. Van allá para decir, “mira, soy el puto amo y... tú, en cambio, no has llegado a mi nivel”. Esto es a ver quién vacila más para quedar mejor.» (11-10-18-CHICO)

«—Te lías con una piba, esa piba acto seguido, te está diciendo de quedar y tal... acabas perdiendo interés por ella, pero...

—Una tía que, de repente que no es difícil, que no se hace la difícil, por nada que haces ya está, ya la consigues... y luego, de repente, ya está venga que tal, venga que cual... ya te está... ya sabes... es que no... involuntariamente ya pierdes interés por ella. En cambio, una piba que se hace de rogar, que pasa de ti...

—Que te da una de cal y otra de arena.

—...te bajas los calzoncillos ¿sabes? Te pica el amor propio y dices “a esta la consigo por cojones.”» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Porque yo al año y medio empecé a ser el más cabrón, ¿sabes? y ella me lo decía, pero yo no lo veía, yo veía que la tenía ahí, tío... en la palma de la mano.

—Es que es eso, cuando ves que la tienes ahí, la puteas, cuando pasa de ti, te bajas los calzoncillos y hasta te da por culo la chica.»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Ahí hay presión también.

—Presión en la piba de a ver si la das caña o no.

—Eso es una competición.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

En este discurso que aportan los chicos, y en la misma línea argumental, lo que no es tolerable es que sea la chica la que te deje a ti, la que pierda interés por la relación, cosa que puede llegar a ser asumida como una auténtica ofensa, tanto por lo que quede dentro de la relación como por lo que se manifiesta hacia fuera. El juego consiste en demostrar y, así, no les resulta tolerable que una chica te haga reconocer que no has estado a la altura de la relación. Es entonces cuando tienen que buscar otros resortes, como mostrarse más orgullosos o hacerse los duros, para demostrar que aún pueden mantener el poder sentimental, el rol de dominadores, aunque en el fondo lo estén pasando mal. Los chicos deben, por tanto, resistirse al influjo efectivo de las chicas, y a ceder a sus accesos emotivos, si no quieren acabar resintiéndose del fracaso.

«—Hay que andarse con mucho cuidado con las pibas porque luego te pueden joder... que también la puedes joder tú, tío.

—Luego dice que los tíos son más cabrones que una noche con... pero luego ellas...

—Ellas tienen el poder.

—Pero ellas sí que lo hacen... Lo tienen todo calculado, mira, te dejo hoy... mañana quedo con el pibe ese, el domingo te echo unas lagrimitas... vuelves conmigo, el martes te vuelvo a dejar...

—Son estrategias.

—...Nosotros a lo mejor en el momento si...

—Los tíos somos más calzonazos, más simples, con esos temas somos más...

—Porque somos sinceros... retorcida y...

—...y a los quince días me aparece con una... en el pueblo. No es su novio, ni nada, se supone que no... y lo ves y yo le cojo con toda la confianza que tenía con ella, yo la digo "¿qué pasa, que tenías a éste ya to calao, no? cuando me dejaste a mí... Quince días después ya le puedes traer por aquí. Pues eso no me parece nada bien." Y me dijo: "No, que no, te estás equivocando." Empezó a llorar "que no es así, que es mentira, que yo a ti te he querido hasta el último momento..." y luego cogió... Y un amigo mío me dijo un día "He oído a Chus —que se llamaba la chica ésta— hablar con tu... con mi hermana..." me dice un colega "...y está hablando de que ¡oh! que se arrepiente... que si te ha pasado alguna vez que ahora

le vuelvo a echar de menos" y me enteré y en vez de pensar que me iba a volver a callar, yo pensé esto "¡De puta madre! otra vez la tengo" ¿sabes? y cogí y volví y... no hice nada... ya la tenía ahí. Cogió y me invitó a la playa, no te digo más, me llevó un fin de semana a la playa y ya está, tío, allí en la playa reconciliación...

—El último día "venga, hasta luego." La tenías que haber dejado tú, le dices: "Mira, después de este fin de semana, me merezco algo mejor que tú."

—[RISAS]

—Te cuento el final de la historia.

—¡Que se jodan!

—Otro día me vuelve a coger y se me pone a llorar y me dice: "Que otra vez la he vuelto a cagar" ¿sabes? Estas palabras.

—¿Cómo?

—Que se había liado con otro o ¿qué?

—No, no, otra vez la ha vuelto a cagar por haber vuelto conmigo y que no iba a volver a... y empezó "Lo siento, no sé qué." Yo balbuceando cogí y la dije "si da igual, ahora ya no me importas, no sé qué" que yo ya me había adaptado, porque yo estaba jodido igual, otra vez. Yo estaba completamente enamorado de ella y yo le dije: "Que no pasa nada, ¿tú me ves a mí llorar?" que da igual, si hay más pibas...

—...una piba de dos años y que te diga eso.

—¡Qué fuerte!

—¿Qué dices? ¿qué te ocurre? Me dice: "que es verdad, que es verdad" Y claro yo me levanté y no le dije nada y me fui.

—Pero es que después hay tíos estándar.

—No, es muy maja, es muy maja y es muy tranquila.

—¿Y te llevas bien ahora con ella?

—Te dice que se merece algo mejor que tú y ¿te llevas bien con ella?

—Luego, es que la historia fue ésta... Es que mira qué historia más rara...

—Pasas de ella.

—...No, no, yo paso de ella. Lo dice y yo me relajo ¿sabes? diciendo "esta es una hija de puta, me ha jodido la vida" típico...

—Me relajo dice.

—...total, pero total. Yo estaba completamente convencido que a lo mejor me iba a echar otra pequeña charla, ¿sabes? de esas de que te estás saliendo más con tus amigos que tal, no. Me cogió y me dijo estas palabras, ¿sabes? me dijo: "Es que yo creo que me merezco algo mejor."

—¡Hostia, chaval!

—Y eso es muy duro.

—Y le dije, pero bueno tío.» (CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Esa chica era de mi cuadrilla y estuvimos saliendo y yo corté porque me puso los cuernos y yo me enfadé y aunque no dije nada, los de mi pandilla la echaron del grupo, aunque involuntariamente y ella se fue de la pandilla.» (1LL-17-CHICO)

«—Si tú quieres a una tía y sales con ella porque la quieres de verdad, existe la posibilidad de pasarlo mal, evidentemente. Pero esto lo tienes que tener asumido y puede ser que a la tía dejes de gustarle y siempre tienes miedo a cortar, bueno siempre no, porque si de verdad te demuestra que te quiere, estás seguro de esa persona, pero siempre existe esa posibilidad.»

(3LL-16-CHICO)

Por otra parte, si se acaba la relación sentimental, entienden que no se debe tratar de mantener ningún tipo de relación y mucho menos una amistad: si en general se considera imposible tener una relación de (verdadera) amistad con una chica, en este caso concreto sería aún más imposible y nunca podría salir bien, porque sería mantener y alargar el fracaso que, por otra parte, siempre estaría presente junto a la expectativa sexual.

«—No, amiga no, yo no pienso que eso salga bien.

—Pero por ejemplo, las relaciones que él tiene con su ex-novia, si es amiga no la puedes mantener. Porque entre que están los sentimientos de que la tienes mucho cariño y entre que es una buena amiga tuya que te la chusca, acabas hasta los hue..., acabas enamorado de ella.

—Y esa es la putada, acabar enamorado de un...

—Acabas enamorado, sí, sí.

—Sí, si es que no puedes hacer nada, es que...»

(CHICOS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

En todo caso, aun reconociéndose “caballo ganador”, a pesar del planteamiento de mantener el poder (control) en las relaciones sentimentales, los chicos señalan con insistencia que, en lo inmediato, son ellas quienes tienen el poder de decisión y el control de las relaciones sexuales: cuando ellas quieran las tendrán, pues ellos siempre estarán dispuestos. Precisamente por eso gusta tanto sentirse la fuerza dominante de una relación: una vez vencida la resistencia femenina (el poder de decisión respecto a los primeros encuentros sexuales), percibir que la relación transcurre por los cauces que uno desea y pauta será interpretado como una (la) victoria.

Parece que, desde los estereotipos comunes, acaban reconociendo que cada una de las partes tiene y ejerce el poder sobre la otra parte según lo que a cada uno más le interesa: las chicas se someten y son sometidas para conseguir afecto; los chicos se someten y son sometidos para conseguir sexo.

Pero volviendo a la perspectiva de las chicas parece, en cualquier caso, que la manera en que se establecen las relaciones entre géneros y la manera en que las chicas abordan las mismas, propicia que el pleno desarrollo de sus expectativas, basadas en la confianza, se encuentre con alguna que otra dificultad.

En no pocas ocasiones, y a pesar de recurrir constantemente al discurso ideal de la pareja que todo lo habla, en función de su grado de intimidad y confianza, las jóvenes y adolescentes manifiestan ciertos problemas para que tal situación

se desarrolle plenamente. Es decir, frente a una teórica e ideal situación en la que se habla todo y se exponen las dudas y problemas, las chicas encuentran algunos problemas cuando, tratándose de sexo, se sitúan en la necesidad de comentar a sus parejas algo que, según la interpretación, puede llegar a mermar su autoconfianza.

En función de un modelo sexual que, socialmente, sigue bastantes patrones masculinos, los comentarios que pongan en duda algunos de los aspectos que caractericen tal modelo, pueden llegar a resultar difícilmente asumibles para algunos hombres, según la situación. Por ejemplo, en función de los presupuestos del tradicional imaginario colectivo referido al sexo (que sean ellos quienes adopten una actitud más activa, mayor iniciativa, más experiencia, mayor control del desarrollo del encuentro sexual, e incluso más ganas de hacerlo), muchos comentarios serán previamente observados desde la asunción de que pueden llegar a herir la sensibilidad o la hombría de la pareja, algo que induce a reconsiderar los mismos. Así lo reconocen las chicas, algunas de las cuales afirman haber omitido, en ocasiones, determinados comentarios que creían iban a sentar mal a sus parejas, asumiendo ellas solas la carga de la insatisfacción. El ejercicio del poder llega a tal extremo que ellas pueden asumir no disfrutar del sexo antes que someter a su pareja masculina a la “deshonra” de ser poco eficaces para que ellas disfruten. En tal caso, las amigas serán las consejeras que prestarán la ayuda necesaria para poder solventar el problema, o el hombro sobre el que llorar las insatisfacciones.

«—Tiene que haber el diálogo, pero si no lo hay...

—Ya, pero vamos, que... con una pareja...

—Es que hay veces que no tienes que decirlo, es que se ve.

—O yo qué sé, tú le quieres mucho y a lo mejor por no herir la susceptibilidad de esa persona, ¿sabes?, te vas callando, te vas callando y se va acumulando y... Que vale, que hay gente que no lo pasará, que a lo mejor es una minoría, pero yo creo que hay gente que a lo mejor no dice “oye, mira, no me satisfaces por...”, porque la otra persona se pueda ofender, o porque se sienta mal...

—Hay gente que si se lo dices, se cabrea.

—O se lo dices, y te dice...

—O también cómo se lo digas.

—O también te dice “vamos a poner una solución”, ¿sabes? es que...

—¡Claro!

—Pero si no se lo dices, nunca vas a saber lo que va a opinar.

—¡Claro!

—Yo, eso también muchas veces lo pienso, ¿sabes? No sé, ahora por ejemplo pienso que debería hablarlo con él, ¿sabes? porque yo por ejemplo, sí es verdad que noto que él, ¿sabes? enseguida... enseguida acaba, y yo, muchas veces hay que... que me quedo ahí, y digo...

—A mí también me pasa.

—O sea, me parece guay, te has quedado bien, ¿eh? [RISAS]

—¡Encima te mosqueas! [RISAS]

—No te mosqueas porque, hombre, algo has disfrutado, pero yo te digo que... ¿sabes?

—Te has quedado a medias...» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«*—Creo que en el sexo disfrutan más los chicos que nosotras, ellos siempre lo tienen en la cabeza, siempre piensan en lo mismo y las chicas no disfrutan tanto, no sé, eso pienso.*

—Cuando alguien de la pareja no se lo pasa bien, es decir, que no le gusta, que no disfruta, pues se joroba todo, porque si el otro eso lo nota le das mal rollo y entonces se termina todo, aunque hay chicos que te comprenden y que te dicen que no pasa nada, y luego se vuelve a intentar, no sé, es depende de quién sea el otro. No puedes estar con alguien que no te dé confianza, por ejemplo, en la primera vez.» (3TA-17-CHICA)

Existe un aspecto interesante de la manera en que las chicas hablan de la seguridad respecto a las relaciones sexuales. En principio, porque la seguridad se refiere a la seguridad afectiva, de tal manera que suelen partir de las premisas de los riesgos afectivos más que de aquéllos relacionados con los embarazos o las enfermedades de transmisión sexual: claramente estos otros riesgos no parecen encontrarse en el primer plano de sus inseguridades o miedos ante el sexo.

Las chicas, cuando se enfrentan a una relación sexual, ya hemos visto que se lo plantean desde una perspectiva mucho más afectiva y de confianza emocional. Por tanto, el riesgo a exponerse o a fracasar, también en el sexo, se mide desde ese parámetro. Incluso las dudas, o la incertidumbre, sobre si se comportarán adecuadamente, sobre “estar a la altura”, para ellas tiene una implicación directa e inmediata con la posibilidad de ser o no aceptadas para una relación más estable que la del encuentro sexual.

«*—Pues al final nerviosa, porque no sabía si había hecho bien o había hecho mal, porque pensaba, mira ahora a lo mejor me va a dejar, y pensaba, y si me deja, y si lo cuenta a todo el mundo, nerviosa; pero después no, estuvimos hablando y bien.»* (6GE-17-CHICA)

«*—No, no tiene por qué, es como el tema de antes, vas de fiesta y a lo mejor vas muy pasado, y el día siguiente te dicen mira te has follado a éste, pero yo creo que una cosa de éstas la recuerdas, porque si no la recuerdas ya preocúpate, yo creo que sí, que tampoco tiene que ser de mucha confianza, la confianza a veces duele mucho porque acabas, y luego se puede romper la confianza.»* (4GE-16-CHICA)

Si la seguridad se refiere al componente afectivo, resulta más fácil entender por qué tienden a asimilar dicha seguridad con un valor como la estabilidad, ineludiblemente relacionada con la continuidad de las relaciones de pareja: estabilidad para alcanzar la confianza necesaria con la pareja y para poder alcanzar la práctica y la experiencia que te permita disfrutar al máximo de tus relaciones sexuales, sea lo que sea el disfrute para ellos y para ellas. Por tanto, nos encontramos ante un planteamiento de la seguridad que, desde la perspectiva de las chicas, pasa por

una visión en conjunto de la pareja, y que no parece observar el sexo bajo el prisma del placer individual. Más bien que supedita el placer individual, el físico, al placer físico de la pareja y a la consecución de estabilidad en la relación. Así entenderemos adecuadamente que las principales inseguridades pasen por el eje de los lazos sentimentales y afectivos, siendo éstas las únicas consecuencias relevantes que se consideran respecto al acto sexual en sí mismo.

«—Si tú no quieres tener ninguna complicación con ninguna persona, pues te vas una noche y si conoces a alguien bien, y si te lo puedes pasar bien, pues bien... Y si tú lo que buscas es estabilidad o algo, pues intentas buscar una persona con la que puedas conectar. Ya no es simplemente pasar una noche, sino poder estar con una persona... Que no sea, a lo mejor, que estés una noche con uno y otra noche con otro, ¿sabes? si no que, si buscas estabilidad, pues, intentas buscar una persona con la que puedas estar una semana y que sepas que a la siguiente también vas a estar con él... Creo...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

«—Cuando tienes una pareja estable y estás segura de que al menos en un par de meses no te va a dejar, que veas que un poco de futuro tiene, si son dos meses, pues mira, no pasa nada, pero que sepas que no mañana mismo lo cuenta a todo el mundo y te deja, pues no, eso, cuando tengas una pareja estable, que tú estés segura de ti misma, y que confíes en tu pareja.» (6GE-17-CHICA)

De hecho es también esta perspectiva, de nuevo, la que justificaría la aceptación de que ellas no disfruten sexualmente, o disfruten menos que los chicos. Y, a pesar de que desde lo formal del discurso tanto en los grupos como en la intimidad de las entrevistas, ellas aludan al escenario ideal en el que si “hay problemas se habla con la pareja”, lo cierto es que, como hemos ido viendo, finalmente ellas reconocen que la diferencia existe, y que están dispuestas a tolerarlo para no deteriorar la parte más emocional de la relación, o la estabilidad de la pareja, en su caso. Evidentemente, y esta cuestión se tratará en el siguiente apartado, la diferencia en la capacidad de disfrutar sexualmente está también mediada por las dificultades con que las chicas se encuentran para mantener relaciones sin riesgos (fundamentalmente de embarazos): ellas son las que tienen que mantener la conciencia sobre las repercusiones, mientras que ellos actúan y disfrutan sin preocuparse.

«—A ver, supongo que ellos, al tenerlo siempre en la cabeza supongo que deben disfrutar mucho, pero las chicas también deben disfrutar lo suyo, pero yo supongo que los dos disfrutan, sí, porque es cosa de dos. Bueno, el chico a lo mejor disfrutaría algo más, bueno, disfrutar, disfrutan los dos, pero el chico a lo mejor se lo pasa mejor, porque es eso, ellos no se preocupan de nada, él viva la vida, y la chica está más pendiente, cualquier fallo para...» (6GE-19-CHICA)

«—Creo que ellos disfrutan más, porque ellos suelen llegar al orgasmo con más facilidad; en cambio las chicas a veces les cuesta más. Para que mi

pareja disfrute, hago todo lo que me parece que le gusta. Si en alguna cosa yo no disfruto o no lo hace mi pareja, se habla y ya está; yo no tengo ningún problema en decírselo ni en que él me lo diga. A mí me gusta más disfrutar, en ese aspecto soy un poco egoísta y creo que a ellos les gusta ver que disfrutamos.» (5TA-17-CHICA)

«—Creo que es una cosa de ambos, tienes que disfrutar y hacer disfrutar a la vez, y si en algún momento no se dan las dos cosas, yo lo hablaría con mi pareja; aunque pienso que a los chicos les gusta hacer disfrutar, aunque ellos también disfruten, claro.» (1TA-18-CHICA)

Claro que la búsqueda de esa estabilidad que proporcione la seguridad necesaria puede provocar algo que ellas mismas señalan en alguna ocasión: ante la posibilidad de perder ese equilibrio sentimental, se pueden llegar a sostener o “aguantar” relaciones con parejas con las cuales no se está verdadera o plenamente satisfechas, o con las cuales unen unos lazos ciertamente deteriorados (ya sea por infidelidades o por el fin del amor o la pasión); y ello hasta que “se cruce otro” que permita continuar con la estabilidad que persiguen. En muchas situaciones y a determinadas edades, en el seno del grupo de pares, se puede experimentar cierta presión por encontrar pareja o mantener relaciones sexuales con cierta regularidad, presión que conduce a tratar de escapar de la posibilidad de “estar sola”, aunque no estar sola suponga no estar demasiado bien acompañada.

«—Pero ¿nunca os habéis planteado de estar con una persona, así estable, y que te atraiga otro chico, y dejarlo por un tiempo, para estar con ese chico y luego volver?

—No, nunca.

—No, yo nunca he hecho eso.

—Eso es un cachondeo.

—Entonces ya si te... más el otro chico, estarías con el chico... Eso tampoco lo veo, no sé, tampoco lo veo bien, no sé, yo pienso que... no sé, a mí me pasó esto también. Yo te digo... fue que me enteré de que me había puesto los cuernos, estaba ya hasta las narices, todo muy monótono, todo ya como que se había apagado, ¿sabes? Fue todo... y ya encima fue ver al otro chico y yo te lo juro que pensaba que, ¿sabes? que... que no iba a tener ni a mis amigas para ello, porque claro, mis amigas estaban más con sus novios, o con sus amigos. Yo pensaba que me iba a quedar sola y, de hecho, tenía mucho miedo a dejarlo. Y tuve, ¿sabes? estuve esperando por lo menos dos meses a que se me cruzara otro chico... ver que el chaval me intentaba ayudar, que le contaba todo, y encima todo como... ¿sabes? que le veía totalmente diferente. Y ya decir, “venga”, ¿sabes? Ahora sí que sí, “te dejo”... pero hasta ese momento, o sea, no pude. Me costó un montón.» (CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Es que con quien he tenido más sexo ha sido con el Oriol, pero no me apasionaba mucho hacerlo con él, me gustaba cómo era él, pero en el sexo no me acababa de llenar, ahora sí, pero con él no»». (10GE-18-CHICA)

4. LOS RIESGOS

Finalmente, otro de los espacios de vulnerabilidad es el que corresponde a la percepción y vivencia de los riesgos que conlleven las relaciones sexuales. Todos los aspectos analizados que se refieren a la manera en que se establecen las relaciones que dan lugar a los encuentros sexuales influyen, inevitablemente, en las consideraciones relativas a los riesgos percibidos (más allá de los que ya hemos analizado como “afectivos”) y a las medidas que se adoptan para prevenirlos. No es objeto de esta investigación abordar las causas profundas que inducen a los jóvenes a usar más o menos el preservativo u otras medidas anticonceptivas y preventivas, sino percibir la forma en que las mismas se insertan en las dinámicas relacionales de los y las jóvenes que tienen experiencias sexuales. Concretamente, en este espacio, cómo las maneras de afrontar y enfrentar los riesgos se insertan en los discursos sobre el poder y la dominación en el sexo.

Hemos visto como, para las chicas, la estabilidad emocional pasa por la seguridad. Pues bien, este planteamiento de la imagen de la seguridad ligada a la estabilidad se manifiesta de forma muy significativa en la manera en que se refieren a los argumentos que emplean las chicas a la hora de hablar de determinadas medidas anticonceptivas, y lo significativo de los mismos como síntoma de la forma en que se entablan determinadas relaciones de poder sentimental entre géneros.

Así, si el punto de partida es la estabilidad de la pareja, asimilada como la duración temporal de la relación, tampoco parece muy extraño que ellas mismas señalen la píldora anticonceptiva femenina como símbolo de haber conseguido el paradigma de la seguridad en lo que a métodos preventivos se refiere. Claro que los argumentos esgrimidos dejan entrever detalles significativos. En primer lugar porque, sin mencionarlo, ellas y también ellos están negando el uso de preservativos como forma de protección satisfactoria. En todo el discurso asumen formalmente que deben usarlo, pero es un deber ser que, independientemente de que se traduzca en uso real y continuado, representa algo que no acaba de satisfacer en la relación.

En segundo lugar porque este discurso sobre la utilización de la píldora anticonceptiva como método de protección se emplea en función de la proyección que realizan de su ideal de relación estable, con independencia de que tal relación pueda o no concretarse como efectivamente estable, más aún teniendo en cuenta que, a sus edades, no resulta extraño el cambio de parejas. Es decir, se asume como ideal un método anticonceptivo que encaja con su modelo de estabilidad y duración de las relaciones que buscan... con independencia de que las relaciones, efectivamente, duren.

En tercer lugar porque, desde este discurso, se evidencia claramente que el discurso de los riesgos también elimina la prevención de enfermedades de transmisión sexual del escenario de sus relaciones, y que resulta evidente que no se plantea puesto que existen riesgos derivados de las enfermedades de transmisión sexual que dicho método anticonceptivo no previene. Por no hablar del hecho de que la

píldora se utilice efectivamente, y no se quede en simple proyección del ideal: “la tomaré cuando sepa que mi pareja es verdaderamente estable, mientras tanto...”

Por otro lado, lo que resulta aún más significativo es el argumento que emplean las chicas para defender la utilización de este método anticonceptivo, más allá del objetivo de prevención de embarazos no deseados, una vez más pensando, sobre todo, en ellos. Si la píldora se observa como el mejor método anticonceptivo es porque se asimila, de alguna manera, con una “prueba de amor”, pues permite que tu pareja obtenga más placer y disfrute al máximo de sus posibilidades, sin cortapisas. En tal argumento encontramos una de las más evidentes pruebas, en chicas de esta edad, de las situaciones de desequilibrio de poder entre géneros, al ceder ellas a determinadas presiones (revestidas de sentimientos o afectos, si se quiere) de sus parejas, a las que no satisface el uso de preservativos.

El planteamiento, además de no contemplar en ningún momento las posibles contrapartidas femeninas de la adopción de tal método anticonceptivo, se inserta de lleno en el tipo de relaciones simbólicas y de poder que se establecen entre hombres y mujeres respecto a las relaciones sexuales, y que tienen su correlato natural en la perspectiva de los chicos. Mientras ellas abordan el método como una manera más de entregarse y de “dar”, en función de su acercamiento sentimental, afectivo o “romántico” a las relaciones sexuales (pues el argumento de prevención parece quedar en segundo plano), ellos lo asumen como una verdadera “conquista” que les sitúa en una posición privilegiada en el equilibrio de fuerzas de la pareja: si consigues que ella tome la píldora, habrás conseguido alcanzar la situación ideal (que te permitirá disfrutar al máximo) dentro de tus relaciones sexuales.

«—Yo empecé con él con 18 años, ¿sabes? que también...

—¡Claro!, yo empecé con 16 y estuve dos años, y bueno... y bueno, no me planteé tomar la pastilla.

—Cada año es más normal.

—Con 16 años tampoco me planteo... bueno, pues lo voy a hacer todos los días y me va a pasar esto, ¿sabes? Pero con estas edades, pues no sé, como que te lo planteas de otra forma, ¿sabes? Te diviertes y disfrutas, y bueno, y si lo tienes que hacer dos días y tienes que estar tres con él, pues lo haces seguro, y ya está.

—Porque además yo pienso que lo que tendríamos que entender, no sé, también yo es que yo lo veo más que nada por... ¿sabes? por un acto amoroso, ¿sabes? tampoco es coger y...

—Claro.

—¿Sabes? Eso es otra cosa, eso sí que es disfrutar uno mismo, ¿sabes? El deseo de uno mismo, ¿sabes? de hacerlo solamente para quedarse cada uno bien, ¿sabes? A lo mejor no una noche, ¿sabes? pero por ejemplo yo pienso que si estás con un chico y llevas un tiempo, yo qué sé, ya te lo...

—Claro.

—...no sé, yo... yo pienso que te lo pide.»

(CHICAS, 18-19 AÑOS, PUEBLOS DE LA CAM)

«—Yo uso condón, si no lo llevas no hace falta que me hables. Sí, claro. Si veo que no se lo quiere poner digo, mira esto es lo que hay, a ellos les da igual, pero a mí no.» (3GE- 18-CHICA)

«—A muchos chicos les molesta el preservativo, les aprieta. Pero a mí me da igual; si no se lo ponen, yo no hago nada. Si tuviera una relación estable y a alguien de los dos le molestara el preservativo, hablaríamos e intentaríamos tomar una solución como las pastillas.» (4TA-16-CHICAS)

Tal relación con los métodos anticonceptivos encaja, pues, de lleno con el juego simbólico en el que se despliegan las fuerzas de poder en las relaciones entre sexos. Juego por el que se intenta tener “la sartén por el mango”, valga la metáfora asociada a las relaciones de pareja. Es decir, poder controlar lo suficiente a tu pareja, para alcanzar la perseguida seguridad y estabilidad. En cualquier caso, aceptar la ya mencionada idea de que los chicos siempre “van a lo que van” y tienden a ser infieles por naturaleza, sitúa a las chicas en una complicada tesitura respecto a la posibilidad citada de tener “la sartén por el mango”, en el sentido de confiar plenamente en que sus parejas no traicionarán su confianza.

Por ello, en muchas ocasiones, suelen trasladar su centro de “poder”, el verdadero reflejo de su peso decisorio en el seno de una relación, a la capacidad para decir que “no” en lo que a las relaciones sexuales se refiere. Ante la iniciativa masculina, la capacidad de “pararle los pies” de la mujer llega a ser equiparado por ellas mismas con su grado de “autonomía” personal respecto a la pareja. Y quizás lo más interesante de esta apreciación lo encontremos en la comparación con la manera en que los chicos tienden a manifestar, e incluso alardear, sobre la manera en que desarrollan su cuota decisoria o de “poder”: mientras ellas parecen aplicarla a situaciones concretas derivadas de la “lidia” diaria con el sexo masculino (“pararle los pies”), ellos estarán satisfechos cuando realmente sientan tener un ascendente sentimental sobre la pareja que facilite las “conquistas” parciales (que ella acuda cuando él llame, o que acepte tomar la pastilla para no tener que usar preservativo).

«—Y que... yo qué sé, que a lo mejor lo hacen con chicos que son más mayores y que... no es que tengamos miedo a hacer cosas, pero que tú sabes decidir, o sea, yo me considero lo suficiente... o sea, yo sé lo que quiero hacer y lo que no quiero hacer.

—Pero las chavalas se dejan llevar, se piensan que es lo normal, que es lo... ¿sabes? Y a lo mejor, yo qué sé... que no te vas a... y que luego se pueden arrepentir, ¿sabes?

—No, en ese momento no... No se hacen respetar. Es como... las chicas... Los chicos más mayores que lo hacen con chicas más pequeñas, bueno “ésta es como una presa fácil, no tiene ni idea...”

—Claro.

—No sabe lo que es, entonces puedo hacer con ella lo que me dé la gana, entonces...» (CHICAS, 18-19 AÑOS)

Así, el hecho ya señalado de que el imaginario colectivo atribuya a la mujer la auténtica capacidad de “control” en casi todos los aspectos referidos a las relaciones sexuales, transfiere, también en este caso, directamente a las chicas gran parte de la responsabilidad de que, en el momento adecuado, se tomen las medidas preventivas necesarias.

«—Si te apetece, pues hazlo.

—El problema no... o sea, si te cohíbes porque te apetece... o sea, porque piensas que... no va a ir bien... ese no es el problema. El problema es que a lo mejor esa persona tenga enfermedades... o que...

—¿Tenga enfermedades?

—Sí.

—No entiendo.

—Yo tampoco.

—El sida.

—Existe el condón.

—Ya, pero hay gente que...

—Los chicos sobre todo... en el momento.

—Para eso estás tú ahí.

—Y ¿por qué los chicos?

—Nadie tampoco es tan imbécil (...)

—Pero para eso está el condón, para las enfermedades, ¿no?

—Sí, pero se puede romper, puedes estar borracho y no te lo pones.

—[RISAS]

—No sé, mil cosas pueden pasar.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

Ocurren varias cosas. En primer lugar, que aunque no se niega que el sexo es algo que suele planear en el inconsciente colectivo entre los jóvenes, más aún durante las noches de los fines de semana, también es cierto que son pocas las personas que optan por aprovisionarse de preservativos por si “se diera” la circunstancia de que hubiera que recurrir a ellos. La justificación se ramifica en dos explicaciones: si llevas condones en el bolso o la cartera es que eres una/un presuntuosa/o que probablemente “no te comas una rosca” y, si planificas tanto este tipo de cosas, lo más posible es que no salga bien o fracasas, pues los encuentros sexuales ocasionales suelen ser eso, ocasionales y fortuitos. Claro que, si finalmente llega ese momento y “te pillas” sin preservativos, no será fácil abstraerse al deseo, porque el cuerpo te lo pide y porque, además, con dos copas de más (algo asumido como normal en las noches de fiesta) haces las cosas sin pensarlas demasiado y abandonándote al instinto. En última instancia, se recurre a medidas tan poco fiables como la “marcha atrás”, o tan dudosas (en lo que a su consideración como medida anticonceptiva o preventiva se refiere) y poco recomendables para el organismo de la mujer, como la pastilla del día siguiente.

A tales consideraciones habría que unir el hecho de que uno de los discursos dominantes que hemos venido analizando, es el referido a la mujer adolescente y joven como género menos predispuesto al sexo ocasional y con parejas desco-

nocidas; algo que no parece encajar con la necesidad de que sea esa misma mujer la que lleve consigo los métodos anticonceptivos. Más allá de la capacidad de decir “no”, otra cosa puede llegar a generar la burla o sospecha de los pares por no responder a lo que se espera de un modelo femenino adolescente. Y tampoco conviene dejar de señalar que, a pesar de que las chicas pueden asumir el papel de “control” que parece asignársele, el condón está muy ligado a la imagen del hombre, que es quien lo “usa” y, por tanto, quien lo ha de comprar y llevar. Evidentemente, las principales consecuencias de que el hombre no lo “use” (como si la mujer no participara de ese uso) serán preocupantes para ella, más que para él mismo.

Descartadas generalmente las enfermedades de transmisión sexual (el sida ya no asusta tanto, por parecer algo pasado, y el resto de enfermedades no inquietan) como amenazas “reales”, y alejado el embarazo de las hipótesis de lo que le puede ocurrir a una misma (le pasa a “otras”), la percepción del riesgo se debilita peligrosamente. Más aún “en caliente”, donde en pocas ocasiones se hacen las reflexiones que sí llegan a plantear desde los discursos teóricos (yo tengo cuidado, no lo hago sin condón, etc.).

«—No sé, yo creo que realmente cuando estás en la situación, depende de la situación, pero si estás en la situación en plan... (...) ...pues eso, que no te paras a pensar realmente... en las consecuencias, para nada... yo pienso, estás ahí en el momento...

—Eres una inconsciente.

—(...) y... es que realmente cuando estás haciéndolo no piensas en todas las consecuencias a lo que te puede llevar eso, ¿sabes? Una vez ya lo tienes ahí...

—Es como un martirio, si no...

—Ya ves.

—Es que si no...

—Estar ahí pensando... ¿me quedará embarazada?, ¿me pillaré tal enfermedad?

—(...)

—Realmente contra las enfermedades sólo estaría el preservativo.

—Pues eso...

—Que salgan otro tipo de cosas, bueno, claro...

—No sé, pero el preservativo sí.

—M: ¿Y sólo tiene ese problema, el del precio?

—Hombre, también el placer se supone que... que es menos.

—Luego, lo típico... a lo mejor es mucho menos general, pero lo típico que no tienes en el momento, de gente que... no todo el mundo, o sea que hay gente que ni siquiera se espera... o se va a la farmacia a comprar o... cualquier cosa de estas. Si no lo tienes, bueno, pues por una vez no pasa nada, o lo típico de la cuenta atrás...

—La marcha atrás.

—...o la marcha atrás esa, o como se llame...» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

Especialmente significativo es lo que ocurre con los embarazos no deseados. En primer lugar, porque se atribuyen a la “mala suerte” y no a la mala planificación. En segundo lugar, porque, pese a ser algo que se asume como un problema que te “parte” la vida en el peor momento, tiende a observarse desde la proyección de una visión maternal que asume que, si finalmente se tiene un hijo, y aunque sea en un momento poco adecuado, éste acabará alegrando tu vida y compensando los sacrificios de obligado cumplimiento. Esto no quiere decir que no les importe, evidentemente; pero sí es cierto que las sitúa en una posición que claramente las distingue como mujeres (parece difícilmente imaginable en un chico), asumiendo un modelo o rol materno en el que es complicado que pueda reflejarse una adolescente (“a mí no me pasará”), pero que, sin embargo, emplean como proyección que llega a justificar y atemperar la sensación problemática (“si tiene que pasar, pasará... y saldré adelante”).

«—Pero yo, por ejemplo, antes de conocer a la chica ésta... no... o sea, vale, pensaba “a lo mejor me puedo quedar embarazada”, si tengo un bebé ya me transforma mi vida, pero realmente yo cuando ya lo he visto cerca ha sido como... es que es muchísimo más, ¿sabes? Pero a partir de ahora sí que me voy a concienciar... es que además, no sé ¿sabes? todas las consecuencias que trae un bebé y una enfermedad, ¿sabes? que es que...

—Hombre, no lo comparemos tampoco.

—¡Jolín!, no ¿sabes? Que es mucho... para andarse con tonterías desde luego que no, ¿sabes? hay que ser muy consciente de esto.

—Pero hay gente muy... porque, vamos, yo conozco por una amiga, un caso... una chica con 14 años, el novio con 17 la deja embarazada pero aborta ella, pero aborto natural, ya que es consciente de que le ha pasado eso...

—Se queda otra vez.

—...la chica está embarazada ahora, o sea, tendrías que ir con un poco más de cuidado...

—¿Cuántos años tiene ahora?

—Catorce también.

—¿Sí?

—¡Qué prisa se ha dado!

—Ya es raro que después de un aborto se quede embarazada tan pronto otra vez, tan pequeña.

—Es que la chica, es que no sé... no sé en qué piensa. Ya que te ha pasado una vez, pues toma precauciones.

—Estará enamorada, hija mía.» (CHICAS, 16-17 AÑOS)

«—Pues las primeras entradas, a veces a lo mejor son sin (preservativo) y te rallas, qué he hecho, ¡pero bueno!, evitarlo del todo. La gente no se lo cree hasta que no le pasa, y éste es el problema.» (8GE-18-CHICA)

Como observamos en el final de una de las citas anteriores, de nuevo recurren a razones sentimentales o afectivas para justificar determinados comportamientos

que traen consigo riesgos de importantes consecuencias para ellas. Los sentimientos se sitúan en primer plano, y el hecho no sólo de vivirlos plenamente, sino de satisfacer y dar placer a la pareja para así poder vivirlos plenamente, se encuentra en la base de muchas explicaciones de determinados comportamientos.

Desde el discurso de los chicos, los riesgos fundamentales, más allá de los apuntados respecto a “no dar la talla”, se manifiestan, siempre de forma secundaria, respecto a los embarazos, fundamentalmente en la medida en que la chica “se vuelva loca” y quiera seguir adelante con el embarazo.

No parecen dudar de la necesidad de utilizar métodos anticonceptivos, aunque las posibilidades reales sean discutibles: si se rompen los condones, si se tienen siempre que se necesitan, etc. En todo caso, también desde la percepción de ellos, y así lo entienden perfectamente las chicas como hemos visto, en lo que respecta a las relaciones sexuales en sí mismas, la mayor muestra del éxito y poder de un chico será que la chica con la que mantiene relaciones sexuales tome la píldora. Es la situación más deseada, el símbolo de la conquista máxima, puesto que les supone sexo seguro, fácil y placentero, sin más preocupación.

«—M: *¿Hay algo que... que preocupe del sexo?*

—Pillar...

—*¿A la hora de hacerlo o... cuando lo hagáis?*

—*Que se rompa.*

—*Que se rompa.*

—*Un embarazo no deseado. ¿Con la edad que tenemos?*

—*Que se rompa... tener un enano, una novia loca, que quiera tenerlo, y que te destroce la vida en un momento.»* (CHICOS, 16-17 AÑOS)

«—No, o sea, yo... pa mí la responsabilidad es la primera vez; a partir de la primera vez ya es disfrute, sabes, ya...

—No, tío, la responsabilidad es siempre, tú imagínate que coges a cualquiera por ahí, te pega algo...lo que sea, o la dejas embarazada...

—La primera vez es responsabilidad, luego ya es rutina.

—No...

—Pero ya te acostumbras...

—No... vas pensando en tengo que hacer esto, luego otro, luego otro, no tienes que programarlo, ya sabes que tienes que hacer eso y tal.

—Responsabilidad porque...

—Tienes que ser responsable, no puedes llegar aquí y follarte a la primera...

—La responsabilidad está en usar...

—Y cada vez es diferente, macho.

—Yo creo que la gente que no lo ha hecho nunca no lleva preservativo, eso...

—La gente que lo hacemos tampoco lo llevamos.

—Ya... pero la gente que no lo ha hecho nunca, no lleva preservativo. Y la mayoría de la gente lo hace la primera vez en plan ... la típica tía cojonuda, esa quiere y la gente se la folla sin condón, sabes.

—...eso como tíos.

—Sí, pero una cosa no quita la otra. Tú puedes... yo creo que todo lo que hacemos en esta vida tiene una parte de disfrute...

—Ya, pero que la gente no lo piensa.

—...y eso, pues yo qué sé, de puta madre disfrutando, pero luego también sé que no es nada gratis, o sea, que también tengo que tomar unas precauciones.

—A ver, claro... una responsabilidad, tío.

—...vale, pero, cuando tú estás así y te viene un pibón y tal.

—...pero es poco responsable... pero es poco responsable.

—Yo creo que ninguno de los que estamos aquí le dice que no, o sea.

—Hombre, pero...

—A la gente lo que le preocupa es el embarazo, yo creo, no es la enfermedad.

—...el sida, tronco, ya por una gilipollez, tronco, ya, te amarga toda tu puta vida.

—Ya, pero...

—Ahora... así charlando y muy bien, pero te viene la piba, y es que... Luego en el momento a lo mejor no, sabes, pero si lo piensas, tío... no puede ser eso.

—No sé, yo creo que un calentón, macho, todos... Te viene un pibón y te dice "no, he tomado la píldora, no te preocupes."

—Hombre, te dice eso... pues sí lo haces, sabes.

—Pues ya está.

—Es igual.

—Pero deberías tomar responsabilidades también, o sea...

—Que sí, que deberías, pero que la gente ahí no lo hace...

—Yo digo en ese caso para llevar un condón, tronco, si una noche...

—¿Tú no llevas cuando sales?

—Yo no suelo follar muy a menudo... qué quieres que te diga, digo yo.

—¿Tú no llevas cuando sales? Tú tienes novia...

—Pero es que si... no, si da la casualidad, tronco, de que vas a hacerlo con una piba, pues lo compras en el momento y lo que sea, tío.

—Vale, pero depende cómo estés, es que todo es muy así, sabes... si sabes que puede caer, vas avisado, tío, pero si no, no llevas.

—Vale, pero si cuando te haces una piba, te sorprendes que te has hecho una piba, que no te lo crees ni tú...

—...es una situación puntual, eso cuántas veces te pasará.

—Suele pasar.

—Pues si te pasa un par de veces, ya... tú tienes que ser listo y decir, tronco...

—Ya, yo te digo por ejemplo la primera vez. La gente que no lo ha hecho, no lleva condón... porque es como... ya es más presión.

—Vale, pues si no lo llevas en el momento, lo consigues pues de un amigo, de lo que sea.

—...lo lleva siempre.

—Yo no sé tus amigos, pero mis amigos... no suelen llevar tampoco. O sea, la gente no lleva. El que tiene novia sí. Y ya.
 —Pero el que tiene novia lo hace en casa...
 —El que tiene novia...
 —¿Siempre lo llevas?
 —No, yo nunca lo llevo.
 —Yo nunca lo llevo.
 —Para qué quieres llevarlo si siempre vas a los mismos sitios, tío.
 —...en el coche, chico...
 —¿En el coche los tienes? Pero en el coche...
 —En el coche, en casa, en no sé qué, sabes, no vas a tener 200 paquetes...» (CHICOS, 18-19 AÑOS)

Resumiendo, es evidente que, socialmente, predomina una concepción machista del comportamiento sexual. Nos movemos entre estereotipos manidos que todos (hombres y mujeres) reconocen ciertos y operativos socialmente, aunque, por supuesto, nadie parece asumir como propios: todos somos iguales, dice la conciencia políticamente correcta. Pero los discursos caen una y otra vez en la constatación práctica del funcionamiento efectivo de tales etiquetas. Y tanto mujeres como hombres abanderan discursos que, aunque pueden adoptar puntos de partida diferentes, contribuyen a mantener el imaginario colectivo.

«—¿Por qué, en general, las mujeres esperan que los hombres les lleguen a ellas, les... un poco flirtear entre los dos y que haya un poco de...?
 —Yo creo que ya no pasa eso.
 —Eso es lo que iba a decir, yo creo que es al revés, más bien... Ahora son más bien ellas, yo creo, vamos...
 —Yo creo que no.
 —No sé.
 —Depende de la gente, cómo sea y lo que piensa.
 —Yo, de la gente que conozco no suele tener una regla básica de... tú tienes que moverte, tú tienes que...
 —No es una regla, pero es un rol que se crea, que no es... o sea, no es nada impuesto, pero normalmente... (...)
 —Pero yo hablo en general.
 —Yo... es que eso no lo vivo, no sé.
 —¿No has oído hablar de un tío que se tira a muchas tías...?
 —Sí, eso sí, pero el hecho de que un grupo... o sea, que a una tía le dé vergüenza decir algo a algún tío simplemente por el hecho de una reputación que se pueda crear... Eso me parece absurdo.
 —Yo no juzgo, simplemente digo lo que pasa. (...)
 —A veces te cortas porque dices "bueno, como le diga yo algo a este chico... va a pensar que... no sé... que me tiene ahí... en el bote o se va a pensar cualquier cosa." A veces te cortas un poco más por eso, por lo que pueda pensar.» (MIXTO, 18-19 AÑOS, ESTATUS ALTO)

5. Decálogo de conclusiones

PRIMERO: LA LOSA DEL ESTEREOTIPO

Lo más llamativo, poderosamente llamativo, en una primera aproximación al discurso grupal de jóvenes y adolescentes sobre el sexo, es la escenificación de dicho discurso. Chicas más o menos circunspectas, hablando sobre lo que les inquieta o sobre lo que les atrae, pretendiendo un análisis crítico y esclarecedor, por momentos dubitativas y cuestionadoras de sus propias posturas, tendentes a caer con facilidad en un silencio diríase que reflexivo. Chicos exultantes, con un verbo avasallador, que interrumpe, solapa, cabalga sobre la palabra de los otros, que expresan sus ideas de una forma atropellada, como quien lo tiene muy pensado, que puntúan sus expresiones con bromas y risas, que parecen estar de acuerdo en cada cosa que dicen, y que celebran ese acuerdo en una ceremonia de identidad triunfante.

Esta formalización llamativamente diferenciada del discurso expresa con claridad hasta qué punto persiste un estereotipo que genera un abismo de distancia entre hombres y mujeres, entre chicos y chicas, a la hora de enfrentar las cuestiones relativas al sexo. Después de décadas de lucha por la igualdad de género, después de haber intentado, y aparentemente conseguido, múltiples avances en esa igualdad, por debajo de manifestaciones formales que aseguran que la equiparación estaría a punto de conseguirse, por debajo incluso de las explicaciones que los propios jóvenes dan abundando en el sentido de que “todos somos iguales”, lo cierto es que parece que seguimos en una situación en la que la inmensa losa del estereotipo está muy lejos de haber sido removida.

No se trata de que unos y otras tengan discursos diferenciados y confrontados. No es válida una interpretación unidireccional que explique que un género explota al otro imponiéndole una determinada manera de pensar, que hace que ese otro

género se rebele y se atrinchere en un discurso contrario. Las cosas parecen más complejas. Da la impresión de que estamos en presencia de una construcción dialéctica del discurso, montado desde las dos partes y que las dos partes alimentan y tienden a mantener. Los chicos y las chicas cuentan cosas diferentes, pero ratificando la visión que cada colectivo tiene sobre sí mismo y sobre el género contrario. Ellos dicen que son de una determinada manera y ellas, en su discurso, ratifican que efectivamente ellos son así. Ellas se describen en un modelo que los compañeros reconocen y autentifican.

Al tiempo, esas dos visiones no sólo se complementan sino que en cierta medida se explican la una a la otra. Los chicos no serían como son, al menos no serían tan como son, si ellas fueran de diferente manera; y las chicas no tendrían que comportarse, no sentirían que tienen que comportarse, como lo hacen, si ellos no condicionaran esa reacción desde sus propias visiones y desde sus propias conductas. En definitiva, si el estereotipo funciona, y funciona por encima de cualquier consideración o cambio, es porque ambos géneros comparten una perspectiva común, se mueven en una unidad imaginaria que les condiciona a todos.

Obviamente estas consideraciones descriptivas no eliminan la posible mayor responsabilidad que, de cara al mantenimiento del estereotipo, puedan tener uno u otro género, unas u otras instituciones sociales. Es cierto que el contexto marca a todos y dificulta tener una perspectiva diferencial y avanzar en una reflexión crítica. Es cierto también que, aun cuando un estereotipo sea mantenido por dos partes dialécticamente confrontadas, una de ellas bogará a favor del viento del constructo social previo (y en ese sentido tendrá mayor responsabilidad en el mantenimiento de la construcción final), y la otra tendrá que navegar contracorriente del constructo sociológico, de la representación social. No es menos verdad que los cambios que, en los últimos tiempos, pueden haberse producido en el estatus de desigualdad de género han sido protagonizados por el colectivo femenino, que ha luchado en inferioridad manifiesta de condiciones y en contra de lo dominante. Lo único que añadimos es que, hoy por hoy, el estereotipo subsiste y que, como no puede ser de otra manera, es un estereotipo alimentado por las corrientes dialécticas que, por una parte están confrontadas pero por otra parte se retroalimentan y justifican la una a la otra.

Por debajo de la afirmación de igualdad formal en el discurso, los chicos y las chicas cuentan cosas diferentes, se dirigen a interlocutores diferentes cuando las cuentan, refieren distintas expectativas, también temen cosas distintas, y dicen que efectivamente se comportan de una manera diferente los unos de las otras.

El discurso masculino es una celebración del propio comportamiento sexual y, más aún, del deseo que, supuestamente todo lo invade. De lo que hablan los chicos es de sus conquistas o de su deseo de conquistar, y lo hacen en el convencimiento de que todos ellos van a hablar de lo mismo, todos van a ser comprendidos y, por tanto, la propia experiencia y lo que de ella se cuente caerá en el terre-

no abonado de lo compartido, que elevará el discurso a la categoría de incuestionable. Las chicas hablan mucho menos del deseo y menos aún de la traducción comportamental de ese deseo. Hablan más de emociones, del sentido de estas emociones y de los miedos que, inevitablemente, las acompaña. Y hablan de estas cosas desde una postura no tan convencida de que lo que digan va a ser bien acogido por las compañeras. Aparecen muchas más dubitaciones, aparecen elementos de autocuestionamiento y, más que un tono autoafirmativo, lo que se da es un planteamiento de búsqueda, que espera la confirmación en otros discursos; ocasionalmente se puede observar un tono provocador, aparentemente reactivo, cuando se plantean cuestiones que rozan el límite admisible del estereotipo. No es extraño, por tanto, que estas diferencias aparezcan con claridad cuando los grupos están constituidos sólo por chicos o sólo por chicas, y que en cambio en los grupos mixtos el diálogo se haga difícil, lleno de interrupciones, preñado de reticencias, de dudas y de, aparentemente, medias palabras.

Siendo así las cosas, se comprende perfectamente que el horizonte de interlocución de los jóvenes y de los adolescentes sea prácticamente todo el universo de sus congéneres. Cuando hay que contar, se cuenta a todos; no hay ningún tipo de reticencia ni de restricción al respecto; lo que hay que comunicar puede, incluso debe, ser oído por todos. No sólo no aparecería una tendencia de autorrestricción en el discurso verbal de los chicos sino que, de señalarse algún tipo de tendencia, debería ser hacia la manifestación incoercible de todo lo que se piensa, de todo lo que se actúa. Por el contrario, las chicas tienden a vivir con muchas más dificultades la exigencia de encontrar un interlocutor válido para lo que tengan que contar. Como lo que hay que decir, en el caso de las mujeres, pone mucho más de manifiesto las emociones y los temores, los deseos y las insatisfacciones, no vale cualquier interlocutor; no vale cualquier conocida, puesto que el simple hecho de que también sea mujer no anula completamente las posibilidades de discrepancia (ya veremos, que incluso desde algunos elementos del estereotipo, estas tensiones pueden aumentar en relación con otras mujeres). Tampoco en muchas ocasiones vale la propia pareja, que al fin y al cabo es del otro sexo y quizás no participa de la propia visión de las cosas. Con quien hay que hablar, con quien se puede hablar con más tranquilidad, es con las amigas y con las amigas más íntimas, de las que cabe esperar una cierta complicidad en los planteamientos, una comprensión de lo que se va a contar y una tolerancia hacia las propias insuficiencias.

En el diálogo sobre el sexo, lo que los chicos dicen esperar es básicamente la satisfacción del propio deseo y, sobre todo, ya lo decíamos, el reconocimiento y la institucionalización, casi la celebración, de ese deseo. Las chicas por contra, esperan encontrar algo muy diferente: la pareja. Pero no la pareja en el sentido clásico del estereotipo, como elemento de sostenibilidad operativa, de seguridad en la vida, de tutela o de protección; la pareja que se espera sería la que ofrece la posibilidad de culminación de las propias necesidades emocionales, afectivas y, finalmente, sexuales. No es la realización del sexo como pura traducción comportamental del deseo lo que domina, según el discurso de las adolescentes y de las

jóvenes; lo que primaría sería esa necesidad de encontrar realizadas las propias expectativas en relación con una vinculación emocional y sexual a alguien. Bien es cierto que, luego lo veremos, esa expectativa lleva en sí misma un germen de inseguridad, que hace que se plantee como una expectativa ideal que muy probablemente no va a poder ser realizada. Y ahí, en ese segundo momento post-ideal, aparecería un comportamiento más parecido al de los compañeros varones. Si la pareja falla, cuando la pareja falle, cuando la pareja se desmitifique, cuando se hayan calmado las expectativas primarias e ideales, entonces, lo que las chicas supuestamente esperarán será tener una vida más parecida a la vida que traduce el deseo de los chicos: una vida más llena de sexualidad, de sensualidad cambiante, con menos sentimientos de fidelidad o de culpa por la infidelidad, también con menos visión de trascendencia de las relaciones, con un mayor nivel si se quiere de frivolidad. Es una expectativa secundaria, más libre que la primera, pero que no puede negar un cierto punto de frustración; no por casualidad es una expectativa vicaria, que aparece cuando, aunque sea por un fatalismo sospechado, se cree que va a fracasar lo que de entrada se solicita.

En función de lo anterior, los chicos sólo exigen en su conducta sexual suficientes atractivos para ponerla en marcha. Y además, siendo ese deseo presuntamente invasor, las expectativas ni siquiera son muy elevadas. Ciertamente, el que se pueda establecer contacto con una chica con cualidades físicas por encima de la media supone un valor sobreañadido, que permitirá una satisfacción suplementaria; pero es un valor añadido, no una condición de partida innegociable. Por el contrario, las chicas van a esperar, de cara a sus posibles relaciones sexuales, que exista una complicidad emocional en la conexión; van a esperar sentirse entendidas, sentirse estimuladas afectivamente, sentir que se establece una cierta camaradería y una cierta capacidad de atracción, que finalmente culminará en el acto sexual.

De ahí que los temores fundamentales de los varones tengan que ver con el quedar mal, con el no “dar la talla”, bien porque no se consiga realizar el comportamiento sexual, porque no se consiga el encuentro, bien porque no se logre expresar ostentosamente el deseo, bien porque no se esté a la altura de las exigencias que ese deseo y ese encuentro sexual suponen y plantean. Los temores de las chicas tendrían más que ver con no ser suficientemente atractivas para entrar en el juego del horizonte sexual de los varones y, sobre todo, con el verse frustradas en su expectativa de relación emocional. El temor de las adolescentes y de las jóvenes está mucho más referido a la inestabilidad o a la infidelidad del varón. Secundariamente, habría un temor importante en las chicas, que tendría que ver con la vivencia de competición que puedan sentir con sus propias compañeras.

Todo esto hace que el comportamiento de ellos y ellas sea radicalmente distinto. Ellos tienen que estar, se supone que la propia naturaleza se lo impone, siempre “al ataque”. Tienen que buscar, unas tras otras, aventuras sexuales que demuestren esta inevitabilidad del deseo. Tienen que cubrir las exigencias de los otros y

tienen que calmar los propios miedos en una huida contrafóbica, realizando o aproximándose a la realización de esa conducta sexual que se autoimponen como obligación. Ellas, en cambio, deben mantenerse en una postura intermedia, en un equilibrio inestable, entre no participar en el juego sexual (lo que viene obligado por la necesidad de controlar que no jueguen demasiado con ellas: “si me muestro ‘fácil’, casi inevitablemente van a jugar conmigo”), y la otra posición de tener que participar en el juego para no quedar eliminada de la competición (“si soy excesivamente rígida, por ‘estrecha’, no tendré ninguna oportunidad de establecer una relación”). Es un equilibrio difícil de encontrar, que pone en juego toda una teoría y una praxis de “tira y afloja” y que somete a la chica a un perpetuo auto-cuestionamiento y que, también hay que decirlo, la pone de continuo en el escaparate del juicio grupal. Además esto se complica desde el momento en que, según el discurso femenino, también abonado por el de sus compañeros, la chica no busca tanto la relación sexual como dar rienda suelta a una tendencia natural al flirteo. La chica debe moverse en el plano de la seducción, sin que eso implique necesariamente que quiera encuentro sexual; los chicos, que no distinguen entre flirteo y sexualidad, se mostrarán por una parte perplejos y por otra censuradores de este comportamiento, tendiendo a estigmatizar a aquéllas que no flirtean (por “poco mujeres”) y a las que, flirteando, no acceden al acto sexual (por “falsas”). Tampoco se libran las que finalmente acceden al sexo, porque serán señaladas como frívolas y como mujeres que merecen escasa fiabilidad.

Todas estas diferenciaciones por género, abonan de forma clara la pervivencia del estereotipo. Tendremos oportunidad de analizarlas más en profundidad en siguientes apartados de las conclusiones.

SEGUNDO: “EPPUR SI MUOVE”

A pesar de la contundencia del estereotipo, parece claro que hay determinadas posturas que están cambiando, o que han cambiado, a veces de una forma llamativamente perceptible. Estamos hablando de los cambios en el comportamiento sexual, y de las actitudes que sustentan esos cambios, tanto como del discurso que se establece sobre conductas y posturas actitudinales.

No parece que se pueda negar, de hecho forma parte de lo que por todos lados se señala, no pocas veces con cierto miedo o aprensión, que, sobre todo las mujeres, han modificado sustancialmente su comportamiento sexual a lo largo de las últimas décadas. Tal como se decía en la introducción, toda una serie de cambios sociológicos, económicos, culturales, incluso políticos, han favorecido que el comportamiento tradicional de la mujer en España, en lo que se refiere a la dimensión sexual, haya experimentado o esté experimentando notables transformaciones. Una mayor libertad sexual, una posibilidad de que esta mayor libertad se ejercite en el escenario de lo social, una drástica modificación de las condicio-

nes del ejercicio del rol femenino en muchos aspectos de la convivencia (laborales, familiares, económicos, etc.), todo ello ha propiciado que se estén dando unas significativas modificaciones en la forma de conducta sexual de la mujer. Ni que decir tiene que estos cambios afectan muy principalmente a la forma de comportarse de las mujeres jóvenes y adolescentes; casi podría decirse que es sobre todo en ellas donde se da la experiencia de la transformación.

Analizando el discurso de los grupos que conforman el horizonte de esta investigación, cabría la interpretación de que esos cambios en el comportamiento y esos cambios en las actitudes de las mujeres, en cierta medida, se han producido a pesar del mantenimiento de la postura masculina. En el discurso verbal de los chicos no parecen existir muchos elementos que abonen la necesidad del cambio, y mucho menos que lo expliquen. El estereotipo masculino, el rol del joven, parece tan firme y tan asentado que no facilita el imaginarse cómo a partir de él, a partir de la falta de fisuras de ese discurso monolítico, puede haberse producido la transformación. Cosa distinta es la que se deriva del análisis del discurso de las adolescentes, que si bien confirma, ya lo decíamos, gran parte de los postulados que preconiza el estereotipo de género, si lo mantiene y alimenta, también presenta algunos elementos reflexivos, de cuestionamiento del propio papel, críticos respecto a la propia postura, que sí que podrían ser soportes válidos para un cambio actitudinal y comportamental. Por otra parte se entiende fácilmente que se pueda producir una dinámica de evolución a partir de posturas más reflexivas y más dubitativas, como son las posturas femeninas, mejor que a partir de posiciones tan monolíticas como parecen ser las de los varones. Bien cierto es que esta posibilidad de cambio no se hará sin grandes dificultades, sin oposiciones, muchas veces oposiciones de las propias protagonistas del discurso, que se ven en gran medida lastradas por el peso de la posición estereotipada.

Es más fácil analizar los indicios que explican la posibilidad de ir cambiando, en las entrevistas individuales. Aunque éstas confirman en líneas genéricas las posturas grupales, también dan una mejor oportunidad de hablar desde la propia experiencia, desde la propia inquietud y desde las propias contradicciones. Por eso, en lo que se extrae de esas entrevistas personales, sí aparecen algunos elementos más de modificación de los roles de género, sobre todo en las entrevistas con chicas.

En cualquier caso, en la evolución de los roles, sobre todo del rol femenino, los chicos parecen irse adaptando sólo a regañadientes, en el afán de no perder la dialéctica de complementación que viene exigida por la construcción social. La que parecería querer cambiar es la mujer; el hombre acepta que tiene que hacerlo, un poco al rebufo de sus compañeras, viéndose obligado a dicha aceptación (que en el imaginario colectivo de muchos de ellos puede vivirse como una claudicación) por la necesidad de mantener un rol complementario, necesario para seguir manteniendo la interacción con las mujeres.

Darí la impresión de que en ese proceso de cambio del rol femenino, las modificaciones se han visto influidas por una pauta identificatoria con lo que ha sido

históricamente el rol masculino. Es como si las mujeres tuvieran que cambiar no tanto para ser “más mujeres” sino, sobre todo, para ser “más como los hombres”. Este fenómeno, que podría ser criticado desde algunas perspectivas, no deja de ser explicable dado el patente desequilibrio de los roles de género que se ha vivido históricamente; un desequilibrio tan manifiesto, que conlleva casi como primera necesidad la obligación de reequilibrar las fuerzas; y en ese reequilibrio de las fuerzas, lo lógico es que el rol más desfavorecido se haya visto influido por las características de aquello que le faltaba, a lo que quería acceder.

La fantasía o el proyecto de ser una mujer más libre, más como pueden ser los hombres, es un proyecto que las chicas casi siempre refieren al futuro. Son las jóvenes más “maduras”, más “cuajadas”, las que pueden mantener ese comportamiento en el que el sexo aparece más desmitificado, pero también más suelto en la medida en que está libre de todas esas connotaciones de carga emocional, de compromiso, de relación estrecha, que supone la pareja, y que es el constructo que durante toda una serie de etapas mueve el comportamiento sexual de las adolescentes (algunas conductas exageradas en sentido contrario, muchas veces no son sino un comportamiento reactivo, más provocador que otra cosa). Estas adolescentes piensan que, cuando sean mayores, ya podrán tener un sexo de esas características, al que todavía no pueden acceder por sus condicionamientos emocionales, y que ese poder hacerlo las convertirá en más libres.

Pero también hay que señalar que en esa fantasía de futuro, el proyecto de libertad aparece teñido de un cierto tinte de frustración. Efectivamente, el estereotipo actual es el que lo dice, se podrá ser más libre para el comportamiento sexual cuando ya no sea tan prioritario el cumplimiento de las exigencias de una relación emocional de pareja; dicho de otra manera, cuando la pareja haya fracasado. O cuando se haya desmitificado, otra forma de fracaso, la ilusión de una pareja tal cual la adolescente la concibe. Si la joven que se inicia en el sexo consigue hacerlo en el marco de una relación de pareja que la satisfaga emocionalmente, para la que el sexo sea la culminación de la intimidad, si se consigue mantener ese clima a lo largo del tiempo y la pareja cuaja, eso dará acceso a una forma de vida claramente diferenciada, y mejor, en la que el sexo podrá investigarse y que permitirá que se profundice en él de una manera a la que nunca se accede desde las relaciones esporádicas, pero en la que el sexo también será algo cotidiano que perderá una parte de su atractivo, aunque sólo sea el atractivo que añade el flirteo, exigido por la dinámica grupal para la relación entre sexos. Lo que pasa es que, si ese proyecto de relación completa, emocionalmente completa, no se realiza, si se frustra, entonces se producirá un cierto desbordamiento emocional, que quizás no tanto deje ganas de reintentar la experiencia de pareja cuanto abra a la mujer la posibilidad de, renunciando a ese ideal, moverse en un plano de relaciones esporádicas que permita un mayor equilibrio con el varón. Paradójicamente, este estadio de evolución de la mujer la convierte en una mujer más libre pero, daría la impresión, intimamente más frustrada. Es a la vez un triunfo y un fracaso, un progreso en la libertad y una cierta frustración de las expectativas emocionales que el estereotipo obliga inicialmente a sentir.

TERCERO: EL SEXO QUE NOS IDENTIFICA (O LA INEVITABLE NATURALEZA DE LAS PASIONES)

La almendra de la representación de adolescentes y jóvenes, chicos y chicas, sobre su sexualidad y su comportamiento sexual, está situada en el convencimiento compartido de que son distintos desde la perspectiva de su “naturaleza sexual”. Ellos son así, inevitablemente “sexuales”; ellas, independientemente de cómo sean, deben mostrarse mucho más comedidas. Ni siquiera se trata de una convicción montada sobre una visión diferencial de la intensidad de las pulsiones sexuales. Hasta ahí no se llega. Más bien se trata del convencimiento compartido de que, por mucho que las chicas también puedan tener un deseo sexual, que en muchas ocasiones, eso sí, no se presupone tan intenso como el de sus compañeros, por mucho que también ellas puedan reconocer ese deseo, tienen que matizarlo, vedando sus expresiones más manifiestas. Es claro que la otra cara de esta convicción se monta sobre la idea de que las chicas, de forma contraria a los chicos, sí pueden controlar y controlarse.

Ya decíamos que el adolescente varón escenifica su deseo sexual, casi podría decirse que dramatiza la celebración del mismo, y lo hace de manera grupal, utilizando al grupo como escenario, como público y como altavoz de esa celebración. Como la mujer del César no podía limitarse a ser honesta sino que debía hacer ostentación de esa honestidad, el adolescente no puede permitirse sólo tener deseos sexuales sino que debe sobreactuar la representación de los mismos. Las chicas también sienten tener que expresar sus necesidades en ese sentido, pero asumiendo de entrada que es en ellas donde recae la capacidad de controlar y de racionalizar las pulsiones; serían ellas las encargadas de introducir un rasgo de sentido común, de sensatez, en esa tormenta pulsional ante las que sus colegas masculinos estarían indefensos. El hombre sería un títere de las pasiones; la mujer, por muy pasional que sea, tiene el poder y el mandato, de navegar en medio de ese huracán.

Obviamente esta posición de partida modula de forma clara las expectativas y el comportamiento al respecto de unos y otras. Lo que hay que hacer y lo que no se debe hacer vienen claramente orientados por esa base de partida, consensuada por el imaginario de todos. Los chicos deben, antes que nada y sobre todo, actuar su deseo. Y hacerlo, bien tratando de llevarlo a la práctica, que eso es lo que determina el propio “deber ser” y lo que los colegas esperan, bien, al menos, explicitando claramente que están a toda costa intentando hacerlo. Lo que define al adolescente varón no es tanto su actividad sexual como el clima comportamental determinado, cuando no monopolizado, por la intención explícita de realizar esa actividad.

La chica, enfrentada a esa tormenta de supuestos deseos de sus compañeros, aun no pudiendo no reconocer en ella misma algún rastro de los mismos sentimientos, siente tener que situarse de una forma que no traicione las expectativas que la representación compartida asigna a su género: para ella, el encuentro sexual no

puede desligarse totalmente de otras necesidades, de otros compromisos. Con más o menos claridad siente que se le pide que en la relación incluya la amistad, una cierta dosis de confianza (dentro de lo que cabe confiar en los entes hormonados con los que tiene que lidiar), y que el encuentro sexual suponga una cierta culminación de unas formas de encuentro más completas. Todas estas demandas, supuestas y emanadas de su rol de género, la llevan a mostrarse más retraída, más a la expectativa, más reticente respecto a las concesiones, todo ello sin llegar a los extremos que supondría su inclusión en la también anormal categoría de “la que no entra en el juego”. Como se ve, un discurso actitudinal mucho más complejo que ese otro, directo y plano, de los varones. Un discurso que no permite la celebración colectiva, en el espacio del grupo de amigos, sino que más bien lleva a la reflexión, a los circunloquios de preocupación, a la espiral de un discurso sin soluciones claras, eternamente repetido, que las amigas (aquéllas a las que se puede llamar amigas, que luego veremos que no todas las compañeras son fiables) escucharán, enfatizarán y retroalimentarán con sus propias dudas.

El paso al acto, la realización práctica del encuentro sexual, cambiará las cosas. En ellos, porque ya no convertirá en tan necesarias la ostentación de lo que se quiere ni las maniobras para conseguirlo; en ellas, porque les permitirá acceder a un estatus diferente en el que nuevos miedos enturbiarán su horizonte, pero también el reconocimiento de nuevos recursos abrirán otras posibilidades. Pero eso es materia de otro capítulo de conclusiones.

CUARTO: ENTRE UN FUTURO IDEAL Y LAS CLAUDICACIONES Y MIEDOS DEL PRESENTE

Las posturas adolescenciales ante el sexo, con lo que identifican y también con la ansiedad que crean, son vividas como un tiempo a superar. A veces de manera explícita y otras de forma soterrada, en el discurso de chicos y chicas aparece siempre un elemento de perspectiva longitudinal que supone que más tarde, a partir de un cierto momento, las cosas serán distintas: se accederá a un estadio de mayor madurez en el que las premisas cambiarán y, por tanto, el resultado comportamental, también podrá ser diferente. Esa proyección hacia una supuesta madurez tiene su equivalente en la atribución de inmadurez que se maneja cuando el análisis de la representación adquiere un carácter retrospectivo. Igual que se cree que, tanto chicos como chicas, cuando crezcan podrán ser más maduros, también se siente, tanto lo hacen ellos como ellas, que los compañeros de menor edad se comportan con una evidente inmadurez.

Esa presunta maduración, que se imagina desde las fantasías adolescenciales y de los primeros años de juventud, se monta básicamente sobre la intención proyectada de “haberlo hecho, haber cumplido y saber de qué se trata”. En los varones, la experiencia realizada permite relajarse en la necesidad de “celebrar y ostentar el deseo”, de la que hablábamos. Ya no será preciso demostrar que todo lo que se

hace está determinado por la necesidad de “ligar”; incluso cuando efectivamente, todo lo que se haga siga estando encaminado a lo mismo, esta postura se lleva, y se muestra, con la “naturalidad” de quien no tiene nada que demostrar (“soy así, es natural que me comporte así, pero no lo hago para que los demás se enteren”), bien es cierto que sin olvidar que, aunque sea descuidadamente, no está mal seguir con una demostración que se sabe que los demás admirarán. En otros casos, esos chicos ya “maduros”, podrán incluir en sus expectativas otra serie de requisitos más exigentes que los determinados por el afán del puro “ligue” y se permitirán enfocar una relación más compleja, más próxima a la que sus compañeras se supone que buscan desde el principio, más completa en algunos aspectos pero que, dentro de un orden, implica algunas mayores limitaciones en las posibilidades de actuar.

La expectativa de futuro de las jóvenes respecto a su rol sexual está teñida por un punto de ambigüedad. Por un lado se ven a sí mismas menos atormentadas, más libres respecto a su comportamiento sexual, menos sujetas por los condicionantes que su vigente representación de género implica; en definitiva, aunque sea una cierta simplificación, se ven más capaces de funcionar con un estatus similar al de sus compañeros varones, y eso sin las dudas y las ansiedades que en su momento presente le impiden esa equiparación. Pero, al tiempo, si esa expectativa de futuro es posible es porque, hasta cierto punto, se monta sobre la convicción de que las aspiraciones actuales estarían condenadas a la quiebra. Porque desde su presente aspiran, tienen que aspirar, a una relación más “de pareja”, que supere el simple encuentro sexual y que trascienda en una comunicación más completa, y porque temen que, casi inevitablemente, se verán traicionadas en esa aspiración (o porque los compañeros no son fiables o porque la propia aspiración se vive como sospechosamente frágil), entrando con ello en una etapa de frustración, por todas estas razones, las chicas deberán evolucionar y esperan poder hacerlo. El discurso de estas jóvenes apunta frecuentemente una tendencia, mitad temida mitad deseada: “querría una relación completa y compleja, en la que el sexo sea la culminación de otros afectos, tengo que buscarla, cuando la encuentre es muy posible que me frustre o que se me agote, entonces aprenderé de la experiencia y desmitificaré algunas exigencias, y por fin maduraré y podré, si quiero, llevar una vida sexual con menos compromiso y mucho más libre.”

Evidentemente, estamos hablando de un discurso ideal que, pese a su carácter dominante en el contexto grupal, admite todo tipo de matizaciones personales, tanto en ellos como en ellas, pero que ejemplifica dos estilos de curso vital que parecen ser asumidos, de forma diferencial, por hombres y mujeres (por hombres y mujeres adolescentes y jóvenes, claro). Ellos irían de la exaltación formal de un presente potencialmente pleno aunque, como luego veremos, lleno de miedos, hasta un futuro que imaginan acaso más gris pero más tranquilo; ellas partirían de una situación llena de inseguridades, que no niega la conciencia de determinados recursos, y fantasean una situación ulterior más desencantada pero aparentemente más libre. En la expectativa de los chicos está liberarse de “tener que demostrar”, en la de las chicas el acceso al “poder hacer”.

QUINTO: TOTEM Y TABÚ DE LA VIRGINIDAD (O DE SU PÉRDIDA)

El momento de la iniciación sexual se presenta como algo absolutamente significativo, y en esto coinciden chicos y chicas aunque sea por diferentes razones. Como también coinciden en que precisamente por la importancia que tiene y que se le concede, el cómo y, sobre todo, el cuándo vivirlo, debe ser algo exclusivamente decidido por cada uno y por cada una. Sin embargo, a poco que se profundice en el discurso, quedará patente que esa libertad de decidir está seriamente comprometida por el “deber ser”, por lo que se supone que es “normal”, por lo que los demás esperan, en definitiva, por el grupo. Y cuando decimos “por el grupo” nos estamos refiriendo obviamente al grupo de pares. Si en algo están de acuerdo los y las adolescentes es que, en lo referente al sexo, quien marca, y finalmente dictamina, lo que hay que hacer es el conjunto de compañeros y compañeras que componen el escenario, el guión y el público en el que el propio comportamiento se representa. Los adultos y los padres, ya se sabe, tienen una opinión preformada, que sirve poco como directriz, que más bien se contempla como un elemento de diferenciación identitaria, y que no es más un telón de fondo al que hay que hurtar la representación. La opinión y los criterios “técnicos”, de maestros, médicos y otros componentes de la tribu de expertos, no están mal, pero no son más que elementos fríos, descontextualizados, que no tienen en cuenta la realidad, y que por tanto no valen para ordenarla.

Y lo que ese grupo de pares determina es que, más allá de un cierto límite (que aunque no está claro y puede variar sensiblemente en función de contextos, en ningún caso debería traspasar, estirando mucho, la barrera teórica de los 18 años), no es “normal” no haber cumplido la expectativa de realizar el sexo. Éste sería un mandato, que no por implícito deja de ser imperativo, y que limita severamente la postulación inicial de que cada cual decide las circunstancias de su iniciación. Esta iniciación se convierte, más allá de esa categoría de hecho trascendente que individualmente se le otorga, en algo todavía más importante: un elemento que modifica el estatus personal ante el grupo, un elemento que no sólo te convierte en alguien diferente ante ti mismo o ante ti misma, sino que supone la asunción de esa transformación por los demás.

Esta categorización del rito iniciático no puede no implicar un subrayado especial de las expectativas y de los miedos que lo acompañan. Para ellas, sobre todo si, tal como la expectativa plantea, la iniciación sexual resulta ser la culminación de una relación satisfactoria, esa iniciación significará el cumplimiento del ideal: serán maduras, podrán sentir y hablar desde un horizonte de tranquilidad liberado de muchos miedos; incluso podrán profundizar en una investigación del deseo sexual, que hasta entonces no han podido hacer porque el sexo aparecía como un elemento secundario de otras aspiraciones; ya será el momento de ocuparse de una satisfacción sexual que antes ha estado supeditada a otras prioridades. Evidentemente, la intensidad de estas expectativas se acompaña de los inevitables y correspondientes temores. En cabeza de estos temores, no ser suficientemente atractiva como para ser candidata a la iniciación. Después, que por la naturaleza

inestable e incoercible del deseo de sus compañeros, la relación falle y con ello se frustré la instalación en esa situación de madurez y tranquilidad de la que se hablaba (la conocida fantasía temida, por ellas, de “una vez conseguido lo que quiere, me dejará por otra”).

Para ellos, la iniciación es, ante todo y sobre todo, la materialización de su propio “destino pulsional”, el acto final de esa representación del deseo que durante tanto tiempo les ocupa. Por eso, la experiencia sexual concreta es algo que tienen que buscar (por lo menos, que tienen que demostrar que buscan) en todo momento, aunque esa prioridad en la búsqueda suponga dejar por el camino muchas exigencias, incluso exigencias de las que el grupo considera importantes. La autoestima y la aprobación de los pares se verán tanto más estimuladas cuanto, por ejemplo, más valiosas sean las características de atractivo físico de la chica con la que se plantea una relación; pero estas exigencias pueden pasar a segundo término si, a partir de un cierto momento, la realización de la práctica del sexo se entiende que no puede ser aplazada. Esta actitud positiva de búsqueda, en muchas ocasiones sobreactuada, se ve tácitamente frenada por el miedo al fracaso. Los adolescentes temen “no saber hacer” y que esa ignorancia condicione un cierto fracaso ante la compañera de relación y ante el grupo; en última instancia, temen “no dar la talla”.

Si, con todas estas consideraciones, la iniciación sexual se realiza, la reacción espontánea en ellos será contarla; es la maniobra obligada para cumplir con el mandato grupal que el imaginario supone. Y contarla enfáticamente, sin ningunas restricciones, que no vienen al caso desde el momento en que la iniciación sexual para el varón se convierte en casi una ceremonia pública. Las chicas también deberán contarla, pero de una forma y a unos interlocutores forzosamente más restrictivos; las adolescentes y jóvenes vivirán su iniciación con cierto orgullo, pero las más complejas circunstancias de esta iniciación las llevarán a comunicarla, no sólo con más matices sino a unas personas, quizás pocas y señaladas, que estén en condiciones de entender la riqueza de esos matices, y de acompañar y alentar las expectativas que implícitamente están contenidas en la maniobra de iniciación.

La “pérdida de la virginidad” de las jóvenes ha dejado de tener el significado estigmatizador que durante mucho tiempo la acompañó cuando no se daba en un ámbito de circunstancias ortodoxas, pero está muy lejos de haber perdido la categoría de rito iniciático, teñido de cierta transcendencia. Sigue siendo un momento, entre ansiado y temido, lleno de expectativas y de miedo a la frustración de esas expectativas, que supone la posibilidad de un cambio de estatus y la posibilidad de una modificación de la propia manera de verse, y que precisa ser compartido y apoyado desde miradas protectoras (miradas de amigas en las que se confía). Para los chicos no está exento de temores, también supone la iniciación de una etapa de maduración y diferenciación, pero su transcendencia viene en alguna medida atenuada por el hecho de que finalmente sólo se trata de cumplir un requisito, obligatorio e importante, pero que la representación grupal no señala más que como un mandato hasta cierto punto rutinario.

SEXTO: LOS MIEDOS, O EL LADO OSCURO DE LA FUERZA

Todo el discurso del sexo, tanto en chicos como en chicas, se presenta trufado de miedos. Miedos que se explicitan o que hay que adivinar, miedos muy definidos o de perfiles difusos, miedos que se comparten o que crecen en la intimidad de cada cual y sólo afloran cuando la ocasión se convierte en propicia o cuando rompen los límites de la contención, miedos que tienen su origen en la fantasía de los otros y miedos que se sustentan sobre la vacilante idea de uno mismo.

Las adolescentes, instaladas en el juego de la seducción, en el juego de mostrarse dispuestas pero no siempre disponibles, moviéndose entre las expectativas exigentes de la fantasía ideal y la necesidad de rebajar esas exigencias para cumplir las demandas del imaginario grupal, temen antes que nada no estar a la altura de la situación; no ser suficientemente atractivas, deseables y deseadas; o no ser suficientemente contenidas para preservar la imagen que se exige. El sentimiento posiblemente dominante en una adolescente enfrentada a tener que iniciarse en el sexo, y a hacerlo en unas condiciones que no degraden su posición, es el sentimiento de inseguridad; el temor dominante es el temor a la incapacidad de gustar.

Posteriormente se instala el miedo a que unos compañeros siempre formalmente sedientos de sexo sean incapaces de, llegado el inicio de ese sexo, estar a la altura de las expectativas de pareja que el imaginario impone que tengan las adolescentes que comienzan su vida sexual. Se supone que los chicos eligen por el físico, que en alguna medida frivolizan la elección. También se supone que las chicas deben elegir a partir de una comunidad de intereses y de atractivos que, trascendiendo lo físico, conviertan en realizables (al menos, que no conviertan en un disparate) un proyecto de relación que, por mucho que se tema potencialmente frustrada, debe aparecer como viable y satisfactoria. Este desequilibrio de niveles condiciona una situación de fragilidad en la propuesta de relación, en el planteamiento de la iniciación sexual, que grava básicamente sobre las chicas. Ellas tienen miedo de “que se juegue con ellas”, de dejarse engañar por los propios deseos y por las propias expectativas, en definitiva, de ser manipuladas.

A esto hay que añadir otros dos temores; el primero, el miedo al daño si no se cuida con delicadeza el primer acto físico; el segundo, emanado de la convicción de la representación femenina, que apunta a que en unas primeras relaciones sexuales los chicos, por mucho que digan lo contrario, aunque se crean eso que dicen, en el fondo “van a ir a lo suyo”, van a buscar primariamente su pura satisfacción sexual, con cierta despreocupación de lo que sienta la pareja. Ésta, por contra, como un correlato inevitablemente derivado de sus expectativas de relación, tendrá que estar muy atenta a la satisfacción del otro, aun con el riesgo de violentar sus propios deseos o con la amenaza de dejar en segundo plano sus necesidades.

Si la relación se establece, aparecerá la espada de Damocles de la infidelidad. Los adolescentes varones, “infieles por naturaleza”, incapaces de resistirse a su propio deseo, casi de forma fatalista se conducirán de manera promiscua. Con el agra-

vante de que, adornados por el halo triunfador que otorga el éxito en las maniobras de seducción múltiple, ese joven infiel termine por resultar paradójicamente atractivo para otras chicas, que contribuirán a alimentar el miedo al abandono de la potencialmente engañada.

Y lo que es más, en la necesidad de maniobrar para defender la propia posición y la propia pareja, o para mantener el estatus de seductora, la chica se sitúa en una tendencia de comportamiento que la lleve a tomar iniciativas, a mostrarse activa en la búsqueda de la pareja sexual o en el mantenimiento de la que ya tiene, y toda esta conducta termine por darle una imagen que, para toda la percepción del colectivo juvenil pero sobre todo para la de los chicos, la catalogue como una mujer fácil, con lo que eso supone de significación descalificadora.

El miedo de los varones discurre por cauces diferentes, al menos matizadamente diferentes. En el comienzo, sintiendo que “tiene que hacer” y temiendo “no saber hacerlo”, las fantasías iniciales se sitúan básicamente en la amenaza de “no dar la talla”. Esta amenaza se apunala sobre la idea de que existe una cierta norma sobre lo que se debe hacer y cómo hay que hacerlo, y sobre el temor de no corresponder a esa exigencia. Mucho más, si la chica tiene experiencia y “puede comparar”. La exigencia también se plantea en relación con ser capaz de traspasar una frontera, que se supone que el chico tiene que tratar continuamente de trasponer, pero en la que la llave última está en poder de la chica. Ellos no pueden no querer, tienen que intentar continuamente la operativización de ese deseo, pero son ellas las que deciden en última instancia si la culminación se produce o no; y todo esto, por razones que no siempre quedan claras y que, en su propia indefinición, contribuyen aún a enturbiar el horizonte y a oscurecer las estrategias de actuación. Cuando la pareja, pareja sexual, queda establecida, puede ya producirse una cierta tranquilización de las exigencias emanadas de lo que se supone que se espera del joven. Al menos, éste ya habrá demostrado, y se habrá demostrado a sí mismo, que puede acceder al estatus de joven varón maduro, capaz de superar la barrera de la iniciación sexual; con ello podrá producirse una cierta disminución de la ansiedad de la conquista y se posibilitará la incorporación a un nivel existencial en el que ya no es tan necesario ni ostentar la necesidad de sexo ni traducir esa necesidad en un comportamiento compulsivo de búsqueda explícita y en exposición. El peligro estará en deslizarse más allá del límite de lo razonable y pasar a representar la imagen de “varón domado”, excesivamente domesticado, probablemente maduro pero también inquietantemente cercano a una postura de pasividad que no es la que mejor consueña con las demandas del grupo.

Si, en un intento de evitación de ese último riesgo, los jóvenes varones pretenden mantener una actitud de conquista, aparece otra amenaza: que la pareja se rompa, que sea la chica la que, no queriendo asumir la situación, decida cortar la relación. Para la fantasía masculina el riesgo de abandono se presenta como una amenaza importante, no sólo por lo que objetivamente pueda suponer de pérdida sino por la quiebra de imagen que, ante sí mismo y ante los compañeros, eso pueda significar. De ahí que, si esa situación llega a materializarse, no sea extraño

que se den reacciones de derrumbe emocional, ni que estas reacciones traten de evitarse en una especie de negación contrafóbica que lleva a la adopción de posturas presuntamente autosuficientes y frivolidadoras de la ruptura; maniobras defensivas que, no infrecuentemente, comportan el deseo de una huida hacia delante, con exacerbación del intento de conseguir un comportamiento multiseudor y promiscuo.

En definitiva, los miedos sexuales, superando con mucho lo que históricamente se ha señalado (miedo a la estigmatización, al posible “daño” de la iniciación, etc.), más allá de los miedos a los fracasos concretos y, desde luego, muy por delante del sentimiento de amenaza de riesgos específicos (posibles embarazos, enfermedades de transmisión sexual...), son temores referidos al juego de moverse entre el tener que ser y el no estar a la altura. Son miedos que ambos sexos comparten aunque las razones sean muy diferentes en cada caso y las formas de defenderse no lo sean menos.

SÉPTIMO: EL INSOPORTABLE PESO DEL GRUPO

Por empezar con una afirmación que, con todas las limitaciones forzosas de la simplificación, explique con rotundidad lo esencial que queremos transmitir en este epígrafe, se puede decir que la sexualidad adolescente se ejercita en grupo y que el proceso de maduración pasa por otro proceso de individuación, que va haciendo al o a la protagonista independiente de ese grupo.

En efecto, no se puede entender la sexualidad de esos primeros años de su ejercicio sin la presencia continua y decisiva del grupo de pares. Tan es así que este axioma comienza por tener una influencia determinante, incluso para la construcción de los propios resultados de la presente investigación. El discurso grupal resulta mucho más contundente que los relatos individuales; no es que éstos últimos lleguen a contradecir, ni a separarse radicalmente, del constructo teórico que explicitan los grupos de discusión; pero es evidente que en estos últimos las elaboraciones aparecen mucho más subrayadas, ocasionalmente hasta la caricatura, y que es en ellos donde aparece en todo su esplendor el estereotipo. Es como si en los grupos de análisis se recreara y se presentizara esa vivencia grupal de la sexualidad que parece ser la norma, o eso cuentan, en los espacios de la relación cotidiana. Incluso la ceremonia de festejar el diálogo (chistes, gritos, interrupciones, aprobaciones entusiastas, etc.), parece remedar esa dinámica grupal que, sobre todo los varones, cuentan que es la que reproduce su forma de vivir la sexualidad.

Es el grupo el que, en tanto que depositario y emisario de los mandatos del estereotipo de género, determina por dónde tienen que irse definiendo los roles de cada cual. Es el que espera que el chico se muestre desinhibido, activo, depredador y siempre supuestamente sediento de sexo. Es quien determina que la chica,

aun con reconocimiento de sus necesidades sexuales, se muestre más contenida, más controladora y siempre a la defensiva. En el grupo se ejercitan los roles, el grupo concede la aprobación o sanciona, en su caso, las desviaciones a las normas implícitas que fijan los comportamientos de género. Por eso, más allá de la quiebra de la identidad y de la autoestima que puede producirse cuando alguien siente que no se ajusta satisfactoriamente a lo que se espera de su papel, es en el escenario y en el horizonte grupal donde estas heterodoxias adquieren su auténtico papel de desviación: la chica con un comportamiento excesivamente parecido al de los chicos, los chicos que se conducen de una forma impropia para su condición, aproximándose con ello a lo que se espera de las mujeres, los chicos y las chicas que se separan del juego tribal, etc.

Por otro lado, ya decíamos que frente a la iniciación práctica de la sexualidad, el papel del grupo resulta determinante. La sanción del colectivo determina cuándo es el momento de hacerlo y arbitra y legitima las posibles excepciones. Incluso es el grupo el que, en buena medida, plantea las exigencias para esa iniciación, llegando a determinar los criterios de elegibilidad de las parejas de los miembros del grupo. El que la relación grupal sea mixta, chicos y chicas, no implica en modo alguno que los roles se barajen y se confundan. A estos efectos, la práctica grupal es la de disociar el colectivo en dos partes, el subgrupo de chicos y el subgrupo de chicas, cada uno de ellos con su propia dinámica, y cada uno de ellos observado por el otro desde una mezcla de curiosidad escandalizada y desprecio benevolente.

También es pertinente la observación de que el grupo, como corresponde en una actividad que tiene esta tan subrayada dimensión colectiva, no sólo asume el papel normativo, lo que hay y lo que no hay que hacer, sino que también se emplea a fondo en el impulso y en la defensa de las prácticas que esa norma implica. El grupo funciona como auxiliar de la actividad sexual de sus integrantes, dando soporte emocional, animando, estimulando y proporcionando apoyo instrumental (desde el favorecimiento del anonimato, hasta el ejercicio de tareas de intermediación).

No resulta extraño escuchar que, cuando la actividad sexual de alguien corre el riesgo de derivar en una relación de pareja estable, esto suscite en el grupo determinadas reacciones defensivas y algunas vivencias de rivalidad. Por supuesto, sobre todo en el caso de las chicas, el grupo debe aprobar la elección de pareja. Pero es que, además, también en el caso de las chicas, las amigas van a vivir que, cuanto más firme es la pareja tanto más riesgo habrá de que se provoque una disgregación del colectivo; circunstancia que se da menos entre los varones, que una vez que los amigos han aprobado a la pareja, tienden a integrar a ésta en el grupo. Este ejercicio de rivalidad pareja/grupo llega en ocasiones, más frecuentemente en los varones, a relegar el momento de la elección de la pareja para que no ponga en riesgo el sentido de pertenencia y la dinámica de integración grupal.

Ni que decir tiene que todo lo anterior implica que lo sexual, al menos en el plano del relato verbal, debe ser compartido grupalmente; a través de un discurso

estentóreo, exagerado, lleno de detalles concretos, en muchas ocasiones escatológicos, en el caso de los varones; a través de un relato con menos detalles pero con muchos más matices emocionales, también más lleno de dudas y cuestionamientos, en el caso de las chicas.

Una cuestión de especial importancia, que en esta investigación ha quedado sin resolver en la medida en que ha permanecido oculta, es cómo se cumple con las expectativas del grupo en el caso de las expresiones homosexuales. En estas primeras etapas parece que el estereotipo grava con excesivo peso sobre esas opciones, bloqueando en alguna manera su expresión; de ahí que tengan dificultades para manifestarse en el discurso colectivo.

Todos están de acuerdo en que el proceso de madurar conllevará inevitablemente una cierta separación del colectivo, no contar, no compartir; y moverse por criterios más autónomos, menos dictados por la mayoría. Hasta que ese momento llegue, hasta que hayan finalizado los “días de vino y rosas” de la adolescencia, todos se dedican con entusiasmo a la celebración del rito sexual compartido.

OCTAVO: MOMENTOS PARA “DEFASAR”

Desde el constructo del imaginario social de los jóvenes, lo que caracterizaría al sexo adolescente, junto con sus rasgos de explosividad formal y con la dimensión grupal que ya hemos comentado, sería su consideración, en muchas ocasiones categorizada como frívola, de comportamiento ocasional. El adolescente, más que la adolescente, busca continuamente ocasiones (más bien está instalado en una apariencia de búsqueda constante), sin que esas ocasiones, por mucho que puedan traducirse en realizaciones concretas, tengan el carácter de compromiso que él mismo supone que debe tener el sexo más maduro.

Desde la perspectiva de los más jóvenes habría una diferencia básica entre esa forma de comportamiento sexual en la que, en el caso de los chicos, prima la celebración del propio papel y la búsqueda de lo lúdico en el ejercicio de la sexualidad, y el sexo de pareja con pretensiones de continuidad, que inevitablemente está connotado por un matiz de compromiso. Es el compromiso el que supone un ejercicio de madurez, como también es el compromiso el que, si se da extemporáneamente, puede arruinar los placeres de la celebración. Por eso, los jóvenes, incluso las adolescentes, que presionadas por su rol de género deben incluir en su proyecto sexual un elemento de emocionalidad comprometida, son vistas (y ellas mismas se ven) como en cierta medida ajenas a la fantasía de la sexualidad como ejercicio orgiástico de libertad.

En la representación de los jóvenes, el sexo que corresponde a su edad y a sus circunstancias es básicamente el sexo ocasional, el que aparece como fin en sí mismo y el que, lejos de agotar el deseo, parece retroalimentarlo en una espiral continua de búsqueda. Obviamente, esa es la fantasía que prioriza el discurso gru-

pal; que, luego, los miedos y las limitaciones de la realidad conviertan la cosa en algo frecuentemente mucho más prosaico, donde el deseo insatisfecho termina por ocupar más espacio que el realizado. Entre los varones, el discurso aparece nítido, en la medida en que es sintónico con su imaginario grupal. En las mujeres, la formulación es mucho más vacilante porque, sin llegar a negarse del todo, la deseada ocasionalidad del momento viene matizada por sus autoexigencias de componentes emocionales, y por las exigencias grupales de que se adapten a sus propias limitaciones de género, salvo que quieran verse estigmatizadas por el señalamiento de los otros.

Es evidente que este énfasis en el sexo ocasional no niega las limitaciones del mismo, que se reconocen pero que se entienden como un precio razonable. Es como si, en cuestión de sexo, los adolescentes varones prefirieran la cantidad a la calidad, y se conformaran pensando que más tarde llegará el momento en que la propia pareja, una vez estabilizada, y habiendo ellos madurado, proporcionará ese descubrimiento de la calidad que ahora se mantiene en un segundo plano. Por su parte, las chicas, en un tono resignado, terminan por reconocer formalmente que esa exigencia de calidad en sus relaciones sexuales se ve severamente amenazada por el hecho de que el “egoísmo” y la “naturaleza sexual” de sus compañeros harán poco por procurarles satisfacción, y porque el volcar su interés en buscar la satisfacción del otro limitará sus propias posibilidades.

En cualquier caso, todos ellos, chicos y chicas, reconocerán al espacio de ocio como el momento y la oportunidad ideales para la búsqueda y para la materialización del sexo ocasional. No es sólo que, evidentemente, los objetivos que se buscan con ese sexo ocasional sean más fácilmente alcanzables en los momentos y en las circunstancias de esparcimiento; más allá de eso se trata de que, entre todos, chicos y chicas, jóvenes y adultos, se ha contribuido a construir una dimensión para el ocio en la representación social, que cada vez ocupa una mayor proporción del proyecto existencial de la persona y que cada vez presenta menos límites en sus expectativas de diversión y de explotación de las posibilidades y límites del presente. El ocio, sobre todo el ocio juvenil, se fantasea pleno de estímulos y sin unos límites normativos precisos; estaría construido por momentos y situaciones en los que lo que prima es la búsqueda de lo placentero, de una cierta fantasía de plenitud, y a ello se supedita todo, aun a costa de una abolición transitoria de las reglas sociales.

Los chicos y las chicas que quieran integrarse en esos espacios de diversión deberán ir predispuestos para ello, tendrán que prepararse convenientemente (ropa, imagen, estilos...), tendrán que situarse en las actitudes necesarias, y deberán estar dispuestos a utilizar, explotar y aprovechar todos los elementos complementarios de la situación. La música, los itinerarios, los ritos, los consumos, los estímulos..., no menos que la actividad sexual, forman parte de esa construcción del ocio en la que la ocasionalidad y la transitoriedad del comportamiento dejan de ser una consecuencia de la situación para llegar a constituirse en un elemento esencial, en una condición de posibilidad, del disfrute.

NOVENO: EL PODER Y LA CULPA

Hablar de relaciones de poder, cuando se trata de la interacción sexual en adolescentes y jóvenes, sin que de forma alguna se esté hablando de relaciones patológicas, de tufo sadomasoquista, sino de las relaciones supuestamente normales y plenamente integradas en la representación social, quizás parezca exagerado. Sin embargo, tampoco parece claro de qué otra forma denominar una dinámica de relación en la que se pone en juego la seducción pero también el sometimiento, la comunicación pero también el sentido de posesión, el placer y la frustración, los miedos y la vulnerabilidad. Quizás cabría hablar de dominio, de sentido de pertenencia, de pulso de voluntades, de dinámica tensional entre individuos y de estos individuos con el grupo, etc. En cualquier caso, aunque sea una cierta licencia literaria, de poder.

Y el poder, en las relaciones sexuales tal como las vive el imaginario del estereotipo adolescente, gira alrededor de una convicción nuclear: “los chicos siempre quieren, y las chicas siempre pueden”. A partir de ahí, en una primera aproximación, podría decirse que la clave de acceso a la realización del deseo, el poder en definitiva, lo tienen ellas. Las chicas serían las administradoras de los procesos que convierten en realidad esa fantasía desiderativa que supuestamente invade el todo del adolescente.

No obstante, esta primera aproximación queda matizada por otro elemento, sin el cual no puede entenderse en este caso el ejercicio del poder, y que tendría que ver con la responsabilidad del ejercicio del mismo. Es lógico pensar que, precisamente quien detenta la posibilidad de ordenar, el depositario del poder, es quien tiene inevitablemente que vivir las dudas sobre el correcto ejercicio de ese poder, quien debe sentir la responsabilidad. A su vez, de esta responsabilidad que implica el ejercicio del poder, podrían derivarse tanto algunos sentimientos de inseguridad como las correspondientes vivencias culposas derivadas de los errores del ejercicio. En un equilibrio de emociones, en una situación existencial paritaria, sería lógico entender que quien detenta el “poder hacer”, precisamente porque puede, sienta determinadas dudas sobre la dirección correcta de sus decisiones, y se vea expuesto a las sensaciones de fracaso y culpa derivadas de posibles errores en esas decisiones, pero que compense ambas tendencias de forma armónica.

Evidentemente estamos hablando de una situación teórica de equilibrio, de una dinámica razonable en el ejercicio del poder y de la responsabilidad. En los casos concretos, el resultado de esa dinámica tensional, que domine la vivencia placentera de la capacidad de obrar o que dominen las sensaciones ansiógenas emanadas de la inseguridad en las propias capacidades y de la culpa por los propios errores, va a depender del punto de equilibrio que se establezca entre lo que siente que se puede y lo que se teme no poder. En definitiva, que se ponga en primer plano el poder o que se sitúen ahí los sentimientos de inseguridad, dependerá de las circunstancias de vulnerabilidad de quien tiene que ejercer el comportamiento positivo.

En el ejercicio de poder determinar el tipo de relación sexual, el momento y la categoría de esta relación, las chicas “que tienen que controlar y tienen que decidir” se ven lastradas por una triple circunstancia de vulnerabilidad: ante sí mismas, ante sus parejas sexuales y ante el grupo de referencia, que es quien enjuicia el ajuste o no a lo que la representación dicta.

Ante sí misma, la chica adolescente se siente enormemente vulnerable. Más allá de la vivencia de su propio desconocimiento sobre la experiencia del sexo (con lo que eso supone: siempre se enfatiza y se exagera lo que se desconoce), ya hemos señalado suficientemente entre qué ambivalencias se mueve la postulación femenina: entre la necesidad de atender el deseo perentorio del compañero y el miedo a que si lo atiende éste perderá interés por la relación; entre la necesidad de participar en el juego de la sexualidad y la contención que se exige a su propio rol de género; entre el conocimiento de que es ella la que puede decir sí o no, puesto que él siempre quiere, y el saber simultáneamente que no se espera que tome la iniciativa; entre la primacía de los objetivos marcados por los afectos y la necesidad de atender demandas articuladas desde el puro deseo sexual.

Ante sus parejas, las adolescentes también se viven muy vulnerables, con una vulnerabilidad edificada sobre el temor íntimo de defraudar o de ser defraudadas. Un miedo a defraudar que, cuando se monta sobre el temor de no cubrir las expectativas sexuales del otro, se entiende fácilmente, pero que también obliga a incluir un elemento complementario integrado por la ansiedad de que si se sienten defraudadas, sobre todo si la pareja lo nota, la relación corre riesgo severo de arruinarse. Además, la fragilidad de la adolescente ante una posible pareja se intensifica con la visualización de esa pareja como un ser sexuado, que ni tiene posibilidad de controlar ni tiene posibilidad de reprimirse; el temor a la infidelidad parece una amenaza permanente, mucho más desde el momento en que el imaginario colectivo no sanciona la infidelidad del varón sino que, en muchas ocasiones, paradójicamente, la emplea para adornarlo con “virtudes” complementarias: el promiscuo es el “campeón”. Si a esto se añade la figura de la compañera depredadora, amenaza perpetua de rivalidad, que no sólo puede suponer una tentación para el compañero sino que potencialmente va a desarrollar un comportamiento activo de competencia (se supone que a las otras chicas, más “ligeras”, les atraen especialmente los jóvenes con pareja, que se ven como más “triunfadores sexuales”), el resultado es que las adolescentes viven desde una enorme fragilidad todo el desarrollo de una relación, ya de por sí suficientemente ambigua e inestable.

Finalmente, el grupo termina por constituirse en ese tribunal severo que despierta todos los miedos, los miedos a que se sentencie que se ha fallado y los miedos a ser sancionada. Es el grupo, depositario básico de la representación colectiva (aunque ésta, obviamente, también se infiltra en lo personal), el que exige a la adolescente actuaciones que, muy frecuentemente pueden aparecer como contradictorias, como nudos de conflictos irresolubles; a la adolescente se la exige que juegue el juego sexual y a la vez que lo controle. Y, al enjuiciarlas, el grupo se

muestra con ellas infinitamente más severo, por no decir agresivo, que con ellos. Independientemente de la categorización moral que pueda merecer una conducta, la ejerza quien la ejerza, en el ámbito de lo sexual la condición femenina supone casi siempre un agravante. La infidelidad de ellas merece calificativos y actitudes sancionadoras más severas, el comportamiento de búsqueda activa merece catalogaciones menos permisivas, etc.

Esta compleja situación de vulnerabilidad del rol de género de la mujer, que carga muy especialmente en las mujeres adolescentes y jóvenes, podría sintetizarse, en un resumen un tanto forzado, en una consideración: ante la irresponsabilidad de los varones (que no es culpa de ellos sino de su naturaleza, y que por lo tanto no merece ningún reproche), son ellas quienes tienen que decidir (y por tanto son las que pueden ser señaladas como culpables si algo sale mal). El poder se convierte en carga, y lo que en principio podía verse como una situación de privilegio termina por transformarse en una condena. La carga es responsabilidad, y la responsabilidad implica culpa y, con ello, sufrimiento.

Si la relación sexual entre los adolescentes sale mal por algo atribuible a las chicas, se señala unánimemente a la responsable: ella falla y siente que falla. Si en esa relación sexual lo que falla es algo atribuible primariamente al varón, la chica también sentirá que es ella la que ha fallado, porque debería haberlo previsto y porque debería haber sido capaz de corregirlo. Buscando una aseveración rotunda, que no por simplificada deja de ser cierta, podría decirse que ellas tienen que ocuparse de la satisfacción sexual de ellos, que tienen que mostrar que no renuncian a la propia satisfacción personal, que tienen que mantener esa satisfacción en los límites que marca el imaginario, e incluso que, aun desde la perspectiva de mayor interés personal, si tienen que disfrutar es, también y a veces sobre todo, para que él disfrute.

DÉCIMO: UNAS NOTAS PARA “PREVENTÓLOGOS”

Desde numerosas voces, fundamentalmente de expertos e instituciones, se viene avisando de cómo, pese a los esfuerzos que en el campo de la información y de la facilitación de medidas protectoras se han venido articulando, las situaciones conflictivas derivadas de disfunciones o desajustes en el comportamiento sexual de los jóvenes no han dejado de aumentar. Embarazos no deseados, también en adolescentes, enfermedades de transmisión sexual, violencia de género en jóvenes, etc., parecen no estar siendo evitados con eficacia.

Quizás la relectura atenta de algunas de las conclusiones de ese informe, trascendiendo el mero enfrentamiento mecánico con los datos descriptivos, dé algunas pistas, si no de qué está fallando, sí al menos de qué cosas no se están abordando en toda su complejidad. Por poner un solo ejemplo de lo que queremos decir, la cuestión quizás no sea tanto seguir insistiendo en el acceso facilitador a los condones (cosa, cuya necesidad, por otra parte, no se pone en duda)

cuanto tratar de abordar aquellos elementos que impiden que el colectivo juvenil los use de manera integrada y cómoda.

En la pervivencia del estereotipo, en algunos de sus rasgos más extremos, podemos encontrar pistas para explicar, aunque sea parcialmente, esa pervivencia monstruosa de la violencia de género. Este fallo evidente del proceso socializador, del proceso de civilización en suma, probablemente tiene sus raíces más profundas en la atribución de unos roles de género que propician que, afortunadamente en una minoría condicionada por otras variables, aparezca y crezca una dinámica que hace más posible esa agresividad, sobre todo dirigida a mujeres. Acaso, mientras no entendamos que esos episodios de violencia trágica tienen su origen remoto en un constructo social que entre todos mantenemos y que, en muchos casos, parece que celebramos frívolamente, mientras los interpretemos como epifenómenos derivados de personalidades anormales, que poco tienen que ver con una supuesta sociedad sana, difícilmente estaremos en condiciones de abordar con eficacia la globalidad de esos problemas.

Por otro lado, en una perspectiva más específica, ciñéndonos a aquellas cuestiones que más prototípicamente representan los llamados riesgos del comportamiento sexual (los embarazos indeseados y las enfermedades de transmisión sexual), creemos que es preciso plantear algunas consideraciones previas a la implementación de estrategias preventivas, y probablemente necesarias para la eficacia de éstas.

Lo primero que hay que decir es que el problema no parece estar en que adolescentes y jóvenes no conozcan los riesgos de determinadas formas de relación. Tienen información sobrada al respecto. La cuestión estriba más bien en que esa dimensión de riesgo no es vivida en esos momentos con idéntica preocupación a la que viven los mayores. Dicho de otra manera, para muchos jóvenes y adolescentes, los riesgos están ahí pero “no son para tanto”. La posibilidad de quedarse embarazadas es vivida por las chicas desde una perspectiva que, en alguna medida, minimiza la dimensión emocional de la amenaza. Primero, porque se entiende como un accidente que, por mucho que sea de consecuencias desagradables, como cualquier accidente, no merece que toda la vida se modifique en la previsión del mismo: “si tiene que pasar que pase, pero no me voy a arruinar la vida pensando que puede pasar”. Después porque, pese a lo que el discurso políticamente correcto preconiza, el peso de la influencia de los estereotipos en los roles de género hace que, todavía, haya una cierta forma de expresión del “sentido maternal” en muchas adolescentes y jóvenes; un sentido que en modo alguno se manifiesta en un deseo explícito de tener hijos en ese momento, pero que sí desarrolla una actitud, en cierto modo fatalista, de “si vienen, ya sabré sacarlos adelante”. Esto, unido a esa dimensión de accidentabilidad del embarazo (como si dependiera de circunstancias ajenas a la propia voluntad) relativiza enormemente la preocupación o el cuidado con que las chicas plantean la evitación del embarazo. Y nos referimos básicamente a las chicas porque, pese a todo, incluso pese a la irracionalidad del planteamiento, es a ellas a las que se atribuye el compromiso

preventivo. Serían ellas las que, eso dice el imaginario, sufren las consecuencias y son ellas básicamente las que tienen que preocuparse en prevenirlas. Una vez más, esa ambigua atribución, que por una parte considera al rol femenino como algo frágil, que despierta todo tipo de preocupaciones, y como algo fuerte, que es capaz y responsable de todas las maniobras decisivas.

También en el mismo sentido conviene recordar que, como ya hemos dicho, el conocimiento del riesgo no implica en modo alguno que ese riesgo se viva con la misma dimensión de peligrosidad por todos, que se “cuantifique” de manera idéntica. Así hay que señalar que, en este momento, la vivencia que muchos adolescentes y jóvenes tienen sobre las enfermedades de transmisión sexual dista mucho de ser la que se supone que debe corresponder a los niveles de información. En el fondo, para esos muchos chicos y chicas, el sida y la infección por VIH son una amenaza en cierta medida superada, que no despierta los fantasmas amenazadores del pasado; y otras infecciones, sencillamente no preocupan. No se trata sólo de esa ignorancia del riesgo, sobre todo del que se traduce en enfermedades y amenazas físicas, que es característica de la adolescencia; más allá, se trata de que estos adolescentes parecen haberse instalado en una representación colectiva, sin duda vicaria de la representación social global, que ha eliminado en buena parte la amenaza aterradora de esas enfermedades, o que sencillamente las da por superadas.

Además, frecuentemente olvidamos que la imagen de determinadas maniobras de prevención es fundamental para su posibilitación o para imposibilitar su puesta en vigor. Por ejemplo, sigue siendo obvio que el condón no gusta a adolescentes y jóvenes; a los chicos, porque lo viven como una barrera supuesta para su placer; a las chicas porque temen, si lo imponen, generar una brecha en la relación, que ellas creen que debe ser plenamente gratificadora, con su pareja. Además, a lo anterior se añaden los prejuicios emanados de la peculiar interacción entre géneros que determina la representación colectiva. Así, el varón presentará reticencias a llevar, y mostrar que lleva, un preservativo cuando va a participar en situaciones festivas en las que todo el mundo imagina que se propicia el “ligue”, por miedo a, si esta fantasía de seducción no se realiza, quedar como fantasioso, ingenuo o ridículo; expresado de otra forma, muchos chicos se resisten a llevar condón porque, si no se produce una situación en la que tengan oportunidad de usarlo, eso supondría una quiebra de su imagen grupal. Por su parte, las chicas también muestran reticencias a llevar condones porque temen que eso se interprete como una disposición excesivamente activa de cara a la relación sexual, disposición que hasta cierto punto se aparta de ese papel de sujeto pasivo de la seducción; ella, la chica, es quien decidirá en última instancia si se da o no la relación sexual, pero se supone que toda la iniciativa para ésta debe partir del varón. Que sea la mujer la que lleve los profilácticos puede ser interpretado como una desviación a la norma que dicta el estereotipo.

Una actitud totalmente contraria se da con la “píldora”, que los chicos ven, más allá de un instrumento de prevención del embarazo, como la señal inequívoca

de que han establecido una relación garantizada (¿de sometimiento?) con su chica; por otra parte, las jóvenes, asumiendo en cierta medida el constructo de los varones, también subrayan la estabilidad en la relación que parece que se atribuye a esta forma de prevención del embarazo, y además parecen valorar de manera especial la categoría simbólica de “entrega” que frecuentemente se asocia a la “píldora”.

En otro orden de cosas, acaso con un carácter más general, es preciso recordar en qué contexto se dan con más frecuencia las relaciones sexuales en los chicos y chicas más jóvenes, incluso en qué contexto se dan casi exclusivamente. Señalábamos que, en estas edades, parece preferirse el sexo ocasional, en la medida en que se le considera más propicio para las intencionalidades implícitas, para la agenda oculta, que hemos descrito ampliamente. Los jóvenes reconocen que, desde el punto de vista emocional, incluso desde la perspectiva de la intensidad de la vivencia sexual, ese sexo de ocasión deja mucho que desear; improvisado, atropellado, un tanto mecánico, “por cumplir”, no conforma las relaciones idealmente deseables. La intensidad y la calidad del sexo se sitúan más bien en el ámbito de la pareja fija, de la relación estable, que permite completar y complicar la relación, que permite explorar y ser explorado. Pero esas relaciones más estables quedan para el futuro; son un proyecto que, en el momento de la adolescencia y de la primera juventud, resulta intempestivo y extemporáneo.

Pues bien, el sexo ocasional se da básicamente en el contexto de los momentos de ocio; en muchas ocasiones, es ese sexo ocasional el que define la intencionalidad básica del ocio: “se sale para pillar”. Y esos momentos de ocio constituyen el espacio para “desfasar” que ya hemos descrito. Es un espacio/tiempo que se concibe para la diversión, donde las reglas sociales más ortodoxas quedan abolidas, siquiera sea temporalmente, y donde se admite que cualquier ruptura de la norma tiene su momento de legitimidad. Es un contexto en el que todo se configura y se confabula para la desinhibición dirigida a lo lúdico, donde no cabe la norma reguladora y donde se sobreentiende un paréntesis de irracionalidad que, en alguna medida, lo legitima todo. La música estimulante, el alcohol, los ritos de acercamiento, la confusión y el ruido, por mucho que puedan prefigurar un cuadro tópico, tienen un asiento de realidad en estos espacios y, todos ellos, son elementos destinados a la misma intención. La relación sexual es no sólo un objetivo finalista sino también un elemento constituyente de todo este marco. Una relación sexual estable y contenida choca frontalmente con este imaginario; en él encajan infinitamente mejor los encuentros esporádicos, más o menos estimulados artificialmente, relativamente acrílicos y, a eso vamos, huérfanos de cualquier estrategia dictada por la prudencia.

En ese contexto, la utilización de medidas preventivas, una vez más el socorrido ejemplo de los condones, está un tanto fuera de lugar. Nada en la situación favorece la adopción de estrategias dictadas por la prevención, por mucho que éstas sean sobradamente conocidas, sino todo lo contrario. Por decirlo simplemente, el contexto de ocio no facilita sino que se opone a las posiciones prudentes. En esa

situación, la utilización de medidas preventivas se convierte en un acto de voluntad personal, con ribetes casi heroicos. Es obvio que estas consideraciones no pueden generalizarse y pueden parecer un tanto exageradas, pero no lo es menos que son muy pertinentes en muchos casos, y que contemplarlas quizás ayudaría a explicar algo mejor el porqué de esa falta de utilización de recursos cuya utilidad teórica nadie pone en duda.

Finalmente, una última consideración para todos aquellos, expertos e instituciones, que se preocupan por la prevención de riesgos. Como todas las consideraciones anteriores, ni es un fenómeno universal ni supone una situación inevitable. También como todas las reflexiones anteriores, si se trae a colación en este momento es porque parecería útil tenerla en cuenta, no plegarse a ella pero sí tenerla en cuenta, a la hora de diseñar programas de evitación de riesgos. Esta última consideración atañe a algo que también hemos adelantado: en lo que se refiere a la sexualidad, a la hora de otorgar legitimidad a alguien para opinar, orientar y aconsejar, los adolescentes no sitúan precisamente en lo alto de su jerarquía ni a los padres, ni a los maestros, ni a los expertos sanitarios. A los padres porque los viven lejanos a sus intereses (no sólo los ven sino que quieren verlos lejanos, como una forma de reforzamiento de la propia identidad diferencial) y básicamente controladores y reprobadores; a los expertos porque “saben pero son excesivamente teóricos”, con unos conocimientos exactos pero alejados de los intereses primarios de los jóvenes, autores de unas orientaciones que son igualmente poco cuestionables y poco útiles. Evidentemente, padres y expertos no pueden legítimamente renunciar a su obligación educativa y socializadora. Sólo que tendrán que enfrentarla sabiendo exactamente cuáles son las dificultades para la misma y qué barreras deben superar para conseguir la atención, y la credibilidad, de los adolescentes.

Bibliografía

Alcacíbar, C.; Rodríguez, M. y Larrera, L. (2000). *Motivaciones a la iniciación sexual en adolescentes*. Buenos Aires: Universidad del Desarrollo Argentina.

Álvarez Villar, A. (1971). *Sexo y cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Arnao Marciani, J. y Cabezudo Moreno, C. (2002). *Relación de las drogas con las actitudes sexuales y vínculos de pareja. Un estudio cualitativo descriptivo-analítico, en adolescentes mujeres de Lima*. Lima: CEDRO.

Barella Balboa, J.L.; Mesa Gallardo, I. y Cobeña Manzorro, M. (2002). "Conocimiento y actitudes sobre la sexualidad de los adolescentes de nuestro entorno". *Medicina de Familia (And)*, **4**: 255-260.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (1998). *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós Contextos.

Benítez Rubio, M.R.; Medranda Lázaro, M.L. y Pizarro Hernández, C. (2003). "Anticoncepción en la adolescencia." *Revista Pediatría Atención Primaria*, **5** (18): 89-114.

Calmosa, E. y Martínez (2001). "Límites en la educación sexual". *Diálogos*, **26** (46).

Consejo de la Juventud de España (2000). "Jóvenes y sexualidad, algunas situaciones de exclusión" (conclusiones). En <http://www.cje.org>.

Comas, D.; Aguinaga, J.; Andrés Orizo, F.; Espinosa, A. y Ochaita, E. (2003). *Jóvenes y estilos de vida. Valores y riesgos en los jóvenes urbanos*. Madrid: INJUVE-FAD.

De Miguel Rodríguez, A. (1998). *El sexo de nuestros abuelos*. Madrid: Espasa.

Diéguez, J.L.; Diz, M.C.; Suerio, E. y Chas, M.D. (2003). "Actitudes hacia la sexualidad de adolescentes que residen en el medio rural gallego" (2ª parte). *Cuadernos de Medicina Psicosomática y Psiquiatría de Enlace*, 66: 56-67.

Dittmann, M. (2003). "Sex: Worth the Risk? Psychologists Are Creating Interventions to Crub High-risk Sexual Behavior among Young People". *American Psychological Associaton*, **34** (4): 58-60.

Megías, E.; Comas, D.; Elzo, J.; Megías, I.; Navarro, F.J.; Rodríguez, E. y Romaní, O. (2001). *Valores sociales y drogas*. Madrid: FAD.

García Gómez, M.C. "Los institutos de educación secundaria y la construcción de la sexualidad en la adolescencia" En: Departamento de Sociología y Antropología Social, Sociología de la Educación. <http://www.uv.es>.

Gascón Jiménez, J.A.; Navarro Gochicoa, B.; Gascón Jiménez, F.J.; Pérula de Torres, L.A.; Jurado Porcel, A. y Montes Redondo, G. (2003). "Comportamiento sexual de los adolescentes en la ciudad de Córdoba" *Atención Primaria*, 32: 355-360.

Giner, S. (1996). *Sociología*. Barcelona: Península.

Gómez Zapiain, J. "El desarrollo sexual en la adolescencia" En: Departamento de Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos. <http://www.sunp.es>.

Gurpegui, C. (2001). *Cuadernos de cine y salud IV. Educación sexual*. Zaragoza: Servicio Aragonés de Salud. Gobierno de Aragón.

Hernán, H.; Ramos, M. y Fernández, A. (2001). *Salud y juventud*. Madrid: Consejo de la Juventud.

Hulton, L.J., RN, PhD (2001). "Adolescent Sexual Decision-making: An Integrative Review" *The Online Journal of Knowledge Synthesis for Nursing*, **8** (4).

INJUVE (1995 y 1996). *La juventud en cifras*. En www.mtas.es/injuve.

INJUVE (2001). *Sondeo periódico de opinión y situación de la gente joven. Segundo trimestre 2001*. Madrid: INJUVE. En www.mtas.es/injuve.

INJUVE (2002). *Sondeo periódico de opinión y situación de la gente joven. Primer trimestre 2002*. Madrid: INJUVE. En www.mtas.es/injuve.

Klausner, S. (1968). *El estudio de las sociedades (comp)*. Buenos Aires: Amorrortu.

La Fontaine, J. (1987). *Iniciación. Drama ritual y conocimiento secreto*. Barcelona: Editorial Lerna.

Levi, G.; Schmitt, J.C. (1996). *Historia de los jóvenes. I) De la antigüedad a la edad moderna*. Madrid: Taurus.

Levine, S. (1984). "An Essay on the Nature of Sexual Desire". *Journal of Sex and Marital Therapy*, 10: 83-86.

Levine, S. (1987). "More on the Nature of Sexual Desire". *Journal of Sex and Marital Therapy*, 13: 35-44.

Levine, S. (1988). "Intrapsychic and Individual Aspects of Sexual Desire". En S.L. Leiblum y R.C. Rosen (Ed.). *Sexual Desire Disorder*. New York: Guilford Press.

Levine, S. (1992). *Sexual live. A Clinician's Guide*. New York: Plenum Press.

Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

Martín Serrano, M. y Velarde, O. (2001). *Informe Juventud en España 2000*. Madrid: INJUVE.

Medialdea, C. (2001). *Curso de educación de la sexualidad para adolescentes*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.

Megías, E. (coord.) (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: FAD.

Megías, I. (2003). "Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas". En *Juventud y Sexualidad. Revista de Estudios de Juventud*, 63.

Méndez, S. (2003) "Educación sexual en la sociedad de consumo". En *Juventud y Sexualidad. Revista de Estudios de Juventud*, 63: 81-93.

Muñoz Álvarez, J.A.; Madueño Meléndez, R.; Díaz Blasco, J. y Núñez García, D. (2003). "Evaluación de la conducta sexual contraceptiva en adolescentes de la Z.B.S. de Álora". *Medicina de Familia (And)*, 4 (1): 20-26.

Navarro Pertusa, E.; Ubillos Landa, S. (2003). "Diferencias de género en motivación sexual: implicaciones para la prevención del VIH/sida en adolescentes heterosexuales". *Publicación Oficial de la Sociedad Española Interdisciplinaria del SIDA*, 14 (5).

Oliva Delgado, A. "Sexualidad y educación afectivo-sexual durante la adolescencia" En: Universidad de Sevilla. <http://www.pdipas.us.es>.

Osborne, R. y Guasch, O. (comps.) (2003). *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Parsons, T.; Bales, R.F. y Shills, E.A. (1953). *Apuntes sobre la Teoría de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.

Prat, J. (2001). *El estigma del extraño*. Barcelona: Ed. Ariel Antropología.

Rodríguez San Julián, E. (2003). "Sexo y riesgo: la dialéctica entre el placer y la razón". En *Juventud y Sexualidad. Revista de Estudios de Juventud*, 63.

Rodríguez San Julián, E.; Megías Quirós, I. y Sánchez Moreno, E. (2002). *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*. Madrid: INJUVE-FAD.

Romero de Casillas Gil, R.J.; Lora Cerezo, M.N. y Cañete Estrada, R. (2001). "Adolescentes y fuentes de información de sexualidad". *Atención Primaria*, 27 (1): 12-17.

Ruffié, J. (1988). *El sexo y la muerte*. Madrid: Espasa Calpe.

Salas García, B.; Serrano Hernández, I. y Urruzola Zabalza, M.J. (2002). *Jóvenes adolescentes: protagonistas y responsables: guía sobre género y crecimiento personal*. Pamplona: Concejalía de la Mujer.

Sánchez Lázaro, A.M. (2001). "Educación sexual y adolescencia: mitos y perspectivas". *Anales de Pedagogía*, 19: 87-103.

Sierra, M. (2001). *Sexualidad Juvenil*. Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza, Área de Cultura, Acción Social y Juventud. Servicio de Juventud CIPAJ.

Suerio Domínguez, E. y Diéguez Ruibal, J.L. (1998). "Prácticas sexuales y reproductivas de tres muestras de jóvenes". En <http://copsa.cop.es>.

Turner, V. (1999). *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.

Villadangos López, F. (2003). *Sexualidad masculina. ¿Hombres o titanes?* Granada: Al-Garaia. Sociedad Sexológica.

Weber, M. (1977). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura.